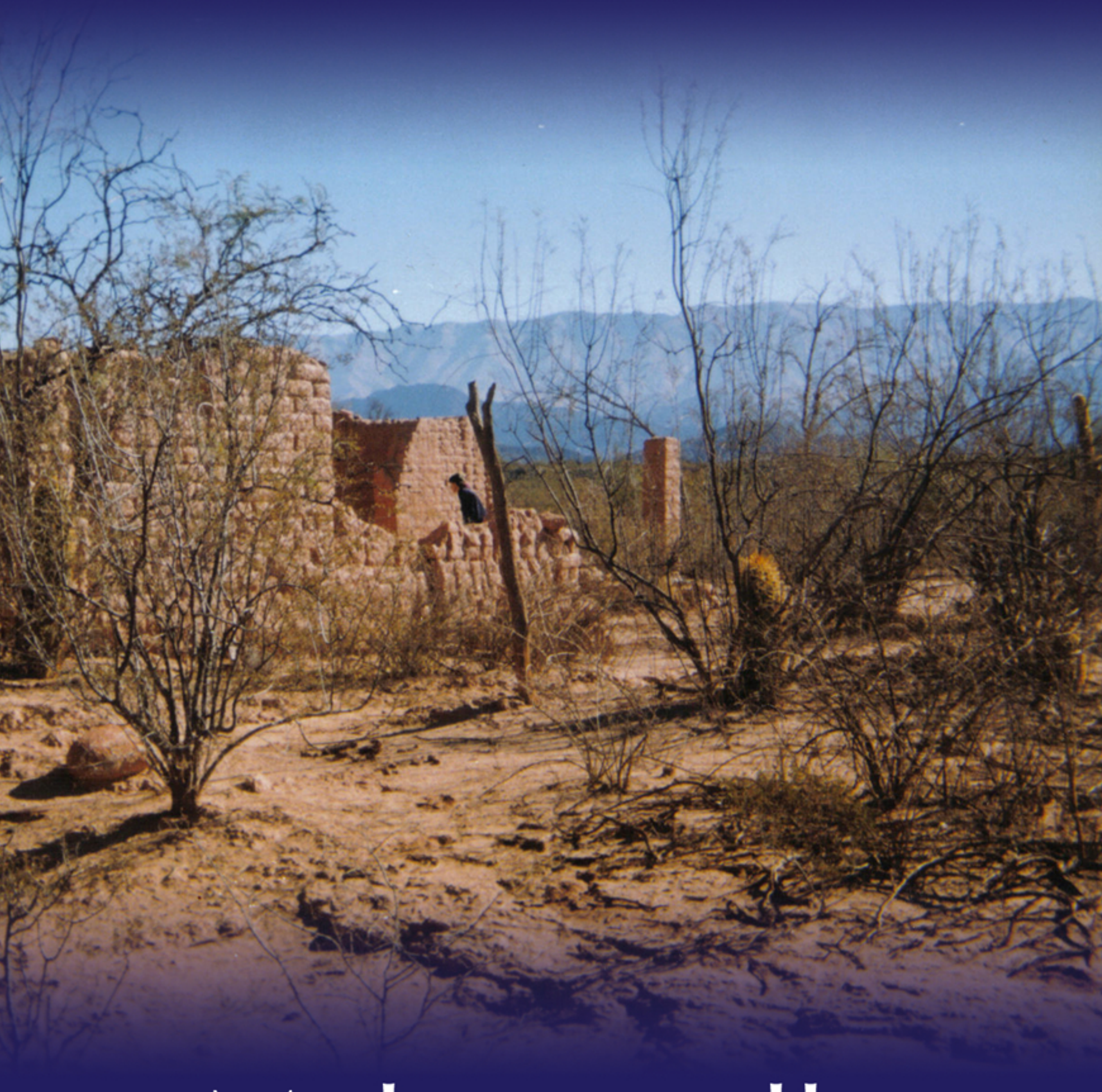
Gregorio Echeverría



Mala estrella

Mala estrella


EX·LIBRIS
GRIMALDO EZCURRA

Gregorio Echeverría

Mala estrella



Echeverría, Gregorio
Mala estrella. - 1a ed. - Ricardo Rojas : el autor, 2013.
320 p. : il. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-33-4088-8

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 07/11/2013

ISBN: 978-987-33-4088-8

Diseño gráfico
Dissegnogrosso

Foto de tapa
Claudio García / Chañarmuyo (La Rioja) 2004

Interior
Ilustraciones (intervenidas)
José Luis Salinas, argentino 1908-1985

A Nicolás Bratosevich
quien me mostró el camino,
in memoriam.

A los que son
a los que fueron antes.

Y a todos los demás.

Acerca de Gregorio Echeverría y el arte del cuento

1

Tanto la teorización como la reflexión ensayística sobre el cuento en tanto modalidad discursiva han girado casi indefectiblemente en torno a la proposición o discusión de un concepto de cuento, una definición que no sólo permitiera establecer sus límites respecto de otras modalidades literarias (o no) que le son próximas, sino también avanzar hacia el reconocimiento de las que serían sus características distintivas y hacia la comprensión de las razones de su importancia literaria y cultural. Pero situarse frente al problema de la definición del cuento es colocarse ante una paradoja, porque el cuento es presentado a la vez como el más definible y el menos definible de los géneros.

En efecto, para numerosos autores, en una primera instancia, el cuento es posible de ser definido de manera muy clara y precisa. Esta concepción se explica tal vez en razón de la eficiente capacidad intuitiva del lector común para distinguir un cuento de otro espécimen literario (lo que podría ser llamado su “competencia cuentística”), pero también porque algunos de sus rasgos definitorios apuntan justamente hacia la concisión, el rigor y la precisión. Mariano Baquero Goyanes, por ejemplo, lo ha calificado de “preciso género literario”. Y Brander Matthews escribía ya en 1901:

… el cuento es una de las pocas formas literarias definidas de manera nítida. Es un género en los términos de Brunetiére, una especie, en los de un naturalista, tan original y tan múltiple como la misma lírica. Es una entidad tan diferenciada como la épica, la tragedia o la comedia. La novela, entre tanto, carece de una individualidad semejante, tan nítidamente definida. Ella es -o al menos puede ser- cualquier cosa.

No deja de ser interesante el contraste cuento/novela propuesto por Matthews en relación con la definibilidad de los respectivos géneros. El crítico norteamericano coincide parcialmente en esta apreciación con el soviético Mijaíl Bajtín, quien unos 30 años más tarde propondría la "inconclusividad" -o carencia de rasgos genéricos precisos- como una paradójica característica definitoria de la novela. Según su concepción y en contraste con modalidades discursivas más estructuradas como la épica clásica o la comedia renacentista, la novela, de acuerdo con esa concepción fundaría su radical modernidad en ser el género proteico por excelencia, abierto a todas las posibilidades temáticas, estructurales y procedimentales. A partir de este contraste, surgiría entonces el cuento como una modalidad discursiva más estructurada, más "cristalizada" en términos de Bajtín, cuya definición debía convocar un acuerdo -básico al menos- de críticos y cuentistas.

No sucede así, sin embargo. Y he aquí el otro lado de la paradoja. La dificultad de acotar en términos precisos una definición de cuento se ha convertido también en una constante entre quienes abordan el tema. El mismo Baquero Goyanes, quien nos había propuesto al cuento como un "preciso género literario", introduce su definición pocas líneas antes con grandes dudas y matizaciones diciendo:

"Semejantes vacilaciones ante la posibilidad de formular una definición precisa de un género que se estima preciso y definible, son compartidas por muchos otros autores. Julio Cortázar, quien ha expresado su "certidumbre de que existen ciertas constantes, ciertos valores que se aplican a todos los cuentos, fantásticos o realistas, dramáticos o humorísticos…", no tarda en enfatizar inmediatamente que se trata de un "género de tan difícil definición, tan huidizo en sus múltiples y antagónicos aspectos y en última instancia tan secreto y replegado en sí mismo…".

Ante tal dificultad, algunos prefieren la vía indirecta pero en ocasiones mucho más certera de la comparación o la metáfora. El cuento es análogo entonces, por ejemplo, a "una flecha que, cuidadosamente apuntada, parte del arco para ir a dar directamente en el blanco" (Quiroga), o a ciertos animales como el tigre (Bosch), o el lince y el topo (Balza, a partir de Ramos Sucre), capaces de simbolizar algunos de sus rasgos medulares, o a un match boxístico ganado por knockout (Cortázar). En uno de los varios ensayos que este último dedica al problema, se encuentra un hermoso esfuerzo poético por definir el cuento, ese "caracol del lenguaje", valiéndose de una sucesión de imágenes.

Es preciso llegar a tener una idea viva de lo que es el cuento, y eso es siempre difícil en la medida en que las ideas tienden a lo abstracto, a desvitalizar su contenido, mientras que a su vez la vida rechaza angustiada ese lazo que quiere echarle la conceptuación pura para fijarla y categorizarla. Pero si no tenemos una idea viva de lo que es el cuento habremos perdido el tiempo, porque un cuento en última instancia, se mueve en ese plano del hombre donde la vida y la expresión escrita de esa vida libran una batalla fraternal, si se me permite el término; y el resultado de esa

batalla es el cuento mismo, una síntesis viviente, a la vez que una vida sintetizada, algo así como un temblor de agua dentro de un cristal, una fugacidad en una permanencia. Sólo con imágenes se puede transmitir esa alquimia secreta que explica la profunda resonancia que un gran cuento tiene en nosotros.

La teoría del cuento se debate así intentando apresar un objeto tan escurridizo que llega a ser pensado como inefable. Sus esfuerzos no han sido sin embargo completamente vanos. Porque quien siga su trayectoria -y esa podría ser tal vez la principal utilidad de una recopilación como la que aquí ofrecemos- podrá quedarse con algunos rasgos o elementos que destacan o son llamativamente reiterados en las diferentes nociones de cuento resultan capaces por tanto de contribuir a la mejor comprensión de esta perdurable e influyente modalidad discursiva.

No trataremos nosotros por supuesto, en estas páginas introductorias, de alcanzar esa precisa definición de cuento que ha eludido en definitiva a tantos estudiosos y practicantes del oficio. Más bien nos proponemos apuntar hacia los criterios o categorías más frecuentemente utilizados por los autores en sus esfuerzos definitorios. Ellos serán narratividad y ficcionalidad, extensión, unicidad de concepción y recepción, intensidad del efecto, economía, condensación y rigor.

2

Narratividad y ficcionalidad son las categorías de base, las premisas conceptuales del cuento en tanto modalidad discursiva. Tienen que ser los primeros y más amplios entre sus semas identificadores. Ante todo, el cuento es y no puede no ser un rela-

to. En tanto relato, y valga por legítimo el juego de palabras, todo cuento debe dar cuenta de una secuencia de acciones realizadas por personajes (no necesariamente humanos) en un ámbito de tiempo y espacio. No importa si son acciones banales o cotidianas, no importa si se trata de acciones interiores, del pensamiento o la conciencia, tampoco si la dislocación espacio-temporal de su ejecución forma parte de la estrategia narrativa: aun en la hipótesis de que exista y pueda narrarse una situación estática, un estado invariable, el cuento sería siempre el relato, la narración, la historia de su percepción por parte de uno o más sujetos.

En este sentido, resulta admirable la limpieza y nitidez de la definición alcanzada por Guillermo Meneses, definición que formula, por cierto, tras muchas dudas sobre su pertinencia y aplicabilidad práctica: “Bien se podría afirmar -dice- que el cuento es una relación corta, cerrada sobre sí misma, en la cual se ofrece una circunstancia y su término, un problema y su solución.” Tal vez algunos cuentos contemporáneos -entre ellos varios del propio Meneses- se resistan, estrictamente, a ingresar en esta definición. No hay duda, sin embargo, de que la narratividad tendría que proponerse teóricamente -hasta en los textos cuentísticos más experimentales- como condición definitoria fundacional.

Pero lo narrativo es una categoría aún demasiado amplia, que conviene a una inmensidad de manifestaciones discursivas. Relato son o pueden ser los chistes y las noticias del periódico, los partes militares y los informes técnicos, los expedientes judiciales y las narraciones deportivas. Aun antes de entrar en el discernimiento de los rasgos propiamente cuentísticos, hace falta introducir una categoría que reduzca todavía más el ámbito conceptual. Y ella parece ser la de ficcionalidad, que comparte el cuento

con las otras modalidades discursivas literarias y de manera más estricta con las de carácter narrativo, especialmente con la novela, su hermana y permanente punto de contraste. De esta manera, la narratividad vendría a ser -ahora en un nuevo sentido intraliterario- la manifestación específica en algunas modalidades discursivas de lo que Roman Jakobson llamó “literariedad”; es decir -en tanto se trata de relatos o relaciones de hechos ficcionales- su modo particular de ser literatura.

El cuento literario, ya que es principalmente a él que aquí nos referimos, implica la concepción y elaboración estéticas de una historia, es decir, su ficcionalización. El cuento “literario” o cuento “moderno”, como se le ha calificado para distinguirlo del cuento oral o tradicional, es una representación ficcional donde la función estética predomina sobre la religiosa, la ritual, la pedagógica, la esotérica o cualquier otra. El cuento literario es, como dice Raúl Castagnino, un “artefacto”, es decir un objeto artístico, cuyo grado de figuratividad puede variar, al igual que en las artes plásticas, pero que guarda por lo común -por el hecho de ser esencialmente la narración de una historia- una cierta relación de representación o mimesis con alguno o algunos de los ámbitos de lo real. Esto incluye -nos apresuramos a decir- desde el esfuerzo realista más depurado (que no es, por supuesto más que un tipo de representación, una forma entre otras de cartografiar la multiforme realidad) hasta las fronteras más lejanas de lo imaginario, lo fantástico, lo maravilloso, lo onírico o lo objetual.

La relación de dependencia entre la historia narrada y la llamada “realidad real”, en el sentido más amplio que pueda darse a esta expresión, ha sido a menudo foco de atención de los ensayistas y tratadistas sobre el cuento. Seymour Menton, por ejem-

plo, comienza su definición diciendo que el cuento "es una narración, fingida en todo o en parte". Hoy en día, sin embargo, el desarrollo de la teoría del referente literario ha relativizado saludablemente esta pregunta por la vinculación o falta de ella entre lo "verdadero" y lo "fingido", llegando a concebir como ficcional -por principio- absolutamente todos los elementos de la historia representada en un relato literario. No interesa en ese sentido a la crítica ni a la teoría literarias si es posible o no rastrear alguna vinculación "factual" (biográfica, experiencial, histórica o documental) entre lo narrado y algún objeto, personaje o acontecimiento "de la vida real". Siempre habrá, por supuesto, homologías o vinculaciones visualizables subjetivamente, pero ellas están allí precisamente como parte del proceso de significación. Desde esta perspectiva entonces, podría decirse que todo es "fingido" y es en ese "fingimiento", como han expresado varios narradores con distintas palabras, donde reside precisamente el meollo de la ficción. Ella es precisamente eso: una mentira que sirve (tal es al menos su intento) para expresar una verdad.

La relativa brevedad de su extensión es el rasgo caracterizador más visible e inmediato y por consiguiente el más frecuentemente mencionado por quienes han intentado acercarse al concepto de cuento. Antes aún, es sobre esa relativa brevedad que se apoya, en primera instancia, el criterio del lector común para distinguir el cuento de otros géneros narrativos y especialmente de la novela. Breve o corto es el calificativo que destaca en el nombre de la modalidad discursiva en inglés (short story) y el que en español resulta asumido -con énfasis llamativo- por algunos de nuestros autores. Cortázar, recordemos, titula el más conocido de sus ensayos sobre el tema: *Del cuento breve y sus alrededores.*

Y digo relativa brevedad porque son muchos los rangos de extensión y numerosas las formas de medirla que han sido propuestos. Se ha señalado como extensión estándar o ideal o límite del cuento aquella que haría posible su lectura en un tiempo comprendido entre treinta minutos y una o hasta dos horas; o aquella que permitiría leerlo en una sola sesión continua. Por otra parte se ha intentado, con éxito también muy escaso, señalar pautas de extensión en número de páginas o de palabras. Tales esfuerzos de cuantificación están, por supuesto, llamados al fracaso; ya que todas estas medidas, o son tan amplias que incluirían prácticamente cualquier tipo de relato o podrían ser cuestionadas a partir de éste o de aquel cuento en particular. El llamado "microrrelato", por ejemplo, alcanza posiblemente, en *El dinosaurio* de Augusto Monterroso, el límite mínimo de las siete palabras. Mientras tanto, algunos cuentos (digamos, *Las hortensias*, de Felisberto Hernández) se extienden más allá de las 50 páginas, colindando así, sin dejar de ser tales, con la llamada novela corta.

Y es que la extensión de un relato es, por sí misma, insignificante. No es ella per se lo que hace que una narración sea o deje de ser un cuento. Si fuera así podríamos conceptuar como cuento a un capítulo breve extrapolado de cualquier novela. Es necesario atender al sentido, la función, la razón de ser última de esta brevedad del cuento. Ella no es un capricho de los autores, o de los teóricos, no puede ser impuesta en sí misma como un fin o como un ideal, menos aún como un precepto. Es más bien un requerimiento de la exquisitez estructural que debe ser un buen cuento. Y es mucho lo que Edgar Allan Poe nos ha enseñado sobre este aspecto.

3

Como lo muestran los textos de Poe sobre el cuento, textos verdaderamente fundacionales de la moderna concepción del cuento. Él comprendió la necesidad interna y externa, estructural y psicológica, de la brevedad. Según su propia noción romántica, que tan vasta influencia ha tenido en la teoría y la práctica de esta modalidad discursiva, el verdadero cuento tiene que ser relativamente breve por una razón fundamental. Debido a esa especie de ley universal de la proporción inversa entre intensidad y extensión, según la cual sólo lo breve puede ser intenso. En otras palabras, un relato sólo puede producir el efecto deseado (efecto que es central en su noción de cuento) con la intensidad deseada, cuando -por ser breve- su recepción por parte del lector puede darse en una sola sesión, de manera concentrada e ininterrumpida. Esta necesaria brevedad relativa está a su vez relacionada con otras notas características del cuento que pasaremos a observar de inmediato con mayor detalle.

La unidad de concepción y de recepción como características del cuento moderno son nociones correlativas que de manera coherente hallan también su fuente en la poética narrativa de Poe, pero que encontrarán fecundo desarrollo en narradores latinoamericanos de relieve como Quiroga, Bosch o Cortázar. Para ellos, el cuento se aproxima al poema y se distingue de la novela porque su concepción o visualización inicial por parte del autor suele ser instantánea y porque su recepción debe por necesidad darse también en un lapso único, breve e intenso.

Aunque pueda nutrirse de experiencias o conocimientos de orígenes muy diversos, aunque su elaboración artística pueda

luego ser prolongada, laboriosa y gradual, el cuento, por lo común, asoma a la superficie de la conciencia de un solo golpe, aparece ante ella súbitamente, como el fogonazo de un flash, corresponde a una impresión única y vigorosa que halla, en el mismo acto de aparecer, su esencial formulación narrativa. Esta aparición repentina (lo que Bosh llama el hallazgo del tema de un cuento y Cortázar identifica con una situación de insoportable urgencia creadora que compele al cuentista a dejar de lado cualquier otra actividad hasta encontrar cumplido el cuento) trae consigo para algunos cuentistas -al menos en ciertas ocasiones- una verdadera situación límite. Es el comienzo de un viacrucis apasionado, de una suerte de estado de trance en busca del preciado organismo semiótico capaz de representar cabalmente su hallazgo intuitivo, sin traicionar el milagro pero sin dejar que su luminosidad los arrastre lejos de la imprescindible coherencia de sus reglas de juego internas.

El proceso de producción de una novela es un fenómeno diferente. Y también aquí el contraste es iluminador. El novelista, aun cuando posea desde el comienzo una visión de conjunto de su programa ficcional, se orienta de ordinario hacia un panorama sociohistórico o psicológico mucho más vasto, se apoya mucho más en el estudio y la documentación de la realidad amplia que ha enfocado y trabaja con la gradualidad que exige la dimensión macro de su obra. Si el trabajo del novelista pudiera asemejarse al proceder necesariamente gradual del equipo arquitecto-diseñador-constructor-artesano-decorador en un proyecto arquitectónico de envergadura, el del cuentista, por contraste, a causa de la dimensión de miniatura artística propia del cuento, se asemejaría más al del orfebre o el relojero, al del miniaturista, que concentran su aten-

ción con la mayor intensidad en un objeto reducido, cuidando del detalle, de la minuciosidad, de la precisión. Pero de eso nos ocuparemos más adelante.

Y tan importante como la unicidad del instante de concepción del cuento es la del momento de su recepción. La lectura del cuento es diferente también de la lectura de la novela. En esta última, se trata un progresivo sumergirse en un mundo complejo y “completo”, que va siendo asimilado (o al que uno va integrándose) en sucesivas etapas de lectura. La novela opera por acumulación, se vale principalmente de la memoria asociativa y requiere de una distensión o “respiración” temporal y anímica (de un ser tomada y dejada repetidas veces) que permita la construcción gradual -ahora en la interioridad de quien lee- del mundo ficcional representado.

Como mecanismo de precisión que es, el cuento, por el contrario, requiere ante todo de la atención concentrada del lector. Para poder producir en él aquel “efecto preconcebido, único, intenso, definido, de que habla Poe, el cuento debe ser leído “de una sola sentada”. Como bien dice el maestro norteamericano refiriéndose al poema:Toda gran excitación es necesariamente efímera. Así, un poema extenso constituye una paradoja. Y sin unidad de impresión no se pueden lograr los efectos más profundos.

No hay nada extraño, pues, en este fenómeno psicológico sobre el que se fundan la brevedad, la condensación y la intensidad requeridas por el cuento. Si su recepción no es lo suficientemente atenta y concentrada y, sobre todo, si su lectura resulta interrumpida, voluntariamente o no, “se rompe el encanto”, “se daña el experimento”, y el impacto que se buscaba -ese otro “milagro”, correlativo al primero, del lado del receptor- se pierde por

completo o se produce con una potencia mucho menor que la deseable. Tal vez esta diferencia de requisitos de lectura pueda explicar un fenómeno que me llamó la atención en el "tube" de Londres: funcionarios, secretarias, estudiantes o ejecutivos, po-dían devorar gruesas novelas mientras colgaban de las barras del metro, en camino o de vuelta de sus respectivas ocupaciones, pero nunca vi a nadie, en tales circunstancias, portando un volumen de cuentos.

La unicidad e intensidad del efecto se encuentran así íntimamente vinculadas con estas condiciones de producción y recepción. Según múltiples testimonios de los devotos del género y lo que uno mismo ha percibido, al menos en algunos casos, este impacto súbito de un buen cuento (recordemos las imágenes del puñetazo, la flecha y el flash), cuando se cumplen los requisitos de lectura, suele imprimir una huella definida y a veces definitiva en el receptor. Es esto lo que se ha llamado "unicidad e intensidad del efecto". La relativa brevedad del texto, que permite su lectura íntegra en una sola sentada y sobre todo la atención del lector concentrada en el objeto, son, podría decirse, las condiciones mínimas que hacen posible un efecto de esta índole.

Este "momento de la verdad", a menudo relacionado con una impresión de sorpresa, al que accede el lector en el momento climático del relato, después de haber sido adecuada y gradualmente preparado para ello por todo el resto del cuento, produce en él un instante de comprensión: un cierto cambio en su mundo interior y en su manera de mirar, después del cual, "nada volverá a ser igual". Esta especie de "milagro" no se produce por supuesto en todos los ejercicios de lectura de cuentos, ni siquiera puede de-

cirse que ocurra con frecuencia, pero tal vez no sea otra la meta, el blanco, de todo cuento y de todo cuentista.

Aunque en este siglo el cuento ha adquirido una notable versatilidad y se mueve como pez en aguas de muy diversos temas, tonos y orientaciones, esta atención al efecto definido y definitivo se relaciona con una concepción romántica (Poe mediante, una vez más) que no ha dejado de tener vigencia. Según ella, el cuento -precisamente a través de la producción de este efecto intenso y definido- sería expresión de realidades intangibles; sería como una puesta en contacto con el misterio -a la vez cósmico y psicológico- que el hombre presiente pero al que normalmente no tiene acceso. Es a esta orientación a la que alude Mary Rohrberger cuando asienta:

"El cuento [moderno] deriva de la tradición romántica. La visión metafísica de que el mundo consiste en algo más que aquello que puede ser percibido a través de los sentidos proporciona una explicación convincente de la estructura del cuento en tanto vehículo o instrumento del autor en su intento de acercarse a la naturaleza de lo real. Así como en la visión metafísica, la realidad subyace al mundo de las apariencias, así en el cuento el significado subyace a la superficie del relato. El marco de lo narrativo encarna símbolos cuya función es poner en tela de juicio el mundo de las apariencias y apuntar hacia una realidad más allá de los hechos del mundo material."

La referencia me parece justa y relevante por dos razones. En primer lugar porque, a pesar de que muchos cuentos contemporáneos son guiados por propósitos muy diferentes (lo humorístico o lo testimonial, lo ideológico o lo experimental), la tradición persiste. Y en un cuentista de primera línea como Cortázar

encuentra un desarrollo vigoroso y consistente. No sólo hay en sus ensayos numerosas reflexiones al respecto, sino que su obra de ficción resultaría incomprensible sin esta referencia a lo que Jaime Alazraki denominó, desde el título de su libro sobre la cuentística cortazariana, la *Búsqueda del Unicornio*, adscribiéndola a la noción de lo neofantástico. Es más, desde la visión cortazariana del mundo, el arte como tal, en sus múltiples manifestaciones, sería sobre todo una vía de acceso (y de ascenso), un posible umbral, hacia esa otra realidad, presentida a veces por el ser humano como una suerte de ciego escozor, pero que sólo es capaz de vislumbrar a través de experiencias-límite, rompedoras de la cotidianidad, como las que se producen -sólo de vez en cuando- en la experiencia estética (como en la intimidad sexual, la solidaridad humana verdadera o la vivencia religiosa). Desde esta perspectiva, un buen cuento sería entonces (como el saxo de Johnny Carter o la cámara fotográfica en *Las babas del diablo* o el teatro en *Instrucciones para John Howell* y *Final del juego* o la plástica en *Orientación de los gatos* y *Grafitti*) una posibilidad, tanto para el productor como para el receptor, de trascender lo superficial, lo “sabido” y lo ilusorio y, como dice Rohrberger, de “acercarse a la naturaleza de lo real”.

La cita alude a la relación entre el significado profundo y su “superficie”, es decir, si lo vemos del lado inverso, al sustrato material sobre el que debe asentarse la significación. Es a esta superficie o sustrato que debemos dirigirnos antes de terminar, porque estos “milagros” humanos correlativos de que hemos hablado al referirnos a la concepción y recepción del cuento sólo pueden producirse cuando están asentados sobre una base lingüística y literaria, sobre una técnica, sobre un oficio, sobre un trabajo.

4

Economia, condensación y rigor son los últimos rasgos que hemos encontrado reiterados en los intentos por definir y caracterizar al cuento. En el esfuerzo por lograr estas "virtudes" narrativas, se ponen en ejercicio los elementos técnicos que funcionan como eslabones entre aquel momento único de la intuición inicial, donde el cuento es concebido, por una parte, y el impacto, también único, producido sobre el receptor. En otras palabras, en el trabajo que implica la consecución de la economía, la condensación y el rigor, reside la imprescindible preparación de aquellos "milagros". Este trabajo se funda sin duda y se nutre del brillo de aquella concepción inicial, instantánea y apasionada, pero sólo puede desarrollarse "con los pies en la tierra", mediante el ejercicio paciente de la escritura, a través de la utilización de determinados recursos y técnicas, y con la ayuda de una experiencia, de un oficio.

Hemos dicho antes que la brevedad del cuento es una condición para lograr el efecto único e intenso. Pero la brevedad no puede ser la consecuencia de una mera decisión del autor de no ser extenso. Es obvio, como ya dijimos, que no cualquier brevedad es, por sí misma, suficiente. La economía es ya un primer paso en dirección hacia esta deseada brevedad intensa. En un cuento, han dicho algunos practicantes del género, corregir es podar. Y algunos cuentistas eximios como Juan Rulfo o Augusto Monterroso han hecho de la parquedad o de la brevedad resultante objetos de culto literario. En este sentido, el principio consabido es que un buen cuento debe incluir todo y sólo lo necesario para lograr su cometido. Todo lo que no contribuya a la consecución

del efecto no sólo está de más, sino que actúa en contra de ese logro. Pero el recato, la selectividad, la “poda”, no bastan. Otros recursos deben ser utilizados como fuelle para aumentar la presión de esa máquina de significación que es el cuento, para incrementar su intensidad y por consiguiente su impacto.

En definitiva, la brevedad de un buen cuento sólo puede ser lograda de dos maneras. El recurso más evidente, y el que algunos autores consagran como requisito, consiste en la elección de una historia que sea en sí misma válidamente sencilla, sin dejar de ser interesante; una historia relativamente limitada en cuanto al número de sus elementos narrativas (personajes, líneas accionales, entorno espacio-temporal, sistema simbólico, estrategias narrativas) y a la complejidad general de la estructura resultante. Pero hay numerosos ejemplos de cuentos donde estas condiciones no se cumplen. En ellos suele utilizarse un segundo procedimiento que es más frecuente aún. Me refiero al tratamiento al que una historia -no necesariamente unilineal y sencilla- puede ser sometida de manera voluntaria por el autor, mediante el uso de determinados recursos retóricas, con el objeto de condensarla, haciéndola al tiempo más breve y más intensa.

Pero los recursos de condensación se encuentran a menudo asociados con aquellos otros que se proponen la intensificación. Y si bien ambos pueden ser y son de hecho utilizados en todo tipo de obras narrativas, en el logro de un buen cuento parecen volverse cruciales. Cuando hablo de recursos de intensificación, me refiero en primer lugar al manejo de la intriga, es decir, a la construcción gradual de una expectativa al plantear una situación problemática de cuya resolución justa, ingeniosa, inesperada (recordemos la definición de Meneses), pende a menudo la vida

del texto cuentístico. Piénsese por ejemplo en la incertidumbre creada por las sucesivas *Cartas de mamá* en el relato cortazariano de ese nombre.

Al otro lado de la moneda narrativa, está el manejo de la sorpresa: Ese deseo de encontrar una respuesta o una salida, preparado gradual e imperceptiblemente en el lector a lo largo del relato, necesita casi siempre la contraparte de una adecuada sorpresa. Porque una resolución previsible se encuentra a pocos pasos de la frustración, del desencanto, y -por consecuencia- de la falta de efecto. Es a menudo una buena sorpresa, esa que con frecuencia aguarda al lector en las líneas finales del cuento, la que puede desencadenar ese efecto; es decir, ese rayo de comprensión, mezclado a veces con alguna dosis de humor (como en *El eclipse*, de Monterroso) o de vértigo existencial (como en *Las ruinas circulare*s, de Borges). Y desde la perspectiva nueva que resulta abierta por esa resolución sorpresiva, la historia contada, así como muchos de sus elementos particulares y recursos narrativos, resultan reevaluados, resemantizados, produciéndose entonces esa necesidad apremiante de relectura tan característica de los cuentos bien logrados. El lector desea, necesita saber (paladear, podría decirse), cómo fue que el cuento lo condujo hasta ese efecto.

Desde esa perspectiva reveladora del final y a través de nuevas lecturas, resulta posible advertir el uso de otros recursos que trabajan a lo largo del relato para contribuir al logro de la intriga y la sorpresa o para diversificar el alcance de su significación. Entre ellos merecen destacarse, como los más comunes, la dosificación de la información, las falsas pistas y el cultivo de la ambigüedad, los cuales, por distintas vías, ayudan a acentuar el

interés del lector, lo hacen participar en el desenredo de la madeja narrativa y preparan el momento culminante.

Esta referencia a los recursos retóricas del cuento no estaría completa sin una mención, aunque sea breve, de los procedimientos de estilo y elaboración del lenguaje. En algunos relatos es en el tono de escritura, en el logro (a veces paródico) de un determinado registro expresivo o en la utilización de ciertas violaciones de la norma lingüística o literaria, donde se halla la clave del logro narrativo. Cuando Rulfo "hace hablar" a los elementos del paisaje jaliscense, valiéndose de aliteraciones y onomatopeyas; cuando Cortázar parodia el manual de instrucciones en textos como *Instrucciones para subir una escalera* y Monterroso hace lo propio con la fábula tradicional en sus breves relatos de *La oveja negra y demás fábulas*; cuando Luis Britto García narra la fugacidad de la vida humana en una sola cuartilla consistente en una mera lista de objetos, cuyo único verbo es el "Ser" que le da título, nos encontramos entonces ante algunas de las múltiples variantes que el cuento es capaz de adoptar valiéndose de las inagotables posibilidades del lenguaje y de la composición narrativa.

Hay sin embargo un aspecto que unifica las posibilidades de desarrollo de los recursos técnicos que están a disposición del cuentista. Es éste el último entre los rasgos elegidos, por su reiterada mención en los diversos textos, para caracterizar al cuento: el rigor o rigurosidad en la ejecución. Si bien por principio en toda obra literaria los elementos formales están estrechamente asociados a la significación resultante, en el cuento -por ser tan sensible como hemos visto, por constituir una especie de mecanismo de relojería narrativa- esta dependencia se incrementa y se exacerba al máximo.

Son varios los autores que se refieren al origen etimológico de la palabra cuento como recurso para enfatizar este aspecto. El cuento (narrativo) y la cuenta (matemática) encuentran así una filiación común en el "computus" latino, sustantivo derivado del verbo "computare", que significa "contar", enfatizando a la vez el carácter narrativo del cuento (un gradual dar cuenta de ciertos acontecimientos) y su necesidad de precisión matemática. Podría decirse entonces, paradójicamente, que el cuento está tan marcado, tan ceñido por la necesidad de precisión y rigor, que en él "el orden de los factores" (y su selección y su jerarquía y su proporción) sí "altera el producto".

Es por ello que si el cuento (y en esto una vez más se aproxima a la poesía lírica) nace de una revelación instantánea y en una impresión instantánea se cumple en quien lo lee, ambos momentos de culminación y plenitud requieren de una ingeniería laboriosa, de un trabajo artesano por parte de un escritor experimentado. Todas estas condiciones reúne *Mala estrella*, esta recopilación de cuentos escritos por Gregorio Echeverría, un escritor de gran creatividad, riqueza de lenguaje, narratividad con ángulos variados e, inclusive, inesperados y una ficcionalidad que se confunde con realidades limítrofes con el surrealismo y la realidad más cruda. Su síntesis es perfecta. La progresión de las tramas, inquietante. Si técnicamente es perfecto, creativamente despierta imaginaciones y figuras que trascienden la lectura a un más allá temporal. Hay economía, condensación y rigor.

Igualmente, *Mala estrella* debe encontrar su contraparte en la participación también activa del lector, quien necesita concentrar su atención en el seguimiento de la trama o en el desciframiento del enigma. De esta manera, para que el ideal estético del

cuento se realice hace falta la confluencia paradójica de la intuición y el trabajo, de la disciplina.

Gregorio Echeverría es un gran y prolífico escritor y merece ser leído con los tiempos, los espacios y las reflexiones de un lector atento. Los cuentos de *Mala estrella* deben ser leídos y releídos. Siempre se encontrará algo nuevo. Es un libro para tener al lado de la cama, abrirlo al azar y gozar con la lectura de sus cuentos, uno por uno. Paso a paso, saboreándolos.



Eduardo Devrient
Vaqueros, Salta, 9 de octubre de 2013

Preludio

La comarca es patrimonio ancestral de los barones. Los primeros barones abren picadas río abajo y monte arriba, a lomo de sus cabalgaduras engualdrapadas, lanza y arcabuz en ristre. Los barones y sus perros. Mastines funebreros adiestrados en echarse al cuello de indios y negros cimarrones.

Los barones no nacieron en la comarca. Llegaron en barcos, carabelas, bergantines y a veces galeones. Son gentes de guerra los barones. Los monarcas no los quieren en Europa, porque los barones son malhumorados y exigentes y llenos de ínfulas y grosería. Hijos segundones a quienes nada ha correspondido de las herencias paternas, porque el papa y los reyes nada quieren saber de dividir sus latifundios. Ducados, marquesados y condados, permanecen en poder del mayor de cada familia, los segundones graciosamente desheredados, típicos Juan sin Tierra o Godofredo sin Dinero.

Siglos atrás se los han sacado de encima mandándolos a guerrear a Tierra Santa. No menos de media docena de cruzadas emprenden alegremente los barones, enardecidos por la promesa de sangre, riqueza y fama. Sangre derraman, mucha e inocente. La riqueza queda al final en manos de los mercaderes que arman los ejércitos. Y la fama… pues la tienen a su cargo escribas y trovadores avezados en adular el coraje de sus amos.

Los barones van regresando —los que salvan el pellejo— llenos de angurria y fanfarrones que no los sujetan las coronas ni las mitras. Están en grave riesgo las reyecías, pues sin mando de soldados ni armamento se sienten a merced de barones holgaza-

nes y de nobles innobles. Conque se hace imperioso abrir horizontes nuevos a los barones exacerbados y violentos, más allá de los mares, de donde no haya retorno, a ser posible. Al Reino de Nunca Jamás.

Se dibujan portulanos, se arman carabelas y se trazan rumbos. Se inventan bulas y se firman capitulaciones. Y allá vienen los barones con sus caballos y sus ínfulas a tomar posesión del mundo nuevo. Esto es poco más o menos lo que alcanzan a hilvanar mis pobres neuronas agobiadas por los años y la desesperanza. De esto o de algo parecido platicaban los cartabones de nuestras primeras letras de primaria. Que enseñaban cuanto se requiere para llegar a ser un buen ciudadano. O más o menos. O menos.

Fueron tiempos de *La Noche Triste*, *Lamento Borincano* y *Tarkus*. De lo que tanta regalía cobraron Castriota, Contursi, Rafael Hernández Marín y Emerson Lake & Palmer. Y si no ellos SADAIC. Incluso hubo al menos un litigio entre los herederos de Contursi y los de Cortés. Los de Hernán, no los de Alberto, vamos. No es mi intención embrollar la madeja digo. Da para mucho la épica, eso es lo que digo. Hasta Dvorak y Ercilla y don Martín del Barco mojan su pan en esta sopa. Incluso don Borges, faltaba más. Todo así en general del lado de los Borbones. Anche los Plantagenet, los Hohenstaufend, los Braganza, los Habsburgo, los Orange y los Borja. El Nuevo Mundo resulta un minestrón nutricio en el cual la nobleza europea meterá algo más que los dedos, en su afán de acrecer y pelechar. Puesto a salvo como Dios manda el quinto real y el diezmo romano y la tasa realenga y la sisa capitular y la alcabala y los derechos de almojarifazgo, que lo cortés no quita lo valiente. Todo pesado y medido por un ejército

de chantres, notarios, oidores, guardianes del sello, arcedianos, regidores y corregidores. A poco la Terra Nova habrá de convertirse en una babel de almacenes, muelles, barracones, molinos, silos, hórreos, bodegas, sótanos, galpones y depósitos fiscales. Curtiembres y saladeros realengos, reales tejedurías, ingenios azucareros, secaderos de yerba mate y dehesas de la corona dan de comer (y de beber) a una caterva de sobrestantes, maestres, alarifes, capataces, ministriles, abrepuertas y lameculos, todos insertos en una sociedad rígidamente estratificada en la cual es desde ya mucho más fácil desbarrancarse que trepar.

Caer, lo que se dice caer, se precipita uno de golpe y sin tropiezos, que de eso se ocupan pregoneros de robusto buche y editores de pasquines y libelos sufragados por fondos especiales administrados por agentes especiales que reportan directamente a la corona. O como en el caso de Carlos IV, a quien se cura de mantener pulida la coña de la reina para que su alteza se dedique a la pesca de altura y al violín. Y a cobrar de las arcas suculento subsidio por familia numerosa. Uno de sus párvulos —un marrajo según lo sentencian su propia madre y su incierto padre— es Nuestro muy amado Señor y Rey don Fernando VII, aferrado con dientes y garras a la real corona, pero mucho más aferrado a las prebendas y jolgorio inherentes a una moral que no repara en transar hasta con los enemigos del reino y de su Dios con tal de conservar sus privilegios mal habidos y peor ejercidos. Mal hijo, mal padre y avaricioso gobernante, pacta con cuanto sinvergüenza se le pone al pairo, en pro de acumular poder terrenal, que del poder celestial tiene las debidas garantías, habida cuenta de sus interminables embrollos de mesa, cama y faltriquera con los patrones de Roma, cancilleres, nuncios, camarlengos y esbirros.

De todos modos y en honor a la verdad, antecedentes y no de los mejores hay en el reino desde siglos antes y perdura la seguidilla hasta nuestros días. Empezando por Sisebuto y Roderik, pasando por Pedro el Cruel, Enrique de Trastamara y una larga nómina de bizarros caballeros portadores de impávidas coronas, hemofilias, cangrinas, chancros sifilíticos y frondosos prontuarios en los que menudean el magnicidio, el parricidio, el uxoricidio anche el filicidio. O sea de los que no dejan títere con cabeza. Llegando hasta los que no dejan comandante con lengua ni elefante con trompa. ▮

Cuando tengas algo que decirme

La voz del hombre es la marca del Señor en nuestra propia carne, hijo mío. La voz del Señor alzada sobre las tinieblas del abismo se hizo lengua en el Espíritu y fue el Espíritu quien dio a los discípulos el don de lenguas para alejar del pecado a las naciones. Dios Nº Señor y Sus Altezas se dignaron poner su mirada sobre este humilde siervo para establecer en estos mundos el reino y el milagro de la divina consolación. Presta pues orejas, hijo mío, a la palabra de este portavoz que con amor fraterno te suplica. Duélenme en el alma tus pìernas rotas y tus brazos que el verdugo quebrara nomás a un abajamiento de cejas de nuestro Capitán. Me hago cargo de todo tu dolor y de tu tanta pena. Duélenme asimismo y por el Santo Nombre lo confieso, tus ojos cegados por el ardiente beso de una espada flamígera. Y me hiere la herida de tu lengua que retirada de tus fauces fuera cercenada a filo de puñal y echada a la jauría de canes cimarrones. Tu mutismo no es ya, pues, a causa de contumacia ni herejía, sino por verte devuelto a estados primigenios del silencio inocente de los espíritus templados y los santos. Noble y bendecido sea tu dolor entonces, ese dolor te hermana a Jesucristo mismo. Puedes creerlo, hijo mío, es palabra de Dios. Ese dolor y tu silencio. Cuando tengas algo que decirme, ha de bastarte con un gesto. Yo sabré interpretar tu contrición y tu remordimiento. No permitas que vuelvan a abrirse tus heridas. No dejes escapar la tabla de salvación que te ofrece la infinita misericordia de la Iglesia y la justicia bondadosa de los Reyes Católicos. Un solo gesto y empeño mi palabra de absolución

eterna y la caritativa diligencia del verdugo. Te duermes entre pecadores y remisos, para resucitar entre las almas redimidas y los ángeles. Casi puedo escuchar tu pensamiento arrepentido. Un leve gesto nada más, un parpadeo apenas hace falta, por Christo nuestro Señor y Dios nuestro, no te condenes, hijo mío. ▮

Porque tus ojos se cerraron[1]

Curiosa memoria esta desmemoria mía. Olvidar lo que uno quisiera permanentemente tener entre ceja y ceja. Y recordar lo que abomina observar delante de sus narices, yendo y viniendo, una y otra vez, cual si pasando el aviso se pudiera rehacer lo deshecho o deshacer lo que nunca debió haber sido. Mal caldo se cocina en el caldero del architorcido enano, mal rayo lo parta. Si no fueran estas comodidades lóbregas amén de lúgubres, buena digestión me cupiera a la lumbre de sus maliciosos ojillos y a la sombra de sus soterráneas intenciones. Se dice que de mal lado proviene esta entre que quiere y que no quiere raza de bastardos chambelanes de pacotilla, saltimbanquis de vereda angosta, malabaristas de despeñaperros, trujamanes de allí me las deis todas, resaca de la resaca de lo que en los fondos queda pegado cuando ya lo lamieron y relamieron el amo y el chupatintas y el lameculos y el escrofuloso y el cornudo. Y pasará su jirafosa lengua con deleite por encima de las costras y por debajo de los fondos recocidos y requemados por generaciones de brasas y de grasas y de lejías a medias escurridas y más peor enjuagadas. Valiérame ocuparme de lo que resta hasta el amanecer más que de lo que pende de mi harto azarosa memoria y tanto más harto menguada ejecutoria.

Te veo, más que verte te escucho, más que escucharte te preveo, te presiento detrás de las reconditeces de este laberinto

---

[1] Integra el volumen *La cara del tigre*; Premio Municipal de Literatura “Luis José de Tejeda 2010” / © Editorial Municipal de Córdoba 2011, 316 pp. ISBN: 978-987-9129-50-0.

que pasará sin más ni otra gloria que la de las testas rodadas y los gaznates cercenados y las lenguas amoratadas y tumefactas a fuer de faltarles aliento y sobrarles garrote. Que mal papel le cupiera a un teseo si de transitar estas lobregueces se hubiera tratado su negocio. Lo mismo da al fin de cuentas una cuarta de cáñamo que una guillotina sibilante o la perdigonada de media docena de arcabuces o el filo del hacha. Ni para mejorar la lápida. Y si de epitafios se trata, más me valiera acortar lo extenso que procurar vanamente prolongar lo de por sí breve. Qué se diría de mí que no se dijera ya de quier varón de mujer parido que a fuerza de rodar y rodar habrá de dar al cabo lo que porfiadamente eludió otorgar de primeras. Poco valieron las aguas benditas del abate ni las monsergas del chantre que por encima de mi piojosa pelambrera devoraban el uno las lonjas de cecina pendientes de las cabriadas y el otro los pechos de mi madre turgentes de arrepentimiento y exigentes de unos cuidados y unos mimos que no fueran de seguro los que precedieran mi adviento.

Lo cierto que el uno por querer y el otro por no querer, se daban de puñadas estos hideputa delante de mi desnudez y mis hipos y los ayes de desaliento de mi madre, seguramente sabedora o palpitando que poca y mala cosa echara al mundo en mala hora. Y que tan mala, si no lo digan estas penumbrosas piedras y el ronroneo insensato de tanta cadena y grillete inútil, echando cuentas que fuera dellas solo caben el acecho del puma, o la quijada de los lobos, o la mordedura sibilante de alguna curiyú. Segura está la majestad del muy cornudo, cuando della se curan escribanos y monseñores y capitanes a los que por debajo de la mesa patea y alimenta todo a un tiempo y a una misma vez. Firme debe estar su estrella en el firmamento de sus noches sacrílegas y sus mañanas

rocambolescas y sus siestas pantagruélicas de mascarón de proa o de gárgola jacarandosa de la obsecuencia y el disparate adúltero de los esbirros y los pisaverdes y las zorras y los monaguillos y los camaleones y los heraldos. Generosa cohorte de palafreneros y sacamuelas y oidores y regidores y corregidores y alféreces y gerifaltes. Otrosí digo, rica como el tesoro que dejó Boabdil el moro allá en su Alhama oriental… Diviértete, mi señor, que la casa está en orden.

Puñetas, llano fuera mi destino malhadado de no haber echado mis primeros berridos en aquellos llanos donde aun no se alzaban las llamas de los rulfos, pero donde ya reptaban la codicia de los reynafeses y la sinecura de los bernardinos y la displicencia de los malagüeros y la tonsura de los fraymamertos y la dentadura de los hereñuces y la mellada sonrisa de los mastines de la fe. Qué importa ya si era la sangre del inca o el oro de la tierra o los ovarios lacerados del potosí o las gangrenas de los encomendados o unos mezquinos campos de aterrizaje de aquellos llanos que nunca serían mis llanos, porque nunca lo fueron cabalmente, salvo para el empeño de palabras falseadas y promesas que nomás salir de boca de los senadores ya olían a orín y apestaban a vestíbulo de supremas cortes de manga.

Ay de mí, en los ratos en que la malasangre y la acidez me lo permiten y el alevoso enano se aparte de mi entorno para dejarme saborear la simulación de una tranquilidad que no me desea ni yo tomo por veraz, acuden a los rezagos de mi desmemoria unos aires y unas endechas a los que mi ánima se aferra como si ya estuviera mi pellejo derivando sobre las aguas rancias de funebrantes estigias rumbo al no más ver. Los pocos se tornan muchos y los tantos muchedumbre, según sombras se arriman a sombras,

haciendo más espesa la negritud de sus formas y la podredumbre de sus alientos. Larga y solitaria, larga y silenciosa, larga y penitente, larga y vergonzante esta marcha hacia las aguas de no sé qué río eternamente bajando y bajando hacia las anchuras de no sé qué mares. Desde el fondo de un obraje maderero… No son las mismas aguas, aunque tal vez sean las mismas. *La misma luna que hace blanquear los mismos árboles.* Hombre que aún no naciste pero ya te llevo dentro, para que aprendas de dónde vienen los desencantos y cómo se engendran las juntas y las rejuntas. Y cómo es cierto aquello de que los arroyitos y los ríos van a dar a la mar, que es el morir. A lo mejor esa no era tuya, pablo, pero también era tuya, porque vos también estabas cuando mi madre me concebía entre serpientes y hoplitas y dragones y jefes de la custodia de un padre que casi creía que era mi padre. Muchas lunas pasaron hasta que en el tranquilo oráculo de un tranquilo oasis mi verdadero padre me quitó las dudas acerca de mi nacimiento y me sembró todas las que acarrearía hasta mucho después de mi muerte. *Morir… tal vez soñar…*

Curiosa esta presencia constante de situaciones y lugares, antes, nunca, siempre. Minas de hidrargirio en los desnudos roquedales del Huad-al-kevir. Minas de casiterita donde otro mar que parecía siempre el mismo mar me arrojó al volver de las murallas de la ciudad de las mil caras que no dejaba de ser siempre la misma ciudad. Minas de argento baricentro primero de argentadas ilusiones como de no caber en los endecasílabos de los martines del barco ni de poder escabullir más luego de los encadenasílabos de los mastines del embarco que por artes de hechicería despacharían desde inexistentes aduanas inexistentes toneladas de inexistentes oros siempre que no habiendo sobre sus costas moros y

tornando en oro su desdoro y en argento suculento los relámpagos y el viento y el ya dicho mandamiento. Minas que no dieran ni para el prólogo de sesudas contrataciones de no mediar los oficios de enjundiosos escribidores y patricios arlequines y amoratados frailes y abotagados ediles y los licenciatarios bedeles y los aplaudidores cuestores y los enrevesados seniles. Minas de las entrañas de las patrañas de las comadrejas potosinas hasta las pestañas de las candilejas mendocinas que eran damas madrinas y bordaban cortinas. César de la ciudad de los cesares, de la mitad de las mitades, de la acidez de los cuajares. De las doradas cúpulas y las pestilentes pústulas y las mierdas mayúsculas y las leyes minúsculas, de los carteles mórbidos con ciudadanas súcubas y de cuarteles sórdidos con generales pérfidos y prostitutas tísicas. Huancavélicas cuevas, famatinas famélicas, cuánta lumbre para evaporar las aguas, cuántas aguas para fusilar la lumbre pero los anastasios y los gervasios desposados y los sanignacios comulgados y los cartapacios atosigados y los carmelitas descalzos y las carnalitas y las hematitas y las permutitas y las porfiritas y las cupritas y las tectitas y las piritas. Y mi cuerpo que tirita pero para qué la queja que indefectible me conduce a un donald menos intenso que el de disney pero proclive al encumbramiento como de querer llegar al macdisney o al macdonald. Y ahí está ya la constelación de escocia —conmigo o sin wiski— donde todos son macs y si no que lo diga mi nueve mil seiscientos, que me los friega y me los refriega por las narices todo el santo día. Porque si macarthur o porque si macmillan o si no macarthy, pero entonces para qué, qué placer recordarlo al negro guillén en aquello de ha muerto el senador macarthy, ha muerto el senador macperro, ha muerto el senador mac muerte. Ciertamente nombrar a la muerte o al mal perro no

acorta los plazos ni engrandece los retazos. Pero qué sino retazos y bien retaceados somos luego de la esquila.

Entre esquilados y esquilmados quedamos, vacías las arcas, desvencijados los baúles, demolidos los aljófares, subastadas las galerías, empeñados los molinos, pignorados los lavaderos, emputecidas las cecas para dar albergue a quier cáfila de tinterillos y punterillos y monaguillos y capitanejos y escribanejos y alacranejos y entonces ábrete sésamo y de las cuarenta tinajas brotando los cuarenta ladrones que al primer berrido se duplican y centuplican y repican sobre sí mismos, primer fenómeno de clonación antes mucho antes que la pobrecita dolly. Poco ha de durarnos el óleo y el petróleo, que si del bitumen se trata ya lo catastraron a su debido tiempo los abranes y los yabranes y los edecanes y los carcamanes. Que si betún de Judea o aceite de Caldea o petróleos del Cáucaso o las piedras oleosas que el tenochca en malahora dejara desparramar desde abajo de los basaltos a fuerza de hincar pipas benditas por los papas para engorde de los papis. Nadie te explicó tolteca vagabundo lo del preso segismundo y así fuiste segundo desta historia del mundo sin haber gateado y sin haber mamado. Tarde para ser viernes, tarde ya para lágrimas, tarde para las boleadoras y las hachas, tarde para despeñarte por entre los socavones de las sierras maestras y los llanos discípulos en la esperanza vana de señales que no verán tus ojos porque ya se te cerraron. ▮

Distorsión del hierro[2]

Los soldados de Diego de Almagro requisan cada cueva y cada garganta a lo largo de la cordillera en los alrededores del Cusco. Descienden por el cauce del Urubamba desde Quillabamba hasta Urcos. Al fin encuentran al amauta prófugo. Cargado de hierros lo conducen de regreso a presencia del conquistador. Bajo la mirada atenta de un missi dominici, unos alguaciles preparan el fuego. El franciscano que toma notas para una futura crónica le recuerda que el fuego es instancia reservada a los confesos. Almagro sonríe y calla. El amauta es atado a un tronco y sus cadenas ceñidas al cuello, cintura y extremidades, estiradas hasta sendos postes plantados a cosa de cinco pasos del reo. Con diligencia amontonan leña alrededor de estos laderos y a una seña de Almagro dan lumbre. La crónica relata cómo el calor se mueve a través de los gruesos eslabones, hasta alcanzar las carnes del preso. La cadena que inmoviliza su cogote es la más alta y la que primera se pone al rojo, mientras el collar cerrado en torno a la garganta seca el sudor primero, para luego comenzar el paciente trabajo de tostado de la piel. Para entonces ya las cadenas del medio han dado buen calor a la cincha de hierro que abraza la barriga y allí la labor es más perceptible merced al tufo a grasa recalentada y hasta el leve chasquido de la fritura. Por fin el calor del fuego alcanza a los eslabones y los grilletes de muñecas y tobillos. Aquí los uti-

---

[2] Integra el volumen *La cara del tigre*; Premio Municipal de Literatura “Luis José de Tejeda 2010” / © Editorial Municipal de Córdoba 2011, 316 pp. ISBN: 978-987-9129-50-0.

leros han agregado un trenzado de plomo entre el hierro y la carne. A su debido tiempo —cosa de una hora— el plomo semifundido forma un todo pastoso y maloliente con los huesos y la carne sancochada.

Cincha, collar y grilletes son ya formas retorcidas e irreconocibles. El cronista certifica que ni una brasa entra durante todo este procedimiento en contacto con el cuerpo del prisionero. ■

Voces sobre el Urubamba[3]

Agua y sangre negras deslizando su rencor sobre la piedra negra del lecho del Willkamayu, menos negra en todo caso y algo más blanda que este negro basalto que me encajona y me quita la luz de los ojos y el aire de mis bofes. Baldado, ceñido fiero dogal a mi cogote y presos brazos y extremidades por eslabones arraigados en la mera osamenta de los muros, poco resuello me dan los aullidos del coyote ni las idas y venidas de mis carceleros. Tristes abajeños que tan presos como yo se hallan en esta desolación de esconderse de la ira del tigre y las dentelladas de la miseria.

¿Que nos les basta con la negritud de estos basaltos que reptando por debajo de mis ushutas se aúpan a mi diestra y adelante y por detrás para juntándose por el costado opuesto ascender hasta cerrarse en redondo sobre mi cabeza como de me querer subyugar? ¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, infelice!… ¿Que no les satisface y con holgura el despeñarme en esta soterránea caverna donde vampiros y lagartijas son mi séquito, a falta de mis servidores que degollaron y mis ñustas que han violentado y estrangulado? No es mi rostro atribulado el que mirando hacia tu infinitud demanda sobre mis verdugos el cataclismo de tu venganza, sino esta máscara que ya no soy yo pero llevo pegada a mi piel como una segunda filiación. Ella apostrofa cuando mi yo verdadero sollozar quisiera en el silencio. Y cuando más quisiera yo desamarrar las

[3] Integra el volumen *Tercera fundación*; Premio de Narrativa de Ficción “Ciudad de Rosario 2006” / © Editorial Municipal 2006, 324 pp. ISBN: 987-9267-31-1.

ataduras de la compostura y el acatamiento para prorrumpir en un alarido que estremeciera —herético— hasta los sillares del Intipunku, sella entonces sus labios y caigo en el abyecto lodo de la resignación.

¡Dejadle aquí amarrado y no le perdáis de vista, que no le arriendo la ganancia a quien incurra en el enojo del Corregidor!… No marchamos a paso forzado veinte días con sus noches en procura de este irredento cabrón, para después dejarle escapar de la jaula. Encomiendo desde ya al ánima del Corregidor y a su muy escurridiza benevolencia a quien demonios se le diera por abrirle la trampera. Bueno está el ánimo de Su Excelencia después de vomitar tripas de codorniz maceradas en buenas onzas de esa chicha de Huanta que tanto le apetece… y así le deja el caletre y otros humores que —una vez revueltos— malamente dudan entre quitarle el respiro o hacerle ver que vuela como un alcaraván o repta como quier dragón o saurio de diversa índole, so capa de custodiarle la digestión y la siesta. Oscuros son los escarmientos de la gula y la incontinencia. Y que lo digas tú, hideputa, que a manducar te aplicas con una concentración tal que pareciera irte en ello la salvación de tu pecadora pelleja. Sin echar cuentas en lo que a trasiego se refiera, que ahí das una cuarta de ventaja al más avispado y ganas por el cogote…

Piedra. Piedra negra. Piedra negra dura. Dureza ocho en la escala de Brinnell. Equivalente a no sé cuántos Rockwell. ¿A? ¿B? ¿C? Ocho… o nueve… quizás diez… tal vez. *Morir, dormir, tal vez soñar*… Sobre estas piedras anduvo Pachakuti Inka deambulando entre la desazón de su amor no correspondido y el apremio por huir de la inquina de un corregidor de cuyo nombre no me acuerdo ni quiero. Nadie sabe hasta dónde la buena memoria

suele recostarse en la mala memoria por hacerle un corte de manga a los vericuetos del diván. En verdad no quedará de estas vanidades piedra sobre piedra. Lo había dicho el porquerizo venido a Adelantado que diz lo había escuchado de boca del frayle Anastasio que decía haberlo tomado de la bitácora del Almirante cuando el berrinche por el asuelo de la Natividad.

Veo —presiento— todo más oscuro en derredor. Grisura de lo ignorado, turbidez de lo que habiendo sido criado enhiesto sin otra premisa que velar la llama de nuestro Gran Padre abrúmase en el zigzagueo de lo carente de virtud (a menos que por virtud tomárase la fruición en lo injusto y el regodeo en lo inicuo). Item más, huélolo así tan de pestilente cuanto percíbolo de negro, como que de ser mi persona ávida de ensoñaciones, creyérame preso de algún tenebroso sortilegio. Mas qué digo preso. Azotado, escupido, coronado de yukas y arrojado en estas mazmorras a la espera de una sentencia sobre la que no se equivocan la acidez de mis pobres vísceras ni el crujido de mis dientes. Pero derramará el kondor de mi Padre las huacas de la tribulación y la venganza y ahí será el crujir sí y el rechinar de dientes. Que así sea y por la eternidad, para gloria del que vive y reina a caballo de su trono de espejos negros y espinazos de pescado. Bienaventurados los que tienen sed de venganza, porque hallarán la saciedad. Menos exótica es esta sed mía ahora, amoratada mi lengua por el suplicio de masticar estas acederas y esta hiel que los legionarios del Corregidor me forzaron a engullir al son de palmadas y risotadas y epígrafes obscenos.

Bebe, rey. A la salud de tus telares. Por la hermosura de tus tejedoras. Por la opulenta generosidad de tus vírgenes. Bebe y goza, rey, que endemientras vayas al encuentro de las huríes que

predicaron tus profetas, han de alcanzar para nuestro gozo tus ñustas y tus vírgenes. Buena cama por cierto —mejor no la soñara ni el señor arzobispo— en que desfogar estas ansias de navegar y marchar por tierras interminables tras los devaneos de un loco sediento de ilusiones y eldorados. Beba yo siempre en dorado cuenco por la rebosante salud de tus escogidas. Noble y apetecible es el oro conquistado a fuerza de brazo y cojones, aunque para embolsarlo fuere menester acogotar a uno de estos mamarrachos o a cualesquiera de sus sacerdotes y sus régulos. Hiende el aire, tunde el pellejo, regurgita el acullico, cochabambino, que largo no te lo han de fiar los cancerberos de tu desgracia, porque la tuya no fuera asimismo la de ellos. Qué quieres de estos zaparrastrosos yunkas que no ven sino por los ojos del cónsul ni oyen sino por oreja tan mercenaria como la del ladino indio atacameño que te delató a la policía…

Dicen que con la cara en tierra y el peso de borceguíes de guerra sobre mis espaldas, juré lealtades y sometimientos a soberanos cuyos rostros desconozco y cuyos escribanos y chantres se ocuparon de registrar y detallar lo poco de lo mucho en sus rollos y cartapacios. Me hierve aún la sangre —si sangre fuera este pobre caldo empobrecido de minestrones y acrecentado en sofocos y padecimientos de toda laya que desvaídamente transita mis venas y conductos más principales— hiérveme, repito, viéndome yo tan desmedrado y enteco, cuando a la llegada del tigre no me acoquinaba ni el rugido de Jananti ni los vozarrones de los amautas muertos que tienen su pukara en las honduras del Titikaka y se reúnen en consejo para legislar y sentenciar los destinos y andares de las Cuatro Regiones.

Cada día trae su propia tribulación. Cada noche acarrea su cuota de consuelo. Nadie recuerda ya las circunstancias de su nacimiento a orillas de una corriente despreocupada que venía canturreando desde las vertientes occidentales del cordón que delimita el territorio de los kondores. Y es que casi no hubo testigos, aparte de unas ñustas y la mamakuna que asistía a su madre en el trance. Vas a tener en el corazón el calor de nuestro padre Huirakocha y en tu brazo la fuerza del puma que ruge en las entrañas de Jananti, había murmurado uno de los tres amautas que lo visitaran muchos soles después en las alturas de su Rosaspata de los primeros balbuceos y la primera carrera a lomo de una vikuña real, sin otra montura más que la pelambre erizada de temor y ácida de sudores tumultuosos. Una infancia quieta acaso, cerca de la mirada amorosa de su madre y de la vigilancia orgullosa del padre, en los respiros que les daban los torteros y los lizos y las tinajas de tintura. De diálogos mudos con el zorro y el yaguareté. De risotadas con el mandril y el urutaú. De arrullo enamorado con la torcaza y las gallaretas.

Faltara nomás que los chapetones aprovecharan la bolada para calzar la punta de sus patas hediondas en tierras del ejército. De puñadas se daban el prefecto de Huankapi y el del Chipao para adentrar su morralla en tierras que nos tributan coca y yantar por bando de nuestro capitán. Que no son de desoir las órdenes del Tigre, siendo que su rugido se escucha con temblor desde el Tambo hasta Korakoa y desde San José hasta el Apurinak. Cazurro ha sido el tío este en avanzarse contra de los caprichos de Su Excelencia. No daría yo un miserable maravedí por mi pecadora piojera de estarme en las calzas de este quía. Corren voces de que le han de descuartizar en medio de la plaza del Cusco para escar-

miento de quienes aún sueñen con andarse de rebeldes… Caballos godos han de tirar de su pellejo hasta que rueden sus restos por cada rincón de las Cuatro Regiones. Pero los apokuracas del Cusco no han hallado pecado en él. Tampoco sus sinchis lo inculpan, como no fuere de demorarse en la campaña para recuperar los accesos a Willka Bamba y a todo el valle inferior del Willka Mayu. Si de los sillares de Rosaspata se tratare, cierto es que solo tizne y desolación quedaron al paso de los tercios del Corregidor, nomás enterarse de los bandos de la Micaela Kolla. Torteros y lizos y telares nomás rodaron montaña abajo cuando la ira de los de a caballo se entremezcló con el chucho de los arribeños y el balido de las cabras y los huanacos.

De su padre conservaba al final escasos recuerdos, retazos de unos pocos días junto al hogar entre largas temporadas cazando o comerciando con poblaciones alejadas muchas jornadas hacia las tierras bajas. Era la madre quien lo acompañara por primera vez al Templo. Quien lo buscara acongojada por las picadas del Huillkabamba, sin imaginarlo de palique con los tokis y kuracas de barbas grises y miradas austeras en la penumbra de las bibliotecas del Cusco. Quien con el corazón prieto de presentimientos lo viera regresar de una jornada de penitencia a orillas del Titikaka, brillándole en la cara la violenta emoción del agua y las premoniciones derramadas sobre su rostro por su primo hermano Juan Gabriel. Quien lo aguardaba con su ansiedad callada de regreso de cada retiro, de cada parlamento, de cada jornada de oración, de cada penitencia. Ella lo recordaba, gacha la cabeza y secos ya de lágrimas y de consuelo los ojos que al cabo de los años conservaban aún el orgullo de una mamakuna y la timidez de la gacela. Su garganta ya no era más el surtidor alegre de las viejas

nanas o de los silbidos con que disfrutaba engañar al chalchalero o al kauin.

No llegó su proclama hasta Lima, pero rápida ha sido la ira del Corregidor. Dícese enviado de no sé qué rey de las europas. Ha encarajinado a los tejedores de Pomakancchi. Clamaron en contra de él los panaderos, los doctores y los que venden pescado en la vega de Huancayo. Uti diz que es no menos que aquel pariente suyo de sangre, cuya cabeza cuatro lunas sirvió de tentempié a los buitres y de sobremesa a las hienas, nada más a un abajamiento de cejas del vicerrey. Mas no ha sido poco lo de los telares, pues tortero ni lizo entero quedaron tras de las barahúndas que se suscitaron nomás oírle echar el bando de la desobediencia invocando para más la honra de los antepasados y la protección de nuestro poderoso Señor de las Cuatro Regiones. No contabilizara yo tanta protección, no, que de tenerla segura malos vientos nos soplarían desde el Antisuyu. Sangre negra lloveríanos desde el Chinkaysuyu. Lágrimas y agua estéril sobre nosotros serían desde el Kollasuyu. Presa seríamos sin remedio del jahuar y los zorros del Tahuantisuyu.

Ciertamente robusto y de temerle sería el chamán capaz de resucitar los kanchi que cayeron bajo los cascos de nuestros caballos y al mandoble de nuestras tizonas. Y no de menos respetar sería el que zurcir lograra los virgos que hallamos en la casa de las escogidas. Acaso su dios no eche de ver la diferencia, pues preñadas por preñadas, bueno se verá a poco el cielo de estos bárbaros nomás entren a berrear y encarajinarlo todo los críos que les hicimos…

Por entre los labios heridos y pegoteados de costrones de su propia sangre, un quejido o súplica se dirige de tanto en tanto a

un cielo que sus ojos ni perciben pero tras cuyos espesores alguien parece escuchar su angustiosa demanda. Aparta de mí esta huaca, padre poderoso de cuya ira escapan empavorecidos los de Oruro y los del Ollantaytambo. No niegues a tu hijo bienquerido lo que no escatimaste conceder a los porquerizos que degollaron a tu Atahuallpa y a los impíos que violentaron a tus mamakunas y a tus ñustas. Ciérnese ya sobre mi dolor la negrura de una noche más negra y dolorosa que la mordedura del salitre que sin comedimiento adentraron en mis espaldas flageladas y en mi boca que reclamaba con desvarío una huaca de la preciosa agua del Huillkamayu. Dura burla es para mi amargura verles bailotear y embriagarse y entonar cantos obscenos alrededor de mi madre a quien escarnecieron y mis hermanas y primas a quienes violaron y estrangularon a mi vista. Justa es tu ira y justo mi dolor, y no espero sino que el manto de tu piedad encubra la sordidez de las horas que se avecinan. Paso a paso se cumple lo que en las piedras estaba por tu mano escrito. Jahuar alza sus garras contra jahuar. Amauta levanta su puño contra amauta. Kuraca manda decretos y flechas emplumadas contra kuraca. Nube contra nube, valle contra valle, piedra contra piedra. Graves son sus errores y sin atenuación sus crímenes, oh padre; por el emplumado señor de los despeñaderos inducidos al incesto y a la abominación. Por los negros cuervos de la codicia tentados al adulterio y al crimen. Pero no mires sus muchas culpas, padre, sino los pocos merecimientos de tu hijo que por amor a ellos ha recorrido sin resuello todos los senderos del Urubamba y todas las gargantas de Jananti.

Oscuro es asimismo mi humor sepultado desde dos lunas en las reconditeces de nuestro sagrado Willkan Uta. Que no llegue mi voz otrora poderosa a traspasar este miasma pestilente vi-

gilado nada más por un Guildenstern y un Rosencrantz de pacotilla, cuyas narices no huelen la boñiga de estas lobregueces, tanto menos podrían las de mi lejano Elsinor… Triste matriz de las enhiestas cumbres del Jananti orgullo del Intinaku. Nunca la soñara prisión de mis pobres carnes ni celda de mis temerarias ansias de libertad. Pero quién piensa ahora en libertad, cuando han perecido nuestros soldados bajo el hierro vil y nuestras mujeres y niños a puñal y horca diezmados fueron ya.

Pegado el vientre malherido contra los raigones de un lapacho carbonizado por el rayo, llega a revivir aquellas plegarias que —al parecer— no han alcanzado las alturas regias en que Huirakocha siembra su piedad y administra su justicia. Apenas días, horas, entre jornada y jornada, aconsejando a los tejedores del Tambo, consolando a las viudas de Machu Picchu, restañando la mirada perdida de los vigías del pukara cuyas pupilas sin luz miraban fijas más allá de los arenales y el salitre. Sin tiempo ya para remendar sus harapos y las ushutas, deja sus huellas de sangre por los pedregales de Ambato y por los esquistos y basaltos de Huillkanuta y Purmamarca. Sobre su cabeza estallan las lluvias de primavera y los ardores del verano. El siguiente otoño lo sorprende escalando el faldeo oriental de Surimana y para el invierno los lugareños de la costa porfían haberlo visto acampar al pie de los acantilados de Ikike.

Triste destino hasta para un tampukiro que hacía suspirar a las cholas en las procesiones del Santito. Algo extraño percibí en la mirada tigrera del capitán, pero me daba el cuerpo que se tratara solo de una mala digestión, luego de los festejos. Porque no paramos en la semana de rezar y bailar y darle a la chicha. Hacía cerca de un mes que el Tigre bramaba y amenazaba, sin que

nadie atinara con los motivos de tanto enojo. Pero nunca falta uno de estos zopilotes de Palkay —o más aún los arribeños de San Pedro— que entra a calentarle las orejas a los braceros con que lo de la coca no es buen negocio. Primero remolonean con las cosechas, dejan helar las plantitas en lo peor del invierno y finalmente dan por hacer las entregas a destiempo. Viene la bronca del capitán, el tira y afloja por los precios y por fin se van contentos coqueando y tintineando sus dineros de plata. Y de tanto en tanto el Tigre planea un escarmiento.

En mi estómago siento todavía la acidez del miedo cuando —ya sin lengua y medio descoscojado— degollaron a mi vista al mayor de mis cachorros dejando venir su cabecita sobre los cuajarones de mi propia sangre. No sé si todo esto es recuerdo de los cuentos que la Mamakuna nos hacía a la lumbre de las hogueras para apurarnos la sueñera, o memoria que mi desmemoria porfía por nublar y escabullir para que el buitre de la venganza no se cebe en lo que resta de mis pobres huesos. No por misericordia, sino por el puro gusto de arrebatarle el último bocado a los perros de paja.

Preñadas las chujpas y rebosantes las huacas, quién se sentía poco macho para voltearse a las chinitas ahí nomás a la vuelta de cada cacharpaya… Del resto se encargó personalmente el capitán. Cuando él terminó de ajustar las cuentas con los cabecillas y nosotros ya no podíamos más con las chinitas, prendimos fuego a todo y regresamos al campamento junto al río. Toma tú la guardia por un rato, Karocas, que malos son los aires en estos socavones. Pero si te llega a sorprender el Tigre lejos del retén, serán tres los huéspedes de la pocilga, contando a un servidor.

Enhorabuena se mezcle y se sancoche lo que enhoramala no fuimos capaces de remediar y separar, aunque inútil fuera oponer palos a las cañas de fuego y espadañas al hierro. Como río venido de las entrañas de Jananti los hilos de nuestra sangre derramada se hicieron arroyos que fueron a dar al mar de la desesperanza que fue la contemplación de nuestro infortunio. Agua negra estéril y sangre corrompida es cuanto quedó del orgullo de nuestros telares y de la hermosura de nuestras ñustas. No dieron nuestras urdimbres ni para entretejer la mascapaiccha que adornaría la frente ya sin luz de nuestro Padre Inka.

¡Qué lengua atinara a describir la magnificencia de nuestros males y la solemnidad de nuestro infortunio, en el año en que se abrieron los punku del cielo para derramar sobre nuestros campos la ira de los lobos y la impaciencia de los jahuares! Las vírgenes de nuestro Padre, las elegidas y las ñustas, ni lágrimas podían ya prodigar, a la vista del cuerpo hermoso de nuestro Inka asaetado por los afilados aceros de la traición y la codicia. Guerreros no quedaban en pie para acompañarlo en su último viaje. Todo es silencio en la negrura de este dolor nuestro. Silencioso cruje entre los recovecos de la piedra el recuerdo de mis padres y la voz de los padres de nuestros padres. En silencio repta bajo las cavernas del ayllu el celador de los huevos azules que yacen a la espera del primer Yllapa del nuevo calendario, cuando de retorno nuestro Gran Padre vuelva su hermoso rostro hacia nuestros valles donde gime el huérfano y reclama inútilmente la viuda. Dicen los amautas que está escrito el retorno de nuestra gloria y el tiempo en que el Jatunkolla reine sobre los de Surimana y los de Lactapata, y sobre los de Intihuatana y sobre los de Palkay. Los de Jokollopampa y los de Kenti serán vasallos de nuestro Señor y

rendirán sus tributos y sus vírgenes para la gran Akllahuasi donde nuestras mamakunas eternamente oran y danzan y celebran nuestra prosperidad y toda nuestra gloria a ti debida.

Vuelca acá ese cuenco, Karocas, que este no va a necesitar comida de mañana hasta la eternidad. ¿Crees que el Tigre lo hubiera mandado encerrar si pensaba despenarlo? No creo ni dejo de creer, hermano, pero hasta el día de hoy el que le hizo alguna cagada salió siempre con los pies por delante. Solo que no quiso largar prenda de quién se quedó con el cargamento de pasta. Pero nadie le birla al Tigre ocho toneladas y vive para disfrutarlo. Pero si este imbécil no sería capaz de alzarse con ocho gramos… Si el capitán dijo ocho toneladas son ocho toneladas, qué vaina. Usted sabe bien, hermanito, que los jefes nunca se equivocan, que para eso son los jefes. Este seguro hizo de las suyas con la pasta, porque de balde no se le iba a hervir la mostaza al Tigre, digo yo… Vuelca acá ese cuenco de una vez, Karocas, y deja que los muertos se ocupen de los muertos. Y procura conducir tu digestión en silencio, abajeño.

Silencio es el trascurso de tanta sangre volcada hacia el poniente a través de los desfiladeros del Willka Mayu. Silencio y luto es el nublado intenso que se abate sobre las alturas de Rosaspata al son de las polainas invasoras y las chirimías. Sangre fría y silencioso calvario todo ojo desorbitado a la vista del cadáver de nuestro padre Inka. El casquijo donde afirma su pisada el huanaco silencio es en la penumbra de los valles desiertos. La hierba que triscaban el huemul y los huazunchos desmorona sus ruinas bajo el casco de los monstruos de crin y cuero engualdrapados en acero y abominación. Silencio son las mañanas sin la risa de nuestras guaguas y sin las canciones de nuestras ñustas. Silencio es la no-

che cusqueña cuando nuestra señora Micaela Kolla se mira en las sepulturas de nuestros guerreros. Silencio —solo silencio cruel— la estela que las hormigas van dejando tras la corteza triturada de los abedules. Muerte y silencio el sendero de la vizcacha bajo los terrados que miran hacia los horizontes del agua grande. En silencio bajo la negritud de los tenebrosos señores del infortunio el Tahuantisuyu yace, decapitados sus reyes y atenazada la garganta de sus doncellas. Los jardines donde entre limoneros y naranjos las vírgenes del Sol propiciaban la condescendencia de nuestros antepasados entre ronroneo de cascabeles y coscojas, luto y desierto son. ¡Ay dorado corazón de nuestro bienamado Padre! Pater, Pater, aparta de mí esta copa… Espiga contra espiga, frente contra frente, nube contra nube, ojo contra ojo…

Vivo lo quiero para despellejarlo con soplete y salitre a ese hijo de puta. Ojo por ojo se va a tener que tragar un par de kilos de pasta sin respirar, hasta que reviente como un uchu recalentado al sol. Nadie se manda esa joda conmigo. Ni el presidente ni el embajador, que para eso me pelé el culo para servirles el negocio corriendo yo con todos los gastos. Ni el presidente, carajo… A ese le saco cuatro tanquetas a la calle y se caga en los calzoncillos. Y si no, le arrimo un minimog con media tonelada de trotyl, como hacen los muchachos. Total, de una manera o de otra, alguien tiene que pagar las cuentas ajenas. Y a mí ni siquiera pueden reclamarme que falte a la constitución, porque saben bien (hasta el señor arzobispo) que por más que me hagan jurar, estoy tocando la biblia con una mano y con la otra me agarro bien los huevos. Que para entenderme con esos culos rotos no necesito hablar inglés.

Los años de prisión enturbiaron mi memoria y así se mezclan a veces la crónica de mi pelea por mellarle las zarpas al tigre con la historia de mi padre acorralado entre los caballos de los granadinos y las adargas y arcabuces de los infantes. Los quebrantahuesos del tigre no dejaron pulgarada de mi pellejo sin espulgar y zaherir. Más les valiera hacerlo, tanto había el tigre proclamado renta de palos y rebatiña de puñadas y coscorrones y estocadas a quien quedara corto en me agredir y atormentar. Que buena ocasión le diera mi comedimiento en echar bandos en su contra y en favor de los arribeños que dejaban el sudor y el resuello en los socavones del Potosí para le engordar y enriquecer sin que de su fortuna percibieran sus altezas el más mísero maravedí, puesto el tigre a unas cuentas para el acreditar y a otras bien distintas para el menoscabar bajo juramentos de salir todas las costas de su faltriquera y personal peculio. Como a cargo de sus arcas fungiera asimismo sostener cuanto en pendencias y malvivencia derrochaban sus gerifaltes, amén de los dispendios de chupandina y burdel en cuanto puerto hicieran parada las naves.

Vuelta el agua de arriba contra las aguas de abajo, los ríos del cielo contra los ríos de los valles. Arremolinadas las arenas de la cumbre contra las arcillas del sendero, los espinos de la cima contra las hojuelas de los cañadones. Bebe, mi señor, solo un huaco de agua fresca pude acercarte. Pero es sangre de las altas fuentes donde nuestros guerreros ofrecieron sus sacrificios antes de dar batalla. Vencedores y vencidos quemaron los mismos inciensos. Qué caprichosos vientos llevaron un humo cerca del sol y otro hacia las entrañas de la kancharina… Todo un mundo —nuestro mundo— detenido con fiereza en su galope por la mordedura cruel de la rienda del pérfido extranjero. Y yo tan confundi-

do ya que desdeño a estos dos tristes carceleros porque pretenden esconder su cobardía con la frescura de una jícara. ¡Ah, si no hubiera otros cobardes en mi entenebrecido reino! No era, no, carrera desbocada la nuestra, bajo la mirada dulce de nuestro señor Inka al cobijo de los yllapas de su corazón de fuego. Arcilla y oro nuestra vida al amparo de nuestro padre Sol entre alabanzas y canciones era. Esperanza la sementera y los collados bajo la promesa del ají y la sabrosura del maíz eran. Solo paciencia y alabanza en torno de tu sagrado manto las lunas y los soles concelebraban. Iguales en su duración y en sus promesas los veranos y el invierno. Calmos y henchidos de premoniciones y perfume los amaneceres y el crepúsculo. Colmada la fuente de nuestras ilusiones a la vista de tus majestuosos rayos. Henchida la huaca de nuestras expectativas por la generosa prontitud de tus dones que eran nuestra piel y nuestro aire. Desde las cumbres la sangre ha resbalado por los resecos surcos. Coágulo es ya nuestra esperanza y costra de dolor la certidumbre del imposible mañana.

¿Escuchas esos quejidos, Karocas? Ha de estar soñando el pobre con la última sesión de máquina y las patadas del capitán. Pero solo a un retardado se le ocurre alzarse con mercadería del Tigre y quedarse por la sierra como si tal cosa. No sé qué tan tarado sea. Dicen que todo el negocio lo planeó el capitán mismo para quedarse con la parte de él y con la del senador. Callate, hijo de puta, que si el Tigre sospechara que conocemos a sus socios ya nos podemos despedir. Nosotros y nuestras viudas. Ya sabes cómo son las cosas acá… ¿O te piensas que los cinco fiambres que le anotamos a los senderistas el sábado, vieron alguna vez la cara de un guerrillero?

Terminadas y dispersas sobre la faz de la tierra nuestras generaciones son. Nunca ya el ayllu. Ya nunca más las procesiones y los himnos. Cuarenta años andaremos por el desierto, antes de regresar a la tierra prometida. Cuarenta años. Cuarenta siglos desde esas piedras nos contemplan. Ceniza y agua estéril nuestro llanto sobre la ignominiosa frialdad de tu cuerpo hermoso han sido. Tus omóplatos quebrantados, tus brazos y tus piernas aherrojados y resecos, privados de las tibiezas del benjuí y el cardamomo. Malherida carne de profanación para el hambre de los coyotes la donosura de tus músculos y la majestad de tus entrañas por el invasor ha sido decretada.

Quiero que hagáis con él un escarmiento para que los ayes lleguen a Su Majestad. Debe entender que solo un brazo fuerte puede sostener en estas tierras, a un mismo tiempo y solo con un par de manos, la espada, el crucifijo y los pendones de Aragón y de Castilla. De los pendones se pueden encargar mis escuderos. Del crucifijo los chantres del señor Arzobispo, que buena cuenta le tiene si de preservar las delicias de su mesa y de su cama se trata. Y ocúpeme yo —es decir tú— de los negocios de justicia. Nada finalmente que no pueda resolverse con un buen acero toledano y unas cuartas de cáñamo…

A medias se conoció la nueva del arribo del porquerizo y sus tigrillos corraleros, cuando ya estaba cada guerrero apostado sobre cada piedra refrendando con enhiesta lanza la decisión de oponer a la soberbia del gran encomendero la firmeza de sus pechos y la indoblegada dureza de sus lealtades. Hijo de nuestro padre Atahuallpa cada uno era y por el luminoso corazón de nuestro Padre juramos. Lo que siguió no está escrito. Algunos kipus, algunas tablillas, uno que otro rollo donde se registran pormenores

de lo que cada escriba presenció o escuchó de boca de testigos. Apenas tan poco para atesorar la mucha historia, la mucha pasión, la dura contingencia. Sí hablan varios testimonios de la muerte sacrílega de Atahuallpa Inka, hijo de Manko Kapaj Inka, hijo de Huirakocha Inka, a manos del porquerizo cuyo sería el eterno castigo de sobrevivir en piedra en una plazuela de una capital de provincias, mucho tiempo después de la caída del imperio, para soportar por los siglos el escarnio del insulto y el escupitajo diarios de los hijos de los hijos de nuestro padre Inti.

Véome —no siendo ya yo— recibir oscuro el ceño las nuevas de mis embajadores. Peores no lo fueran las moscas que envilecen tu cadáver. Por las alturas de la morada del Sol bajaban con sus caballos y sus armas. Retemblaban las sendas de la montaña al redoble de las herraduras y los pífanos. Mulo y caballo acompasaban su medio trote y su galope al andar de las sombras del verano cargado de premoniciones y de vértigo. Rebrillaban al mediodía sus pectorales y los cascos. Crujían bajo el sudor los correajes y las riendas. Ocultaban el cielo sus estandartes y los lábaros. Y eran legiones que ya habían pisado tierra atormentada bajo otras constelaciones. Muchos portando presentimientos y nostalgias de playas antillanas. Otros de estepas blancas y costas africanas. Pero chaupín campeaban las violencias y la muerte. Enfermedad y pestilencia acamparon entre los nuestros a la llegada de los extranjeros y por primera vez desde el advenimiento del segundo ciclo de los kondores llovió encima de nosotros azufre del Ollantaytambo.

Diantre que tiraban estos hijos de una mala mezcla de capibara con huanaco. No son más que unos mitmajos achuchados sin el incentivo de la paga y el acaloramiento del acullico. Pero

escatiman saberse esclavos de la reina blanca, como si todo el mundo no supiera que no son sino unos arribeños zopilotes y tozudos. Quien los viera por las noches acuclillados alrededor de la lumbre, fijos los ojillos desconfiados en el apichu cociéndose al rescoldo, no recelaría de este rebaño de taimados kispikanchis capaces de vender y delatar a su propio padre por un puñado de soles o unos roñosos dólares. Y quien contemplando en lo plomizo del crepúsculo las crenchas redomonas de estas cholas tufientas cayera en la tentación de pronunciar el ché cuñado, habrá de percibir apenas el ligero cerramiento de sus ojillos astutos. Mas perdiérale ignorar que la chanza no acabará sino con un cadáver desmenuzado a golpes de obsidiana y pedernal y precipitado desde lo alto de un peñón o hacia el fondo de un desfiladero. ¿De qué, si no, alimentaríanse los buitres y los cernícalos que a la espera acampan a orillas de sus poblados?

Tres días con sus noches tuvimos encima aquella nube oscura a cuya sombra las gargantas ardían y los ojos enceguecían entre costras y supuraciones. Ninguna señal nos fue retaceada, pero ya eran llegados los tiempos del escándalo. Semilla del Inka planeaba la traición. Por limosnas que hubiera desdeñado el más vil de nuestros allegados, sangre de su sangre pactó la infamia con el enemigo barbado. Y allí fueron nuestra humillación y nuestra vergüenza.

¿Qué suerte sino un tiro en la nuca o el pelotón puedo apetecer, abandonado por quien armó mi brazo en su provecho y condenado por la ley de quien enriqueció merced al amparo de quien ahora tiene puesto precio a mi cabeza? Ni eso, porque vale menos ahora mi cabeza que una calabaza ida en vicios. Ni los galileos ni los de Judea perderían el sueño por restañar mis heridas o

mitigar mi sed. Bastoles saber del beso de este de Iscaria para dar por hecho que me han de ver colgando de una horca antes de la pascua. Seré un capítulo más de su espectáculo. Sin siquiera la propina del bautista, que o mucho me engaño o buen consuelo se llevó de este mundo merced al voraz comedimiento de la hijastra de Herodes. Mal lo hubiera pasado yo mismo sin las preocupaciones de la de Magdala…

La codicia instaló sus garras afiladas bajo el lecho mismo de nuestro Inka. Las mamakunas rasgaron sus vestiduras y los vasos consagrados colmaron la sed de los impíos. Todo dolor descendió sobre los barrancos y aquí instalado permanece como un chacal de guardia de nuestro deshonor. Donde fuera la gloria del Inka campea la perfidia. Donde su sonrisa fuera llama vívida del corazón refulgente de nuestro padre Sol, airada llama de ambición asienta su velo lacerante. Niños ni ancianos se libraron del acoso de las bestias. La peor de todas llevaba la cifra seiscientos sesenta y seis sobre la frente. Una perfidia bárbara sentó sus reales en el Ollantaytambo, en las alturas de granito de Rosaspata. Nunca ya la Akllahuasi cobijará a las once mil vírgenes.

Proclamas de los señores de Lima y del Cusco poniendo precio a su cabeza, engalanan cada rollo de cada encrucijada, subiendo hacia Rosaspata y bajando hacia el mar. Copias del real decreto condenándolo a tormento y a morir tironeado por cuatro potros cerriles se exhiben a la entrada de todos los poblados de la sierra. Su muerte, en fin, trascurrió con la prolija indiferencia con que trascurren las muertes de quienes se atreven contra los caprichos del imperio. Hay quienes lo vieron agonizar al borde de una hendidura más arriba de los últimos poblados de Nazca. Otros aseguran haber sido testigos de la obra del verdugo en la propia

plaza del Cusco. Murió asimismo asaetado por una partida de infantes de palacio a pocas jornadas de las termas de Cajamarca, casi en el mismo lugar donde rodara muchos veranos antes la cabeza de Atahuallpa. Juran algunos, incluso, haber visto expuesto su cuerpo decapitado y charqueado, sobre las murallas de pirca que coronan las alturas de Tilkara. Nadie logró dar con su sepultura. Pero aún hoy algún kollita cabizbajo llega junto a un montón de piedras, al costado de una ruta que sube hacia La Paz o un senderito que se desliza siguiendo las viboreadas del río que flanquea Tungasuka. Se agacha en silencio, deja una kantutita y una lágrima, y sin apremios sigue su camino.

Sobre el cadáver insepulto de Atahuallpa llegaron las lluvias y lavaron la sangre del Inka, que subió hasta las nubes, más arriba de las piedras más altas de Jananti. Las Cuatro Regiones lloraron luego sangre hirviente en lugar de lluvia y las tierras altas perecieron calcinadas y las tierras bajas se resecaron a tal punto que cada cabello de la Pachamama se hizo una grieta dura y profunda desde cuyo fondo se podía escuchar en las noches silenciosas de invierno el quejido lúgubre del alma sin reposo de Atahuallpa. Al menos eso es lo que creo. No he visto ni escuchado nada de esto, atormentado como yago en este duro lecho de basalto sobre el que mi cuerpo se fue endureciendo con el andar del tiempo. En algún momento mis carceleros dejaron de acercar alimento, viendo que las huacas y cuencos de grano fermentado desleído en aguas nauseabundas, hacían la delicia de las muchas alimañas que fueron por años única compañía. Al cabo dejé también de beber, pues mis quijadas primero y poco a poco mis vísceras fueron tomando la consistencia de una arcilla dura, al principio, para acabar en esta reciedumbre de piedra negra que soy ahora.

Un montón de piedra más entre tanta piedra, un quejido más en medio del dolor universal, un hilito de esperanza de que una mañana vuelva a aparecer en medio de este silencio negro la luz triunfal de nuestro sol. Apenas una kantuta resignada y pobre, medio sepultada al borde de una huella.

Nunca vieron —pobres indios— un guerrillero. Solo esta parodia con que los enloquecen los soldados, en el afán de soplar incesantemente sobre el rescoldo de las pequeñas rencillas tribales para dar en Lima la idea de una gran guerra patria. Qué petróleo, qué salitre, qué guano encenderán la chispa. Qué convincente veneno preñará las chujpas. Quién despedazando sus metacarpos y sus huesos húmeros dirá tomad que este es mi cuerpo. Quién clavando en su antebrazo una jeringa descartable dirá bebed toda esta sangre mía.

Es que antes de que esto sucediera, en medio de los Cárpatos el último de los murciélagos vampiros encarceló el pudor. El pudor fue encadenado al capricho del soldado. La dignidad de nuestros capitanes quedó debajo del nivel de los zorros de la quebrada. Clamor de hienas y graznido de buitres fue el himno que saludó el ascenso del alma de nuestro Inka al sol. Sepulto entre la sombra de la cima le aguardaba el conde. Yo subiré —no él— después de resucitar al tercer día. Porque de mi padre celestial son el poder y la gloria. Porque mi reino no es de este mundo. Además he olvidado el camino de regreso a mi Transilvania. Y sobre todo, porque uno nunca espera que la muchedumbre de ilotas se atreva a romper con las comodidades del libreto para largarse a improvisar un parlamento audaz y sin horizontes. Para eso quedé enronquecido después de darles todas las garantías y la seguridad de que de ellos era el reino. Pocos me lo agradecieron, mas todos

exigieron la escritura. Sí que tenían buen sabor aquel pan y aquellos peces. Perdóname, padre, por no haber aprendido siquiera cómo se carga una itaca. Temo hallar más de un gólgota en mis próximas venidas.

Algo huele a podrido en Rosaspata. Ni sus insignias ni la mascapaiccha acompañaron su viaje. Solo tembló sobre las piedras el trueno de Jananti al ver pasar desnudo el cuerpo en vida antes hermoso de nuestro príncipe. Después solo el silencio de los pedregales y el aliento helado de los socavones en lo profundo del basalto. Padeció debajo del poder. Fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió a los infiernos. Tropezó con el Dante y escuchó la advertencia pesimista. *Lasciate ogni speranza*…

Y no era mi primera vez. ¿Qué culpas horrendas me trasladan de soledad en soledad, de siglo en siglo, de documento en documento? Haber creído —pobre iluso— que aquellos aplausos en aquel tablado de Blackfriars eran para mí… Haber jugado sucesiva y exitosamente (mis críticos lo acreditan) a ser Darío, pero también Alejandro. Haberme asomado (apoyado en Borges que fue también otro costado de mi locura) a las arenas ensangrentadas del Máximo para recoger, sobre el postrer suspiro de Espartaco la última lágrima de Fulvia. Haber corrido posesivamente de la muerte de Otelo al suplicio de Caupolicán. Y falto casi de respiro vestir, tras el manto ceremonial y mortuorio de Moctecuzoma la estola sacrificial de Atahuallpa. Sin comprender —sin querer aceptar— que había aquí y habría siempre, más escenarios que actores. Y más asnos que pastores. Disponte, querida Porcia, a restañar las mortales heridas de Antonio. Y permite tú, etérea Giulia, que sobre tu regazo eche sus ayes el moribundo César. Pues no habría si no piedades ni descendimientos ni enterratorios ni

santos sepulcros ni austeros custodios ni sábados de gloria ni domingos de resurrección. Todo es medido, justo y necesario en la economía de mi padre. Quien lleno de orgullo y de una entendible emoción, me contempla callado desde una de las últimas butacas.

Os agradezco la atención y el silencio con que me habéis escuchado. Para la primavera estamos preparando una nueva versión del *As you like it*. Muchas son las antesalas e incontables los laberintos en las moradas de mi padre. Con mis brazos y el corazón abierto os espero. Aunque para mantener amarrado el culo a su trono de espejos negros y espinazos de pescado, el espectro de mi padre y los fantasmas del Roxy pugnen por establecer un escenario de desmemorias y neblina entre nosotros y vosotros… ■



Apenas abrigados por la seda[4]

Christe audenos… Christe exaudenos… La salmodia gangosa del chantre trepa sin urgencia por las pilastras desvaídas de tiempo y de intolerancia. Arboladura de piedra arrancada del corazón de los ilibéricos por manos tartesas, tallada a sangre por artesanos fenicios, plantada en vertical por capricho de algún centurión, incisa por toscas hachas visigodas y alabeada por el ojo sutil de los alarifes. Caída en tierra y vuelta a alzar cuando los pendones de Castilla se colaron por entre las almenas del alcázar y la caballería cristiana subió a abrevar en el Generalife. *Adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua, sicut in cælo et in terra…* La rogativa se abraza a los capiteles entre cuyas guardas se entreabren somnolientos ojos de cherubines y una que otra pupila nictálope de sierpe libidinosa. En las capillas laterales una sangre espesa y oscura resbala interminable por los torsos flagelados de nuestros mártires de la fe. *Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo…* Desde la cúpula los rostros adoloridos de san Damián y san Cosme atestiguan el sufrimiento de los justos y lo ríspido del camino de la virtud. Señor ten piedad de nosotros… Christo ten piedad de nosotros… El Adelantado formula en voz baja una promesa, arrodillado frente al altar de la Virgen Niña. Al regreso, la fina capa de seda negra que es todo su orgullo de gentilhombre, quedará como exvoto a los pies de su protectora. Una vez seguro

---

[4] Integra el volumen *Tercera fundación*; Premio de Narrativa de Ficción “Ciudad de Rosario 2006” / © Editorial Municipal 2006, 324 pp. ISBN: 987-9267-31-1.

de que la imagen ha recibido con beneplácito los términos del convenio, se persigna y poniéndose de pie retrocede hacia la puerta sin volver las espaldas al sagrario.

La primera luz del día lo sorprende oteando el mar, acodado sobre el barandal de un muelle en la barra de Sanlúcar. La capa de seda negra flamea en el silencio. Cierto estoy de no haber mezquinado brazo y hacienda en la provisión ni el exercicio desta empresa por cuanto de mi faltriquera y a mi costa fueron velas y soldados amén de avío de caballerías más munición y quier ferramenta enderezada al acomplimiento de lo por VM mandado y ordenado de cuya conformidad escribanos y otros alcaudones diversos han dado fe. Aparta de este lecho María. Feo nublado se cierne en derredor o no hay nublado sino mi ánima martirizada bajo el acoso de la fiebre y estas bubas de vergonzante ralea. Aparta ya que buena penitencia te aguarda entre estos fascinerosos a cuyo comedimiento nos condena sin apelación la huesuda que ya tiene acreditada plaza en nuestra cama y cubiertos a nuestra mesa. No hubiera tal samaritana mi fiel Osorio con quien fueron la inquina y las dentelladas de la envidia. Cómo no envidiárale sus verdes años y la salud de su mirada y el vigor de sus espaldas siendo que el morbo que me carcome lleva devorados ya la fuerza de las mías y hasta el brillo de mis ojos que hoy entre tinieblas bogan. Ah virgen y Señora mía cuánto inútil devaneo y qué vana porfía pretender el echar mano a lo más siendo que escasas quedan mi voluntad como mis energías para asegurar siquiera lo menos en pro de no nos regresar a la corte cabizbajos y de capa caída para regocijo de menguados y hazmerreír de lechuguinos.

Ay de las promesas de acrecer y las lealtades, Juan de Osorio. Ay de los fementidos votos y las incumplidas pautas, ca-

ballero más noble que los nobles. Ay de los comejenes de la envidia y las orejas prontas de los nobles innobles. Por monedas escasas te han vendido, creyente Osorio. Tú fe sincera y tu arrogancia te han rendido, mi pobre capitán. Treinta dineros pasaron de una bolsa a las manos aleves que ha poco brindaran a tu salud. Frente a la boca del Janeyro fue aquel brindis. Del brazo te tomaba quien ya pactara tu desgracia. Por su fortuna y tu desgracia habéis brindado, infausto Juan. Dos juanes abrazados bajo la luna, traidor el uno, el otro incauto. Un solo juan al barco ha regresado.

Tanto puede conmigo la malhadada fiebre que créome cabalgando al frente de nuestros tercios a las puertas mismas de Roma humillando el estandarte de las clementinas hordas según la paciencia de nuestro emperador se revirtiera en furia tal que húbonos de aleccionar acerca del no ceder ni conceder a la hora del combate siendo que el enemigo mal dispuesto se mostraba a cónclaves y negociaciones por lo que nos iba el pellejo en doblegar y desmantelar a franceses y romanos arrasando aquella capital de vanidades en pro de consolidar los cimientos del trono. Mal nos hubiera ido a pesar de los imperiales bandos de no mediar el impensado vuelco de la escuadra italiana reforzada por la marinería francesa todo al mando de Andrea quien de ahí en más habríanos de ganar imperecederas glorias. Acerca tus manos a mis mejillas María y no cejes en enjugar estos sudores que me atormentan como no me atormentaran las heridas de aquellas batallas.

Nuestro es y del Rey cuanto bajo vuestra vista se despliega. La espuma interminable de las bermejas aguas a estribor. Y a babor los contornos de una costa cuyo será el honor de nos alimentar y engrandecer. Dícense tierras de acrecentar y enaltecer. Crezca pues a nuestros pies la pródiga fortuna y ábrase a nuestras

manos el vergel. De sus frutos comeremos y saciarán sus aguas nuestra sed. Vasallos y siervos nuestros serán sus naturales y sobre sus labrantíos y ganados será nuestro señorío y regalo. Y en sus hembras hallaremos el calor y necesario regocijo que a soldados esforzados corresponde. Dios nos puso en este mundo para regalarnos y gozarlo en su nombre y a cargo de su gloria. Hinquemos pues el diente en el corazón de la manzana, nuestro es el poder, nuestro el jubileo y el jolgorio.

Véome en compaña de mis arcabuzeros adentrándome en dudoso antro inficionado de súcubos y fatídicas apariciones cuya sola desnudez incitábanos a las más desprolijas fantasías que harto satisfechas fueron vive Dios por cuenta de la eterna condenación de nuestras ánimas y otros males acaso peores de los cuales ninguna noticia se tenía y cuya fue la tarea de nos desbaratar y asaetar con más saña que lo hicieran los infantes borgoñones y los ballesteros lombardos. Aunque claro tengo para mí que no toda nuestra penuria débola a las artes y seductores manejos de aquellas enjundiosas hembras que como cuadra a vencedores y conquistadores nos recebían en sus lechos sino asimismo al desaforado consumo de vino y otros abrumadores licores enderezados a más nos excitar y estimular en el exercicio del venéreo negocio a que nos acogimos con entusiasmo tal que niños ni mujeres viejas encontráronse a salvo de nuestra concupiscencia y lujuriosas acometidas. Entorna esos postigos mujer que me deslumbra tanta claridad al punto que estimo hallarse ya en nuestro derredor el Archiángel con su devastadora legión de serafines dispuesto a nos demandar ajustada razón de las tropelías y procaces hazañas en mala hora emprendidas en pro de desfogar los apetitos que inspiráranos la escabechina y el regodeo en los juegos de la muerte.

Tengo por cierto y creíble que no menos exaltación se halla en los mandobles y apuñalamientos que en el afrentar y atropellar con cínica indiferencia la virtud de doncellas y la inocencia de párvulos que en nada nos ofendieran y cuya era la única culpa el estar a la vista de nuestra procacidad y lúbrico ofuscamiento. Dirase acaso en el intento por nos justificar y desestimar lo ruin de nuestro comportar que no era Roma ciudad inexperta en estas historias de saqueo y bandidaje según guardan sus pavimentos memoria de las caballerías hunas y góticas y las huestes germanas y normandas. Mas pobre veo la defensa de nuestro hacer ni me parece atenuante la venalidad de aquel clero vicioso y mundano según firme teníamos el sentido y severidad del juramento con que habíamos abrazado la carrera de las armas. Necio fuera ahora tornar por tales huellas el agobiante carretón de la memoria. Si preguntárasme que hubiera incitación por cierto que la hubo según Roma miraba por los ojos de Francisco y no era esto afrenta que pasara sin enojo a la vista de nuestro emperador. Menos segura fuera mi respuesta si de lo de Osorio se tratara pues laten aún en mí la mordedura de la envidia y los comejenes de la maledicencia y la traición. Noramala me acobardan tales cuestiones que olvidar quisiera según sospecho que en las playas del Janeyro quedaron de cara al sol lealtades de que tanta necesidad hube en medio destos torvos naturales que nos acometen y escuecen con el incesante silbido de sus flechas y el tamtam endemoniado de sus parches con que día y noche atropellan nuestras defensas de modo de un permanente turbar y perturbar el descanso si descanso nos dieran las tripas hartas de embolsar aire y privaciones que galleta y no otro bocado nos aguarda amén de algún pescado que mi lengua enllagada ya no saborea ni festeja.

Abrid el ojo y mantened despierto el seso. A tres jornadas de marcha o menos la tenemos. Puedo ya oler el perfume sabroso de sus flores de oro y la plata de sus aguas. Ciudad de Césares por cierto fuera, los naturales no mintieron. Cargaremos cuanto cargarse pueda y harán los naturales de jumentos. No cejaré en mi empeño de que conozca su alteza lo grande de mi acierto. Grande soy en verdad, un Pedro Grande tanto como el de las estepas. Más grande aún, según un mundo ignaro he doblegado a fuerza de cojones y empeño guaditano. No desmayéis ahora que ya es nuestro. Es mentira la fiebre y falsas las alimañas y las envenenadas flechas. Fruto magro de vuestra huera imaginación calenturienta. Falsos son esos rostros que nos miran con el coraje de un designio ciego. No pueden con nosotros ni sus chamanes ni sus régulos. Indemnes son nuestros escudos a sus jabalinas y saetas. No atraviesan sus lanzas ni las corazas ni los yelmos. Avanzad sin temor, ya estamos cerca. No más de dos o tres jornadas para llegar a ellos. Ahorrad aliento y apurad vuestro paso, por Dios vivo.

Parto pues y comparto contigo María y con vosotros hijos míos el desespero destas noches cuyo es el escenario de trasgos y otras apariciones que demándanme penitencia y así arrójoles mis pústulas y pedazos de mis carnes porque en ellas hallaren cómo satisfacer su hambre según veo no gozan ellos mejor vida ni más regalada que la nuestra. Ay de mí dolorosa dueña destos desasosiegos y mis inútiles plegarias. Colmárate con holgura de frutos que destas tierras no he tomado y primicias que solo entre los humos de la fiebre llegué a saborear pues ya mi boca no recibe sino líquido casi por gotas y el paladar siento despellejado y es mi garganta reseco paso enemigo de quier bocado que mis quijadas con benevolente empeño quieran empujar a su travez. Entorna pues

esos postigos María que la luz me acongoja y no es para mis ojos sino una fulminante herida.

En alto los pendones y tocando a rebato la chirimía y las trompetas. Ya son nuestros. La misma Troya hubiera rendido ante nuestro valiente empuje sus murallas. Arrimad las escalas y vamos por la almenas y las torres. A caballo con espada empuñada y las crines al viento, mirad cómo relucen sus tejados. Y parece oro líquido el rocío y argento las cascadas. Que se adelante el frayle y anuncie a voces la proclama. Tomaré posesión en el centro de la plaza, mientras el escribano contabiliza el tributo y las ofrendas. Nadie se atreva a poner mano sobre el quinto real, del resto yo haré partes.

Atiende María a ver quién golpea a esa puerta. Acomoda mi cabeza para no recebir de indigno ver al caballero que regio don nos hace al arrimarse en tan mortuoria circunstancia. Dejad que se acerquen mi confesor y el escudero porque no esté mi atuendo pringoso a la hora de partir a bordo desta negrura cóncava que me cobija al tiempo que amorosamente me acuna y mece bajo el acoso desa luz devoradora atravesando como en un asador mis carnes y mal tamiza este fuego que descomedidamente las injuria. Menos no las injuriara yo en aquellos malavenidos templos de la sodomía y el estupro. Téngame pues por juzgado y sentenciado según son mis culpas y delitos los que se ventilan a la misericordia de quien a costa de su propio padecimiento ha de darme sentencia. Tal y tan fiero es el hedor destas pústulas y la asqueante flaccidez de mis bubas y el tufo que malamente disimulan estas mantas. Mas no me presente a mi postrera hora de mal talante así has de ocuparte de echar sobre mis carnes la capa de seda negra con la que hízeme presente a las capitulaciones deste emprendi-

miento. No otras disposiciones deba tener en cuenta según hijos ni entenados hube como castigo de mis apetitos y a mis seguidores y fideles poco más que comejenes y alacranes lego y otras alimañas de poco aprovechar. Aunque nunca se diga destas aguas no beberé siendo que la bulimia en triste apuro colocáralos al punto de acometer a las caballerías muertas y hasta algún muslo y otras piezas de humana provenencia. Delitos sobre los cuyos no supo mi acaloramiento desviar la mirada antes bien cargando sobre ellos, carne hízelos de patíbulo en escarmiento que a mi cargo debiera anotarse a la hora de los pésame y los confiteor.

Judex ergo cum sedebit. Quidquid latet apparebit, nil inultum remanebit. El frayle de la expedición no se separaba de nosotros. Si había botín, él se ocuparía de la parte correspondiente a Dios. *Quid sum miser tunc dicturus? Quem patronum rogaturus, cum vix justus sit securus?* A veces no podía darme cuenta si rezaba para sí o se dirigía a nosotros en forma amenazante. Su mirada hosca me recuerda el modo en que me encaró cuando con un gesto le ordené que terminara con el responso de Osorio. *Rex tremendæ majestatis, qui salvandos salvas gratis, salva me fons pietatis*. Veré de vigilarlo, pues no quiero que lleguen a sus altezas testimonios confusos ni versiones maliciosas. Nadie debe poner en duda que este terrible sacrificio en que estamos empeñados es solo por la mayor gloria de Dios. Y de su graciosa magestad.

Lejos pues quedan las tristes rastrilladas y los violentos caseríos que la imaginación hiciera castillos enjundiosos y muralla escarpada de señoriales ínfulas. Fantasías de paja y barro fueron y de tal jaez al lodo y a la ceniza hubieron de tornar como aleccionador y eterno exemplo de que quien vientos ha sembrado recogió tempestades. Claro lo veo en esta hora cuyo resplandor

me ciega solo y flotando en el aire ya libre del insoportable peso de mis carnes ulceradas y las afrentosas bubas.

Un helado sol refulge dentro de mí con la prepotencia de los fallos inapelables y en llegada la hora leve y sin lastres percibo mi ánima volando al encuentro del supremo juzgamiento. Ni pesar ni temores solo la blanca luz y la negrura desta barca que acomoda mis pecados y mis huesos magros apenas abrigados por la más negra seda de mi capa. ▮



Bajo la noche indiana[5]

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
del miserable que esquivando el sueño
profundas penas en silencio gime.

J.N.Gallego; *El Dos de Mayo*

Está ahí. Colgado. Casi vivo. Casi jamón o pastel o matambre o budín. Casi a mi alcance. Presentimiento antes que visión, visión antes que idea. Gira de izquierda a derecha, retorciendo la cuerda de donde cuelga y de inmediato, en sentido inverso de derecha a izquierda, acompañando el giro y el contragiro con un movimiento pendular y simultáneo, según cambiantes meridianos. Sigo con atención las cicloides y catenarias que va trazando en el aire, con tanta eficacia como si plumines y punzones construyeran sobre infinitos planos cortes, alzadas, vistas y rebatimientos de un paraboloide continuamente mudable, permanentemente idéntico a sí mismo. O a nada. Descubro que mientras gira hacia la derecha, el tiempo avanza, y retrocede mientras gira hacia la izquierda. Nada demasiado llamativo ni notable, al contrario. Acaso una pulsación, un latido, un cambio en el brillo, una distinta calidad en el modo de reflejar la luz, suficiente empero para insinuar impresiones de más duro, menos duro, suavidad o textura superficial. Incluso me parece (qué tontería), más vivo o menos vivo. Es y no es y en ese ser y no ser encandila con una acumulación de imágenes que me confunden, porque termino por no dis-

---

[5] Primer Premio XIX Certamen Internacional "Villa de Mazarrón-Antonio Segado del Olmo" / Universidad de Mazarrón (Murcia-España) 2003.

tinguir si es mi mente la que proyecta sobre ese sencillo volumen oscilante formas que provienen de mi experiencia anterior y subjetiva o si —por lo contrario— algo que era hace un instante una calabaza y después una redoma y enseguida una holoturia, de inmediato un jamón y una seta gigante y una clava de gimnasia y un florero y un alfil sobredimensionado, se plasma sobre mi imaginación vacía y receptiva como se asienta una imagen cinematográfica contra una pantalla blanca.

No acierto a decidir por lo uno o por lo otro. Sí, en cambio, tomo nota de que todas estas epifanías aluden a otra realidad cuya esencia ignoro y desestimo, convergentes todas en una idea de cosa comestible, apetecible, accesible, permisible. No a través de un discurso directo, no. El jamón no es completamente jamón, no sé cómo explicarlo. Es una simulación casi perfecta, tanto que su propia perfección convoca una idea de sabor que en realidad no está en ella sino en mí. La calabaza, por tomar otro ejemplo, tampoco lo es totalmente sino a través de un calco estereoscópico que induce en mi imaginación suavidades de puré o dulzuras de jarabe. Y así la seta no es una perfecta e íntegra seta sino en la medida que mi mente le incorpora la carnosidad y el perfumado sabor de los más codiciables champiñones. Diría yo, para ver si me hago entender, un arquetipo que resume las esencias y las apariencias de todas las setas que fueron y son y serán en el mundo. En este o en cualquiera otro.

La mutación morfológica es incesante. Extrañamente las figuras cambian, se transforman y son reemplazadas hasta extinguirse. Pero con las cenestesias inducidas por estas formas en mí no sucede lo mismo. Mi consciencia se impregna de perfumes y sabores y sensaciones táctiles. Lo visual excita lo olfativo. Y lo

olfativo atrae a primer plano la sensibilidad de labios y de lengua y de papilas gustativas. Soy una erupción de saliva y de pepsinas y de peptonas y de jugos gástricos y de humores biliares y pancreáticos.

El juego de la luz se ha tornado en juego de la penumbra. Pero lo que cambia es lo relativo, lo contingente. Se reducen los brillos. Se alargan las sombras. Se adelgazan algunos volúmenes. Ahora la luna y el remoto reflejo de unos fuegos atacan el balanceo según cadencias y métricas que se me escapan, no porque no las advierta, sino porque he quedado petrificado, solo boca, nariz y ojos, siguiendo las hipnóticas revoluciones y circunvoluciones, que pasan prestamente de la hipocicloide apretada a la más amplia y lenta traza de una cicloide, para rematar en la ecuacióm morosa y casi hiperbólica de la epicicloide.

El cántico encapuchado de un centinela me sobresalta. Pierdo la amorosa relación entre el admirador y lo admirado, entre el adorador y lo adorado, entre el amante y lo amado, entre el deseante y lo deseado, entre apetente y apetecido, entre requirente y requerido. Recuperar el éxtasis me cuesta retorcer dedos, apretar mandíbulas, endurecer músculos, agarrotar miembros, clausurar ojos y oídos para todo lo ajeno a este ritmo espeso que el crepúsculo nocturno adensa, encareciendo su morbidez.

Sigue ahí. Colgado. Sujeto y objeto a un tiempo de una ceremonia cuyos contenidos últimos se me escapan. Pienso compases. Imagino itinerarios. Anticipo reflejos. Calculo diámetros y vértices. Estimo consistencias. Adivino coyunturas. Espero.

Los fuegos han crecido hacia la ceniza. Las brasas hacia el rescoldo. El grito del centinela se repite más quedo, más distante. Un gemido escaso. Respiro apenas. El céfiro y los calculados

pases han hecho crisis. Caigo en una cóncava negrura desprovisto de cuerpo, de vísceras, de memoria. Solo dientes y un afilado pedazo de acero toledano. Hijo de minerales extraídos a puño de las entrañas del Mul-hazem. Fundido y expurgado en las copelas gaditanas. Forjado a orillas del Tajo, en las cercanías del Tránsito. Duro cementado damasco engastado en un cabo sarraceno que para nada le corresponde. Hermandad de lo desigual. Ecuación de lo desparejo. Armonía de lo impar. Dos buenas cuartas bruñido filo y contrafilo. Servidor que ni titubea ni pregunta. Que puesto a ofender, ofende. Puesto a golpear, golpea. Y puesto a matar, mata. Sin aspavientos, sin alharaca. Taciturno, pienso. Sombrío (no hay prenda que no se parezca a su dueño). Buen pertrecho para un infante. No lo desdeñara un hidalgo. Lo tomé del cinto de un sevillano cachondo que paró el pellejo en el último asalto a las murallas de la Alhama. Vive de entonces cabe mí. Conmigo duerme y anda y reniega y vela. Me curo yo de su limpieza y de la finura de sus filos. Se cura él de mi salud y bienestar. Que bien estar es el estar vivo. Tanto no dijera, de no haberme salvado mi noble daga en más de una refriega. Apuñado por dos truhanes en una taberna napolitana. Apaleado en Corcyra por un marido malhumorado. Alanceado como un cabrito en una playa de Berbería. Mas merced a mi puñal, a Nuestro Señor siempre dado y en Él salvo. Pensarlo y empuñarlo, para mí un todo es. Las falanges de mi diestra le han buscado debajo del jubón, sobre la cintura. Le han ceñido y le han tornado en línea de mi brazo, apéndice de mi mano. Ah, tuno (pienso entre mí), presto te andas para amagar y entrar y hendir y lacerar y desangrar. Habraste de lucir esta noche en las artes cisorias, amigo. Buena cuenta te tiene hacerlo bien, si de ponerle punto a esta bulimia atroz se trata.

Está en calma el real. Duerme la tropa, si tropa pudiera llamarse este miserable rebaño de famélicos espantajos. Buena ventura le echaron a don Juan de Osorio los dados de la fortuna y los puñales de la traición. Morir por morir, más le valió quedar como quedó de cara al suelo en las playas del Janeyro. Ahorró al menos estos sudores de fundar y desenfundar. De prometer y de amenazar. De celibar por decencia y de amancebar por querencia. De encender y de apagar. De marchar y desmarchar. De orar y de blasfemar. De acumular en el magín quiméricas atlántidas, áureos elíseos y argentinas cesáreas. Y encima de los pellejos piojos, tumores, fiebres, picaduras y pústulas. La tiña y el escorbuto diligentes recaudadores son; más siniestros y eficaces no los quisiera el Gran Rey. Todo hásenos concedido con largueza: la sed y el hambre, la forzosa continencia y la diarrea, la peste y la insolación, el encono de los naturales y las crueldades de Galán, los azotes y el cáñamo, los vergajazos y las puñaladas, la acidez y los escalofríos. ¿Quién reclama para sí la mejor tajada? Tocar podemos a rebatiña y a botín, que si clausurara por piedad la de la guadaña nuestros ojos, nunca más echara Pandora cerrojos o candados a sus alforjas y cajas y cornucopias. Tate, tate, Sebastianillo, a enjugar esas lágrimas y a enfundar la mandolina.

Negros nubarrones han cegado a la luna. No se ve un mulo a tres pasos. Los centinelas no se alejan del amorcillo de la lumbre. La canalla duerme. Dirá un juglar, al cabo de cuatro siglos *el músculo duerme, la ambición descansa*. Solo que aquí la ambición no es de nobleza ni de fortuna. Ni de laureles, como no fuera para aderezar utópicos guisados. Bucólicos pucheros. Quiméricos minestrones. Tal ambición desemboca sin indulto en el desvarío. Que es el más breve de los caminos hacia el delirio. Por

donde a su vez se arriba a la locura, monda, cachonda y lironda. Tal es el estado actual o el destino cercano de esta incalificable horda de zaparrastrosos, cuya fue la arrogante marcha sobre Flandes, cuyo fue el jolgorio apenas violentados los precintos de la puerta de Elvira, cuyo fue el jubileo en Famagusta.

Detén tu mano, Sebastián, pueda tu seso gobernar con acierto tus músculos, ya que no tus instintos. La detengo, y ojalá pudiera detener así el gemido de mis tripas, el clamoroso aullido de mi estómago, la impaciencia ingobernable de tanta víscera sin uso, de tanto órgano sin función. Porque pienso en esta cosa allí colgada y evoluciona sin timón mi pensamiento y es un perfumado quintal de morcilla jerezana. Mas apenas alcanza mi enflaquecido ánimo a imaginar el confortable dulzor de sus piñones, la incisiva picantez de sus granos de pimienta, la obsesiva consistencia de sus archipiélagos de grasa, cuando acceden simultáneamente al proscenio de mi adolorida consciencia los consecutivos asaltos del estragón y la melisa y el cardamomo y el tomatillo y la hierbabuena y el comino. Mas para entonces la morcilla no es ya morcilla, refundida en esencia y apariencia en esa sabia combinación de paleta de gorrino con lonchas de tocino curada a la sombra fresca y seca de los sótanos de cada finca faldeando la sierra Nevada y previamente salada con largueza y ahumada con ramas verdes de abedul, que los serranos llaman solomillo abencerraje y los de abajo jamón serrano. Y de ahí a cocerlo en un fragoroso torrontés, para arribar como quien no quiere la cosa a un abracadabrante jamón en dulce.

Pero es que no hay en esta vida felicidad de durar ni jolgorio imperecedero, acaso cruel camino tanto como eficaz de que Nuestro Señor se vale para tenernos pendientes de lo celestial y

eterno, mirando por trasparencia a través de lo terreno e intrascendente. Fuera o no esa la razón, cierto es que no llegan a sincronizarse mi olfato, mi lengua y mis ojos en el regodeo de contemplar las evoluciones del marrano encurtido, tórnase este sin causa o motivo suficiente en un prieto perfil de ciervo bermejo descornado, suspendido de sus cuartos traseros y presta la yugular rechoncha y acordonada para el tajo hábil que ha de poner en libertad el torrente de sangre tufienta y salvaje.

Virgen Santa, que caigo ahora en la cuenta de que todo esto no es sino nadería de follones, abalorio de titiritero, artes de birlibirloque, fechizo de endemoniado, engañoso embeleco de trujamanes, artificio de tahures, oropel de brujos judaizantes y heréticos, mal ojo de egipciano, nefando sortilegio de Belzebú y su piara de irredentos cabrones. Quién sino este tenebroso camarada jugara de tal suerte con la estridente huelga de mis tripas y mi ofuscada lucidez de mosquetero sin mosquete, de caballero sin cabalgadura. De infante sin alabarda y sin adarga y sin rodela y sin guantelete y sin estoque. Quién sino este deforme engendro de los abismos disfrutara en amontonar el inexistente universo de sus visiones pantagruélicas sobre el persistente quejido de mi hambre y el inconsolable cuanto inútil castañeteo de mis colmillos. Quién que endriago o basilisco o anfisbena no fuera osaría perturbar mi razón con tan crueles encantamientos. Digo yo que ni un maestro alchimista atinara a montar este espejismo del olfato, esta alucinación del estómago, esta perversa confusión de la vista, esta truculenta escenografía de perdices y jamones y longanizas y salchichones y piernas de cordero y costillares de ciervo y lomos de jabalí. Y no siendo este embeleco menester apropiado a Nuestro Señor, ni para sus santos y arcángeles y cherubines, forzoso sea

concluir que puesto que no proviene de lo alto, seguro sea su cavernario y soterráneo origen.

Por si dudas me quedaran, pruebe yo en fin si tal es la consistencia de estos embutidos cual absoluta es la desolación de mis tripas y la desesperación de mi estómago. Que si no se esfumara esta tortuosa fantasmagoría con mis razones y exorcismos, fuércela yo a desaparecer con la aguzada punta de mi daga y con el prolijo brillo de sus filos. Ya echo mano al artificio, interrumpiendo sus pendulares paseos. Y atrayéndolo hacia mí hinco con decisión el hierro junto a una bien simulada articulación. Persiste el maleficio en afrentarme y equivocarme, puesto que lejos de disolverse en el aire como Dios manda, antes bien ofrece sólido y resistente camino a mi toledana herramienta.

La consistencia justa. La apropiada densidad. El jamón alfil resiste. La holoturia calabaza opone al acero vivaz una estolidez correosa, casi lítica. La seta clava rechaza con empeño la agresión de la daga. La morcilla redoma cuestiona la embestida del estoque con la pertinacia de sus cartílagos y la porfiada negativa de sus pellejos. Avanza el acero, imperturbable. Armoniosamente austero en el cumplimiento de su función. Fiel a su designio, dócil a la consigna. Cede al empuje nervioso de mi puñal una masa a un tiempo floja y tensa, simultáneamente esponjosa y consistente. La alucinación es tan acabada, tan perfecta —si cabe definirla de tal modo— que por un momento me figuro que la incisión hubiera sido practicada en un cuerpo humano, resistiendo a la agresión del bisturí con todo el pudor y la indefensión de epidermis, grasa, músculo, cartílagos, huesos y tendones.

Al fin la daga culmina su trajín en el aire. Después de las penínsulas adiposas. Más allá de los acantilados óseos. Fuera ya

del campo de los archipiélagos de grasa. Libre. Ha corrido de norte a sur, a través de unos tejidos de una materia de un cuerpo (o elemento o poliedro) suspendido en parte de su original cordón umbilical y en parte por mi mano siniestra, cerrada con la fuerza de un irracional empeño, crispada con el desesperado coraje del hambre. Cercenados los vínculos, violentados los puentes, sostengo en mi mano, con menos interés que asombro, el confin o extremo del pendulante artificio, que librado a un tiempo de la dependencia ingobernable del peso que se ha quitado y de la extraña esclavitud de mi posesiva conducta, inicia una elongada circunvolución vagamente memoriosa de la coreografía del diávolo, de una circunspecta trayectoria de hiperboloide.

Heme de repente y a despecho de quier esfuerzo gravitatorio o maliciosa casualidad, dueño de la meridional geografía del solomillo, esposo de la más valerosa paleta de ciervo que Gargantúa alguno apeteciera, soberano del enervante flanco de la más estupefaciente y supergigantesca seta, patrón y soter de esa en fin holoturia o alfil o clava o Dios sabe qué, pero eso sí mórbida, voluptuosamente activa, atractivamente seductora, indecentemente turbadora. Ofrecida como en desnudez y descaro no se ofreciera la más desvergonzada cortesana. Tentadora como si en un todo inabarcable se unieran las excentricidades venéreas con la lasciva danza de las hetairas y el pantagruélico requerimiento de un banquete apto para seducir aunadamente ojos, olfato, paladar, imaginación y estómago. Presencia y cercanía que me ofuscan, aproximación que me exalta, insinuaciones que me conturban.

De alguna manera irracional acierto a comprender que esta preciosa solidez, esta descabellada verosimilitud, esta —dígolo de una vez por todas— agresiva naturalidad, esta mortificante ma-

terialización de lo inmaterial, son acabada demostración de su malévola filiación. De su injurioso nacimiento. De su patibularia gestación. Aunque —esto piensa la otra mitad de mi azorado caletre— bien pudieran todos estos aspectos probar de igual modo su calidad providencial, su esencia angélica y carismática, su condición equivalente, en fin, a aquel maná que fue redención y beneplácito del pueblo hebreo errante por el desierto.

Cierro los ojos y con devoción solicito a Nuestro Señor y su Santa Madre hagan desaparecer de mi alcance y vista el esperpento, si maleficio o diabólica fábrica o artesanía de magia negra fuera. Mas ábrolos al punto y helo más perfumado y próximo. Más contundente y apetecible. Más indiscutiblemente allegado a mis pecadoras manos en prenda misericordiosa de don y de perdón. Aceptarlo sea —entonces— ejercicio de humilde acatamiento, de modesto reconocimiento de que no por el escuálido bulto de mi virtud sino por la inaccesible gloria e inabarcable bondad de Nuestro Salvador, todo lo que no merezco se me otorga y soy, en esta ausencia de méritos, colmado. Piénsolo y acéptolo. Vuelve con ligereza mi diestra la daga al abrigo de mi cintura. Libre ya regresa para trazar, arrancando este gesto del insondable abismo de mis ancestros, la señal de la cruz sobre tan miraglosa architectura.

Puesto en fin arriba lo de arriba y abajo lo de abajo, según lo adoctrina Nª Santa Madre, háceseme urgente dar piadosa conclusión a este negocio, so riesgo de desfallecer sin acabarlo. Abro las fauces, babean mis papilas, clavo los colmillos, aprieto la quijada, muerdo, en suma, arranco, mastico y me apresuro y atraganto en roer y masticar; más no me apresurara si de tal premura la salvación eterna de mi alma pecadora dependiera. Excitado hasta

la deseperación el aparato de mis olvidadas digestiones, saboreo y trago con los ojos entornados, por impedir que ajenas insinuaciones me sustraigan de este deleite de rejonear mis castigadas tripas con el provocativo zarandeo de la gula.

Vagorosas imágenes acuden desde el inescrutable pozo de mi memoria, según la agónica vaciedad de mis vísceras da paso a la tibia certidumbre de la saciedad. Asoma, en el sopor del hartazgo descontrolado, el rostro sin vida de Francisco mi hermano dos años apenas mayor, sumariamente juzgado y con igual diligencia ahorcado por orden del teniente de gobernador. Fue su único delito, según entiendo, echarle manos y dientes a un caballo asaetado por los indios. De nada le valieron los atenuantes ni la afiebrada defensa de fray Lorenzo, aludiendo a la inferior esencia del bruto y a la superior categoría de la necesidad. A la hora escasa colgaba Francisco del patíbulo, ya cadáver. Colgaba, pienso, y pensándolo vislumbro —mientras con pesadez apuro la masticatoria consigna de mis molares— el fantasmal viraje desde la palidez connatural de las semanas de hambruna y malas noches en las facciones del condenado, al arrebol ocasionado por el esfuerzo de mantenerse en equilibrio sobre el lomo de una yegua alazana, abrigada ya su garganta por la corrediza voluta de cáñamo y finalmente, espantada la cabalgadura por un aguijar de pica contra el atamborado pellejo de la panza, en obediencia a un apenas perceptible alzamiento de cejas del teniente de gobernador, la lívida confesión de asfixia, el tenebroso crujido de vértebras al ceder la resistencia del gaznate bajo el peso del cuerpo falto de apoyo y, después de un desairado rigodón resuelto en idas y venidas, girando por la diestra en amortiguadas evoluciones, desorbitados los ojos, abiertas las fauces, extraída totalmente fuera del angustiado

paladar la lengua, alcanzar esa lóbrega negrura que con las horas iría adquiriendo, según la sangre dejara de transitarla, la específica y luctuosa palidez de la muerte, esa blancura amarillenta gemela en la textura y en el brillo a la cera de los velones. Quedaron remolineando en el aire espesado del atardecer unas murmuradas plegarias del frayle, el concluyente gesto del gobernador y el chasquido de rebeldía de una docena de gargantas, chasquido que aunaba el retumbante testimonio del espanto con la profunda y juramentada promesa de venganza. Presencié la cosa en silencio, sostenido por ambas manos contra un madero hincado en tierra, a veinte pasos escasos del cadalso. Cerrada ya la noche, al dar Galán la orden de regreso a los vivaques, vencido por el espanto, el cansancio y el hambre, me desmayé.

Al recuperar el sentido lo vi. Estaba ahí. Colgado. Casi vivo. Casi a mi alcance. ▮

Viñas de holgura[6]

Buen apetito me despiertan los aires destas tierras. Cuenta me lleva el manducar y trasegar cuanto mis cuajares lo demandaren y mi gaznate lo consintiere, tanto como creo y confieso —a estar de aquella friulana con calenturas de trotaconventos que diz que fue mi bisabuela materna— que deste mundo llevarás panza llena y nada más. Aunque a juzgar por los decires, la tía aquella fuese de él no solo con la panza llena sino con las corvas bien sobadas y la coña más tundida que juanete de mesana con ventarrón de proa. Mas válame que de la putísima vieja téngome por honrado el haber heredado su amor a los placeres de la mesa y su respeto por los de la cama.

Cuca estaba anoche de cierto la hermana del lenguaraz destos naturales, o al menos parecíame por su modo de me contemplar y me insistir en el yantar y en el escanciar. Que nadie pensaría, al saborear estas volátiles que emplumadas lucen no menos orondas que un faisán y desplumadas y adecuadamente aderezadas mucho más enpingorotadas desde luego que una cachonda codorniz, que se hallara uno a las millas marinas que se halla de las tabernas de Sanlúcar o las deliciosas mesoneras de Cerdeña o de Palmas. Verdad es que abunda la cocina destas gentes en legumbres y hortalizas que —a la par de desconocidas para nos— bien apuntan a nos satisfacer con su reminiscencia de coles de Málaga y alcachofas de la frontera y patata castellana. Ni qué ha-

---

[6] Integra el volumen *Tercera fundación*; Premio de Narrativa de Ficción “Ciudad de Rosario 2006” / © Editorial Municipal 2006, 324 pp. ISBN: 987-9267-31-1.

blar de sus frutos, tan abundosos en colorido y forma, como en sabores y aroma, al punto que ante los canastos y tiestos reventones de agrios y melones y albaricoques, pálida se vería la oferta de nuestra naranja valenciana o los pelones manchegos o la inigualada manzana granadina (aunque a las moriscas artimañas más que a la christiana artesanía cupiere lo valedero del reclamo).

Presto me he andado en abandonar las delicias avícolas, que en estas oropéndolas no se agota ¡qué va! el catálogo de las delicias que engalanan los asadores. Deje aquí un recuerdo generoso para una suerte de avutarda de plumaje cenizo y copete multicolor, que nomás pasar por el gaznate lo ponen a cantar y retozar cual si se anduviera uno de trote por el jardín de las Hespérides, y esto solo por mérito de la perfumada terneza de su carne que —aunque algo morena— no escatima esfuerzos en sobornar a una misma vez ojos, olfato y paladar.

Virgen santa, quién atina a recomponer los desafueros de nuestra travesía, rodeados como nos vemos ahora de música para las tripas y de jolgorio para los sentidos. Pues no por cetrinas y achinadas son estas hembras de desdeñar. Y dígolo sin tomar cuenta de lo forzado de nuestro celibato de a bordo (no tal para toda la puñetera compaña, merced diz que a los favores y condescendencia del fraylecillo). Digo sí que de amarles son y apetecibles, habida cuenta de sus carnes consistentes, del aroma de flores y yerba que día y noche les envuelve y la dulzura con que se aplican a nos dar palique y permitir que les sobemos y tomemos con variada donosura, sin dejar de canturrear y murmurar estrofas en su lengua, que parece de molde para las endechas y capitulaciones de rigor. Regalo son en verdad para nuestra forzada soltería y no

contenida lujuria, tanto que por hablar de ello volvía a dejar inconcluso el negocio de los alimentos.

Amplia es sin dudas la calaña de sus aves, pues se marea uno ante la variada cantidad de anadones, pollipavos, vencejos, autillos, agachonas, gansos y gallinetas que alzan vuelo alrededor de uno, nomás echar a caminar por entre la fronda, a tiro de honda de la vera del agua y de las cabañas del poblado. Baste señalar que no se crían ni guardan en corral, tal basta salir de recolecta sin otro artificio que un palo para atontarlas y un saco para encanutarlas. En cuestión de volátiles —lo mismo que en hacienda de carne roja— no se toma sino lo que se destina para el puchero del día. Lejos está del ánimo dellos el almacenar o conservar, por lo que echo de ver que no les acosa el cambio de temporada ni los apremios que traen consigo el raleo y la escasez. Pocos son de entre ellos, nada más mujeres y críos, quienes se aplican a la procura de vianda. Salvo piezas grandes de carne salvaje, con las cuales es menester una fuerza y destreza de que tampoco son faltos. Testigo he sido ya de alguna cacería menor —mas no desdeñable— en que dos o tres dellos, casi siempre jóvenes, rastrean alguna pieza de interés que por error hubiere dejado huellas por los alrededores del poblado. Sin bullicio mayor, toman del almacén común arcos, flechas y algunos venablos y macanas, y se hacen al camino a buen trote, detrás de quien haga las veces de rastreador. Trátase en estos casos, de seguro, de algún cerdo silvestre, o un venado o alce de buen porte, pues de lo contrario tienen a menos el encarar a un animal entre varios cazadores. Venteado el bruto, le siguen sin apurar el paso, habida cuenta de que —al cabo de pocas horas— le llegará el momento de abrevar y descansar, que es entonces cuando le cercan y golpean sin manifestaciones de encono ni

sadismo. Al momento le descuerean y dividen en trozos según el número dellos, cargando con la presa de vuelta hacia el poblado. Ahora —eso sí— cantando, riendo y comentando a gritos los episodios de la faena. Al llegar cerca de los suyos, seguro es que una comitiva —sobre todo churumbeles— les salga al encuentro y acompañe el resto del trayecto compartiendo risas y anécdotas. Prestos se andan en despachar estos negocios, puesto que antes de que pongan los pies en el real, ya habrá quien se ocupara de arrimar buena leña y empezar un fuego adecuado. Conque es nomás llegar y clavar las presas en unos asadores de madera dura, al alcance de las llamas. Gustan comer estas carnes más bien jugosas y recién sacadas del fuego. Nunca dejan de acompañar estos festines con legumbres crudas y abundantes frutas. En cuanto a bebida, agua es lo que más les apetece, teniéndola como la tienen muy al alcance y de excelente sabor, en un manantial o vertiente a menos de doscientos pasos de la cabaña del cacique.

También les veo preparar una cocción de frutos que recolectan, mondan y exprimen en cantidades, dejándolos macerar al sereno por un par de semanas. Al cabo de este tiempo los hierven en cuencos de barro o en unos calabazos renegridos, agregando de tanto en tanto agua fría o una infusión de yerbas aromáticas. El sabor —pues heme sentido tentado de probarlo— simula con ventaja al de un buen aguardiente riojano, pero no abusan de él sino que parecieran reservarlo para acompañar carnes de pesada digestión. Así y todo no he visto hasta el momento el menor asomo de adicción o ebriedad, fuerza es reconocerlo. La barrica de alcohol que el almirante mandó bajar y les regalar, arrumbada está en la tienda del principal. Vese que si por ellos fuera, mal negocio harían por estas latitudes los comerciantes que recorren nuestros vi-

llorrios y campos a lomo de mula, subastando toneles de bebida espirituosa y botas de aguardiente.

En fin, no está en mi ánimo conferenciar acerca de las costumbres culinarias de estas buenas gentes, antes bien dedicar este rato de ocio después de la comida de la tarde al recuento de unos hábitos y modos que cualquiera creyera de christianos, de no percatarse uno de la color oscura de sus pellejos y el evidente paganismo de sus conductas. Échase de ver —he reparado en ello a partir de un comentario más bien ácido del frayle— la falta de imágenes sagradas y elementos de liturgia. Es poco creíble —qué digo creíble, casi impensable— que estas criaturas hubieren recibido el cobijo de la doctrina y la bendición de la fe. No son estas mis palabras, no, sino que repaso al pie de la letra el siseo que el fraylecillo dejó caer en las orejas del almirante, al día segundo de tocar tierra. Mirole el almirante con gesto despreocupado y respondiole algo que no llegué a captar, mas hizo que la cara del frayle se tornara un caldero de arreboles. Creo —de todos modos — que está dentro de sus planes el catequizar y evangelizar a los naturales, pues para ello le tienen asignada Sus Altezas las mesadas y viáticos pertinentes. Y pluguiera al Cielo no tomar mi comentario a guisa de subversivo o herético discurso, mas me consta que no alcanzaran diez jornales de los nuestros para cubrir las exigencias de su faltriquera. Aunque a fuer de dar pábulo a chascarrillos y guarangadas de los más redomados de entre la tripulación, tampoco alcanzaran diez buenas vergas para aplacar su concupiscencia. Aunque tornadizo le veo al muy cazurro, según bastó que echáramos pie sobre esta playa para olvidar a sus grumetes y mozos de cuadra —que bien servido le tuvieron durante la travesía— para aplicarse en dar palique a unos adolescentes fortacho-

nes y esbeltos, a quienes de seguro habrá echado el lente para iniciarles en los sacrificios y misterios de nuestra santa religión. Ardua se me figura tu carrera por estos mundos, padrecito, pues si desmesurado es tu apetito, no menos cuantioso y abultado es el rebaño a que aspiras aplicarte como pastor. Aun habida cuenta de que no te menoscaba compartir tus parábolas entre mozos y mozas, no vaya a ser el diablo que alguno de tus catecúmenos te curta el cuero con unos buenos lonjazos, si es que no se le va la mano y te ocurre algo peor aún. Que como tú repites hasta el hartazgo, hay de todo en las viñas del Señor… ▮

Memento

Retorno con menos interés que fastidio al ejercicio del pedernal. No me abruman el cansancio de la fricción innumerable ni la promesa implícita en las primeras chispas. Qué soy sino yesca o manojo de cochayuyo estaqueado sobre la arena dura. Ceniza de unos húmeros que puestos a secar al sol, desabridamente regresarán al polvo. Girar y golpear. Golpear y raspar. Raspo y giro en el acatamiento de un veredicto que a partir de cada amanecer sin coordenadas me colma de impaciencia y tras el rubor de cada crepúsculo me desahucia. Las manos a la piedra. La piedra a la luz. La luz al calor. El calor al fuego. Cada mañana crecen las comarcas de la sombra y en las noches el frío permanece acampado entre mis carnes. Bajo la piel cuarteada por el bóreas, chamuscada por la resolana. Con la última tormenta cayeron al mar unas avefrías cacareando los cuartos para el alba. El camino adelante es simétrico con el que dejo atrás. Rememoro retazos de alguna vieja lección de geometría no euclidiana. Paralelas que convergen en el infinito. Rectas no menos díscolas introvertidas después de contabilizar un kosmos. Entre hipótesis turbias y corolarios truncos regurgito el graznido de los cuervos explicitando la sentencia. El hambre es dañina. El miedo es dañino. La soledad es más dañina aún. Recuerdo —creo— la ficción de una lágrima congelada en el párpado del cuervo más anciano. De recuerdos hablo, a sabiendas de que no es sino mera proyección de ese hambre y ese miedo y esta soledad, mezclados en el fondo del crisol con la última pizca de cinabrio y una pulgarada apenas de sublimado. Sé que el olvido es brebaje condescendiente para quien ha de cargar en sus al-

forjas más remordimiento del que puede acomodarse sin resentir la ligereza de la marcha. También sé que nadie recuerda lo que todavía no le haya sucedido. A menos que. Claro, a menos que, por supuesto, viejo Heráclito. Si no me estuviera vedado el tormento de la memoria, quizá elegiría retomar aquel juego en que cada atardecer recostaba sobre una mancha de trébol mis cuándos y mis nuncas al abrigo de las casuarinas en la isla. Entrecerrando los ojos, después de asegurarme de que las estrellas estaban una por una en sus trincheras, calmo tras auscultar la traza silenciosa de la vía láctea y perseguir algún planeta a contramano entre las luciérnagas. Sabía entonces —pensaba— que éramos asimismo planetas diminutos a contramano de nosotros mismos. Que guardaran entre las huellas leves de las gallinetas y la impronta perentoria del carpincho una esperanza de cruce —opción stop— cualquier alternativa, porque la inteligencia de la alternativa acarrea sin piedad la tortura de la esperanza. Los arcones de la memoria se vacían una y otra vez como odres viejos, para almacenar nuevos mostos. Nada perdura. Nadie trasciende. Menos de un centenar de primaveras a lo más. U otros tantos inviernos. El cuero se hincha, ampuloso de sabiduría y vanidades. Sugiere encendidos parlamentos. Improvisa églogas. Ejecuta con precisión los ritos de la fama y la vanagloria. Mi rostro —ese mapa increíble que los espejos porfían (vanamente) en interpretar— recorrió sin urgencias la parábola que nace de ideales bulímicos y se desploma en los exilios. Sé de la dulzura de los besos y la acidez de los celos. Tarde descubrí que no besaba sino mi imagen en la luna de aquellos espejos que mi sombra haría crecer a la sombra de las casuarinas, entre el perfume de las buganvillas. Más tarde aún hundí un puñal en mis retratos creyendo herir de muerte al amante que me

robaba unos discursos de tan escasa réplica. Nada aporta ser Claudio cuando se ha sido previamente Xerxes y en otra instancia Timur Lenk u Otelo. Ofelia no podrá desprenderse del perfume de la piel de Thais y Gwyneth Paltrow esconde bajo el pudor de sus escotes la lascivia de Olimpia y la impudicia de Clitemnestra. Escasos actores para tan nutrido texto. Tal vez fuera la excusa para que nos atreviéramos. Tal vez un vaticinio *¿quod vobis videtur?* Acaso una de esas intuiciones que uno esgrime a media voz a media sombra a medio luto. Tal vez. *Let it be*. Cuando pregunté al cínico del tonel me sonrio con sorna. Nada que no me hayas quitado antes. Antes fui linterna en sus manos y al tiempo mera lumbre en el fondo de una mirada ciega. Fui más y muchos avanzando entre alaridos a la zaga de un caballo de madera. Fui espada y la herida de esa espada sobre otra piel que quizás era la mía. Fui el corcel que devora la brizna de la estepa y a la vez la hierba deshojada y amasijo de cascos en el barro ensangrentado. Fui lumbre de unas hogueras macedonias, cruz enarbolada al viento por encima de unas espinas y una lágrima. Pude haber iniciado mi camino desde las breñas de una islita oscura en aquel mar ilirio. Pude haber paseado la erudición y mi coraje (ficción de los corajes más vulgares) hasta donde las aguas se adelgazan y la piedra se expande. Pude tal vez reconocerme en una voz de lanas retorcidas arreando carneros hacia Hecatómpylus. Creo haber decretado los salitrales de Jericoh (confundo a veces algún detalle y las irrelevantes toponimias). Establecí las ceremonias del prusiato y el estroncio. Pude tensar acaso un arco a mi regreso y la lealtad imperturbable de ese perro. Pude saber que llegará una noche a bordo de otras aguas en que querré jurar sin menoscabo que ya no sé quién fui ni lo que soy. ▮



Bajo la Cruz del Sur

La esquila toca el moribundo día
la grey mugiendo hacia el redil se aleja
a casa el labrador sus pasos guía
el mundo a mí y a las tinieblas deja.

Eduardo Wilde; *El cementerio de la aldea.*

La campana de la misión quiebra la calma del atardecer con el llamado melancólico del Angelus. *Angelus Domini nuntiavit Mariæ, et concepit de Spiritu Sancto.* El toque perentorio silencia por unos instantes frágiles el mugido de la hacienda y el zureo de los palomos. *Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus et benedictus fructus ventris tui, Iesus*. La voz seca del fraile trepa sin urgencia por los muros de piedra desplegándose por entre las vigas de ibirapitá para seguir camino arriba hacia la bóveda. *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ. Amen*. Otros timbres atiplados y morenos hacen el contrapunto abrazados a los fustes de granito rematados en capiteles de cedro. *Ecce ancilla Domini*. El incienso mantiene alejados los perfumes de la selva. *Fiat mihi secundum verbum tuum*. Aunque a lo lejos se percibe como un eco un segundo coro de aves y mamíferos, apagado ya el tañido conminatorio. La oración ritual acalla los movimientos en la plaza y los alrededores. En el campo arrieros y pastores inician el lento camino hacia los corrales. El día y la noche se suceden sin sobresaltos, cada cual en su orden y en sus valores inmutables. Como unos días siguen a otros días y las noches siguen a otras noches. Como unas horas se desgranan levemente sobre las anteriores anunciando sin visages ni tartamudeos las por venir. Insignifican-

tes gránulos de tiempo ensartados los unos en los otros como las cuentas del rosario. *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. Todo en un orden prefijado según ecuaciones y parámetros que habitan en el misterio de una infinita y omnisciente Providencia que pesa sobre los sillares y los arcos con la misma tenue irrefutable majestad con que establece las lluvias y administra las pariciones y la sazón de los cereales y los frutos. *Ora pro nobis, Sancta Dei Genitrix, ut digni efficiamur promissionibus Christi*.

La noche del trópico se desperezа sin premura soplando su aliento húmedo a través del umbral y los ventanucos del coty guazú. Recostada al norte contra el borde mismo de la garganta estrecha y profunda del Acaray, la casa de las viudas mira por el sur hacia la planitud del cementerio. Un par de hectáreas de campo cercadas por su muro de piedra de altura suficiente para impedir el paso de ganado o animales salvajes. Algunas hileras de cruces de madera y unas sencillas lápidas de piedra igualan a españoles y aborígenes en el ceremonial austero de la muerte. Ubicación apropiada para que las viudas encerradas de por vida en el refugio-prisión recuerden a cada instante —despiertas o dormidas— que el camposanto es tierra de nadie que las segrega para siempre de sus parientes, de los padrecitos y de los avatares de la rutina cotidiana. En el a veces desprolijo sincretisno cristiano guaraní, una viuda no está viva ni muerta sino en un estado intermedio entre su condición de mujer casada que ya no es y la del cadáver que inevitablemente un día u otro habrá de ser. En más de un aspecto miserables muertas en vida, separadas de la comunidad como si fueran leprosas. Seres diferentes cuyo único contacto con los otros son las misas y demás oficios en la iglesia. Donde también hay un lugar reservado para ellas, apartado de la proximi-

dad de amigos y deudos. Aunque no existe certeza acerca de la cuestión, es probable —de hecho muchos antropólogos lo afirman— que el coty guazú sea todo un avance de la civilización, dado que antes de la llegada de los españoles la viuda era muerta y enterrada junto a su esposo, en porfiado cumplimiento de una fórmula ancestral que a duras penas sería reemplazada por los padrecitos por la más piadosa de "hasta que la muerte los separe". Indicativo —nada más— del carácter fuertemente posesivo y machista de culturas que en el fondo diferían de las europeas apenas por los ornamentos y las exterioridades.

De entre la docena de mujeres del albergue, la más callada y paciente, la más circunspecta e introvertida, es asimismo la más joven. Ñuinambaé la viuda virgen, una niña apenas, ha ingresado al coty guazú hace once lunas, una semana antes de cumplir catorce años. La historia de su amor —la historia de sus penas— corre por la misión. El amor y la muerte son temas propicios para prolongadas sobremesas invernales alrededor del fuego. La cuestión va pasando de mano en mano, junto con el calabazo del mate. Los padres de la misión respetan los hábitos y las costumbres de los aborígenes, pero en la reducción están prohibidas las bebidas alcohólicas. Nomás Venancio el chamán cuenta con autorización para guardar en su choza un par de cántaras de un cocimiento de cereales y frutos fermentados que sabe utilizar para sus curaciones. Se dice también —medio a escondidas— que el padre Iñaki no pestañea si un trago fuerte ayuda a calmar el dolor de algún moribundo. El resto de los padres se mantiene al margen de estas licencias, pero callan su reprobación porque bien conocen la opinión favorable del coadjutor provincial. Sus visitas a la misión no son frecuentes por cierto, pero la comunicación con las reduccio-

nes se mantiene gracias a un buen servicio de correos y postas, que los mejores corredores de la comunidad cumplen con orgullo y devoción.

Aunque la calma y la paz sean las constantes, la situación en general se parece más a un drama que se juega sin apuro alternando la serenidad con la violencia. Los encomenderos españoles asentados al sur y a occidente y los bandeirantes portugueses que periódicamente se desplazan desde levante y por el norte, son una amenaza permanente para la reducción que consume sus días trabajando la tierra con el pensamiento y la mirada puestos en la salvación eterna. La diferencia de objetivos hace a la diferencia en la conducta. Así como la misión avanza en el propósito de tomar de la naturaleza lo necesario para la subsistencia, encomenderos y bandeirantes no ven en los aborígenes sino mano de obra esclava y económica, excelente para laborar las tierras, trabajar en los socavones o dejar el pellejo a la vera de las corrientes de agua que bajan de la montaña, en procura de oro y diamantes. En tales condiciones y mal alimentados, los aborígenes mueren jóvenes y los capataces necesitan reponer de tanto en tanto sangre fresca y sana. Así es como la quietud de la misión se ve interrumpida cada año por el asedio de unos o de otros. Y si bien los padres han tomado previsiones para defenderse, cada una de estas incursiones deja su saldo de muertos, heridos y cautivos condenados a terminar su vida engrillados.

El hijo mayor del cacique Mbaracá es una de las tantas víctimas de los depredadores, más salvajes que el yaguareté y los perros cimarrones. Sus restos descansan bajo una cruz sencilla y la piedra que lo nombra, en un extremo del cementerio lindero al coty guazú. La pasada primavera, el disparo del cañoncito lo sacó

de la choza que había levantado con sus brazos, para vivir allí en compañía de la joven esposa. El padrecito Iñaki y los familiares de ambos acababan de retirarse entre risas y augurios de felicidad. Cuando la alegre comitiva se encontraba aún atravesando la plaza, los vigías dieron la alarma. Una bandeira encabezada por medio centenar de mestizos a caballo y un piquete de arcabuceros portugueses había atravesado hacía un par de noches la correntada del Acaray, a cosa de unas seis leguas al este de la misión. Dando un rodeo por detrás de la escuela y la iglesia, se apostaron al amparo de las sombras al sur de las últimas calles del poblado. Contando con la sorpresa y la escasez de armas de fuego de los defensores, hacían cuentas de regresar con un buen botín de esclavos. Las mujeres y los niños fueron rápidamente puestos a salvo en el centro del poblado y los hombres tomaron las armas prestos a vender caras sus vidas. La lucha no duró una hora, porque los atacantes —vista la feroz resistencia de los pobladores— optaron por retirarse con una docena escasa de prisioneros y dejando otras tantas bajas en el campo. El recién casado Andresito recibió una fea herida de bala en el pecho y al caer el sol de ese domingo fatídico, la bella Ñuinambaé cambiaba sus brillantes vestiduras de novia por el sayo oscuro y la toquilla de las viudas, abandonando el hogar no estrenado para enclaustrarse en el coty guazú.

El padre Iñaki yace de espaldas en su jergón, en una mano sosteniendo su devocionario y tratando con la otra de espantar la nube de comejenes y zancudos. En los laboratorios de la escuela se elaboran esencias eficaces para espantar mosquitos y otras diversas especies de insectos picadores; sobre todo la citronela que se exporta al viejo mundo en vasijas de barro cocido de veinticinco libras. Pero alguna oscura razón impele al sacerdote a

aceptar el tormento de los aguijones, seguramente a santo de alguna idea que le rejonea la consciencia. Cilicio y ayuno son probadas herramientas para alejar las tentaciones, especialmente las de la carne.

Hace varias semanas que el jesuita permanece despierto hasta bien entrada la madrugada, murmurando plegarias y desgranando las cuentas de su rosario. Pero ni rezos ni ayuno logran disipar de su caletre el bello rostro de Ñuinambaé. Y más de una noche no es solamente el rostro de la joven india el motivo de su angustia. La muchacha suele acercarse desnuda en medio del sueño, con ademanes tan dulces e incitantes que despierta dando gritos y sudando a mares. Espera con ansiedad la visita del coadjutor para confesar la desdicha que lo acosa, pues de confiar en alguno de los padres de la misión, su secreto dejaría de serlo a breve plazo. No porque dude de la integridad de sus compañeros sino porque ninguno de ellos podría ser depositario de la terrible confidencia sin traicionarse con alguna palabra o gesto inconvenientes.

Las noticias del viejo mundo no son alentadoras. El jansenisno avanza en España, y en Portugal el marqués de Pombal teje apretadas redes —en complicidad con el clero— con vistas a despojar a la Compañía de sus bienes y privilegios. Se sospecha que muchos bandeirantes se mueven estimulados por el oro de la metrópoli, como movimiento previo a una ofensiva diplomática de gran envergadura. Francia ha iniciado la cruzada y los Borbones tienen ya trazados sus planes para Europa y América. Perseguidos por las testas coronadas, odiados por el clero secular y abandonados por Roma, la suerte de la Orden es cuestión de tiempo. Su suerte está echada.

— Me tenéis preocupado, padre Iñaki.
— ¿Cuál es mi culpa, venerable hermano?
— Yo no hablaría aún de culpa, hijo mío. Digamos que me aflige la sospecha de que te encuentres a punto de poner en peligro tu alma.
— Grave es por cierto vuestra preocupación entonces.
— Es que de viejo vale más el olfato que el razonamiento.
— ¿Y qué es pues lo que os indica vuestro fino olfato, reverendo?
— Que tu actitud y tu aspecto exterior incluso, han cambiado desde la última incursión de los negreros portugueses.
— Mal estaría que lo negara. A pesar de que pudimos rechazarlos, nuestras pérdidas han sido penosas.
— Especialmente la del hijo de Mbaracá. Un joven muy valiente.
— Acababa de casarse.
— Andrés estaba bautizado y murió en gracia de Dios. No creo que la salvación de su alma debiera preocuparte.
— No me preocupa.
— ¿Entonces?
— Entonces que lamento no poder seguir el hilo de vuestras cavilaciones, reverendo hermano.

En la soledad compartida del dormitorio común, la joven viuda solloza en silencio. Ni rezos ni duras tareas cotidianas ni la palabra esclarecida del padrecito Iñaki al comentar el evangelio durante la misa dominical son suficientes para aplacar el ahogo que alborota su sangre y las palpitaciones de un corazón dolorido que duda entre sostenerse en ese pecho núbil o echar a volar hacia

las nubes. Se le ha enseñado que es pecado mayor el querer la muerte. Pero ¿qué otro deseo puede albergar en su sesera desdichada, si sus horas son años y sus descansos tormentas? El recuerdo de aquella herida en el pecho de su esposo y la desolación de su última mirada la persiguen con el ahinco con que los perros cimarrones siguen a las majadas. Como las hormigas desfilan con las hojas al hombro rumbo a sus cuevas a pesar del viento y los anuncios del aguacero. Entre sollozo y sollozo, una pregunta escapa de sus labios casi sin aliento. ¿Por qué? Un murmullo remoto le desliza oscuros pensamientos al oído. La respuesta está en el cementerio. De nada vale persignarse ni caminar en la oscuridad bajo el emparrado. Algo le dice que entre la soledad de las cruces y el silencio de las lápidas está la respuesta.

¿Por qué, Padre? El sueño da paso al desasosiego y el desasosiego atrae un sudor copioso y el fuego de la fiebre. *Sancta Virgo virginum, ora pro nobis*. El rosario cae de las manos del sacerdote, que se aferra a los tirantes del catre para refrenar el temblor. La sequedad de garganta y los escalofríos lo convencen del anticipo de una terciana. Los labios hinchados y resecos apenas acompañan la letanía, pese a su enorme voluntad. *Mater castissima, ora pro nobis*. El esfuerzo por tragar alguna gota de humedad le hinca astillas en el paladar. *Mater inviolata, ora pro nobis*. Apretando los dientes para evitar el castañeteo, contempla con estupor la imagen que le sonríe desde los pies del jergón. *Virgo fidelis, ora pro nobis*. Presa simultánea de la fiebre y el éxtasis, se echa de bruces sobre el pavimento de piedra y acerca sus labios a los pies de la visión. Siente cómo aquellos pies pequeños y delicados —fríos al besarlos— se van entibiando. Y según sus labios suben lentamente, la piel blanquísima se oscurece exhalando un

profundo olor a orquídeas. Observa con un ronquido de agonía cómo la imagen se desvanece. No sin que alcance a reconocer el rostro inefable y sediento de la pequeña Ñuinambaé.

El cementerio no tiene otros guardianes más que el lechuzón que duerme parado en una rama baja del aguaribay seco alzando su miseria en la esquina sudoeste y las almas de los difuntos que aún no se han atrevido a levantar vuelo. Con el claro lunar el camposanto se ve como un damero y la sombra de las cruces va girando y estirándose según se desgranan en silencio las horas nocturnas. *Una noche / una noche toda llena de perfumes / de suspiros y de música de alas…* una sombra leve sale del coty guazú y se desplaza como deslizándose en el aire a un pie del suelo. La claridad lunar blanquea la vestidura gris de las viudas y pareciera atravesar las carnes casi trasparentes. No hay vacilaciones en el andar de la frágil figura, dando la impresión de haber recorrido otras noches el mismo camino. Por fin se detiene ante una tumba y se echa sobre la lápida al pie de la sencilla cruz. El llanto se derrama en silencio, a compás de algún suspiro doliente y el chiflido del lechuzón. Al toque de laudes, la aparición yacente se levanta y emprende el regreso al coty guazú.

El cuerpo aterido de fiebres percibe sin aliento el toque sucesivo de las llamadas a maitines y a laudes. Los repiques breves recorren sus carnes desde el occipucio hasta la planta de los pies llagados. Al ataque impiadoso de los estertores tercianos se suma el deterioro del tiento trenzado con el cual se flagela una y cien veces hasta que las fuerzas lo abandonan y cae entonces rendido por el dolor y vaya Dios a saber qué mordientes pensamientos. Pasada la hora prima, el padrecito es un hato de músculos sanguinolentos y huesos atormentados no tanto por la dolencia fí-

sica sino por la mordedura impía de la culpa, desplomado sobre el piso de piedra de su celda. La mortificación del arrepentimiento —o las convulsiones de la fiebre— le han hecho morderse repetidas veces la lengua y por entre los labios hinchados y amoratados se desliza una saliva enrojecida. Sus ayes se entremezclan con los gemebundos orapronobis y los penitenciales misererenobis, sin que el yacente tenga verdadera consciencia del desmayado discurso que escapa de a ratos por su garganta. Señor, ten piedad de nosotros…

Aunque a pocos sorprende la noticia de la deserción del padrecito Iñaki y la simultánea desaparición de la indiecita viuda, el superior de la misión envía un discreto informe a San Ignacio y a Loreto y solicita instrucciones reservadas al coadjutor provincial. Otras nuevas de grave contenido absorben la preocupación de los religiosos. Acaba de morir en Roma el pontífice a quien la Compañía ha jurado fidelidad y lo sucede en el trono un hombre que poco simpatiza con los jesuitas. Soplan aires de tormenta en Portugal, Francia y España. Un acuerdo a medias encubierto entre el clero y las fuerzas dinásticas expulsa a la Orden de sus territorios y se empeña en extender la acción en el nuevo mundo y solicitar su disolución. Encomenderos y bandeirantes se aprestan a una feroz rebatiña por los restos del imperio. Para unos y otros el botín son cientos de miles de aborígenes que han de quedar librados a su suerte y a sus propios recursos, privados de la asistencia de los padrecitos.

El río Ybicuy baja serpenteando desde sus fuentes —donde el macizo rocoso sigue por el norte con el nombre de cordillera de Uruguaty y hacia el sur bajo la denominación de cordillera de Caaguazú— a través de un ancho valle cubierto de selvas, hasta

volcar sus aguas en el Acaray, que en ese punto preciso deja de ser Acaray Mini para hacerse Acaray Guazú y seguir bajando al encuentro del Paraná. Los ríos de montaña son delgados hilos de agua durante el invierno. Pero al llegar la primavera el deshielo de las cumbres los engorda transformándolos en una correntada turbulenta. Las tímidas vertientes se hacen cascadas y las cascadas, cataratas imparables que se lanzan aguas abajo arrastrando a su paso árboles y animales. Los primeros viajeros europeos que treparon por estos valles deben haber estado seguros de marchar en medio del Edén. La conjunción de sonidos y perfumes y el incesante juego de luces, sombras y colores encandila los ojos y exacerba el placer de los sentidos. Octubre es el mes del esplendor. El sotobosque, atorado por el desborde de los helechos gigantes y el aroma de las orquídeas y el nepentes, los raigones de lapacho y urunday tapizados de líquenes y el entramado de lianas colgantes desde la mansarda verde, entre las cuales hacen sus piruetas comunidades enteras de carayás, micos y mandriles. Y en medio de la fronda, la sinfonía de aras, guacamayos, cotorras, tucanes y tordos desarrolla su contrapunto con el rugido del tigre y el yaguareté y un concierto descontrolado de bramidos, mugidos, balidos y reclamos amorosos de las mil especies de mamíferos que nacen, viven y mueren en la secreta espesura de los montes. Ñuinambaé y el padrecito Iñaki saben que no hay mucho que elegir. Para evitar un encuentro indeseado —con españoles o portugueses— el único camino es costear el Ybicuy valle arriba sin alejarse demasiado del agua. En esta época los ribazos están desbordados y el camino de sirga que utilizan los animales, a unos diez o doce codos por encima de la superficie, es el peaje obligado. Hace una semana que abandonaron las tierras de la misión, pero el avance es

lento y penoso, pues la huella se pierde con frecuencia entre la tupida vegetación. Cargan sendas alforjas, con una manta y algo de carne charqueada, fiando el resto de la dieta en frutos y raíces que hallan al paso. Pero asimismo cada dos horas se ven obligados a hacer un alto para reponer el resuello. Breves —preciosos— instantes en que ambos se miran a los ojos, sentados sobre una alfombra de trébol o un tapiz de musgo. Sin una palabra, pues sus almas se comunican en silencio y ambos corazones reponden a un solo latir. Ni dudas ni temor ni arrepentimiento. El mismo inexplicable ángel que rescatara al padrecito de entre los estertores de la fiebre ordenándole ponerse en marcha, había interrumpido el sueño agitado de la virgen niña instándola a seguirle. Se encontraron —sin acuerdo previo— ante la humilde tumba que guardaba los restos de Andresito, cuando la campana de la misión marcaba la hora prima. La luz plateada del creciente primaveral daba a la escena una pátina de sacralidad. Lo intempestivo del encuentro hizo que sobraran las explicaciones. De todos modos ambos tenían poco que decirse, habiéndolo dicho todo con la mirada en las contadas ocasiones en que se encontraron, en la iglesia o frente a esa misma sepultura. Y ambos eran —lo fueron desde el primer momento— conscientes de estar trasponiendo límites irrecomponibles, ella porque la fidelidad le era exigible más allá de la muerte de su esposo y él por haber formulado promesas y votos sacerdotales de por vida.

Finalizando la segunda semana de ascenso, apenas habrán podido alejarse unas treinta leguas del extremo occidental de la misión. Lo único que saben con certeza es que han mantenido el rumbo, por marchar siempre a la vista del río. A pesar de lo avanzado de la estación, las noches son frescas. El yesquero y el pe-

dernal que el padre Iñaki ha cargado en sus alforjas les permiten cada atardecer el lujo de un buen fuego. Y la posibilidad de degustar de vez en cuando un ave asada, que el sacerdote caza con habilidad y Ñuinambaé cocina y sazona con primor. Caminar tomados de la mano, descansar juntos, compartir la comida frugal y dormir abrazados cerca del fuego es el apretado resumen de dos semanas de peregrinación en un rumbo más intuido que razonado. Adelante y continuar son dos palabras que se repiten el uno al otro cada vez que el agobio y la rigidez de los miembros los inducen a pensar en detenerse o en regresar. Aunque ambos saben —sin haberlo expresado— que antes elegirían morir en medio de la selva que enfrentar la vergüenza y las consecuencias de un retorno. Por otra parte, no tienen idea del objetivo ni de la duración del viaje, aunque ambos presienten que a su tiempo habrán de recibir alguna señal. De un cielo admonitorio Iñaki. De alguna deidad irascible y contrariada Ñuinambaé. Pero señal al fin. Rayo, trueno o zarza ardiente, algo esperan los dos peregrinos. Un gesto infinito y terminante que los exonere o los exalte, que los dignifique o los destruya. La gran mano cósmica —invisible y asimismo omnipresente— los persigue día y noche con un dedo acusatorio apuntando a sus corazones, rociando el valle con una niebla amenazadora. Presencia tan esencialmente innegable como si tuvieran frente a ellos la imagen judiciaria.

Sobre sus cabezas titilan en toda su majestad las constelaciones del hemisferio meridional. Iñaki, echado de espaldas observa el cielo nocturno. Casi sobre él Orión, el apuesto cazador castigado por perseguir y seducir jóvenes vírgenes. Con un atisbo de sonrojo, piensa en la viuda virgen que yace a su lado. Y de sus labios brota casi sin intención un leve *miserere nobis*. Humilla-

ción o penitencia ineludible, siendo como es consciente de la eternidad de los juramentos y los votos. *Nunc et semper et in secula sæculorum*. Su diálogo con el Señor ha sido de común fluido, exento de campanillas y almidones. Casi siempre su oración —su discurso— han brotado menos de su boca que del corazón. Y sin mediar comprobaciones ni señales, ha reconocido la sensación de tener a su alcance un interlocutor severo pero comprensivo. Y porque sé que me comprendes confío en que perdones mi inconfesable procacidad y disimules la impía contumacia de mi debilidad, si debilidad me permites que llame a esta traición. Cuyo único atenuante —permíteme por un instante el rol de abogado— es la inteligencia de que esta dulce criatura que me acompaña es obra y hechura tuya y entonces amarla como la amo hasta la obnubilación de mis sentidos no es sino un acto de amor a Ti. Ella también contempla en silencio las estrellas. La mano izquierda de Iñaki le trasmite calor y seguridad. Deberá pedir perdón a sus ancestros y a otras divinidades, pero el lenguaje del amor es insonoro y universal. El contacto de la mano le comunica la intención y los matices del diálogo del padrecito con su inquisidor y protector. Ambos entrecierran sus ojos a un tiempo, arrullados por la letanía de las vizcachas y los grillos. *Una noche / en que ardían en la sombra nupcial y húmeda / las luciérnagas fantásticas…*

Desde la rama baja del aguaribay seco del cementerio, el lechuzón vigila —entre chiflido y chiflido— la tierra removida de las dos últimas tumbas, a la espera aún de los nuevos ocupantes y sus lápidas. ▮

Dos lanzas para Indalecio Velázquez[7]

Y heredaréis el reino. Las palabras finales del frayle se apelmazan en una urgencia de suspiros, crujido de bancos, arrastrar de pies malamente calzados y goterones de sebo. Un coro de beatas anuda y desanuda glorias y avemarías mortecinas a la lumbre temblorosa de los cirios del altar del Señor de la Última Esperanza. El amén resuena como redoble de timbal contra la bóveda del crucero. Se escurren los ecos a lo largo de los sillares. La penumbra exhausta de la cúpula los va devolviendo muros abajo, hasta postrarlos sobre el pavimento pulido por generaciones de fervor. Tén piedad de nosotros.

Tén piedad, repite entre hipos Indalecio Velázquez, soldado de los tercios embarcados en aquella pareciera lejana madrugada de marzo de Sanlúcar, soldado diestro en el manejo de la bota y el cubilete y los refajos y las enaguas de mozas de taberna, soldado perrunamente fiel a las nobles onzas de oro de un Adelantado innoble, soldado que en Flandes fuera curtidor, saltimbanqui, perjuro, duelista, desahuciado de fiebres, resucitado al tercer día, blasfemo, comediante y artillero condecorado sin haber puesto jamás la mano sobre el flanco de una culebrina ni tras la culata de una bombarda, soldado maestro en alevosías, en acallados discursos de ojos, en oblicuos juramentos de venganza, en las nocturnas facies de la traición y la sevicia, soldado que no come donde comen los señores, ni monta lo que montan los señores, ni reposa su

---

[7] Integra el volumen *Tercera fundación*; Premio de Narrativa de Ficción "Ciudad de Rosario 2006" / © Editorial Municipal 2006, 324 pp. ISBN: 987-9267-31-1.

noche en baldaquines, ni besa a sus esposas, ni calza sus jubones, ni luce el oropel de sus hebillas ni el sol de sus espuelas, soldado que ha poco en las playas del Janeyro salió a tomar el fresco de la noche del brazo de Juan de Osorio y volvió solo, soldado que no carga a sus espaldas la carga sin provecho de los remordimientos, ni se detiene a limpiar su puñal en las ropas del hombre que ha quedado recostado en una arena caliente que ya no lo calienta, ni conversa con Dios, ni se arrepiente, ni se conduele, ni le implora. Soldado ahora arrinconado en un real levantado con premura y terror a contadas brazas de la boca de un riacho que poco a poco va amalgamando el verde de sus orillas con la sangre de las aguas. Que recuerda, tal si recordando diera con el secreto encantamiento para hacer que el tiempo se detenga, el fandango de sombras que proyectaban los cirios en la ermita de San Avelino, porque el Adelantado es hombre de creencias y quiso, la noche antes de zarpar. Que rememora, retrocediendo su mente, estampas inocentes de cuando ni sabía qué cosa era la inocencia, aquel olor espeso de los lagares, el amarillo denso de sus trigales, una sombra de heno en los establos, una sonrisa casta de mujer otorgada sin el dinero a cambio. Que se pregunta si valía la pena amontonar tanta despedida, tanta culpa, tanto mar, tanto sueño de fortuna, tantas fiebres, tanto coraje para asir una gloria que escapa de entre los dedos como si fuera agua; tanta hambre, tantos piojos, tanta pavura ante el alarido de cientos de guerreros querandíes bajo ese cielo extranjero constelado de flechas y amargores. A quien imprevistamente se le borran de la vista las nubes y el perfil de la famélica —también ella— empalizada. Un demonio cobrizo y aullante se le echa encima. Indalecio Velázquez empavorecido, que arroja contra el esperpento su mosquete sin bala. El indio enarbola, como con parsi-

monia su brazo derecho coronado por una tacuara, cuyos quince pies y el blanco de las plumas y el filo acantilado de su chuza miran fijos a su pecho. La lanza se frena apenas rozando la piel, desgarrados el pecho y lo que conserva de camisa.

Todo se paraliza dentro del fortín. Afuera se rasga la tarde sobre la grupa sudorosa del malón. Todos inmóviles, sables aferrados, mosquetes y tercerolas apuntados, tiesa al aire la banderola del mangrullo. Amortajado el grito. Lancinantes recuerdos se desperezan, entre dolor y angustia, dentro de su cabeza de soldado. Abandonar las playas del Janeyro es una fiesta. Se hace provisión de agua dulce, que el sol indiano trasmuta en veneno dentro de los toneles de a bordo. Acopian frutos ampulosos en formas y color, y el dulzor del mango se mezcla con el perfume sedoso de los plátanos y drupas de piel coruscante tintinean dentro de sacos improvisados y en el aire del litoral navegan volutas de canela y manzanillo. El Adelantado, milite devoto que tiene prometido a la Virgen Niña un diezmo de cuanto le corresponda, se ha persignado junto a la tumba de Juan de Osorio. El frayle de la expedición ha dicho su responso, tumultuoso de tartamudeo y vacilaciones. El Adelantado, hombre práctico amén de devoto, echa un taco al frayle y da la orden de embarcar. Nuevamente mar y cielo, ahora sin perder de vista esa línea oscura que —aunque lejana— garantiza protección accesible. Las instrucciones recibidas son precisas y correctas. Gobernando con las costas a estribor abandonan la mar océano y se internan en una mar dulce. Marinos experimentados, no cesan de comentar la maravilla de ese cielo cuyas constelaciones avizoran por vez primera la mayoría de ellos. Indalecio Velázquez, echado a la sombra del castillo de popa, acaricia con amor un talego de doblones que le ha crecido a

la cintura y sueña. Diluido recuerdo de años más tiernos le susurra historias de un saco con treinta monedas de pla-ta pasando de mano en mano. Por motivos imprecisos, las manos se ven rojas y la bolsa va adquiriendo un color opaco y coagulado. Ni sabe qué impulsos lo han tentado a las indias occidentales. Acaso un vacío insatisfecho en su vida prieta de correrías y aventura. Tal vez la ilusión de ganar oro suficiente como para comprar al regreso (el regreso es una constante de la otra realidad) todo lo que ambiciona y no tuvo: buena ropa, buena cama, buena mesa y buenas mujeres, señoras finas que sepan desvestir sus encajes para un caballlero. ¿Por qué no, Indalecio? Son tierras de fama, de prodigio, del birlibirloque, de fortuna, de villas de oro y cerros de plata. ¿No se te ha dicho acaso, Indalecio, que ni Eldorado ni el Elíseo ni la nobleza ni la gloria asientan su trono en el mundo viejo? Allá vas, Indalecio, a la caza de cerros y becerros. Alcanzados los 35 grados sur, viran a estribor y enfilan derechamente hacia el poniente. Se relame lejano el azul ondulado del océano. Un licor pardo rojizo los aprieta de proa; dando bandazos acometen una jornada larga y sin horizonte. Refluyen a la memoria miedos de la otra travesía. Alguno augura a la expedición un destino fatal. Otro memora con unción la hombría severa y leal de Juan de Osorio. Las velas crecen al viento. El Adelantado encarece a su Virgen Niña el apoyo necesario para llevar a cabo lo suyo. Indalecio Velázquez duerme.

El bullicio de la fajina del alba despabila a los remolones. Un nublado parejo se cierne en derredor hasta el horizonte. Por el este, heraldos de la primera claridad, una bandada de patos franciscanos planea sobre los espejos de la laguna. Entre las espadañas retozan nutrias y la rojiza martineta ensaya pasos de baile fue-

ra del alcance de miradas hambrientas. Sembrados entre el jume y las cortaderas, los rastros del combate —si es que puede llamarse combate a una carnicería— pero sí, si no son cristianos. Valen menos que una lagartija. Les cayeron encima como peludo de regalo a los desgraciados apenas puesto el sol. El sueño abultaba los toldos de Tolmichi-ya cuando el cordobés Mojarra los bombeó desde la lomita que cae justo al norte del campamento. Tenían solo dos indios de guardia junto a unas brasas. A esa hora, la laguna de Lobos es una manta negra en la que se hunde la luna, según donde uno se instale. Ningún ruido excepto el aullido de algún aguará o el planeo sibilante de los murciélagos. De a ratos, el repique subterráneo de la vizcacha y nada más. No quiero prisioneros, había recalcado el teniente. Solamente mujeres y niños, por los que podían obtenerse unos pesos en el mercado de Buenos Aires. Vos ocupate del cacique. Era grato sentirse hombre de confianza del superior. Y le supo cumplir, qué carajo. El teniente esperó sin desmontar una cuadra más atrás observándolo con una sonrisa que le daba coraje. Avanzó él solo con tres milicos, tres camaradas a los que, circunstancialmente, le tocaba comandar en virtud de la orden recibida. A uno de los centinelas lo dejó seco de un tiro. Al otro, antes de abrir la boca, le entró la charrasca por el lomo y le salió por encima del ombligo. Sin perder tiempo, bajaron a sablazos y a patadas las horquetas y la cumbrera del toldo grande. De entre el revoltijo de indios y cueros apareció entredormido Tolmichi-ya,. De prepo a lo toro lo conminó a identificarse y entregarse prisionero. El cacique, con calma, le mostró el salvoconducto firmado por el gobernador. Y ahí nomás, sin leerlo siquiera, le disparó en la cabeza. Ahora ya levantaron el vivaque y marchan sin apuro hacia fortín Luján, cosa de veintitantas leguas

derecho al norte. Va a caballo al frente de la columna, al lado del teniente. El teniente lo ha felicitado y prometió incluir su nombre en el parte.

El parte del Adelantado es sucintamente digno de un general espartano. Muy poca formalidad, la mínima aconsejable teniendo en cuenta que por un lado se trata de Su Graciosa Majestad, y por otro de los escasos días (u horas) que la empalizada y los mosquetes puedan resistir el asedio de los salvajes, el hambre y la sed. Omite, por supuesto, detalles que no hacen al meollo del problema, por ejemplo el motivo de que los naturales les nieguen asistencia y aun les sean hostiles. Diego y Gonzalo han tomado diferentes caminos en procura de vituallas y munición. Pero dada la condición de los sitiados, Corpus Christi está demasiado lejos y Asunción al extremo del mundo. Indalecio Velázquez repasa el cañón del arcabuz y cuando termina de limpiar, se dedica a sacarle brillo a la culata. Es su hora de sueño, pero quién duerme con cientos, miles de indios rondando en el descampado, ya danzando, ya marchando a un trote rítmico, ya prorrumpiendo a una en alaridos de espanto. Por la noche los indios retiran los muertos. Los españoles sienten más deseo de comer a sus caídos que de sepultarlos. En cuanto la horda termina de alzar cadáveres, trascurren las horas hasta el amanecer disparando flechas encendidas por encima del real, con la intención no tanto de incendiarlo como de impedir que los sitiados escapen al amparo de la oscuridad. El Adelantado está enfermo; los soldados exánimes y afiebrados por falta de comida y de sueño. Los pájaros han abandonado los nidos, atemorizados por los visibles signos del final que se cierne. Indalecio Velázquez, acuclillado y cabizbajo, repite sin aliento las últimas palabras del frayle de la ermita.

Al cruzar la cañada de las Garzas pasan frente a la ermita de Ramón. De allí siguen por la margen izquierda hasta topar con la cañada de Bargas. Siempre hacia el norte, esquivan las fuentes de la cañada de la Choza y avanzan costeando el arroyo de Arias. La tierra reseca la garganta y la monotonía de la paja brava lastima los ojos. Muy de tanto en tanto un chañar hace trizas el paisaje. Según el ermitaño, hace días se ven indios sueltos viniendo desde el sur. Y no solo la gente del infeliz Tolmichi-ya. Ramón asegura haber visto rastrilladas de veinte o treinta lanzas, para el lado de la laguna de Coria. De ser válida la información, el significado sería claro: están entrando a maloquear para el lado del Luján o del Mercedes. Llegan extenuados, casi de noche. Acostumbrados a las artimañas de los infieles, desde el fuerte les disparan con el cañoncito, para mantenerlos quietos mientras se dan a conocer. Una hora más tarde, bien comidos y más o menos limpios, empieza a correr a discreción el aguardiente para festejar el éxito. El comandante lo palmea. “Ya me pasó el informe el teniente, che. Así que usted solito me lo despenó al jetón. ¡’se habrán creído estos indios hijos de puta! Tomate un franco y cuando despache las listas, haceme acordar para que te tenga presente.”

Cerca del alba, la guarnición está en lo mejor del sueño. Él permanece despierto, tirado en el catre con los ojos abiertos en lo oscuro. Le crece un calorcito lindo en la panza y en las manos. El de la panza ya sabe de dónde le viene. En cuanto a las manos, ¿acaso no le explicó el comandante que actos como el suyo honran a la patria? Y que no era para cualquiera la bota de cuero de potro. Y que al fin de cuentas un indio no es más que un indio, carajo. Arma proyectos. Para cuando les llegue la mesada sería lindo hacerse una escapada hasta Buenos Aires, para comprar pil-

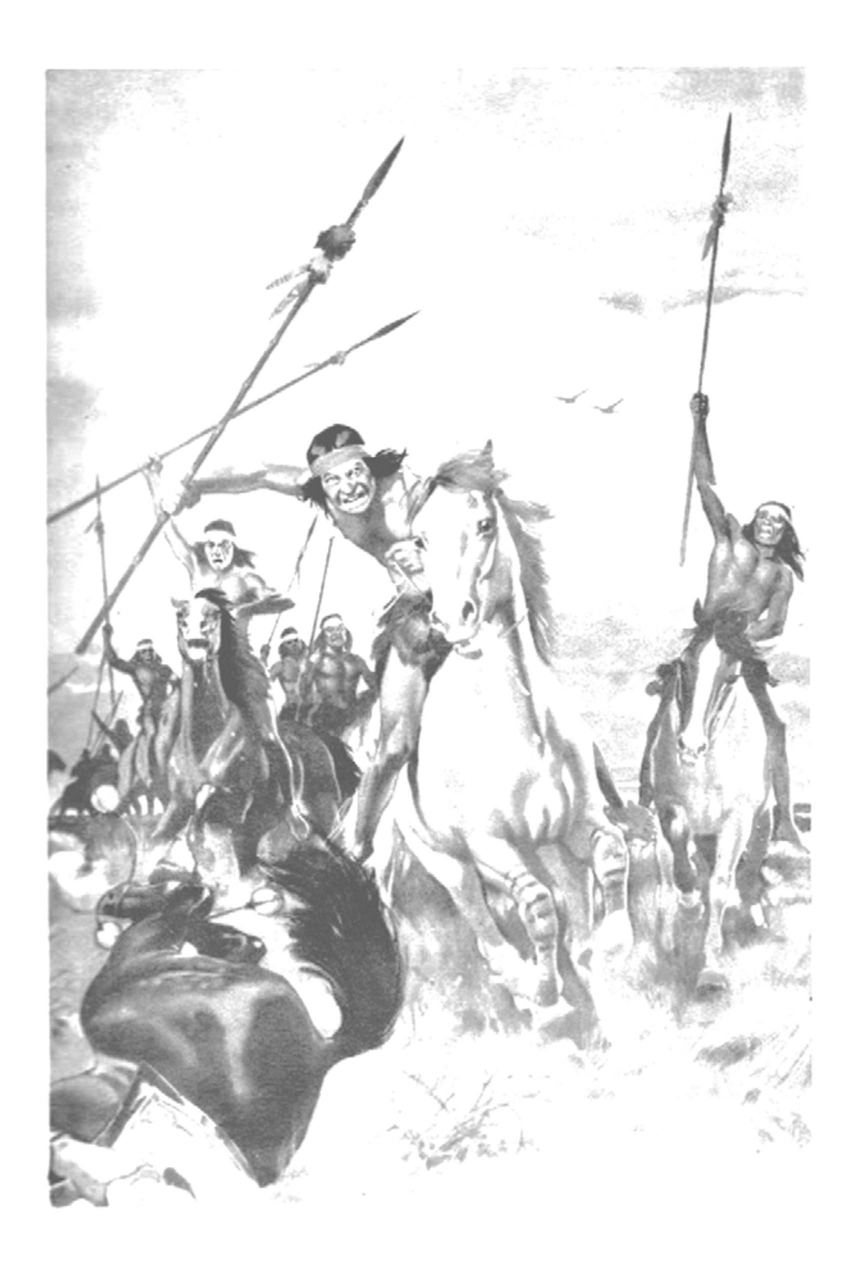
chas, provisiones y un poco de diversión. No es que le falte hembra, pero las indias, hasta las más jóvenes, hasta las que parecen menos feas, son indias. Unas indias jetonas, sucias y hediondas. Algunas veces, hasta hay que obligarlas a punta de sable. Ahora ya anda queriendo algo mejorcito. Porque a él, de seguro las botas de potro le han de quedar como pintadas.

El clarín y el cañón lo sacan violentamente de estas cavilaciones. Estaba en lo cierto Ramón. Y me tenía que venir a tocar justo que ligué un franco, suerte perra. No son muchos esta vuelta, tal parece que no pasan de trescientas lanzas. Pero trescientos indios bien montados, enarbolando armas y aullando, le pueden doblegar el ánimo al más curtido. Con un orden casi militar, la indiada acomete, primero a bola perdida, después con flechas encendidas y finalmente a flecha y lanza.

Le escuecen las manos. Eso es lo que andaba necesitando. Una buena felpeada, no con indios mansos como los degollados cerca del Salado, sino con bestias bien plantadas y apercibidas, todo dientes y jetas pintarrajeadas de demonios clinudos. De un planazo baja a un indio grandote que ya se le descolgaba por la empalizada. Contento y encolerizado se agacha, y de un tajo lo abre como un carpincho. Al levantarse, en una mano el remington descargado y en la otra el facón, vislumbra al bruto que lo atropella lanza en alto, a cosa de unos diez pasos. Demasiado lejos para entrarle a sable. Además el animal este no le va a dar tiempo para sacar. Sin titubear le arroja el facón con toda el alma puesta en el golpe. Pero la lanza ya viene buscándole el cuerpo. Una lanza con un nombre de cristiano escrito bien clarito.

Y ahí está la lanza pampa, frenada en el aire, rozando apenas la piel, desgarrando lo que queda del poncho y la camisa.

Indalecio Velázquez, sin mosquete, sin tiempo y acaso ya sin ganas, siente cómo con suavidad, sin apuro, la chuza querandí le va entrando despacito —prolijamente— por entremedio del pecho. Como si no comprendiera bien de qué se trata, se lleva las manos allí donde le viene ese ardor y se queda mirando como un tonto el manojo de plumas enrojecidas, repitiendo bien bajito y en un hipo: tén piedad… ▮



Destinos[8]

Adviertan los que de Dios / juzgan los castigos tarde,
que no hay plazo que no llegue / ni deuda que no se pague.

Gabriel Téllez; *El burlador de Sevilla*

El Calatraveño y el Berberisco cabalgan dialogando por el camino de Santiago. *Macho rucio, macho rucio, Dios te me quiera guardar. Ya de dos me has escapado, con aquesta tres serán…* ¿Qué mascullas, mal engendro? Pues qué habría de ser, hombre. Con estas jacas y los civiles detrás de nuestro rastro, malo se me figura el negocio, compadre. Para poco da mi sesera pero tengo metido entre ceja y ceja que como nos pongan sus pringosas manos encima no daría el hijo de mi madre un mísero maravedí por nuestro pellejo. Charqueados y puestos al sol en lo alto de un campanario nos quiere más de un alcalde y diz que han echado el bando de donar buen talego a quien nos meta en chirona. Memeces nada más so tonto. Quién daría una perra chica por estos servidores. Buenos solo para la sisa y la mandanga, que otras artes no se nos conoce ni por otras habilidades somos notorios sino por aquellas que fueron causa de más de una encerrona en las reales posadas. Bien es cierto que asimismo vivimos parte nada desdeñable de nuestra piojosa existencia pendientes de las impe-

---

8 Integra el volumen *La cara del tigre*; Premio Municipal de Literatura “Luis José de Tejeda 2010” / © Editorial Municipal de Córdoba 2011, 316 pp. ISBN: 978-987-9129-50-0.

riales arcas o sea mamando de las serenísimas tetas, so pena de pender nuestros gaznates de quier encina allegada a la vera de los tantos caminos por donde dimos en andar y desandar sabe Dios detrás de qué locas quimeras o quier bucólicos minestrones. Más que bucólicos dijera a estar de los razonamientos de las comadres cada vez que el señor cura trepa a su púlpito para recordarnos con la misma simpatía con que el ahorcado hace votos por la soga. Hirviéranme en regaliz si no nos diera el entendimiento para labor de mayor enjundia que hamacarnos pendiente nuestro cogote de unas buenas cuartas de cáñamo para diversión de mentecatos y hazmerreír de petimetres, lechuguinos y toda laya de compadres y casquivanas aldeanas que yo me sé. Pues no fuera a darse vuelta la taba y diérasenos la buena como pertinaz y tercamente se nos viene dando la contraria desde que pusimos los pies en estos piojosos reinos donde no se conoce otra regla ni más leyes que aquello de tanto tienes tanto vales. Y nada fuera si acreditar pudiéramos los piojos y ladillas que nos hacen séquito so pretexto de nos aguijar y martirizar así de noche como de día que cualquier hora es buena para estos comejenes y otras alimañas para nos rejonear y zaherir que quedamos de no pedir ni el postre por temor de abrir la boca y tragar al desgaire alguno de estos pestíferos somorgujos. Mas no fuera poco ni suficiente el afrentoso aguijón de los zancudos que a la cuenta anotar debiéramos las sanguijuelas que consumieron unas buenas azumbres de nuestra sangre nomás meter los pies en el primer vado que nos pareció practicable pugnando por escapar de los mastines de la Hermandad tras la menesunda en la feria de San Valentín la pasada primavera. Tuya fue la encalabrinada en esa ocasión, rufián, según hubiste de empeñar la salud de tu pellejo y el mío en pos de unas faldas que no las qui-

siera mi alma ni regaladas. Serás cabrón so hideputa que no distingues a dos pasos lo que va de una pastorcilla a una dama. A una madama querrás decir so tonto que no parecía sino que le habían echado encima todos los afeites del tocador de una pompadour y un cubo de pachuli sin dar abasto para disimular su perfume a sobacos y a estiércol de animal reyuno.

Quién te viera y quién te ve, zaparrastroso compadre, de peto y espalderas y montado en estos corceles andaluces que mucho me equivoco o dormían en las caballerizas del rey moro a la hora de entrar victoriosos por la puerta de Elvira nuestros tercios bajo los pendones de Aragón y de Castilla. Nadie imaginaría cuánta agua ha corrido por debajo del puente, Berberisco. Desde nuestra entrada carente por cierto de donosura en los albañales del deán de Santa Gadea bajo apercibimiento de habernos hecho cargo a nuestro provecho de los cepillos del frayle y de los exvotos y abalorios del ajuar de la santa hasta el arribo de aquel encomendero a la caza de menesterosos y desahuciados con que engrosar unas tripulaciones que estaban a partir hacia las Yndias por encargo de sus putísimas magestades, nadie daba un real por nuestros apestosos pellejos, siendo de todos conocida la inquina del cardenal secretario hacia sarracenos y judíos cuya única preocupación era según él mancillar y escarnecer las sagradas formas y las celestiales virginidades. Mas no fuera menor el regocijo que al santo hombre le inspiraba la visión de nuestros cogotes hamacándose en el patíbulo de la mano diestra del verdugo, que el que inspiráronle las monedas obladas por el maestre a cambio si no de nuestra libertad al menos de nuestras esperanzas de posponer lo ineludible por lo probable pero menos inmediato. Y que no privose el tuno de nos encantar y engatuzar durante todo el recorrido de regreso

hacia el puerto de Moguer con quier historias de príncipes y especierías y unas tierras de buen yantar y mejor holgar en las que ni deanes ni alguaciles ni guardianes de los reales sellos habrían de vigilar nuestros pasos ni pedir cuenta de nuestras exacciones claro siempre que todo fuera por el agradar y engrandecer los reales caprichos y engrosar las serenísimas arcas.

Estos dos perdularios se hallan a mi cargo nada más de forma, según el Tribunal halos relajado ya para ser entregados al brazo secular y de allí a quebrantar sus duros pescuezos a garrote vil y a la vista de toda la población, que bien vienen estos escarmientos para que más de un perezoso ponga sus barbas en remojo, don Vicente. No me parece que solo de palabra los deje en vuestras manos, aunque bien colijo que de emprendimiento de grave enjundia se trata si a cargo ha de quedar de violadores y asesinos de esta laya, mas sabrán Sus Altezas dónde les aprieta el zapato a la hora de contar pérdidas y ganancias. Tened en cuenta que sus juramentos valen menos que moneda falsa y llegada la ocasión son capaces de empalar un rapaz y hacer buches con su sangre y otros humores que me excuso de aclarar. Id pues con Dios y todo sea por el engrandecimiento y mayor gloria del Reyno y Nª Santa Madre, que no lo fiara yo tan largo si a mi albedrío cupiera resolver el asunto de los quiénes y los cómos. Quedad en paz, deán y si vuestra consciencia os rejonea por ver a estos fascinerosos en libertad, creedme que si muchos han de embarcar en esta expedición pocos han de ser los que vuelvan a poner sus pies en nuestras costas, que mal negocio fuera vaciar las reales pocilgas para al cabo tornar a las andadas.

Tres semanas llevamos en alta mar echando los bofes en este menester de marineros que mal se aviene a nuestras costum-

bres sedentarias y cansinas. Las tuyas serán sedentarias, Calatraveño, lo que es las mías fueron siempre de menear el bulto y andar a las zancadas bien o mal montado, que mala cosa es dejar crecer la yerba debajo de los pies, cuantimás teniendo a la vista siempre algún morrión de granadero o un tricornio de alguacil de quienes escapar y poner mucha tierra de por medio. Aunque amén de tierra bien es verdad que hemos puesto de por medio tanta agua que de solo pensarlo se revuelven mis tripas y principian los mareos como de querer echar el ánima por las fauces. Mala puñalada le diera yo a estos Pinzones que so capa de quimérico botín en oro y hembras hannos embarcado en estas naos piojosas en las que no cruzara el hijo de mi madre ni las marismas del Guadalquivir. Nada de regalo tenemos a la vista como no sea el frío de las cagaderas y la acidez del escorbuto y me guardo para mí lo chirle del discurso del chantre que no para de dar palique con el bien estar y el mejor morir, así fueran él y el trastocado almirante a procurar un buen morir a sus putísimas abuelas, que de no ser por la charla del alguacil ya hubiera el garrote acabado con nuestros padecimientos en el patíbulo de Santa Gadea con rezos y la extrema unción del señor deán incluso. Y estamos en cambio a mitad de camino de la nada en estas cerrazones que escuecen el ánima, zangoloteados como no lo estuviéramos pendientes nuestros pescuezos de dos cuartas de cáñamo al cabo de una verga. Mas tate que de darse la ocasión no pidiera este humilde pecador otro desquite que ver bailotear a estos tunos en lo alto de un trinquete para hacerles puntería con ballestas y arcabuzes y echarles al fin al agua para entretenimiento de tiburones que de seguro han de abundar por estas latitudes. Aunque mejor borre de mi sesera tales discursos, según parece el almirante es capaz de leer los pen-

samientos y adivinar las intenciones, conque conviene aguardar la ocasión antes de atraer su mala voluntad, que mala y bien mala la ha sabido demostrar con este capricho de avanzar a tientas y a locas sin otro imperio que el de su locura y el consejo de los súcubos que aderezan sus pesadillas.

No ha de ser tu entendimiento tan menguado ni tu sesera tan flaca que hayas dado al olvido la escabechina que hicimos en los corrales del deán ni los alaridos de su criada según a la tercera jarra de mistela la hallamos tan promisoria de encantos y venéreos halagos que poca turbación nos carcomió el seso a la hora de alzarle las faldas y voltearla en el pajar entre chillidos y quejidos que no parecía sino que hubiera allí dentro una piara de gorrinas a parir. Ahíta y tanto quedó la guarra a punto que a sus buenos oficios se debieron los favores y muchos mimos que a su vez nos dispensó el deán, sin sospechar cuyas eran nuestras intenciones. Bueno se ve todo aquello bajo estas estrellas y acomodados sobre cubierta entre fardos de tasajo y unos rollos de cuerda que traen a mi alma no sé qué cosquillas. Pues lo que es yo las cosquillas las siento más bien en mi cogote según el almirante anda encarajinado por no sé qué protestas que ha creído percibir a sus espaldas y ha jurado colgar al sereno el pellejo de quien sorprenda en dolo en el cuarteo de la rosa o desatienda su turno en las cofas. Yo diera mi ánima por esquivar este negocio pues ni sujeto con cabos al mastelero puedo con los vahídos que me acosan a cada bandazo de esta carraca que no parece sino hechizada cabalgadura de quier demoníaco jinete que se da a la diversión de nos balancear y zangolotear a contrapelo del oleaje cuando no a baldear la cubierta con una furia que de no tenerlo todo estibado y amarrado mala cuenta diera de avíos y provisiones. Que si es por lo que llevamos

en bodega extraño es que sobreviva a la angurria de alimañas y mozos de cocina.

Paréceme de maravilla lo bien que huelen estas hembras, si hemos de hacer memoria del perfume montuno de las pastoras de Foncea y la moza de aquella posada de Cellorigo. Digo yo, Berberisco, que estas huelen a florecillas delicadas y su aliento a yerbas olorosas que es una gloria sentirlo encima según desgranan unas dulces estrofas y tiernas endechas muy para la ocasión, que no pareciera sino que en su vida hayan recibido mayor don que esta diligencia en nos servir y complacer y dejar que les tomemos sin exhalar una queja ni hacer intento de correr a buscar cobijo entre los suyos, ni aun las que parecen tener aquí marido. Razón tenía la egipciana aquella del puerto que al tiempo de menearse como corresponde a su negocio nos iba echando la buenaventura, jurando por sus ancestros que nos veía de señorones en unas tierras de buen aire y mejores aguas rodeados por unas zorras en pelota como sus madres las parieron y en tren de nos endulzar y entretener al son de cantos y panderos. Quién diría que el tiempo concediera razón al palique de los Pinzones, pues parece negocio de brujos esto de adivinar lo mucho que estas criaturas habían de aplicarse a nos satisfacer hasta en los mínimos caprichos, que no dijera más si de retozar en el serrallo de un califa se tratara la cosa. Digo iten más que se quedara corta la susodicha egipciana en apreciar las carnes enjutas y firmes de estas hembras y que ni siquiera les desmerece la color aceitunada de sus cuerpos antes bien estimula la vista a la par de los demás sentidos y todo funge como un atiplado concierto de suavidades y perfumes y meneos que duro se nos hace abandonar el jolgorio para atender los menesteres de este emprendimiento y nuestras labores de soldados.

Porfío en entender, amigo Calatraveño, qué malos aires nos pudieron mover del hospedaje de aquellas buenas gentes de Culiacán para encarar tierra adentro y escasos de bastimento esta desolada búsqueda de unas tierras y unos oros que mucho me engaño o tenían más asidero en el magín del maldito indiano que en una realidad ni a medias concebible. Quién creer pudiera en tales embelecos habiendo salido por delante de nosotros capitanes más esforzados y tanto mejor aviados en procura de avistar y apabullar a estas susodichas villas de plata pródigas en gemas y pedrería y demás sutilezas que escapan de tus fauces entre maldiciones y ronquidos. Tonto eres Berberisco, amigo y camarada de tantas malandanzas, ha de ser que está tu pellejo tan curtido de vergajazos y punzadas que tu sesera ya de suyo escasa no te deja percibir la enjundia de este negocio. Has de saber so tonto que cancilleres y cardenales llevan perdido el sentido en pos de hallar aquello tras cuyo rastro y con buen viento vamos. Y me excuso de nombrar a nuestros capitanes a quienes tienes visto darse de puñadas y estocadas aún entre los mismos que ayer estaban a partir un piñón, nomás prestar orejas a esta historia que maguer sus menguadas intenciones no han logrado mantener en secreto. Pues secreto es ya a voces la verdad de esa riqueza que nos tienta y llama con una insistencia tal que fuera mala leche de cabrones judaizantes hacer oídos sordos a tamaña predilección de que hemos sido objeto, pues ni a tenientes ni gobernadores les fue dado escuchar tan detallado testimonio como el que rindió bien que a su pesar el misquito que despenamos en medio de los festejos de la Preciosa Sangre. Mala cosa es cargar otra muerte sobre la consciencia mas necesario fue callarle para que su lengua descontrolada no diera al traste con un negocio que requiere de la debida

circunspección, habida cuenta de lo tanto que a nuestros camaradas les apetecen los oros y las gemas. Y mal no te vendría de paso, ceñudo Berberisco, poner también tus barbas en remojo, que si yo hablo dormido tú no cierras la golosa ni en artículo mortis. Y ten presente la cuenta que a ambos nos tiene la discreción y la lealtad, según somos ambos astillas de un mismo madero y juntos hemos de cumplir nuestro destino en el cielo o en el infierno.

Acabarás de una buena vez con tu cháchara y el pedorreo, fascineroso compadre, que lejos y bien lejos estamos de los celestiales prados pues mucho me equivoco o harto próximos nos hallamos del final de nuestro camino. Mala cosa es el despedirse de lo corrido y vivido, pero peor aún es enfrentar la ocasión con varias cuartas de cáñamo arrolladas al gaznate. Mal me veo compadre cuando los mastines del Santo Oficio den por terminada su tarea en pro de nos arrepentir y confesar lo que nuestra memoria recordar pudiera y aún más cuanto nuestra imaginación nos allegara en favor de acabar con el tormento questos desgraciados nos vienen dando desde que cayeron tras nuestro rastro los esbirros del teniente de alcalde de Mexicali azuzados por el enojo del deán de aquella ermita del Quivire. Pues no valían las malhadadas reliquias ni las heridas que inferimos al chantre ni los magullones que recibió su sacristán por salir en nuestra contra y mucho menos el tiempo precioso que perdimos en requisar los alrededores después de haber dado por muerto al deán.

Quién nos diera en estas tristes horas compadre Calatraveño el poder retomar en contraria dirección nuestro camino por estos mundos nuevos en los que poca felicidad hallaron la gula ni la concupiscencia y aún menos nuestra ambición de rubíes y doblones, que todo no pasara al fin de las historias de un orate y la

imaginación calenturienta de algunos aborígenes enloquecidos por la resolana o quier descomedido consumo de estas setas que les achicharran el seso y proclaman acontecimientos y visiones que nomás tienen asiento en sus molleras piojosas y vengativas. Zopencos y más que zopencos fuimos en despreciar las venéreas atenciones de aquellas mozas y la hospitalidad de sus mesones en pro de las monsergas del malhadado Pinzón a quien el diablo haya dado buen cobijo a cuenta de sus empingorotadas mentiras y mirífico discurso, según echamos de ver a nuestra costa la poca sinceridad y la mucha socarronería de sus promesas y todas sus historias. Pues creyendo en la envergadura del negocio hicimos la del cuervo y el queso hallándonos al cabo más escasos de numerario y apabullados por la bulimia, el escorbuto, los comejenes y los venablos de los naturales, más la inquina de lobos y perros cimarrones y diversas bestias amén de las torcidas intenciones de los chantres de la Hermandad y las aviesas consecuencias para nuestra salud de cuanto bando o pregón se empeña en poner tras nuestros pasos la pachorrienta máquina de una justicia blanda para escarnecer y residenciar y dura en el ejercicio de humillaciones y castigos que no conducen sino a empequeñecer y triturar lo poco de bueno y exacerbar lo vengativo por aquello de no aparecer a las puertas del infierno carentes de custodia y adecuada compaña.

"… y probados a satisfacción del Santo Tribunal los cargos y acusaciones que pesan sobre los reos, iten más confirmada su condición de relapsos fugitivos de la justicia secular en tierras leonesas, allegados a estos mundos no en pro de enaltecer el lucro de SSAA y la gloria de Nª Santa Madre Yglesia sino antes bien so capa de acrecer y pelechar a costa de naturales y colonos por torcida vía y haciendo ejercicio de violencia y embelecos con un sal-

do no inferior a once muertes y no menos de veinte y siete actos de estupro y sodomía en perjuicio de naturales la mayor parte de ellos catecúmenos y peones de labranza en haciendas de Sonora y del Quivire, con más el agravante de reincidencia y profanación de lugares y atributos de culto con adicionales de perjurio y falsedad, ordena y manda se haga efectiva la sentencia de este Capítulo en un todo de acuerdo a lo anteriormente dispuesto por la correspondiente autoridad del Reyno de León, ratificada y refrendada para la ocasión por las presentes actuaciones del Santo Oficio en jurisdicción del Vicerreynado de Nueva España, annus Domine de MDLXXX VII.”

Pobre se ve nuestra cosecha si de echar a la báscula cuanto nos devengara esta malhadada aventura de correr tras de los oros y las cúpulas de plata de las siete ciudades se trata este negocio, compadre Calatraveño. Abandonar las jacas que bien nos conducían a través de aquellas åridas comarcas leonesas para cambiarlas por briosos caballos moriscos engualdrapados y enjaezados como Dios manda y dar finalmente con nuestra osamenta sobre el lomo de estas mulas cansinas, amarrados por fieros correajes y sintiendo ya el calor del cáñamo alrededor del cogote mientras recorremos hambreados estas sierras y desiertos no menos áridos no nos hace lucir más ibéricos ni menos cadavéricos a mi modo de ver. Quita del medio y calla zopenco Berberisco, que si mala cosa es retornar a la pocilga desarmados e inermes a manos de estos zaparrastrosos camaradas, en peores nos la vimos nomás desembarcar en tierra firme escapando de aquellos borincanos vengativos cuya injuria no pasaba del incendio del bahoruco y la muerte de unas decenas de micos a manos nuestras si bien es cierto que dado el consumo de aguardiente con que acompañamos

las viandas que nos apresentaron nadie puede asegurar cuya fue la culpa o cuya la negligencia o el dolo en la conducción del negocio. Idea fue de nuestros capitanes que no nuestra pasar a la tierra firme en pro de aplacar el griterío y la turbamulta cuando hallaron los cadáveres a medio asar según para acabar la fiesta dimos fuego a todo para borrar los rastros. Nada supimos de las gentes de Cortés ni las de Alvarado, lo que es nosotros dejamos calzado y bofes atravesando el país acosados por los naturales y las fiebres de tal suerte que nuestro arribo a Culiacán careció de donosura y solo el demonio de la ambición púdonos tentar para continuar bordeando la mar en procura de las malhadadas villas. Pues ni Cíbola ni Quivira ni nada que no fuera materia de nuestro caletre calenturiento nos aguardaba al cabo del infortunio. Antes bien nuevos males y otros aborígenes si cabe más encarajinados en deshollar nuestros cráneos que en otorgar recibimientos y zalemas. De tal suerte que la función que nos aguarda a manos del verdugo paréceme mesurada recompensa, si no se ofrece mejor negocio que seguir acatando pregones y decretos por la gloria del Señor y de sus putísimas altezas. *Vae victis*, Berberisco. ▮

La cara del tigre[9]

Hay mucho de mentira y de leyenda detrás de toda esta historia. Algunos echan a rodar la bola por el puro deleite de embobar a sus oyentes y tenerles un rato pendientes de dichos y descripciones que las más de las veces se pierden en una nebulosa de sandeces y aguardiente. Aunque es cierto que el aliento del maestro de ceremonias en cada ocasión puede apestar asimismo a tequila, pisco, cachaça o caña de la brava. Eso según de qué rincón de estos territorios se trate la cosa, que todito lo recorre y atormenta con sus tropelías el taimado bicho.

Tan dispar —disparatada casi le diría, hermano— es la cuestión, que en los campamentos petroleros y en los claros perdidos en medio de las selvas de yunga la peonada suele amanecerse con el pico calentito de discutir si es de veras un tigre o es el puro terror de los paisanos lo que los lleva a ver al animal que para ellos representa al mismo tiempo la astucia, la ferocidad y hasta cierto punto la belleza. Nadie debe asombrarse de esta incoherencia, porque yo mismo he visto en las procesiones del Santito o alrededor de una fogata para San Juan cholitas tufientas y chinas de crenchas aceitosas y renegridas suspirando por los modales brutales y la estampa bravía del desgraciado.

Otras tertulias, en cambio, se estiran al correr del amargo mientras mineros o arrieros entretienen la noche entre precisiones

---

[9] Integra el volumen *La cara del tigre*; Premio Municipal de Literatura "Luis José de Tejeda 2010" / © Editorial Municipal de Córdoba 2011, 316 pp. ISBN: 978-987-9129-50-0.

y supuestos. Cuando el alcohol afloja la lengua y las entendederas, se requiere paciencia y observación para desbrozar el fárrago de truculencias que saltan al ruedo. Porque es que nadie quiere quedarse atrás y pasar por opa en un asunto que todo el mundo conoce y del cual hay testimonios que son un lujo de detalles. Pero repito que nada más difícil que ajustar tanta hojarasca a una versión más o menos aceptable. Se podrían llenar carillas y carillas e incluso gruesos volúmenes, sin hacer otra cosa sino revolver una olla que pareciera no tener fondo, en la que se cuece un guisado que ni siquiera tiene color definido. Y ni hablar de su contenido, hermano. Dislates y exageraciones como para volver loco a un doctor, mire lo que le digo. Porque ni los profesores ni los jueces han dado hasta hoy —que yo sepa— con la descripción del tigre. Y no digo de su filiación y demás datos de que necesita valerse la justicia para actuar, porque ahí sí que la cosa se pone peluda. Las contadas veces que un cristiano se dispone a dar un testimonio más o menos interesante, es como una maldición, vea. Hay quien se ha ahorcado solito en su celda en la soledad de la madrugada. Alguno ha ligado una bala perdida al entrar o salir de un juzgado o de la propia Corte. Y otritos mueren sencillamente echando espuma y sangre por la boca o se rompen la crisma al resbalar en los baños. Usted habrá escuchado como yo tantas historias al respecto.

Para colmo vio cómo son estas cosas. Basta que uno de estos tapes se decida a abrir la boca y de la noche a la mañana aparece en toditos los diarios y las revistas y en la televisión. Y ahí amigo no hay ni secreto de sumario ni vainas que consigan mantener la cosa lejos de las orejas de la gente. Todo lo contrario. De repente se hacen famosos los parientes políticos y demás deu-

dos del quía y hasta sus vecinos y los compañeros de la primaria. Todos saben algo. Todos vieron algo. Todos opinan. Todos quieren salir en una foto. Todos se pelean por que alguien les pida una declaración. Siempre al final el broche de oro. ¿Querés saludar a alguien? Sí, claro. A mi compadre Graciano allá en Jachal. A la comadre Lorenza que vive en el Calamar. Yo le mando un abrazo a los estibadores de guano de Tumaco. Un saludo a los gallos del socavón oriental de Chuquicamata. Y así que parece que no van a terminar nunca con tanto saludo. Pero se sabe. En el pueblo o en el campamento la cosa corre como un reguero de pólvora. Que si no lo han visto al Casimiro en el Noticiero. Que si ahorita acabamos de verlo al caboclo en un canal de Bogotá. Que ese es el Bernardo que hombreaba con nosotros en puerto Piray. O miren al caballero Verijas dándose aires de testigo protegido el cabrón. Son dos o tres días dele y dele con el tema. Después todos callan al mismo tiempo y a la semana nadie se acuerda ya del tigre. De tanto en tanto salta un paparazzo de esos que andan todo el santo día con la camarita al hombro y revienta la noticia de que al fin alguien consiguió sacarle una foto al tigre. Pero es siempre al cuete hermano, cualquiera sabe que nadie puede sacarle una foto al tigre. Él mismo ha dicho tantas veces que sacarle una foto era lo mismo que darle una perdigonada en el medio mismo de la cabeza, qué vaina. Y la verdad que ni el Púlizer ni el mismísimo Nobel le hubieran servido para algo al infeliz, porque el tigre esas sí que no las perdona.

Pero bueno todo el mundo conoce la historia y no quería hablarle de esa fotografía sino de que hasta ahorita nadie se ha puesto de acuerdo si el tigre es un tigre o no es un tigre. Usted sabe cómo es la gente del campo de creer en estas cuestiones de

aparecidos y fantasmas. Y los matones del tigre andan siempre de un lado para otro nada más hurgando y escarmentando a los bocones. Porque al tigre lo ponen resfriado los curiosos, eso sí. Y los cabras se ocupan de sacarle a los campesinos tontos todas esas tonterías de la cabeza. Los pobres cumplen las órdenes del patrón y no tienen la culpa de que estos zopilotes sean tan ignorantes y metidos. Es claro que los matones no andan con un cartel a la espalda que diga que son los patovicas del patrón. Pero la gente usted sabe tiene buen olfato y es nomás verlos aparecer por el pueblo o por un campamento y todos se persignan y no se escucha más que las quijadas masticando. Si es que haya algo para masticar. Si no habrá ronquidos y uno que otro estornudo pero del asunto ni se habla hasta que los compadres se desaparecen. No sin antes advertir de muy mal modo que cuidadito que alguien ande desparramando esas historias que todos saben de qué hablo, qué carajo. Que al tigre nadie se la hace y vive para disfrutarlo.

Aparte de no saber nadie a ciencia cierta si el tigre es de verdad un tigre, nadie tiene idea de sus años. Pero para mí que no ha de ser muy joven. Hay quien cuenta a media voz que ya andaba aprovisionando de aguardiente y rifles a los apaches y a los sioux en la época de la Confederación. Todo corre de boca en boca por cuenta de cada cual, porque lo que es ni diarios ni revistas confirmaron nunca su presencia en un lugar o en otro. Bah, ni siquiera han hecho punta para confirmar su existencia. Pero también se habla de los negocios de las diligencias y los barcos y de la guerra del guano y de las guerras con el ferrocarril. Los negros haitianos temblaban solo de nombrarlo. En realidad en todas las tierras de la compañía bananera alzar la voz y mirarle la cara al tigre eran una misma cosa. Acá en el sur su nombre era más temi-

do que el boitatá en los sertones y en las picadas donde los siringueiros hacían sus paradas.

Yo nunca me puse a pensar en esta cosa del tigre, pero me parece que alguna enfermedad debe tener en la vista. No porque los que dicen que alguna vez lo vieron cuenten que siempre anda de anteojos negros. Sino porque donde más se aparece es en los túneles y en los socavones. Por donde haya galerías de mineral, ahí dicen que se presenta y deja el tendal a la hora que sea. En los pozos más hondos del estaño y en excavaciones a cielo abierto del cobre o el salitre o en los playones del guano se pega las corridas. Pero según parece le apetece siempre la oscuridad. Los muertos salen a flote a la semana o al mes o al año. O nunca. Despojos de huesos quebrados y harapos comidos a medias por los buitres y las ratas y los carroñeros. Casi siempre ya irreconocibles. A veces con un agujero de remington. Pero generalmente es imposible saber si murieron de un bayonetazo, de un tiro o molidos a patadas. Y la verdad es que a quién le importa eso.

Hubo un momento en que una de las peores majadas de tigrillos corraleros se reunía alrededor de Mas Ferrer. La muchachada de La Habana le tenía más miedo que al mismo diablo. Pero no creo que él fuera el verdadero tigre, hermano. Manso no era para nada, no. Pero era me parece uno de los cabras importantes del tigre, nada más que eso. Apenitas un dado vuelta después de andar haciendo pata ancha con los republicanos. Tampoco me parece que a aquel desgraciado de Walker le diera la talla, aunque no era de quedarse atrás a la hora de hacer achurías con los levantiscos y redomones. A ese sí que el tigre lo quería, según él solito se sabía alzar con las mejores tierras y las haciendas más arregladitas para regalo del patrón. Los mejicanos suelen repetir medio a

los tirones y escupiendo sangre, que el gringo filibustero se les alzó con media California y una buena parte de Tejas antes de que le erraran por un pelo un buen par de carabinazos y se tuviera que mudar para las islas.

No se puede dar crédito a las bobadas de la gente, qué quiere que le diga. En todas partes se cuecen habas. Claro que en el momento llega uno de estos cabrones y arrasa con un pueblo entero o prende fuego a las plantaciones y a los cobertizos y entra a descuartizar cristianos a machetazo limpio y a dejarlos colgados en medio del monte y se corre la voz de que el tigre anda de recorrida. Pero para mí que el tigre ya no se mueve del cubil ni falta que le hace. Esos son aprendices nada más. Les faltan dientes y muchas arrobas de músculo para ponerse a la altura. Y si los indios y los negros les temen y los respetan es de puro miedo nomás. Y porque tienen claro que el tigre se cobra siempre diez por cada una que le hagan.

Todos los inviernos hay algún abombado que entra a calentar el caldero en las plantaciones. Que si esto ya no es más negocio. Que si el jornal es una miseria y el tigre se lleva toda la tajada sin mover el culo. Y nunca falta por acá por Palkay o allá por la sabana abajo de Mérida quien le preste orejas y entren a dejar helar las plantitas en la peor época. Sabiendo como saben que la historia siempre acaba igual. El tigre arregla al presidente. El presidente arregla a unos senadores. Y los senadores arreglan a los soldados. Cuando nos queremos acordar tenemos al ejército encima nuestro. Dos o tres semanas más tarde los soldados siguen camino y acá nos quedan los fusilados, las chacritas incendiadas y las mujeres preñadas. Y estos ignorantes lloriquean y vuelven a las plantaciones calladitos, por miedo de que vuelva el tigre. Y el

tigre ni ha pasado por aquí. Con el telégrafo o algunos mensajeros le basta sin moverse de la cueva. En los mismos correos viajan las órdenes y los sobres. Cada cual recibe su paga y todos quedan bien contentos meneando el rabo. Además la quemazón aumenta los rindes porque la ceniza es buen abono para las plantitas y al año siguiente los mismos campesinos le hacen canciones al tigre. Y se preocupan por pasarle al comisario el santo de cualquier amago de alboroto.

Pero créame hermano. Ni el alguacil ni el sheriff ni el comisario ni el coronel son el tigre. Ni el senador ni el presidente. Qué van a ser. No le llegan al tobillo, fíjese lo que le digo. El tigre pega un rugido y se cagan encima, el gallinero enterito de arriba abajo. Y no me va a decir que el presidente le tiene miedo a los mordiscos y a los apretones. Nada más que el tigre les asegura la buena vida que llevan. Y a todos además los debe tener bien agarrados de los huevos con fotos y grabaciones y toda esa vaina. Sabiendo además que el brazo del tigre es así de largo y nadie hasta ahorita que haya tratado de primerearlo se ha sabido escapar con el cuero sano.

Y mire que el tigre tiene paciencia. Es capaz de pasarse los días echado en un pajonal o trepado a la copa de un chiminango nada más aguardando el paso de sus presas. Bueno, por ahí yo hablo del tigre y no es el tigre el que se ocupa de esas faenas. La gente cuenta que no se sabe hasta dónde llega la lista de enrolados a su servicio. De un repente aparece por el ingenio o por las plantaciones una columna de uniformados. Hasta con cañones y ametralladoras pesadas y camiones muchas veces. Y uno se piensa que es el ejército pero no señor. Y rodean el pueblo y hacen una ronda con fusiles automáticos y nadie puede moverse. Y entran a

desparramar gasolina entre medio de los bohíos y adentro de los graneros y los corrales. Y cuando está todito bien empapado tiran una granada o una barra de dinamita y cataplúm. Y meta bala con los que salen aullando con el pellejo prendido fuego.

Otras veces son cabalgatas de enmascarados que aparecen con antorchas en lo más callado de la madrugada antes que canten los gallos. La misma historia y los de a caballo con los winchester tirando de montados nomás al que se asoma a vichar. Saben revisar los ranchos puerta por puerta. En silencio se meten aquí y allá alumbrando las caras asustadas con sus antorchas. Por ahí alguno dice este o aquel y se lo llevan al negro o al indio con una Colt en la cabeza. Y de vuelta los montones de paja y el fuego y las humaredas. Y a la mañana es cosa de salir a descolgar ocho o diez ahorcados de entre las ramas más altas de los pinos ahicito nomás a la vista de la alcaidía o de la iglesia.

Cualquiera conoce estas historias, ni sé para qué le cuento. Pero es que a veces a uno se le aflojan las tripas que nunca se sabe si es el chucho o que uno al fin se encarajina y quisiera salir con el machete a buscarlo al bicho y cobrárselas todas juntas. Una forma de decir, claro. Todos saben que con el tigre no se puede. Nadie ha podido verlo nunca de frente. Y si alguien pudo ya no ha de quedarle resto para contarlo. Yo creo hermano, fíjese con atención todito esto que le voy a decir, que soy el único que le conoce de verdad la cara al tigre. Se lo cuento porque me da cosa el interés y la paciencia con que me está escuchando esta lata que le vengo dando desde que tocaron a silencio. Yo acá acomodado en mi jergón y usted hermano ahí parado agarrado a las rejas mirándome con ese interés y esa paciencia que de veras le agradezco, aunque no lo conozca. Cuando lo vi acercarse con la cara cubierta

pensé que era el fraile que visita a los condenados. Pero después dije para qué va a verme el fraile si a mí me largan mañana y saben que no me meto con las cuestiones de la iglesia. A ver hermano, cuénteme qué es lo que sabe del tigre, es todo lo que me dijo al acercarse. Y me clavó una mirada calma. Lo único que alcanzo a percibir en esta oscuridad es el brillo de sus ojos. Por ahí puede ser que me equivoque pero me pareció que a veces se le escapaba una risita. Lo que sí que me está poniendo nervioso eso de verlo juguetear con ese trenzado de tientos de cuero, armando sin ningún apuro un lazo como los que se suelen echar al cogote de los bueyes cuando se ponen remolones. ▮



Parte en borrador de una jornada complicada

¿Es que ha de ser tan lelo el hijo de mi madre que no atine a meter en cintura a estos zaparrastrosos que no respetan a su Dios ni a su Rey? De inculcarles el santo temor y la condigna penitencia que se ocupe el señor obispo, que buena mesada y una tajada del quinto real recibe para ello y otros menesteres que me excuso de pormenorizar. Pero lo que es del orden y de mantener las debidas formas ante nuestra autoridad habrán de poner sus barbas en remojo toda la recua de alcaldes, regidores y oidores que a la sombra de la real paciencia engordan sus barrigas y sus faltriqueras. Hartos y más que hartos estamos de ese run-run de colmena en asamblea permanente de esta chusma que ha tomado la Plaza Mayor por campamento de meretrices y gitanos. Puta y más que puta la madre que los parió a ellos y a quienes les calientan la sesera so capa de endiablados discursos de solidaridad y libertad, que no es sino estribillo de orates con que marranos y portugueses disimulan su angurria por la verdura de nuestras costas y la poblada hacienda de tierra adentro. Y detrás de todo ello el león rampante de Albión siempre al acecho de cuanto concurra a satisfacer la voracidad de sus reales arcas, maguer valerse así sea de la piratería, el abigeo y el contrabando. Estamos aviados si noramala nos temblara el pulso y nos dejáramos llevar de tales vientos. Fogoneados e insuflados por la caterva de jacobinos que no conformes con descabezar a nobles y a monarcas, han puesto sus ojos en allegar a estas latitudes la cháchara de su filosofía atea y permisiva que mal se esconde debajo de sus pelucas empolvadas y su

donaire de calzonudos y maricas. A hora temprana apenas cantar los gallos he mandado recado a ese coronel cuya debiera ser la preocupación por nuestra seguridad. Claro he sido en breves y concisas palabras para conminarle a que atienda al desalojo de los revoltosos y sus cómitres, que no me engaña el ojo cuando digo que detrás de ese populacho ha de haber quien les calienta la cabeza y les azuza. Nomás se necesita montar una pieza de artillería apuntada hacia el medio de esa plaza y ya veréis lo que es poner las mugrientas patas en polvorosa.

¿Pero qué cree que hace este imbécil con un cañón amartelado en medio mismo de los sediciosos y apuntando hacia nosotros? ¡A los sótanos, que al primer cañonazo han echado la puerta abajo y entre el humo y los escombros todo empezó a ponerse borroso! ▮

[Buenos Ayres, Domingo 20 de mayo de 1810]

Noches de Montiel[10]

"Veredes de Septentrión las negras fechizerías;
caballeros que a dragones en guerra campal vencían."

Agustín Durán; *Leyenda de las Tres Toronjas*

El puma me ventea mientras resbalo por el terraplén. Agazapado en la horqueta más baja del lapacho, me contempla sin parpadear desde unos veinte o treinta pasos. Trastabillo inventando huellas. La piel atigrada se estira como el parche de un tamboril al empezar a templarlo el fuego. Late solamente el terciopelo del belfo acusando la vigilia. Un hombrecito insignificante de traje y portafolios. Pienso.

Tené cuidado con los pumas, Jacinto Robledo. Recuerdo. El estúpido consejo del paisano del caballo negro al abandonar la estación. Viejo de mierda. Sabía de sobra que los tigres no son el peor peligro. Yo también lo sé. Pero lo tengo ahí en medio del camino. Ni soñar con recular. Procuro orientarme por las estrellas. Las nubes son insobornables. La primera vez que pensé en la salamanca me encomendé al arcángel. Hace meses. Un arcángel sin nombre. Para un viajante gris sin religión. Bautizado apenas. Un casamiento por iglesia poco convencido. Y el crucifijo a la cabecera de la cama. Lo que se estila. Que ni siquiera me salvó de los cuernos. Para qué me serviría ahora.

---

[10] Primer Premio "Ciudad de Santa Fe 1978" / Asociación Amigos de la Biblioteca Municipal Bernardino Rivadavia.

Sonrío. Imagino que sonrío. De qué te reís, Jacinto Robledo. Tanteo el 38 largo en la cintura. Los compadritos se acabaron desde que se inventó el bufoso. Lo amartillo sin quitarle los ojos de encima. Sin movimientos bruscos. El bicho me sabe seguro. Dos brasas ardientes a ocho pies de altura. Me adelanto despacio. A diez metros me animaría. Me encomiendo al arcángel. Uno nunca sabe. La noche recoge todos sus ruidos. El violín de los grillos. La serenata de los sapos y las ranas. El chillido de murciélagos y lechuzones. Diez pasos. Me quedo parado mirándolo. No te voy a pasar por debajo. Jacinto no está para dar ventajas. Las brasas son como una guía laser en la oscuridad. Ya di demasiadas ventajas en la vida. Si al menos fuera una dieciseis. Largá el portafolios. Las piernas separadas Jacinto. Fuerte la culata con las dos manos. Aguantá la respiración cuando vas a disparar. Como en un relámpago. Las instrucciones del maestro de armas en el tiro federal.

Le doy junto entre medio. Las brasas se apagan a la par del silencio. Se derrumba sobre los raigones anudados. Apenas una bolsa de papas pienso. La noche sale de su estupor. Resucita. Toda su música se me echa encima. Secándome el sudor. No era mi muerte. Pienso. Tal vez allá adelante en algún claro de la espesura. En la salamanca que abre sus fauces al infierno. Que pretendés vender, Jacinto Robledo. Bien lejos la curiosidad del jefe de estación de Sauce de Luna. Más lejos todavía, el telegrama anunciando a la ferretería que me aparto del itinerario para visitar un cliente en Bovril. Por entre esas cuchillas. La salamanca con toda su amenaza. Y todas sus promesas. Poder. El poder. El poder absoluto. De hacer y deshacer. De olvidar o ejercer la implacable venganza. Ahí adelante en medio de la oscuridad. Excavada por

legiones de condenados. En el vientre de un cerro. Entre el basalto y los pórfidos terciarios de Montiel. Indios y gauchos casi hermanos. Aunados al menos en la compartida circunstancia de sus vidas desgraciadas y las muertes violentas. Por las atormentadas galerías aúllan. En noches de luna llena. Las sombras irredentas de miles de charrúas despenados por los tercios de Yapeyú. Los degollados por Andonaegui. Aquel Bernardillo ascendido por los brasileros a alférez de caballería. Después de haber capitaneado temidas bandas de gauchos nómadas. Muerto —a su vez— por uno de los laderos de Perdiz. Un sobreviviente de la encerrona de Cerro de la Silla. Sombras. Sombras sin consuelo y sin arrepentimiento. Sombras ardorosas de coraje y de venganza. Avaras de muerte y sangre. Sombras al fin. Qué te pueden comprar, Jacinto. Qué cosa necesitan que no hayas vendido ya. Esta noche vos vas a comprar y vas a pagar, Jacinto Robledo. Aprontá el cuero. Acá nadie te va a dar fiado.

El terreno es áspero. Sin luna y sin experiencia me cuesta mantener el rumbo. La tierra respira con pesadez. Nubarrones de carbón se desperezan entre las pasionarias. Los cocuyos suben y bajan en procesión entre duraznillos y ñandubayes. El palo borracho apoya sus arbotantes contra el fuste de la palma. Un cimborrio de urunday y jacarandá se proyecta más arriba del campanil de la araucaria. Bejucos y lianas trenzan y destrenzan sus astrágalos sobre el cuello de los abacás. Aprieto en mi puño la crucecita de nogal. Sonriendo con amargura al recordar el otro crucifijo. El que preside nuestras rencillas de alcoba desde la cabecera de la cama. Un arroyo viborea a mis pies. El aire oscuro convoca chamarritas. Un bajo profundo contrapuntea su risa. Risa patibularia.

Fría y negra el agua me rechaza. Ya no caben dudas ni vacilaciones. Arremangate los pantalones Jacinto. Con los mocasines en la mano tanteo buscando el vado. Un murciélago me roza una vez y otra. Corrigiendo mi marcha. Odio a los murciélagos. Me prometo remontar —si es que regreso— un inmenso barrilete de cuero de murciélago. Allá lejos, donde el otro crucifijo. El tam-tam de un parche ceremonial marca el punto. Ordena la armonía. Sostenido por un piano de maracas. Con chasquido de guijarros y drupas secas. Un cilindro fétido —ondulante y viscoso— me acaricia sin ruido. La cabeza de la lampalagua real se desliza contra mi pecho, por debajo del brazo derecho. Jacinto ni respires. El monstruo navega ahora recto como una jabalina. Burlón. Indiferente. Bastaría un quejido. Apenas un gesto. Para que los anillos musculosos cierren el fatídico cepo. Paciencia Jacinto. Hay paciencias temerarias. También hay apuros fatales. Hermes acordate. Kybalion. Abajo es como arriba. Como es afuera es adentro. Todo termina y todo volverá a empezar.

La noche se hace menos noche. Una penumbra rojiza devela formas imprecisas. Aves agoreras aleteando a mis espaldas. Por encima de mi cabeza chifla y rechifla el lechuzón. El agua es ahora tibia. Tibia y espesa. Como la sangre del cadáver de piedra que me atreveré a acariciar. ¿Te vas a atrever? ¿Y quién va a acariciar tu cadáver, Jacinto Robledo?

Jacinto Robledo es intangible. Sos inmortal Jacinto. Mi sangre se desborda en el torrente de otra sangre. Esta noche más que nunca. Lo percibo bajo el laberinto de músculos y arterias. Un cosquilleo que me crece hacia el repique. Y —de pronto— hacia la explosión del galope. Otra sangre más vieja y experta hirviendo bajo el remanso de la mía. Otra sombra no menos consis-

tente. Pisando sobre su misma huella. Trasmitiéndole emociones. Cuyo código escapa a la rutina. A listas de precios y muestrarios de herrajes y catálogos de pintura. Sombra que apretadamente exige. Trepada sobre sus corvas. Calzándose como un guante. Sobre su insignificancia de pasajero de segunda de una época insignificante. Sombra vigorosa de otra sangre vigorosa. Aliento de otro hálito superior.

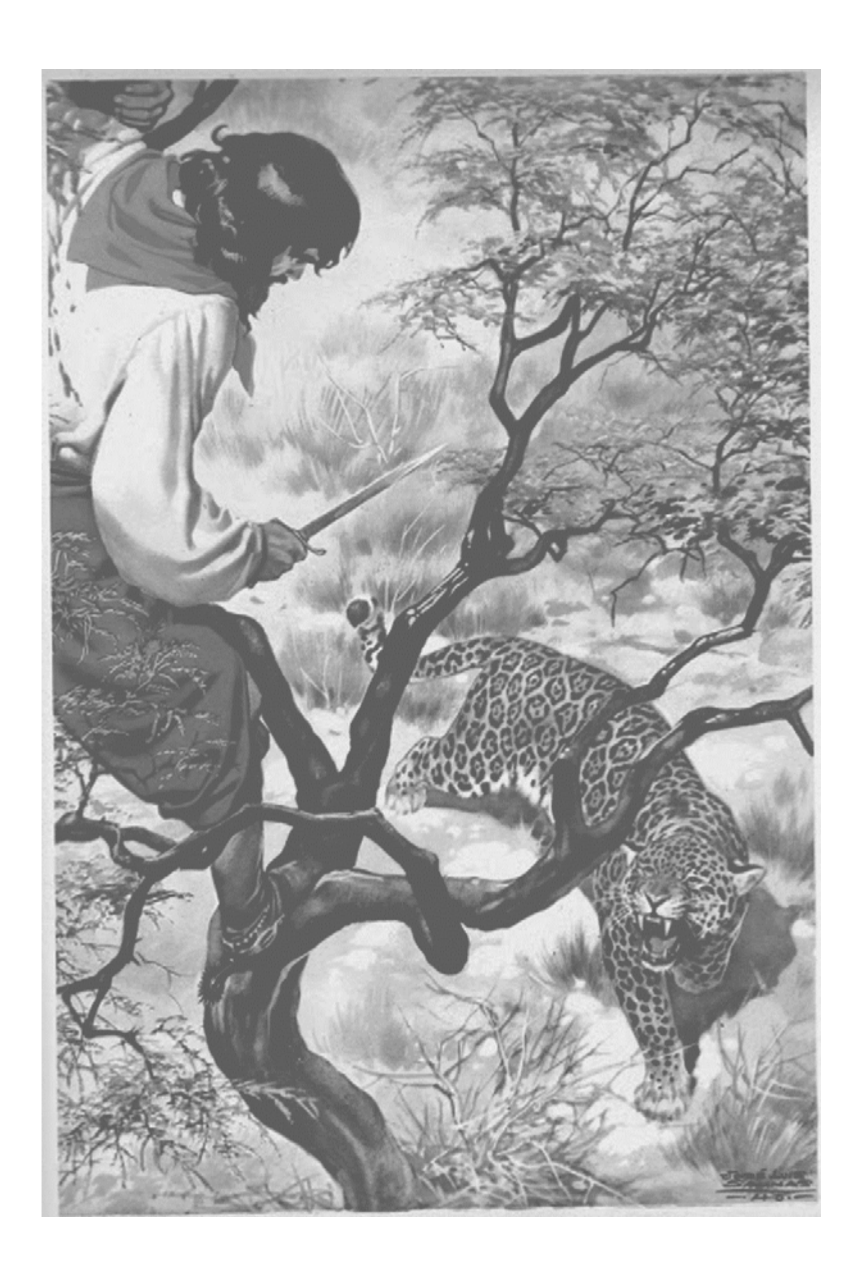
Ocho húsares de Murcia quedan apuntando a un espectro aquella madrugada de Huaqui en que su bisabuelo, el sargento Rudecindo Robledo, herido de bala en un hombro y con cinco sablazos en la espalda, se permite abofetear al coronel español. El coronel le corta la mano de un solo tajo. Sin saber —o tal vez presintiéndolo— que ese gesto convoca la reiterada ceremonia que un siglo y medio más tarde arruinará la digestión de cómitres y menestrales de votos y de botas. El pelotón de fusilamiento queda allí. Ocho fusiles cargados y apuntados. El sable de un coronel enarbolado y ridículo. Y el cuerpo herido y amarrado del sargento Rudecindo Robledo. Disipado de repente. Con apenas un tajante "¡maturrangos hijos de puta!" Evaporado, desaparecido en el aire. En las mismas narices de sus enemigos.

Jacinto avanza por la playa. Ya no soy yo. Pesan las ropas empapadas. Y la certidumbre de marchar sin remisión. Al encuentro de un destino ajeno. Ajeno asimismo a su rutina de viajante gris insatisfecho y cornudo. Al frente destacándose la boca del socavón. En medio de una lumbre sulfurosa. Contra el terciopelo oscuro del chaparral aparece la cueva. Repercute en la dureza de las invisibles constelaciones la risa cavernaria. La advertencia de las falanges estigias. Advertencia y desafío. ¿Te vas a atrever Jacinto? La falda del monte ondula su repugnancia. El cerro vomita so-

bre Jacinto el rechazo de sus inviolables precintos. Prismas de malaquita entrechocan sus aristas contra romboedros de feldespato. El eco acolchado del basalto regurgita mefíticas amenazas. Adelanta unos pasos. Un terror uránico desgarra la musculatura del monte. Fuegos fríos le azotan la cara. Se asfixia. Tropieza y cae de rodillas. Arrastrado por un viento espeso. Que empuja dentro de la caverna ramas, animales y piedras. El tam-tam se exaspera. Una presión de abismos le retuerce los oídos. Bejucos azotando el aire. Los sortilegios de la salamanca estallan alrededor. Imprecisos pero palpables. La oscuridad clavando en sus ojos puntas aguzadas. Vidrios rotos. Fibras húmedas heladas se cierran en torno de su garganta. Estrangulando. Un dolor interminable anuda el grito. Es el fin. Le crece una punta de fuego en el cerebro. De repente todo ese dolor es luz. Tremenda insostenible luz que lo arroja por tierra. Rodando sobre una arena ensangrentada. Un gladiador lo golpea en la ingle. Mientras le hiere la cara un escudo de la VII Legión. Castigado por el rugido de tribunas infames se adormece. Lo despabila un tableteo de ametralladoras. Aferra empavorecido la baranda del puente de Szechényi. Las orugas del tanque ruso le aplastan las piernas. Toda su mente y su dolor son luz. Luz enceguecedora. Acallando las quincenas mezquinas. Y sus desesperaciones conyugales. Cascos y botas le patean la cara. Destrozan su guitarra ya sin sangre y sin cuerdas. Contra el pavimento alfombrado de tibias y espinazos de pescado del estadio nacional de Santiago. Un crucifijo de nogal yace pisoteado. La luz caliente lo acaricia. Cae de bruces sobre un tapiz de espejos negros. La metralla derrumba el cielo encima suyo. Al pie de las murallas martirizadas de Curupaytí. Afuera arrecia la tormenta. Por encima de las cúpulas vegetales. Dominando el grito augural

del lechuzón. Entonces comprende. Todo es importante. Todo es necesario. Para que se consumen los tiempos. Para que se resuelvan las ecuaciones y las órbitas. Para que se cumpla su destino de pequeño empleado. De pequeño marido. De pequeño poeta. Para que atravesando el infinito umbral de los universos de azogue puedan enlazar sus brazos en cruz la cabeza y la cola de la serpiente. Para redimensionar pasado, presente y futuro. Con la mansedumbre iluminante de los santos. O de los esquizofrénicos. Con la acerada crueldad del clavo que le aprisiona ambas manos contra la fibra reseca de un madero sacrificial. Para alcanzar esa desgarradora unidad que se le está escapando a través de la herida abierta por una lanza romana en su costado. Para que Añanga triunfalmente acabe desarticulando a golpes de su poderosa cola, en reclamos de amorosa maldad, el carapacho de todos los cronómetros. La envoltura de todos los calendarios. La frágil armadura de cristal de todas las clepsidras.

Para abrir los ojos en la secuencia final. Y encontrarse en otra noche bajo otro cielo. Frente a ocho fusiles maturrangos que disparan al unísono. A la orden impaciente y enérgica de un coronel español. ■



In inferno nulla est redemptio[11]

Por fin estamos a salvo / Vladislav y Bogomila
Ya nada pueden hacernos / yo dormido y tú dormida
Me perdí entre madreselvas / y me hallé entre margaritas
Y aquí me tiendo de nuevo / mi muerte junto a tu vida.

Miguel Alfredo Olivera

Regresar una y otra vez a los mismos lugares y a casi idénticas circunstancias no basta para desterrar de la mente afiebrada de la pareja la ilusión de que cada intento ha de llevarlos por fin a evitar un desenlace que ya han padecido en sus infinitas variantes y presumen insoslayable, al margen de la vana esperanza, nacida del único miedo que el hombre no comparte ni con la más mísera alimaña, siendo la exclusiva criatura entre todos los animales que especula acerca de su pasado y se afana por develar las condiciones de un futuro que —intuye— pocas veces ha de ajustarse a sus expectativas e incluso parece casi siempre desencadenarse a través de una maraña de tópicos adversos y suertes contrarias. Creer (o no creer), huir, soñar, rezar, apostar, traicionar… todo en el fondo no es sino miedo a la muerte.

Buenos Aires es ya la gran aldea que acaso nunca dejará de ser a despecho de la euforia de sus propagandistas y la mayoría de sus historiadores. Ni una presuntuosa arquitectura de aliento europeo ni el gas del alumbrado público bastarán para disimular los barquinazos en sus callejuelas desparejas o la pestilencia de sus basurales a cielo abierto a unos pasos de la Plaza Mayor y el

[11] En el infierno no hay redención.

tufo de aguas servidas que escurren por aceras y calzadas en busca del más bajo nivel posible hasta juntarse en charcas y lagunas de siniestra consistencia, desde el Retiro hasta la Chacarita de los Colegiales y desde Montserrat hasta San Cristóbal. La Calle Larga será durante muchos años una pesadilla de huellas y contrahuellas cinceladas día a día por las ruedas de chatas y carretas, más parecida a un interminable pisadero de adobe que a la próspera avenida con la que sueñan algunos urbanizadores precoces y casi todos los lechuguinos de la villa, conscientes de la escasa elegancia que resta de sus figuras luego de atravesarla entre saltos y corcovos en sus costosos cabriolés o en los coches de plaza. Es proverbial la inquina de los aurigas y el desparpajo con que azotan a sus caballerías al cruzar los peores baches y saltar por sobre los abruptos costrones de tierra arcillosa y malévola. Y ni qué hablar de la morralla de pequeños zaparrastrosos cuya diversión, al cabo de una lluvia, es hacer patitos arrojando piedras y cascotes a los charcos, al paso de peatones y jinetes.

Al final de la Calle Larga, tan larga que hasta hay quien asegura que no se le conoce el final, abre sus fauces la pampa interminable. Un norte a su derecha y un sur por la siniestra cruzando una y otra vez esa frontera que nada demarca pero se eterniza a la espera de un ciego destinado a poblarla de compadritos y cuchillos. A fin de cuentas, la violencia será uno más de los atributos de esta villa a la cual ni arquitectos ni payadores lograrán redimir de su pasado (y su presente o aun futuro) de villeros y villanos. Atada ayer a los caprichos de un fuerte y un cabildo y hoy a la fusta del hombre que la monta con la manea corta como conviene para mantener sosegados a los potros cimarrones y a los vecinos chúcaros. Con los años ha de hacerse cierto que ni Jesucris-

to se atreve a meter mano en este entrevero de mañas y blasones y que estas son tierras redomonas —ariscas— dejadas de la mano de Dios.

Las diversiones del pobrerío —incluso en provincias— son baratas y primitivas. El baile es casi siempre la común parodia de la felicidad, en el centro o los suburbios, nomás varía lo incidental y alguna faceta de la anécdota menuda pero siempre la tentación del coraje meticuloso en su violencia y la belleza bárbara de las hembras requiriendo y rechazando sin desentenderse un instante de las figuras provocadoras de la danza, que aún no se ha hecho tango ni siquiera habanera aunque lleva ya en sus oscuros recovecos el fermento. Los otros ingredientes se prodigan con largueza, las crenchas cuidadosamente engrasadas y el perfume barato, tiradores ostentosos y acaso un bisabuelo del fiyingo compadrito, escamoteado bajo el aluvión de refajos, percales y puntillas y bien ceñido al muslo por una liga precavida. La pareja no baila pero permanecen al borde de la pista nada más demarcada como espacio contingente en que los bailarines retoman una y otra vez las coreografías de la seducción. La intuición del peligro los hace cautos pero se dan maña para semblantear cada gesto de los presentes procurando adivinar bajo las apariencias inocuas algún rostro que delate el estigma indisimulable del matarife o el verdugo.

El señor gobernador ha sido tajante acerca de la suerte de los prófugos, no por la investidura del hombre ni por la condición social de la mujer sino por razones mucho más oscuras que pocos de sus biógrafos sospechan y ninguno se atrevería a exteriorizar conociendo la fiereza de carácter del amo. Sus hábitos disolutos a contrapelo de las posturas pacatas y su morbosa preferencia por los vínculos prohibidos no engañan a sus allegados y en los corri-

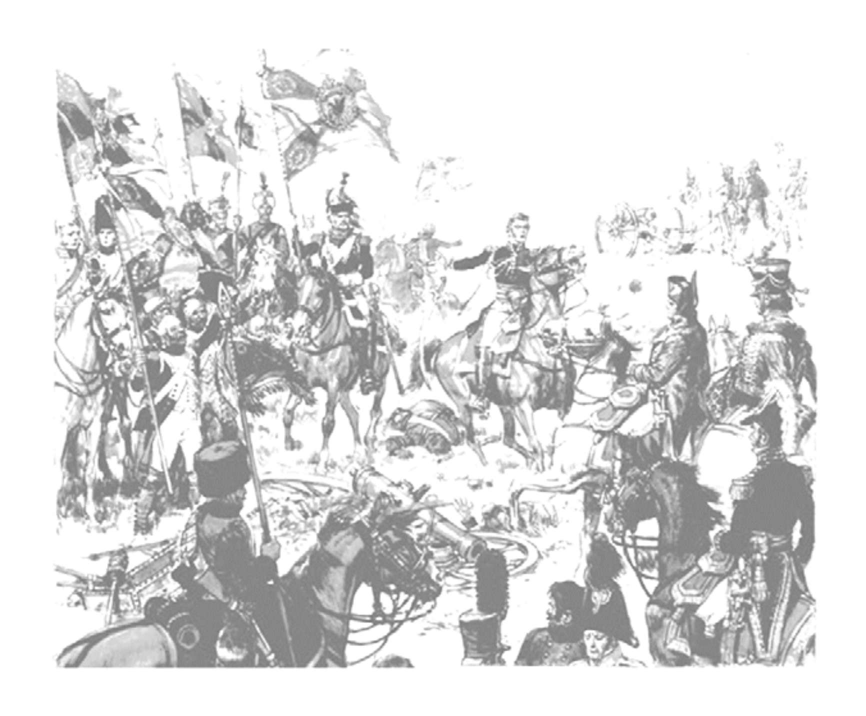
llos íntimos circulan historias en las cuales tienen cabida versiones nada santas a propósito de sus inclinaciones y amoríos, a despecho de tanta severidad y ceño adusto. El adulterio y la perversa afición hacia su propia hija son algunos rasgos de la murmuración, tanto como su adicción al comercio carnal con algunas indias jóvenes a las que acomoda en sus estancias como ahijadas o criadas dando pie, amén de otros comentarios más soeces, a que algún capitanejo se atreva a abrazarlo en público llamándolo compadre. Los quiero muertos es todo lo que comenta al enterarse de la novedad que antes de caer la tarde habrá dado la vuelta a toda la ciudad.

A pesar del tiempo trascurrido los prófugos viven atentos, oscilando su ánimo entre el terror y un optimismo confiado más en la Providencia que en un balance sensato de su situación, sabiendo que aun tan lejos de la capital no hay rincón del territorio adonde no llegue el brazo vengativo del hombre que ha quedado rumiando su despecho y la irredimible venganza. Ningún alcalde de provincia se atrevería a desoir un despacho del amo, por escrito o in pettore y está claro que a esta altura de los acontecimientos en cada ciudad y en todos los pueblos del interior pululan orejas dispuestas a escuchar y ojos decididos a espiar en favor de quien los azuza y alimenta, resultando todo ello en una trama hedionda de delaciones y soplones en virtud de cuyo celo permanecen colmadas las mazmorras, los camposantos y otros lugares menos santos (a despecho de sus toponímicos socarrones). Han mudado su aspecto y hasta donde les ha sido posible las maneras y modales y aun el acento cuando se dirigen a extraños, situación que por otra parte eluden cambiando de continuo de provincia y de alojamiento. Nada más el abrazo compartido alivia la comezón del

miedo y la inicua condición de animales perseguidos por una fiera de presa que —tienen de ello plena consciencia— no ha de parar hasta hincar en ellos sus colmillos judiciarios.

Abandonan el lugar en cuanto termina la música, mezclados con el tropel de gente entre el cual se sienten protegidos como corderos al abrigo del rebaño. Especulan con que el hado maléfico del que escaparon pudiera haberse dado al fin por satisfecho adivinando su penuria, las humillaciones de la huida y la permanente simulación, sospechando de cada sombra y de cada bulto y ocultando sus rostros al paso de peatones y carruajes sin dar por otra parte motivo para que sus movimientos despierten el interés de una sociedad en la cual ya medio mundo sospecha de la otra mitad. Eluden la amenaza mortecina de un par de faroles y doblando la esquina se internan por calles oscuras apenas transitadas, atentos a cada movimiento, a cada rama mecida por la brisa y cada murmullo a la vera del zanjón. Les parece distinguir alguna sombra más oscura que el resto, pero conocen que ya sus sentidos les juegan esas pasadas a fuerza de persistir en el envido perverso. Continúan andando hacia las quintas tanteando el rumbo a través de un incipiente basural refugio de indigentes mudos y una perrada cimarrona y bochinchera.

Adivinan al fin las formas de la casa —poco más que una tapera— esfumada sobre la frontera misma del fachinal. Un tufo a sudor de fieras alzadas los recibe apenas traspuesta la entrada. El yesquero chispea un lapso suficiente para vislumbrar las quijadas hirsutas y la sonrisa desdentada de los fierros. ▮



Verdad y memoria

Nada se pierde, todo se transforma.

Lavoisier; *Principio de Conservación de la Energía.*

Las buenas gentes me miran con piedad y me acompañan a veces con algún gesto solidario. Pero solamente un padre o una madre pueden comprender esa mezcla de desolación y angustia que significa la pérdida de un hijo. La desaparición de un hijo, sin siquiera el consuelo de visitar una tumba y besar una lápida. No poder incluso bendecirlo y recibir su último beso antes de partir y obligarse a aceptar en el colmo de la pena y la desesperanza que es verdad, que en la paz los hijos sepultan a sus padres, pero en la guerra son los padres quienes entierran a sus hijos. Es verdad que de tanto en tanto un alma caritativa (y también arduos simulado-res) declaran haberlo reconocido entre los refugiados de Gaza o con los heridos en los tumultos de Damasco o Antioquía. También aseguran haber visto su rostro demacrado entre los detenidos por los sicarios de Tesalónica y golpeado por soldados otomanos casi en las fronteras de Siria. Hay quien jura haberlo cruzado en alguna caravana atravesando el Sinaí rumbo a Egipto o unido a peregrinos dispuestos a alcanzar a través del desierto el Mar de Omán o las orillas del Ganges. Mis fuerzas empiezan a abandonarme. No solo las interminables caminatas y las esperas en el atrio de un tribunal o acechando caras y conversaciones en el mercado o en los paradores del camino. Tampoco los sacerdotes me acercan un consuelo, más dispuestos a repartir consejos hipócritas que a dar la cara para acompañarme en mi reclamo. Y cada

anochecer el miedo, las tropas en la calle y guardias reforzadas en la plaza y en las cercanías del templo. Cada día la murmuración y la sospecha, cada mañana la noticia de un arresto o una ejecución en los sótanos de la prisión. La vergüenza de las requisas y la humillación de los plantones en medio de la calle y el toque de queda, que no es sino la orden de salida de vampiros y buitres aplicados a los allanamientos y a la sangre. Me asusta visitar esa tumba vacía y me hiere tanta soledad, murmurando como una pobre loca para mis adentros si lo encontrara, ay, si lo encontrara, no pierdas la fe mujer. Cada Pascua aquí parada con mi pañuelo blanco en la cabeza, mezclada con prostitutas y mercaderes. Aquí frente a las puertas de la ciudad. ▮

Apenas ese resplandor[12]

Haroldo Conti *in memoriam*.

Lo importante era seguir la rutina haciendo como que no pasara nada y ese lunes como todos los lunes levantarse con los primeros chillidos de las pavas de monte y encender el branmetal para que el agua de la pava se fuera entibiando mientras disponía la yerba y el mate para cebar unos amargos porque la helada no me iba a dejar que cargara los filtros es que uno sabe lo dañina que es la heladita del amanecer si te agarra con el estómago vacío ya sé que son manías de viejas pero en la isla uno le da bola a esas cosas porque no hay médico ni farmacias a mano y cualquier e-mergencia tenés que remar un par de horas hasta el hospital así que uno aprende a cuidarse solo y hasta suero antiofídico suele haber en las casas aunque por acá no ves más que culebras pero la creciente de tarde en tarde baja alguna víbora que el agua la aga-rró desprevenida y se manda metida entre un camalote igual cuan-do llegan vienen medio entregadas por el hambre y el frío que ca-si ni machete hace falta para liquidarlas pero igual la gente se siente más tranquila con un par de ampollas en el botiquín y así en tu casa o en la de un vecino encontrás de todo quiero decir cualquier cosa que uno llegue a necesitar de apuro porque la sole-dad te va acostumbrando a hacer reserva de grasa y alguna bolsa de harina y unos cuantos kilos de yerba y si tenés suerte alguna

---

[12] Integra el volumen *La cara del tigre*; Premio Municipal de Literatura “Luis José de Tejeda 2010” / © Editorial Municipal de Córdoba 2011, 316 pp. ISBN: 978-987-9129-50-0.

damajuanita que no es mucho lo que a uno le pide el cuero para ir tirando porque igual los miércoles entra la lancha almacenera y si hay algún peso para gastar ya estás hecho así que entre una cosa y otra ya estaba la yerba hinchada para empezar a cebar cuerpeando las ganas de encender la radio para mantenerse atento a cualquier ruido inusual si el bicherío no hace mucho barullo de acá podés escuchar hasta una lancha entrando por el Dorado y de noche incluso las que andan por el San Antonio porque por el lado del 9 de Julio es raro que alguien se anime por los bajos salvo algún abombado que se largue a navegar medio en pedo igual van varias noches que me despierto sobresaltado soñando con lanchas de prefectura y reflectores y milicos que recorren el albardón con los perros por el lado del Mburucuyá o del Arroyón y me cuesta volver a agarrar el sueño hasta que me tuve que acostumbrar a tomarme un valium antes de acostarme es increíble lo que te relaja y cómo dormís capaz ocho horas de un tirón pero bueno por una cosa o por otra le esquivo a la radio porque además estoy seguro de que no voy a escuchar lo que me interesa y en realidad ni yo mismo sabría decir qué es lo que quisiera escuchar debe ser que la soledad te empieza a minar los nervios y entrás a perder el sentido del tiempo primero y de la prudencia después por la angustia sobre todo por tratar de adivinar qué habrá sido de los otros si habrán logrado ponerse a salvo de las sirenas y los gritos entonces vas evocando rostros y tantos momentos compartidos de los buenos y de los otros aunque hace tiempo mucho más de los otros pero uno no elige la situación lo elige a uno y cada cual responde como puede o como le da el cuero pero es inútil uno no está hecho para diversión de las fieras ni de los perros de presa y con el correr de los días de las semanas la adrenalina se te instala a flor

de piel y ya nada vuelve a ser como antes pero ese día sabés sin que nadie te lo diga que cruzaste un alambrado un límite del cual ya no podés volver porque te pusiste o te pusieron del otro lado del lado de los perdedores de los que van a estar obligados a correr y correr con los perros detrás de ellos hasta la última gota de aliento y seguir aún sin otro aliento que la convicción de que allá adelante tampoco hay salida pero hay que seguir corriendo hasta morir porque la muerte es una salida preferible antes que lo otro no porque haya de por medio cuestiones de valor o cobardía sino porque en todo caso el valor es una cualidad humana y si los perros te dan alcance entre garras y colmillos van a ir desgastando hasta el ínfimo vestigio de humanidad el agua ya está fría y el mate medio lavado ahora puedo bajar hasta el arroyo para cargar dos o tres damajuanas en cada uno de los filtros que con calor o con frío empiezan a gotear un agua clara como caída del cielo el arroyo está desierto los muelles silenciosos y algunos cuzcos enredados entre ellos o atrás de alguna comadreja a fin de cuentas estos pobres bichos corren nuestra misma suerte siempre atentos a los ladridos y a las voces hasta que andá a saber si el hambre o el hastío las hacen salir a la descubierta para terminar despanzurradas para entretenimiento de los caranchos si es que no van a parar al agua y entonces la fiesta la empiezan las tarariras y la rematan los cangrejos qué ironía a uno le enseñaron en la escuela que el perro es el mejor amigo del hombre pero se ve que la selección de las especies va mucho más lejos de lo que uno supone aunque en realidad no se puede decir si ellos son perros evolucionados o humanos degenerados pero me inclino más bien por esto porque hay cuestiones de las cuales los pobres bichos no tienen la culpa y a nosotros bien o mal nos cabe la responsabilidad de manejar este

mundo y así anda pero a los cuzcos los disculpo si en todo caso es verdad que perro que ladra no muerde pero los otros esos sí muerden y golpean y manejan los submarinos y las máquinas pero no tengo que darme manija porque me estoy volviendo loco y cuando me afeito termino con la cara llena de cortes y curitas claro que mucho peor la pasó el flaco Gunter no sé si te acordás de la sonrisa del flaco llevando siempre todas las discusiones para el lado de la dialéctica marxista que nadie sabe de dónde carajo sacaba tiempo para leer entre el laburo en la universidad y la militancia porque Gunter no era de los burócratas que se rascan las pelotas y dan órdenes el flaco ponía el lomo y manejaba él solo el aparato de propaganda de la fede y le daba al mimeógrafo y salía él mismo a repartir los volantes y a pintar paredes pobre alemán con sus dientes de conejo y su sonrisa que se le quedó en eso en una sonrisa bastante triste cuando lo encontramos esa noche con más de veinte plomos en el cuerpo y los huesos molidos a patadas y la cabeza metida en una bolsa de polietileno pero todavía parecía sonreír ya no vale la pena recordar como dice Grimaldo nuestros pobres palomos insepultos perdoname la pálida ya sé que es como un golpe bajo pero qué querés como reclamaba aquel andaluzazo tanto penar para morirse uno y hoy nos toca a nosotros digo me toca a mí quién diría tan lejos o tan cerquita acaso de aquella primavera tan linda de París que por lo visto tampoco daba para más pero igual nos ayudó a desabrocharnos el cerebro la bragueta no hizo falta porque los rioplatenses tuvimos siempre fama de llevarla desabrochada todo el tiempo no estoy jodiendo es que me parece que hace mucha falta en este instante una sonrisa porque ahí afuera andan los perros y aprovechando que no hay luna me escapo de la casa caminando por el costado del arroyo por ahí hubiera

sido más seguro ganar el pajonal aunque los perros los tienen entrenados para meterse en los bañados y te siguen el rastro aunque te metas en el agua que debería estar helada porque estamos en pleno invierno y sin embargo siento algo caliente que me envuelve y acá abajo ya no se escuchan los ladridos y los borceguíes han seguido de largo seguro van para la casa pero quién se va a imaginar que mientras rompen todo y después le prenden fuego a los diarios y a los libros yo tengo aún fuerzas para recordar las otras veces que yo mismo los quemaba porque uno es capaz de sacrificar a sus propios hijos para ponerlos a salvo quién podría entenderlo si no lleva como uno los libros en su sangre igual no podría haberlos traído porque se deshacen en el agua y acá abajo casi no hay luz apenas ese resplandor allá arriba y las caras borrosas de los perros asomados a la orilla y las botas en el muelle. ▮



Entre mate y mate

Los pobres criollos que caen en manos
de los libertadores, solo pueden exclamar
¡Viva Urquiza! al sentir el filo de la cuchilla.

Fuente: www.lagazeta.com.ar

Los sicarios del tirano Rosas solían degollar a sus víctimas de pie, sin anestesia y por la espalda, dándoles el mismo tajo impulso para caminar algunos pasos, ante la diversión de la chusma. Hasta se habla de tenebrosas carreras entre dos degollados simultáneos, con apuestas cruzadas entre espectadores y verdugos.

Ignoro la veracidad de esta oblicua acusación, que conforma todo un cuerpo de tradición mayormente oral, surgida bastante antes por cierto de que el general Urquiza sucumbiera —en mala hora según él mismo lo confesaría tardíamente en una parte de sus memorias celosamente escamoteada por el mitrismo— a la tentación siempre poderosa de adquirir el halo imperecedero de Libertador, a la par y en cierto sentido casi por encima del anciano cascarrabias que un par de años atrás terminara entregando su alma al Señor y su espada al tirano abominable. Algo de verdad habrá seguramente en esta densa criminología nacida a la luz de los velones y a la sombra de tertulias en las que entre mate y mate cada cual aportaba sus decires y pareceres en pro de hallar una mano fuerte y una cabeza débil proclive a remozar —superándola— la trágica vindicta que regara de sangre noble los campos de Navarro a menos de una generación de distancia. Y también —cómo dudarlo— mucho de exageración y de mentira, habida cuenta de

que el odio de los bienpudientes y bienhabientes es como una carcoma que más crece cuanto más se lo coloca en el centro de las conversaciones y en el foco de todas las miradas. Fácil es pues al calor de los mates cimarrones y el impulso flameante de alguna petaca de caña o aguardiente, pasar del me dijeron al lo vi con estos mismos ojos, nada más porque no hay recurso como el de hablar en primera persona para acrecentar a la vez la veracidad de un dicho y la importancia del hablante.

Supe atisbar alguna de estas tertulias en una quinta recostada entre los sauces del bajo de San Isidro, a la vera de una senda de tierra que enfilaba hacia el norte en dirección al pago de las Conchas. Mi madre había nacido allí, donde su madre fuera sargenta de cocina durante más de cuarenta años. Dicen que era mi abuela una mulata codiciada por blancos y mestizos y malicio que algo de creíble haya en estos decires, porque mi madre nació entre aquellos adobes, bella cuarterona de ojazos verde mar que según algunas lenguas imprudentes copiaban la mirada altanera del señor de la casa, descendiente él mismo de una dama francesa a la cual se atribuían novelescos enredos con un oficial pelirrojo de los desembarcados en la ensenada de Barragán a las órdenes del general Guillermo Beresford. Dicen que por mis venas corre también algo de sangre maturranga, aunque mi madre ha sido siempre parca acerca de la cuestión y cuando me pongo pesado me cierra la boca con aquello de que hay secretos que conservan la salud. La verdad no sé para qué todo este enredo de genealogías y abolengos, porque lo único cierto es que nadie supo decirme dónde estaba mi padre.

Han pasado muchos años de todo aquello, de las tertulias y los contubernios entre calentarle el pico a un coronel de Pa-

tricios y sobarle el lomo a un teniente de Húsares nada más tanteando quién era capaz de hacerse cargo de ponerle al gobernador los puntos sobre las íes. Se ve que con Urquiza se equivocaron fiero, pues si bien les vino como anillo al dedo para sacárselo de encima al hombre que les venía quitando el apetito y el sueño, terminaron enfrentándolo en Pavón en un entrevero de sospechas y trascendidos y un ir y venir de emisarios y correos de un campamento al otro hasta un rato antes de la batalla. O mejor dicho hasta mismo cuando ya los porteños empezaban a mostrar el culo y poniendo los pies en polvorosa. Decir se dijeron muchas cosas, incluso que si los masones y los ingleses o los franceses y hasta los curas y los mismos gachupinos. Pero que alguien dio vuelta la taba al filo de la siesta, que no le queden dudas, a esto que le digo póngale la firma. Porque con todas las posturas encima del tapete y el campo que era un solo bosque de tacuaras federales, de un repente la caballería de don Justo entró a recular como si en medio mismo del campo de batalla se les hubiera aparecido el propio Mandinga de a caballo. Reculando paso a paso al comienzo, para terminar volviendo grupas a las tropas porteñas y arrancando primero un galope corto y al cabo a galope tendido apuntando bien al norte.

Todo esto lo viví, que no me lo contaron. Antes de caer la tarde vadeamos el Saladillo y nos preparábamos para hacer noche sobre la ribera norte. A la semana cruzábamos el Carcarañá y nos arrimamos al campamento ya a medio armar entre los pastizales de la cañada de Gómez. Y ahí quedamos rumiando nuestras desventuras, mientras el general seguía la retirada con sus escuadrones rumbo a los pagos donde ya nadie habría de molestarlo. Ni siquiera cuando los señores porteños se largaron a cazar gauchos y

divisas federales a campo traviesa, de punta a punta por las provincias del interior. Para que nadie lo incordiara ha de haber sido precisamente que durante el sitio de Paysandú, mientras Leandro Gómez y los suyos se desangraban bajo las bombas macacas confiando en la llegada del general, a este le pareció más prudente aceptar el ofrecimiento de Tamandaré y se deshizo de toda su caballada por una carretada de patacones. Pero esa es otra historia.

Ahí mismo al costado de la cañada nos cayeron encima los hombres de Flores una noche nublada que no se veía un bulto a diez pasos. De seguro se venían con baqueanos porque primero degollaron a los cinco retenes que hacían la segunda guardia para el lado del sur. En cosa de una hora y faltando bastante para el amanecer, nos tenían a todos amarrados con cuerdas o con tientos de vaca, con el cuero al sereno. Al general Flores no llegamos a verlo, pero desde la carpa grande donde habían establecido el estado mayor nos llegaron las risotadas y los cantos hasta que empezó a clarear. Ahicito recién nos dimos cuenta, los que pudimos abrir los ojos, de lo que había sucedido al amparo de la oscuridad. El campo estaba cubierto de cuerpos degollados y los roedores ya habían empezado la fiesta ahí nomás entre las sombras, guiados solo por el olfato y sus repugnantes instintos. Con la primera claridad se sumaron chimangos y caranchos, que revoloteaban entre medio de los muertos, liándose a picotazos entre ellos y con las ratas y los perros cimarrones que no les dejaban cabida para compartir la fiesta.

Como a media mañana, los hombres de Flores aullaban vidalas y cielitos, entre hipos de caña y eructos de aguardiente. Hasta que un cabo que apenas se tenía en pie, trazó una raya en la tierra con la punta de su sable. Esta va a ser la largada, anunció

con una carcajada pastosa. Traigan a los dos más despabilados. Dos milicos de infantería, también borrachos, recorrieron de un vistazo la montonera de hombres inmovilizados por sus ataduras y eligieron a dos de ellos al azar. Les soltaron los pies y los pusieron codo a codo detrás de la largada. Hacia adelante, a ambos lados de la cancha improvisada, se alinearon los curiosos, cruzándose carcajadas, insultos y apuestas por patacones y vitualla. Yo estaba atado a un poste de algarrobo, a cosa de quince pasos de la raya. Los dos desgraciados habían comprendido el juego y aguantaban a pie firme y en silencio, como si lo que estaba ocurriendo le pasara a otros. Ambos agachados ligeramente hacia adelante, con las piernas algo separadas y mirando al suelo. A una seña del suboficial, los dos milicos empuñan sus facones y con la otra mano aferran por los pelos a cada condenado. La soldadesca rompe el silencio y se cruzan las últimas apuestas, atentos al brazo levantado del cabo. A la voz de ¡aura! los filos cercenan de un solo tajo ambas gargantas y las manos de los verdugos se alzan exhibiendo las cabezas, rejoneando las espaldas con un puntazo al grito de ¡aura sí corran, carajo!

La cancha es ahora un túmulo de silencio. Ni el vuelo de una mosca, ni el chillido de una rata, ni el graznido de un carancho. Uno de los cuerpos avanza su pie derecho y el otro su pie izquierdo. Los apostadores rugen. ¡Vamos, mierda! Un paso más adelante uno, un paso más adelante el otro. ¡Vamos, hijos de puta! El de la derecha alcanza a avanzar el pie un paso vacilante todavía. Su camarada de armas e infortunio cae en el lugar. El ganador se desploma de pecho al suelo. Los favorecidos cuentan sus ganancias. Los otros esperan rasarcirse con la próxima yunta.



Sangre entre las piedras

Su capacidad de sufrir no había sido desarrollada por la costumbre. No tenía experiencia del dolor.

Ambrose Bierce; *Puente sobre el Río del Búho.*

¡Ay mísero de mí, ah infelice! Bien sabía quien estas endechas profería de vejámenes y encierros. Pierdo la noción —si perdida no tuviera antes la razón— del dónde y del cuándo, a la vez del cómo y aún dijera del quién. Pues quién se atreve a firmar que soy quien creo o siquiera que soy alguien. ¿Tienen pues identidad los espantajos y las sombras? ¿Atribuiría algún corazón generoso entidad y cuerpo a lo que a fuer de hambrunas y castigos ha perdido no solo la voluntad de resistir sino la memoria de sus padecimientos y sus cuitas? No hay ciencia ni creencia que con decoro lograra sostener la dignidad de lo indigno y la estabilidad de lo quebrantado y desarticulado. Que no es solo la humana envoltura lo que llegado al límite de sus fuerzas se despeña en los abismos de la abyección y la incuria. Cuando la conjunción del maltrato y la convivencia desdeñosa se hermanan en la exacción y el despojo la esencia misma del ser pierde su sentido por la mera destrucción de contenido y continente. De tal modo que habiendo sido ya no soy y habiendo vivido ya no vivo, que mal pudiera llamarse vida al trascurrir en estas humedosas oscuridades cuyos miasmas inficionan la vigilia y el sueño. Que mal dormir se puede apetecer cuando el aire no llega a ventilar los bofes, ni vigilia pretendiera ser esta duermevela de tristísimos hatajos de carne mal-

herida y peor alimentada, a punto de no mirar con malos ojos las alimañas que en estos socavones han echado anclas.

Hace pocos meses que la fortuna —alguno opinaría que la desdicha— me movieron a vestir este uniforme. Que no lo es sino porque desde dentro de nuestro espíritu así lo sentimos y vivimos. Siendo que el batallón completo, incluidos el General y todos los oficiales y suboficiales, no lucimos otras prendas que las que usan los paisanos de nuestra pampa. Y no como una estrategia para confundir a los godos sino porque el escaso peculio y aún los bienes personales (quien los hubiere) fueron empeñados en la fabricación y adquisición de armas y pertrechos. Han asegurado unos franciscanos que cabalgan a nuestro lado desde que salimos de Buenos Ayres, que hoy tuvo nuestra fuerza su bautismo de fuego. Curiosa circunstancia, siendo que muchos de nosotros no hemos recibido aún la unción del agua ni los óleos benditos. Solo a los heridos y a los muertos ha mandado nuestro General que se les administren los sacramentos como enseña y manda la Iglesia para la conveniente salud del cuerpo y del alma. Igual él no ha dejado de poner en manos de Dios la suerte de nuestras armas aunque se nota que no es hombre de liturgias. Los godos en derrota que atinaron a regresar a sus barcos ya deben estar saliendo a mar abierta. En el campo y contra la barranca sobrevuela todavía el olor a la pólvora y en nuestra cabeza el estruendo de la metralla. El General ha mandado oficiar una misa de campaña por el descanso de los que murieron en acción. Mientras el franciscano hacía lo suyo, con su hábito salpicado de sangre y barro, él se ha sentado debajo de unos pinos a redactar los partes de rigor. Los frayles del convento se ocupan con fraterno entusiasmo a socorrernos en los menesteres indispensables, no habiendo dado lugar a otras previsio-

nes lo vertiginoso de nuestro arribo y el desembarco de los godos, ciertos como venían de armar y sostener una cabecera de puente en este pago. El General ha prodigado elogios, abrazos y algunos ascensos, los más de ellos posmortem, que poco han de aprovechar a quienes echaron en el campo de la gloria su último suspiro.

A esta isla desgraciada acarrean los godos a sus prisioneros. Y no por caridad sino para canjearnos según les convenga por los muchos que semana tras semana capturan nuestras tropas. Mas nuestra bonanza no va más allá de conservar la cabeza pegada al cuerpo, víctimas como somos del hambre, la humedad, el frío y la compañía de diversas fieras y alimañas. Se corre la voz de que los pumas que abundan en los alrededores de este lago de alta montaña han dado cuenta de cuantos atinaron a escapar de estas pocilgas. Algo habrá de cierto en ello, pues no se ha sabido de patrullas que salieran en su persecución. Menos de diez semanas no llevamos aquí arracimados y antes de nosotros trajeron a Alvarado en cuanto se hicieron dueños de todos los torreones donde gobernaba. Acaso reciba mejor trato dada su jerarquía. Aparte del rancho nauseabundo y la falta de letrinas, las horas diurnas se soportan, salvo uno que otro quejido de algún castigado a golpes de pica o a latigazos. Pero apenas cae la tarde se cierne sobre estas catacumbas un hielo de muerte. No percibimos la noche por la falta de luz sino por el frío, que luz no vemos ni de día. Cubiertos por harapos y con un puñado de paja por todo lujo, dormir sobre estos pavimentos de piedra es hazaña imposible. Apenas descabezar un sueño breve e intranquilo, del que nos saca el menor ruido, hasta las carreras de toda clase de roedores a la pesca de un bocado. Estas alimañas no desdeñan la carne humana. Excuso hablar de piojos y todo género de somorgujos y guarisapos que nos

bailan hasta en las ingles y debajo de los sobacos, pues la última agua que disfrutamos fue a la vera de la laguna de Pomacanchi, va para tres meses. En cuanto al paisaje, lo que atinamos a ver a nuestra llegada, es que la isla se encuentra en medio de un totoral inmenso, de cuya fibra se alimentan creo los indianos y hacen además con ella unas embarcaciones lo pasmoso de firmes y livianas con las cuales recorren el lago, que por lo extenso más se parece al mar.

Uno deja correr la vista sobre la superficie mojada. Bastante grande si se la compara con la impronta de una gota de lluvia, incluso la que dejan esos primeros goterones de las tormentas de verano. Pequeña si uno piensa en las dimensiones del mar. Y se siente raramente poderoso al comprobar que de un vistazo es capaz de abarcar todos los accidentes geográficos. Y casi cae en la tentación de tomar por un atajo y empezar con la historia de las mulas grisonas y embarradas hasta las orejas y los granaderos andrajosos armados con una panoplia más apropiada para la Armada Brancaleone que para un ejército libertador. Uno desciende entonces hacia la superficie que lo convoca desde sus verdes casi trasparentes. Mientras el aire se enrarece y escucha empavorecido los estampidos de la nieve y el vuelo casi funerario de unos cóndores. Cada gránulo de verde se hincha a la escala de los ventisqueros y palidece debajo de unos aluviones y los vientos. Los glaciares devoran hasta el último trazo del mar y sus penínsulas. De horizonte a horizonte gobiernan la alta soledad y el hielo. Sobre la sábana de arrugas afiladas una menuda procesión de hormigas se vislumbra apenas. Moscas tal vez. Ni siquiera cagarrutas de cabra o de guanaco. Una pequeñez oscura en la grandeza del espanto. Muy pocos. Unos cuantos. Quizás ni lleguen al millar.

Es necesario planear por debajo de los mil pies para apreciar algún detalle. Pueden ser unos menudos coleópteros, unas sencillas cucarachas. Sobre ese espejo ríspido dan pena al observarlos. Homínidos. Minúsculos, indefensos ante la estolidez terciaria de la montaña. Uno es testigo tumultuoso de que alguien se sobresalta sobre la angarilla desprolija. Que la yunta de mulas acorta la pisada para seguir el ritmo del aliento enfermo. Que los labios mortificados por la fiebre escriben un mandato ilegible.

Quisiera ser aquel cóndor que planea sobre las cumbres. Pero soy apenas una de estas miserables cagarrutas que se arrastran a lo largo de los desfiladeros con una fiebre de locos en la mirada, anodadados por la tozudez y el arrojo del General que arrebujado en su poncho pampa conduce nuestra marcha a través de los pasos que marcaron semanas atrás nuestros exploradores. La mayoría indianos de tez cobriza y un corazón de oro que los empuja detrás de nuestra causa que confusamente adivinan asimismo la de ellos. Llevo prendidos a los jirones de mi camisa los galones de cabo. Estas jinetas y un par de sablazos en el pecho fueron mis primeros sacramentos a la sombra de aquel convento a orillas del Paraná, hace ya tanto tiempo.

El tramo desde Huacayo hasta la prisión que los indianos llaman Chucuito y los godos isla de Estévez lo hicimos entrando ya el invierno a costa de dejar el pellejo de los pies y del alma entre los basaltos y la nieve. La única vía practicable es el cauce de los ríos que bajan por las cordilleras, no hacia el mar cuyas aguas nunca verán, sino hacia estas altísimas pampas entre los diez y los doce mil pies donde el agua dulce termina escurriendo entre pedregales y salares. En Huancayo tienen los godos uno de sus principales acuartelamientos en la sierra oriental y allí dormimos por

última vez al abrigo de un techado y probamos pan y algún caldo caliente. Que mal provecho nos hizo, trayendo como traíamos en el recuerdo la visión de los cuerpos acribillados de Millán y Prudán, asesinados a sangre fría por los fusileros de García Camba, bajo la socarronería de darnos ejemplo y escarmiento porque nadie más intentara fugar de esta siniestra caravana. Allá quedaran los cuerpos insepultos, sobre la garganta del Rimac, a la espera de las fieras y las aves de presa, que ni cristiana sepultura fueles concedida por estos bárbaros. Bien se dice que los godos buenos se tornan malos al pisar estas tierras. Y los malos se vuelven salvajes carniceros, que de sus nombres otra justicia ha de ocuparse un día. Disfrutamos al menos la menguada alegría de no tener noticia de Estomba ni de Luna, con lo cual suponemos que han logrado ponerse a salvo de las cuadrillas despachadas en su busca. Sabrán ellos a qué precio fue pagada esa libertad o al menos es de creer que recuerden en sus rezos a quienes les vimos deslizarse debajo de aquella acequia cerrando las filas para que los guardianes no notaran su falta. Dios guarde a los unos y a los otros.

Dos brillantes victorias y un revés desgraciado hemos tenido en tierra chilena, donde por cierto la tropa de Buenos Ayres no es mirada con mayor simpatía. No así los provincianos, pues las gentes de pueblo nos reciben con la sencillez y bonhomía que es dable apreciar en nuestro campo. Mi grado de sargento de granaderos y el abrazo de nuestro General al anochecer de la jornada del Maipo aliviaron con holgura la molestia del bayonetazo godo que casi me priva de una pierna. Por lo demás, en el campamento reina la más absoluta disciplina, aunque la inminencia de la partida hacia Lima a bordo de la flota genera cierto nerviosismo que se pone de manifiesto alrededor de los fogones. Entre cuecas y vida-

las, los soldados dan rienda suelta a emociones y recuerdos del hogar. Nada más justo, si se tiene en consideración que algunos vamos para seis años corridos junto al General. Y a su lado nadie tiene tiempo para criar panza. La jornada es de riguroso orden cerrado, lo mismo era Plumerillo. Pero con comida caliente y abundante y un par de mantas para ahuyentar el frío, se nos hace el campo orégano. Hasta uniformes nos han llegado del gobierno de Buenos Ayres, amén de unos patacones aunque los sueldos nunca se emparejan, parece cosa de mandinga. Diga que uno es gaucho de ley habituado a gambetearle a la miseria y al peligro, de modo que la gente anda con la moral bien alta, sin dejar de recordar la zaranda de Cancha Rayada. Que en los fogones mucho se compara con lo de Huaqui, que a todos nos hace hervir la sangre al recordarlo. Por acá anda rondando alguno de esos veteranos, por lo que echando cuentas hay por el campamento soldados con sus ocho años en campaña. Dios bendito, duro precio estamos pagando por un sueño…

Apenas a tres jornadas de camino desde salir de Lima, ya Estomba y Luna se habían juramentado para fugar a la primera de cambio, de común acuerdo con Díaz, Millán y Prudán. En cuanto dejamos atrás las últimas fortificaciones el camino empieza a empinarse todo a lo largo del Rimac que viene bajando desde lo alto de la sierra. Atravesando la quebrada de San Mateo, al descender al fondo y pasar uno de sus puentecillos, Estomba y Luna se deslizan a lo largo de una acequia como por un camino cubierto. Millán y Prudán cierran el claro, renunciando a la salvación para burlar la vigilancia de la custodia. Esta abnegación debía costarles la vida. Monet se limitó a destacar una partida para perseguirlos, pero al llegar la columna a San Juan de Matucana, García Camba

ordenó formar en ala a la vera del río. Y brutalmente dispuso echar suertes para fusilar a dos prisioneros a cuenta de los fugados. Varios oficiales ofrecieron su vida para evitar este bochorno, pero finalmente ellos mismos —Millán y Prudán— dieron un paso adelante reconociéndose como encubridores de los fugitivos. Dos horas más tarde morían bajo las balas de nuestros carceleros, al grito de ¡Viva la Patria! El cernícalo, satisfecho de su aleccionadora brutalidad, mandó desfilar a toda la columna de presos y guardianes delante de los tristes despojos y se reinició la marcha hacia el valle de Jauja rumbo a Huancayo. El coronel Ramón Estomba compuso a su tiempo una canción fúnebre, la que con música de La Pola se cantó por muchos años en los campamentos militares. Dice una de las estrofas:

Al suplicio conducen a entrambos / y con ánimo grande Millán,
desabrocha el honroso uniforme y les dice: Aquí, al pecho ¡tirad!

¡Quién soñara con que nuestro glorioso escuadrón de granaderos terminara echando por la borda doce años de servicios inmaculados en pro de la independencia americana! Menos aún que la razón aducida fueran unos roñosos patacones que nos adeudaba el gobierno de Buenos Ayres o el del Perú, que lo mismo da para el caso. Qué podía representar un año de atrasos al lado de los lauros recogidos junto con el derecho indiscutido de grabar nuestros nombres en el bronce de la Historia. Pero aquí estamos en El Callao, después de haber tomado la mayor fortaleza española de América tras un durísimo asalto por mar y tierra. Después de haber arriado la enseña española y desarmado a toda la guarnición de los torreones, colocándolos con centinela de vista en las casamatas cavadas debajo de las baterías, oficiales y soldados. Aquí

estamos inmersos en un mar de dimes y diretes cuyo nudo es amotinarnos para exigir la paga. No solo nuestro escuadrón. La protesta concita al Regimiento de Buenos Ayres, Batallón N^{o} 11 de Los Andes, Artillería de Los Andes, Batallones N^{o} 2 y N^{o} 5 de Chile, Artillería de Chile, Batallón Legión Peruana, Regimiento de Húsares de Perú y Artillería del Perú. Los más cautos proponiendo armar una comisión que lleve la demanda al gobernador. Los más exaltados apoyando la idea lisa y llana de prender a Alvarado y a todo el cuerpo de oficiales. Voceros de esta propuesta son Oliva y Moyano, dos oscuros suboficiales del Regimiento del Río de la Plata. Y que votada esta moción intolerante y desgraciada, aparecen finalmente al frente de la sublevación, que no de otra cuestión se trata la movida. La primera acción es aprehender al gobernador y a la plana mayor, llevada a cabo por Moyano con un destacamento de revoltosos. Detenida toda nuestra oficialidad, son alojados entre insultos y voces destempladas en una de las casamatas. Aclaro en desagravio de quienes permanecieron fieles a su deber, que solo una mitad del cuerpo de granaderos se plegó a la revuelta.

Duerme el Callao, ronco son / hace del mar la resaca
y en la sombra se destaca / del Real Felipe el torreón.

Antonio Ruiz, soldado del Regimiento de Buenos Ayres, conocido por los suyos y por sus compañeros de armas como el Negro Falucho, está de retén esa noche en la pequeña azotea del torreón, al pie del mástil dondea flamea el paño celeste y blanco. Ignora que muy cerca de su hombría de soldado y de su lealtad a la patria joven, uno de sus camaradas, aterrado por las consecuencias del motín, ha pactado con los oficiales españoles prisioneros

en las casamatas la traición más infame y amarga. La traición a su patria, a su suelo y a su gente. Moyano ha descendido con ciega urgencia los escalones de la abyección. Con la misma premura con que en estos momentos trepa junto a un montón de sublevados la estrecha escalerilla que conduce a la terraza. El resto de esa triste noche, cerca ya el amanecer, es atroz. La llegada de la turba, la exigencia de arriar la bandera patria para izar el pabellón español. La negativa de Falucho, su gesto fiero de romper su fusil contra el mástil, las armas apuntadas a su pecho, la demanda de rendición al Rey, los disparos.

Ríndete al Rey, le intimaron / mas como el negro exclamó
¡Viva la Patria y no yo! / los cuatro tiros sonaron.

Seguimos ahora nuestra marcha hacia el valle de Jauja, apesadumbrados por el drama de Matucana, presas de esa mezcla de estupor y de rabia que generan la injusticia y la impotencia. Adoloridos por la decisión del General de renunciar a todos sus cargos y honores en el Perú, para dejar el escenario en manos de otros actores. Abrumados por la oscura visión de Falucho salpicando con su sangre ardorosa la bandera que los insurrectos acaban de bajar del mástil. Y por lo oscuramente incierto de nuestro propio destino.

Alegres dianas la caja / de los traidores batía
el Pacífico gemía / melancólico y desierto
y en la bandera del muerto / nuestro sol resplandecía.



Una voz oyó Manuel[13]

"Cada palpitación de rabia
es una víctima más inmolada en su furor."

José Hernández

La voz dice que es necesario. De la necesidad y de tiempos por venir habla la voz. Unos tiempos de leche y miel acaso. Nadie se atreve a interrogarlo. Han de ser tiempos bien lejanos alguien piensa. No la voz. Alguien nomás entre la montonera de orejas que se arremolinan en silencio alrededor de la voz. No de padecimientos ni de sangre de seguro. Más sustanciosos y más dulces eso imaginan las orejas. Silencio nadie me contradiga ruge explota en síncopas disonantes y acordes tempestuosos el bajo encharretado. Todo retumba bajo las nubes grises de la mañana o de la tarde. Hasta los cuises tiemblan. Nadie sabe decir con precisión dónde está el sol porque los truenos de la voz se han hecho nubarrones en el cielo tiñéndolo de sangre. El gris de la sangre y el rojo de las nubes flamean en el aire una bandera lúgubre entre las voces rojas y los truenos. Alguna nota vuela hacia el ocaso desplumado en siluetas de pato franciscano que arremeten en pelotón contra el rebaño de garzas moras arracimado al poniente. Los perdigones de la voz son truenos que azotan la bandada de garzas y la copa de los molles. Al boleo siembra la muerte sus perdigones

[13] Integra el volumen *La cara del tigre*; Premio Municipal de Literatura "Luis José de Tejeda 2010" / © Editorial Municipal de Córdoba 2011, 316 pp. ISBN: 978-987-9129-50-0.

y las plumas en la frontera misma del ocaso. Al borde mismo de la muerte giran los franciscanos en su vuelo retomando el planeo rasante sobre hormigueros desparramados entre cuevas de vizcacha. Áspero el trueno acelera la aflicción de las vizcachas y el temblequeo de las matas. Los cascos amasijan hormigas y espantan la bandada pero al sur y al norte gritos. El pampero tiznado revolea patos y manojos de cardos enloquecidos por el grito. Un alarido atornillado a las monturas y en la ciudad de las hormigas y en las tacuaras torvas y en ese brillo turbio de la sangre medio seca. Todo el levante un grito y el poniente un grito y de norte a sur el desparramo de perdigones y la sangre. Y por encima y por debajo de la voz la nada. Nomás el lleno vacío de las arengas y la nada. Mala hora para monsergas y sermones. Pero la voz tronando los trae acoquinados.

Que suene la espuela,
que silbe el zorzal,
que baile el farrapo
si sabe bailar.

Hay un rumor de garzas moribundas. Hay montones de patos desplumados. Hay un silencio triste y un sueño lúgubre y otro silencio largo. Hay una revuelta danza de papeles y partes que se reparten y de voces que esperan y gritos que no descansan. Hay el calor y el cuero sudoroso de unos fogones mustios. Hay un olor a muerte entre los cardos. Hay un sabor a sangre bajo los párpados clavados. Hay un rencor atento entre quijadas insepultas. Hay ayes de bestias y relincho de cristianos. Hay un quejido manso de moribundos desahuciados. Hay un ay rencoroso de pechos despenados. Hay un clamor sobrevolando cruces y abrojales. Hay

una quejumbre de amores y de ausencias. Hay la brasa de un pucho en el silencio. Hay más papeles con santo y seña y órdenes secretas. Hay condecoraciones prendidas al espanto. Hay listas abrumadas de lagrimones y silencios. Hay algún dies iræ de apuro sobre unas achuras sin aliento.

Que suene, que suene,
si van a sonar,
cuchillo afilado
para degollar.

A pocas leguas del desierto el felpudo de pasto se hace alfombra persa. Arriba unas escenas estucadas de Versailles. En los muros acuarelas inglesas y un gobelino de los talleres reales sobre un cartón de Goya. Una mesa Luis XV mantelería de Brabante con vajilla de Sèvres y cubiertos de plata con el escudo de los condes de Essex. Barolo Rojo del Piamonte en botellones de Murano. Unas pelucas interrogan. La casaca de alamares discursea con calma. Un cigarro rubicundo toma notas. Dos levitas se semblantean en silencio. Una chistera trasnochada se desbarranca por la sandía calva. Sobre la mesa ruedan en patricio desorden varias acciones y unos bonos. Del artesonado del techo cuelgan cifras. Un daguerrotipo de Jorge IV derrama su sonrisa mesurada desde la boisserie donde relumbran un par de sables del 60º Regimiento.

… y aunque no quiera creer
seguro que habrá tormenta
y habrá gente que la sienta
cuando se largue a llover.

Sobre el silencio sobrevuela la ceniza. El cielo sin estrellas desgrana misereres irredentos. Una legión de omóplatos quebrados y órbitas desalquiladas cura sus erupciones y relame las costras. El sol negro entenebrece los murmullos del desierto y sepulta sin prosopopeya charreteras y facones. Bajo el sol de ceniza se enfrían costillares. El rojo impenitente se encanija entre las órbitas vacías. Una legión de vértebras estranguladas sigue el compás de la ceniza. En procesión avanzan troncos truncos al trueno retumbante de una espada furiosa sin contrición y sin cabeza. La ceniza se amasa con la sangre en remolinos de lejía. La pampa es una pavura gris de bofe coagulado a lo ancho del picadero. Los huesos desharrapados duermen bajo esa manta. Duermen, no descansan en paz. La paz ya se ha volado entre las cenizas y la sangre. La paz es una fea herida amoratada. Un gaucho entramojado por desertor o por cobarde. O nada más por gaucho. De esos que yacen a cielo abierto sin cruces y sin lápidas para matar el hambre a los caranchos. Sangre gris de una tierra sin remisión y sin memoria. Desfilan los ninguneados y los muertos sin color y sin ojos bajo el mandato de la espada. Espada sin cabeza que regurgita los propios y los breves empapados en el veneno gris de los doctores. Con la ceniza gris de los daguerrotipos y su cigarro habano. El rumor de las levitas y los puros sopla sobre las brasas debajo de la espada. Buen acero que sin perder el temple se calienta. Lentamente con parsimonia se calcina la espada sin cabeza. A fuerza de pelucas y apellidos bordados y alamares. Al rojo blanco hierve el buen damasco de esa espada. *God save the King*, por cierto sin su venia toda esta cháchara sería un cabildeo deleznable.

Enciende la noche su cielo y el sol
galopa tras la tarde.
La luna comienza la pampa a mirar
como una tierna madre.

Bajo los nubarrones grises zumban los cuervos trotaconventos. Entre los mantos de ceniza trotan de sambenito negro los heraldos. El festín estimula a los portaestandartes de desgracias. Los corvejones se alimentan de sangre amoratada y cenizas violentas. Vuelan delante del pampero las plumas afiladas. De la ciudad de las hormigas brota la caravana de papeles a empapelar el fachinal y las cañadas. Dentro de la ciudad se aceleran las estampas con las prensas y los colmillos babeantes. Grises conventos tras sus muros aderezan las homilías y el responso. Un revuelo de lenguas y levitas airadas enrarece la luz de las campanas y el minué de los sables. Las galeras apuntan sus catalejos hacia el campo. Un campo que aún no es santo pero a poco será santificado por la jedentina y lo morado de los coágulos. Bodas de sangre se preparan allá donde los crucifijos toscos y los cardos. Donde el llanto y los gritos enterrados. Donde los perdigones sepultaron el desplume de patos franciscanos y de garzas. Donde la espada al rojo blanco aguarda. La espada presta orejas al humo y al silencio. El silencio y el humo son la cocarda de los muertos. Dos, cinco, llegan a la docena los cuervos mensajeros. Uno por uno se posan encima de la espada. En éxtasis se estremece la espada sin cabeza. No es poca gloria la que los cuervos le secretean babeando. Un asistente le repasa las botas y plancha las pecheras. El general no debe dejar arrugas en la historia. Nada más esos carbones que miran a lo lejos con su mirada perentoria. Bigote y barba para los mármoles y el bronce irrecusable.

Y la voz terminante, esa voz que revuelca los nubarrones y los cardos. La que firma sin quiebre los despachos para explicar y volver a explicar que sí que era necesario.

La voz tonante funeraria de esa espada. La voz desangelada que jala del gatillo de esos ocho estampidos unánimes.

Cerca de la hora nona allá en los campos de Navarro. ▮

Cabellos muérdago quintral[14]

"Yo no quiero en mi casa hombres que me pongan mala cara."

Catalina de los Ríos y Lisperguer

Estos pobres ojos ya no atinan a ver lo que me quisiera mostrar el espejo. Adivino apenas el marco de plata labrada con sus vírgenes mofletudas y unos angelitos culones. Recuerdo de alguno de los duques de Osuna de paso por sus tantas embajadas en Venecia o en Nápoles, venido a manos de mi abuelo paterno antes que Valdivia en mala hora lo comidiera para meter en cintura al cacique Tangalonco en las explotaciones de oro del valle de Quillota. No sería capaz de leer lo que está grabado al pie, aunque mis ojos no estuvieran presos de este velo opaco que los nubla. Pero muchas tardes lo escuché de labios de don Gonzalo de los Ríos el Mozo mi padre, quien gracias a mí pudo descansar en paz. Y algunas noches me ha leído estas mismas palabras el hombre con quien mi abuela me obligó a casarme para que me pusiera en vereda. TENPORE FELICI MVLTI NOMINANTVR AMICI . Yo tuve cuantos quise, hombres todos porque nunca me he fiado de las hembras, si alguna llegué a conocer que valiera la pena ha de haber sido aquella monja machorra que luego de rodar mucho mundo fue a recalar a Santiago de la Nueva Extremadura como alférez de las tropas del Rey, torciendo ella sola la suerte de un combate con los araucanos alzados en pie de guerra y suplantando de nombre y de grado al teniente a cargo de la fuerza, muerto en

[14] Integra el volumen *La cara del tigre*; Premio Municipal de Literatura "Luis José de Tejeda 2010" / © Editorial Municipal de Córdoba 2011, 316 pp. ISBN: 978-987-9129-50-0.

la refriega y tomando luego prisionero al cacique Quirihuanche. Las otras que se arrimaron a mi vera fue nada más para procurar mi ruina y una que otra para requerirme de amores, pues se dice que tanto enloquecían por mí los hombres como las mujeres. Ni a unos ni a otras entregué mi corazón, sabiendo como siempre lo supe por escucharlo de boca de mi madre y de la abuela Águeda que una no ha de fiarse en la vida ni de su propia sombra, según casos hay conocidos de sombras que por la espalda o desde adentro de un espejo han saltado sobre sus dueños en procura de apuñalarlos o hincarle los colmillos en las yugulares. Sé que hay palabras que suenan mal en labios de una mujer, lo sé por haberlo escuchado hasta el hartazgo de boca de presbíteros y menestrales, de maestrillos y de viejas bigotudas que en la vida han sabido hacer de su cuerpo otra cosa que un atolladero de grasa y una percha donde colgar sin gracia prendas costosas encargadas a Europa o de la aguja de modistos lechuguinos que mejor les calzan los refajos que las bragas. Obispos y confesores me han atosigado con sus monsergas, mientras se babeaban espiando lo que mi escote les dejaba ver o imaginar. Siempre fui demasiado varón para las mujeres y mucha mujer para los hombres y de este triste corolario no se salvan sacristanes ni virreyes, que de toda laya y catadura han pasado por mi cama, pero solo aquellos a quienes por antojo o capricho quise darme, nunca a quienes me aconsejaran oscuras conveniencias mercantiles o políticas. Por no creer en nadie, con ninguno de ellos podía equivocarme, que a la hora de la verdad cada cual es lo que puede demostrar y cada quien es lo que es mucho más allá de lo que pretenda parecer. Ni con dinero ni con honores hubiéranme tentado, que de fortuna juntan estas manos las haciendas de dos familias que contaron ellas solas con más tierras

y viñedos y ganados que cuanto pudiera dilapidarse a lo largo de un siglo viviendo cada día como una reina. Que reina y mucha soy si me figuro comparada con las flamencas escuálidas y las tísicas austríacas que allende el mar a costa de estas tierras se pavonean y pelechan. No hube yo menester como ellas de circunloquios ni reales decretos para abrigar bajo mis mantas a un filibustero o uno de estos atletas capaces de correr sin descanso desde Lima hasta Santiago para comunicar a viva voz instrucciones que nadie se atrevería a poner por escrito. Ya no soy la que era cuando un billete mío ponía a mis pies a capitanes generales y magistrados ansiosos por llevar en la piel y en la memoria el recuerdo de una noche de lujuria. Ni me dan las fuerzas ni los ánimos para recorrer las haciendas escarmentando por mi mano a indios levantiscos y negros remolones. Mucho me castigaron los años, pero tanto más la envidia de las caderudas matronas de nuestra aristocracia criolla y las empingorotadas hijas de la nobleza andaluza que vinieron las más de ellas a estas tierras a competir con las aborígenes clinudas cuando no fueron capaces de destronar a las desvaídas duquesas hispaniolas que hacían retemblar las honras y los pergaminos del reino. A pescar marido que no a otra cuestión vinieron allende la mar océano, aunque nomás sea para apreciar con propios ojos cuánto más incisivos sean nuestros piojos y las pulgas que en estos aires se respiran. Capricho nada más de sus putísimas altezas incordiando con que nuestros virreyes y gobernadores no contraigan vínculo parental en estas tierras, por no desmerecer la imparcialidad necesaria ni acortar la conveniente distancia entre conquistadores y conquistados. Conque hubo cada cual de acomodar sus enredos y sus trampas, casando uno sus barraganas con funcionarios de segunda y dando aquel en matrimo-

nio su querida al menos lelo de sus oficiales o al más pasmado de sus escuderos. Correr de mano en mano como moneda falsa, no otro ha sido el destino de las hembras de la tierra, cuando no el aún peor de caer en manos de caciques tufientos y salvajes. Esas no han tenido quién las redima, pues las contadas que lograron volver a las ciudades, no tuvieron mejor destino que la más infeliz de las congas africanas, que hasta el saludo y la menor señal de reconocimiento se les niega y ni qué hablar de piedad o caridades. Mejor mil veces la muerte que la vergüenza de verse tras de ultrajadas por los salvajes, despreciadas por los propios. Entre los Lísperguer Blumen y los de los Ríos y Encío pusieron en mi sangre cuanto una hembra indomable requiere y en mi faltriquera hambrienta cuanto era menester para conservar la necesaria independencia, a salvo de cazadores de dotes y contratos matrimoniales tanto o más oprobiosos que la artera encomienda y la gravosa mita que ejercitan blancos sobre indios, bajo la perruna vigilancia de frayles y mastines peruleros que fungen de alcahuetes y cancerberos en pro de engrandecer la real gloria y las privadas arcas. Jesuitas y magistrados maricones malaconsejaron al Rey en la cuestión de los indios, unos porque los doblegaba la molicie de sus palacios y otros porque bajo la dulzaina de sus discursos y la zalamería de los cánticos terminaron por componer una república araucana tanto o más vasta que la de los guaraníes en el Paraguay. Todo terminó cuando los salvajes arrasaron en un solo malón las siete ciudades de la frontera. El gobernador don Alonso García Ramón mandó levantar allí mismo cerca de Cautín el fuerte Boroa, pero tío Juan Rudulfo, uno de los hermanos de mi madre, fue el único oficial que se atrevió a hacerse cargo de aquella guarnición. Yo aún gateaba, pero vive Dios que quince años más tarde

no hubiera trepidado en comandar aquellas tropas para meter en cintura a los salvajes levantiscos. Tío Rudulfo murió en un entrevero a los pocos meses y con él cerca de trescientos soldados. Nunca cobraron los araucanos tantas bajas en una acción, que en Tucapel hubo cincuenta y tres víctimas españolas al mando de Pedro de Valdivia; en Marihuano, noventa y seis hombres al mando de Pedro de Villagra; en Curalaba, cuarenta soldados a las órdenes de Oñez de Loyola; y en Cangrejeras, noventa y siete españoles. En Boroa en maldita hora murieron doscientos noventa y cuatro lanzas de las nuestras. Mi madre y tía María fueron también mujeres de pelo en pecho y no les arredraba cargar una tercerola o empuñar el sable y un puñal. Cuando el gobernador don Alonso de Rivera abandona a mi madre para casarse con Beatriz de Córdova, hija de Pedro Fernández de Córdova y Beatriz de Aguilera, vecinos de Imperial muertos en la destrucción de las Siete Ciudades, las acusan de envenenar las tinajas de agua del palacio ayudadas por un indio experto en hierbas. Mi madre convenció al indio de que se hiciera cargo del crimen, con la promesa de ayudarlo a escapar, pero seguramente estaban ambas en primera fila en la Plaza de Armas de Santiago la mañana que lo ahorcaron. A tía María la protegieron los agustinos, alojándola en la celda de su primo, el padre Flores, mientras a Catalina mi madre la protegieron entre dominicos y mercedarios, donde se alojó con criadas en la celda del provincial de la Orden, Pedro Galaz. Ya en su momento mi abuela María Encío había asesinado a su marido, de modo que cuando mi padre intentó casarme por la fuerza a los dieciocho años con un partido de su conveniencia, poco padecimiento me ocasionó aderezarle un pollo guisado con algunos exquisitos jugos que en tantas ocasiones ayudaron a zanjar amable-

mente las diferencias de familia. Yo misma se lo acerqué a su lecho de enfermo. Mal fin les cupo asimismo a muchos admiradores que por mi cama pasaron no tanto por amor sino por hacer alarde de sus varoniles artes en los corrillos de palacio y en los mentideros más floridos de una sociedad hastiada de su propia insignificancia. Para algunos me bastó con guisar para ellos unas setas tentadoras que supe desde pequeña dónde hallar y recolectar, halagando sus vanidades y sus pústulas con la idea de que habían agregado a sus conquistas una joya que era ramera en la cama y reina en la cocina. Y para tantos otros valiome la habilidad de un senegalés comprado en el muelle de Valparaíso recién bajado de una galera que hacía la trata entre Dakar y Lima. De unos dieciocho años y recia musculatura, luego de enseñarle a atender al nombre de Syphilo, yo misma le comí la lengua en una noche de jaleo y me ocupé de curarle y hacerle los mimos suficientes para asegurarme de su fidelidad eterna. Analfabeto y privado del habla, pude estar segura de que ni bajo tormento habría de confesar cuestiones que solo entre él y yo debían mantenerse. Lo hice diestro en seguir a quienes abandonaban mis aposentos al amparo de la noche, acabando con ellos de modo irreprochable, tan hábil era con el cuchillo como para atenazar sus gargantas con unas manazas que no dejaron por ello de espulgar cuanto me dio la gana los más privados laberintos de mis jardines secretos. Él se ocupó de apartar para siempre de mi vida a un encumbrado caballero de la Orden de Malta, que había tenido la audacia de apostar una fortuna a que me habría de obligar a comer de su mano y seguirle los pasos como una perrilla faldera. Diferente fue el caso del Vicario General del obispado, quien había elegido sitiarme con la excusa de salvar mi alma y no perdía ocasión de invadir mi inti-

midad a la hora que fuera, so pretexto de mostrarme el camino de la enmienda y ofreciendo exorcizarme por fuera y por dentro con las armas y herramientas que el Señor le proveyera para el caso. Le hubiera dado pie, de no impedirlo de manera irremediable sus adiposidades y la fetidez de su aliento, por lo que hube de recurrir al puñal florentino que bien me acompaña para estos menesteres, hincándole con discreción la papada al tiempo de asegurarle bajo juramento que la siguiente vez que le hallara merodeándome era hombre muerto. En aquella finca trascurrieron mis más espléndidos días y las más emocionantes noches de mi vida. Syphilo se ocupaba de acompañar a mis visitantes y también de allegar a los establos a los criados díscolos y a los esclavos que se atrevían a poner en mí sus miradas altaneras. Más de uno pagó con su sangre la osadía de alzar la vista y según se tratara de viejos o de mozos, resolvía la cuestión a latigazos hasta dejarlos muertos o me desnudaba delante de ellos para divertirme haciendo hervir sus naturalezas y caparlos al punto de un solo tajo, como estaba habituada a hacer con la novillada de la dehesa. La sangre tuvo siempre para mí una atracción sobrenatural. Hubo una que otra vez inconvenientes y denuncias, pero la posición social y el poder económico dieron siempre con el camino conveniente para aventar el menor indicio de tormenta. Catalina era amada y deseada por los hombres, pero también odiada y resistida. Pese a las continuas denuncias, jamás recibí castigo alguno, siendo pródiga entre jueces y letrados, además de contar con numerosa parentela en cargos importantes. Hoy la situación es otra. Al fin me doblegaron la envidia y la maledicencia. Hube de afrontar una primera investigación en Santiago, de la que me sacaron con bien las influencias familiares. Se me permitió regresar a La Ligua, donde encontré un

clima enrarecido por la creciente presión del Santo Oficio. Buenos amigos me aconsejaron dirigirme a Cádiz para defender allí personalmente varias causas detenidas con indicios de arribar a un mal final. Aquí en la finca descansan al fin mis huesos. Antes de morir y faltando ya poco para ser sexagenaria, hube de darles el gusto… “que se declara pecadora y que no enuncia haber vivido como buena cristiana, pero que sí manda que su entierro sea presidido por cruz alta, que se le diga misa cantada de cuerpo presente y que su cuerpo sea acompañado por el cura y sacristán de la catedral de Santiago, es decir con el mayor boato y representación del imaginario de la época que obliga a la mujer de las clases altas a representarse para ser reconocida y percibida como perteneciente a un sector dominante de la sociedad. Las honras fúnebres fueron espectaculares y carísimas: cien frailes, cincuenta y dos agustinos y cuarenta y ocho de las otras órdenes, cantaron las preces y los canónigos de la catedral entonaron las letanías camino a la huesera, mientras las cofradías (tres de San Agustín de la Candelaria, del Señor de la Agonía de Cinquipirá y la de los Reyes Magos de Santo Domingo, la de la Copacabana y la de San Benito de Palermo de los franciscanos y la del Niño Jesús de Belén de los jesuitas) paseaban por la nave central, llevando lutos.” Dispuse que toda mi fortuna fuera legada en beneficio de mi alma, para que pueda ser rescatada del purgatorio. Veinte mil pesos para que se recen veinte mil misas y unas quinientas para las almas de los indígenas que murieron víctimas de mis malos tratos. Esto o poco más que esto es lo que las generaciones venideras habrán de referir de la Quintrala. Que color muérdago quintral fueron mis cabellos, pero ni siquiera puedo recordar el de mis ojos. ▮

Marcial ahí muerto

Cuando las moscas empiezan a juntarse sobre el cuerpo apenas cubierto por una sábana mugrienta, la jedentina ya es insoportable. Nada de extrañar, si se piensa que en Misiones la temperatura en verano suele pasar los cuarenta a la sombra. Y Marcial no respira desde la noche del domingo. Aquella madrugada misma se ocupó de lavarlo con vinagre y agua de colonia. Antes había tratado de hacerle oler sucesivamente alcanfor, citronela y un tazón de agua hirviendo con una cucharada de mostaza. Y ante el fracaso, atribuido a la particular tozudez de Marcial contra sus maniobras curanderiles, había intentado hacerle beber algunas lociones y esencias metidas en un botiquín. Cuyas virtudes en verdad ignoraba, pero le parecían de buen augurio los nombres escritos por mano culta en las etiquetas. Apio cimarrón. Terebinto. Tanaceto. Yerba de San Benito. Pócimas que Marcial rechazara con los labios apretados, no por cabezadura como quería creer la gringa, sino porque hacía ya un rato largo que se encontraba más allá del bien y del mal.

Lo había conocido en el burdel de Oberá, para los carnavales del cincuenta y tantos. Más tarde no podía haber sido, porque los milicos de la libertadora habían terminado con esos festejos. No era hombre fácil para sacarle una palabra. Pedía —ordenaba— aprobaba o rechazaba con apenas un gesto y un gruñido que tanto podía tomarse por satisfacción como por disgusto. Una semana después del miércoles de cenizas le dijo te venís conmigo y ahí nomás la sacó del quilombo y la cruzó sobre la montura del moro, igualito que un fardo de tela. La gringa pensó siempre que

algún arreglo hubo con la madama. De lo contrario a Marcial no le hubiera resultado tan sencilla la patriada. En realidad no hubo tal arreglo. Solo una vez la rusa se había atrevido a preguntarle a Marcial cuándo pensaba llevarle de vuelta a la gringa. Cuando yo me muera. Y ahí se cortaron los reclamos. Era un tipo derecho. Y fiel a su manera. Seguía visitando el lugar, pero mucho más por hábito que por deseo. Y seguramente más que por hábito, por temor al mote de calzonudo. Que es lo peor que se puede decir de un gaucho. Aparte de cornudo, claro.

Y ahí está ahora el hombre pudriéndose sobre su propia cama. Sin saber qué hacer. No él sino la gringa. Él ya está lejos de esas preocupaciones, por lo visto. Pucha, me hubiera gustado consultarle. Pero la verdad es que jamás se hubiera atrevido a hablarle al Marcial de su propia muerte. En el boliche se comenta que un día casi acuchilla a un corredor de seguros. Cruz diablo, carajo. Mándese a mudar, so hijo de puta. Me voy a morir cuando pueda. O cuando al Tata se le dé la gana, qué carajo. Tampoco era de ir a la iglesia. De modo que no tuvo la gracia de escuchar los luctuosos sermones del padre Venancio. Que eran naturalmente mortuorios. El cura estiraba la santa pasión como seis o siete semanas. Se deliraba hablando de muertes, entierros y resurrecciones. Hasta que un día el obispo de Posadas tuvo que mandarle una esquela para recordarle que la pascua termina cuando el calendario cristiano lo indica y no cuando a los sacerdotes y párrocos se les antoja. Y que esperaba que respetara con puntualidad los colores de la liturgia. Puesto que alguna piadosa feligresa se había quejado de andar el cura oficiando con vestiduras moradas hasta menos de un mes para la navidad. La que sí estaba al tanto de la epistemología funeraria del padre Venancio era la gringa. Pues

desde que Marcial la sacara del burdel, había hecho promesa de por vida de no faltar a cuanta misa, novena o rogativa se anunciaran en la parroquia. Tiempo no le faltaba. Pues Marcial salía del rancho bien temprano y regresaba bastante entrada ya la noche. Cuando regresaba. Y los quehaceres de la casa poco le insumían. Por lo cual estaba casi más enterada de las cuestiones del cielo que de las rutinas de la tierra.

El hombre era de trago largo. Pero no de mala bebida. No recordaba haberlo escuchado alzar la voz. Ni siquiera las contadas noches en que volvía tambaleante y no acertaba ni para atar al palenque las riendas del moro. Jamás le levantó la mano. También es cierto que la gringa era hábil con la dieciseis de doble caño. En más de una ocasión un picaflor o un cuatrero se habían llevado un mal recuerdo por pisar gallinero ajeno. A él no le molestaba que le miraran la hembra. La gringa era especial para hacerle el dentre al más despabilado. Pero era mujer de una pieza y nunca le faltó al Marcial.

Una sola noche en que el frío los había acollarado y el hombre se mostraba propicio para la confidencia, se atrevió a preguntarle qué seria de ella si a él le llegaba a pasar algo. Nada m' hija. Ese mismo día usted se vuelve al quilombo. La rusa la va estar esperando faltaba más. Marcial sabe hacerse cargo de un compromisos, qué joder. Y no se preocupe, prenda, que acá tiene a su hombre para rato. Nunca volvieron a tocar el tema. Por otra parte no había bienes de los cuales preocuparse. El caballo, una carreta y el escaso mobiliario. En el rancho no había dinero ni siquiera un anillo o cualquier otra chuchería. Eso sí, a partir de ese día la cuestión de volver al local le empezó a trabajar la cabeza. Durante esos cinco o seis años, las mujeres se habían renovado. La rusa

sabía de manejar su negocio. Nunca permitió que los clientes se aburrieran de ver las mismas caras. Y la gringa sabía también manejar el suyo. Los hombres nunca se quedaban con ganas.

Pero era inútil hacer comparaciones. Ahora era una señora de su casa. Mujer de un solo hombre. Quien —en cierta medida— era hombre de una sola mujer. En el pueblo todos conocían su historia. Pero nadie se preocupaba de ella. En un pueblo casi todo el mundo tiene una historia. Cada cual en su casa y Dios en la de todos. Y Oberá estaba a más de treinta millas. O sea en otro país casi. Más cerca quedaba el Paraguay.

A veces piensa que le gustaría arrancar de nuevo en otra cosa. Criar unas gallinas. Pedir un mínimo crédito para comprar un par de vacas y empezar un tambo. Aprender a tejer. El rancho está plantado ahí en medio del campo. Sin alambrado y sin fronteras. Sabe que Marcial es como una especie de puestero de la misma estancia a la que pertenece el lote donde han levantado el rancho. Ella podría pedir trabajo allí. Pero al mismo tiempo sabe que jamás se rebajaría a esa humillación. Marcial se moriría de bronca y de vergüenza.

Ahora hay unas cuantas cosas que ya no puede pensar. Y muchas nuevas en las cuales jamás se hubiera detenido antes un segundo. Ya es martes y por primera vez en esos años prefiere echarse en el piso encima de unas mantas. No por temor sino porque ya el olor empieza a marearla. Por la mañana ha vuelto a lavarlo. Pero ni el vinagre ni el agua de jane logran detener el avance del tufo y la hinchazón. Una vez satisfechas las tareas de lo que considera una higiene imprescindible, la gringa pasa el resto del día merodeando por afuera del rancho. Sumida en cavilaciones que son más fuertes que la visión de aquel cuerpo que empieza a

necesitar toda la cama para él solo. El miércoles tempranito, después de unos cimarrones a las apuradas, pone a calentar una ollita arriba de las brasas. Primero derrite al bañomaría un par de puñados de grasa de chicharrón. Al tiempo que revuelve despacio la grasa, le va agregando a puro pálpito unos dientes de ajo bien machacados y un tazón de brotes de álamo negro. Se le ha metido en la cabeza, entre sueño y sueño, que tal vez unas buenas friegas de ungüento de populeón le paren un poco la hinchazón y el hedor al finado. A la hora de la siesta el preparado está a punto según su estimación. Lo retira del fuego y un par de horas más tarde se apronta para la primera aplicación del emplasto. Robusta y forzuda como es la gringa, asimismo le cuesta darlo vuelta sobre la cama. Pero apretando los labios decidida avanza con la cuestión. Y no descansa hasta que, ya entrada la noche, la grasitud del cuerpo desnudo brilla a la luz menguada del candil. El jueves trascurre sin altibajos. En su esperanza se imagina que el cuerpo ha reducido un alguito su tamaño. Hasta lo siente menos hediondo.

Al mediodía le agarra como una urgencia por hacerse una escapada hasta la capilla. Pero piensa que el padre Venancio le va a dar conversación. Y sabe que ella no será capaz de ocultarle la verdad. Teme —con razón— la furia del cura al sospechar los pormenores de toda la historia. Se va a enojar el padre. Aunque le esconda que el domingo mismo, de pura impotencia, se ha refregado desnuda contra el cuerpo de Marcial en un intento desesperado de volverlo a la vida con el único ejercicio que de veras le apetece. Aunque calle su propio despecho al comprobar que por primera vez desde que están juntos, el sexo del hombre yace indiferente entre sus manos y hasta los besos son ya inútiles. La verdad es que ella no está de humor para sermones ni penitencias.

Permanece despierta casi toda la noche. Atenta a los pequeños roces, a los inevitables ruidos que se arrastran por la oscuridad entre las grietas del adobe y los mazos de paja del techo. No cree en las ánimas y para nada se le cruza por la cabeza lo que en ese momento pueda estar haciendo el espíritu del difunto. Para ella el Marcial está ahí cerca de ella y es suficiente. Sabe que mientras lo tenga cerca, a ella no le va a pasar nada malo.

La tormenta del viernes trae un verdadero alivio. Primero porque el viento sur arrastra lejos del rancho la jedentina. Además baja la temperatura y es como si el cuerpo inflado empezara a deshincharse. La gringa sabe que tiene que hacer algo. En realidad la cuestión está bien clara. No hacen falta preguntas ni respuestas. El hombre está muerto. Bien muerto, hasta por donde ella jamás lo hubiera imaginado. Nada m'hija. Ese mismo día usted se vuelve al quilombo. La rusa la va estar esperando.

Es así, ya está. Pero así y todo la gringa se resiste. Sin saber por qué ni para qué. El hombre le ha dicho bien clarito lo que tiene que hacer cuando él se muera. Y el hombre está ahí muerto. ¿Entonces?

Al caer la tarde lo arropa con una mantas y se anima a echarse a su lado, mirando para el otro lado. Una que otra gota de lluvia que se cuela por entre la paja cae aquí y allá. Nada del otro mundo. Apenas lo suficiente como para no pegar los ojos en toda la noche.

El sábado se despierta tiritando, ya cerca del mediodía. Debe ser el hambre piensa. Casi no ha probado bocado desde el domingo. Un par de mates lavados y alguna galleta. Unas rayitas en el tizne del fogón la ayudan a llevar cuenta de los días. Con la de hoy van siete. Ya despabilada, retira con regular esfuerzo las

sábanas y las mantas. Afuera hay una batea donde se ha juntado bastante agua de la lluvia. Enjabona todo con un pan amarillo perfumado y cuelga a secar. El resto de la tarde lo dedica a barrer y fregar con ceniza y lejía el exiguo menaje. Antes de que empiece a caer el rocío retira la ropa colgada y persignándose se aplica a lo que tiene pensado. Le hubiera gustado amortajarlo, pero le faltan elementos. Debe conformarse con una camisa y unos calzoncillos largos que Marcial siempre se ha resistido a usar. Vestir un cuerpo envarado como está el de Marcial no es tarea fácil. Pero la voluntad de la gringa todo lo allana. Lo envuelve en una sábana y después en una manta, hasta la cabeza. No sin volver a persignarse. Finalmente unos cuantos tientos de cuero crudo para que el envoltorio no se desarme. Marcial queda en perfectas condiciones para el viaje. Se acuesta extenuada pero contenta. Ya no quedan preguntas.

El domingo por la mañana lo primero que hace es marcar otra raya en el fogón, darle al moro un puñado de alfalfa y atarlo a las varas. Arrastrar a Marcial y subirlo a la carreta le lleva casi dos horas. Finalmente lo deja acomodado a su gusto. Se lava ahora ya sin apuro, se perfuma y se pone aquel vestido negro que llevaba la noche en que Marcial la sacó del burdel. Sus escasos bártulos viajan en una maleta de lona. Y la dieciseis recostada en el pescante.

Sin mayores muestras de emoción recorre por última vez el rancho por dentro y por fuera. Sin volver la cabeza sube a la carreta. El moro arranca un trotecito tranquilo. No vale la pena apurarse. Hay unas cuarenta cuadras hasta el cementerio. Y después más de treinta millas hasta Oberá. ■



En el carácter que me asiste[15]

Habiéndose hecho presente un servidor en el escenario de autos, a los efectos que a fojas anteriores se detalla, y habiendo tomado conocimiento de la filiación y ocupaciones de los allí presentes y de igual modo domicilios, estado civil y demás requerimientos que son de ley en tales circunstancias, fueme menester demandar el comparecimiento de quier galeno, boticario o facultativo habilitado por autoridad competente a dar fe de la situación de salud de dos de los presentes, masculinos ambos, mediado el hecho de negarse a dar respuesta a las pertinentes preguntas por mí dirigidas, en el carácter que me asiste. O será que yo asista a mi carácter, porque si de asistencia se trata pobre se ve la cosa si tenemos en cuenta la miseria del salario, la carencia de recursos sanitarios, las trapisondas de los jefes y las verónicas del escalafón. Ha de ser nomás que cada cual forja a su personaje asegún le dan las tabas y la esperencia. Y así es que acabamos toditos en la misma bolsa, planchetes y melitones, rondines y gendarmes, buchones y vigilantes, sumariantes y tropa de calle. En patas y con los calzoncillos rotosos, lo mismito que en los tiempos del Martín Fierro, qué carajo. Y encima nuestro todo el tiempo toda la mierda de fiscales y leguleyos y jueces de garantías, acechando como buitres para pescarnos en un renuncio con las coimas o que se nos quede un preso en el interrogatorio.

---

[15] Integra el volumen *La cara del tigre*; Premio Municipal de Literatura “Luis José de Tejeda 2010” / © Editorial Municipal de Córdoba 2011, 316 pp. ISBN: 978-987-9129-50-0.

Cualquiera se hace cargo de lo mal que van las cosas acacito desde la muerte del general. Nuestro augusto padre a quien el señor diosito tenga en la gloria le dio el puntapie a la revolución. No chingues, que no quiero decir que le pateó el trasero, ande. Que le dio el manijazo para el arranque. Eso dije. El mismo generalote se plantó en las estancias y en los ingenios a zamarrear a capataces y patrones. Sí señor. Tres meses antes de su primera presidencia ya había reuniones secretas en el orden y en el yoquei. Que no pregunte que cuál orden, qué vainas. Todas las capitales los tienen. Si no me creen recorran nomás las haciendas del norte o los cafetales o las minas. Será la sociedad de fomento si prefiere. O algún centro de exploradores del desierto. Cualquier lugar es bueno habiendo un trago. Allá en el sur se les daba por juntarse en los campos de golf al lado mismo de los socavones. Que hay que ver lo bonito que tenían aquello los superintendentes, todito verde y bien regado. Y cuando se cansaban de caminar y darle al palo se metían a platicar en el clujaus. Y los negros de acá y este hijo de puta de allá. Conque no me venga con preguntitas zonzas, amigo. Nunca me lo quisieron al general. El viejo hablaba de las responsabilidades y de límites, eso sí que lo recuerdo. Y nadie quería saber nada de esas historias. Para ellos no había más límites que sus caprichos. Adoraban a los personajes más machos que se plantaban a tiros delante de los revoltosos. Sabían contar a la cuarta o quinta vuelta de güisqui de la vez que el coronel Meneca Dantas había meado de montado nomás el arbolito de la libertad que acababan de plantar en medio de la plaza.

Por acá hicimos también de las nuestras, no vaya a creer. Por donde mire va a encontrar un montoncito de piedras con una cruz de palo encima y unas flores secas. No todos fueron a parar

al camposanto, no. Usted sabe bien lo terco que era el padre Prudencio en cuestión de sacramentos. Las tierras de la iglesia son para el descanso de los cristianos. Y se acabó la charla. Eso sí, cuando le llevaron al finado Vargas atravesado nomás sobre la misma montura donde los peones alzados lo habían cosido a puntazos, les indicó un lugar allá al fondo al final del cementerio. Y para no quedar como que los rebeldes le habían torcido el brazo ahí nomás lo bautizó al finado y le dio la comunión y la unción y los óleos todo junto. Y entre rezo y rezo les hizo saber bien clarito que si tenían pensado seguir con el fandango mejor fueran abriendo una buena fosa en otro lado. Que por él era la última vez que lo metían en esos fregados. Al final acabaron peleados con el general. Por ahí dicen que los señores obispos se negaban a pagar impuestos. Pero para mí la bronca empezó cuando ella murió. Todavía la estábamos velando y ya entraron a rodar la historia de las rogativas y los milagros de la finada. Y seguro no faltó algún exagerado o de estos laderos que siempre andaban en ganarle al viejo el lado del corazón. La cosa es que al mes ya se hablaba de ponerla en los altares. Calcule. Hasta unos delegados de Roma llegaron esa vuelta. El general nunca fue de misas, no nos vamos a engañar. Nunca dejaba de invitar al cardenal y algún obispo para las fiestas patrias. Pero el noviazgo no pasaba de ahí. Cuando lo de la finada, estuvieron a tira y afloja porque los obispos le pedían la doctrina y las misas en todos los colegios. Y ahí saltaron varios generales y la marina que todo el mundo sabe que hay tanto masón metido. La sangre esa vuelta no llegó al río. Aunque no entró en las iglesias ni una estampita de la difunta. Pero bueno, lo que le quería contar es que los negros empezaron a despabilarse. En las ciudades se podía encontrar trabajo bien pago y diversión ba-

rata y son igualitos a las hormigas. Se mandaron como en procesión. En dos o tres años la peonada rural había desaparecido. Los patrones pusieron a trabajar a los capataces. Y los capataces calcule. Fue cuando empezaron a cazar y secuestrar negros para traerlos de vuelta al campo. Les pegaban una buena garroteada, los tenían una semana en un calabozo y después los embarcaban de regreso. La próxima vez que te vea por acá te fusilo. Así clarito. Pero usted sabe cómo son los cabecitas. Por una botella de vino se venían al campo. Y por un par de botellas se volvían a escapar para la ciudad. Claro que atrás de este asunto andaban otros intereses. Las fábricas también necesitaban mano de obra barata. Y salían a juntar paisanos con trenes y camiones y cuadrillas bien armadas. Para entonces yo también me vine. Más por sacármela de encima a la Palmira que estaba gruesa y me había entrado a cargosear con el casorio. Es que en el pueblo iban quedando puros viejos. Nomás llegar a la capital fuimos a parar a un campamento de reclutas. A mí mucho no me suena eso de reclutarse porque me recuerda cosas. Tengo poca cabeza pero alguna vez leí, medio a los tirones para qué voy a mentir, que siempre que los grandes se pelean los cabecitas y los tapes terminamos pagando el pato. Y con razón lo digo, qué vainas. En varias me encontré metido y no por ser de los que siempre son los primeros en dar el paso al frente. Pero cuando estás en la fila y un maniquí de charreteras y botones dorados empieza a echar el bando a gritos de que se adelanten un paso los que tengan huevos, te encontrás de pronto solo y todo el resto un metro para atrás. Sin estar bien seguro si el de las charreteras te agarró del cogote o te ayudaron con la punta de una bayoneta entre los riñones o en el culo.

Pero la cosa era distinta. Un morocho grandote de camisa leñadora pidió silencio y se puso a explicar que la patria nos andaba necesitando para escribir no sé qué chingue capítulo de qué carajo de gran acontecimiento. Al final no entendí bien si era ella la que estaba por resucitar o el mismísimo general. O por ahí los dos, vaya a saber. Hasta dijo creo que este ilustre negro, que venía a ser yo, era un desafío y que cualquier desgraciado no podía ser menos que un negro de mierda. Y al tiro los tenía a toditos a los lados otra vez. Con cara bien de satisfecho por la tarea cumplida, gritó descansen y desapareció sin más ni más. Ahí mismo nos repartieron unas Colt y unos máuseres viejos de los de chispa y salimos corriendo a empezar nuestro primer día de entrenamiento. Mala, lo que se dice mala no era la vida de campamento. Los del turno del abasto se ocupaban de aprovisionar cabritos, lechones y hasta algún novillo que se alejaba demasiado de lo suyo. Las chacras nos surtían de aves y verduras. Usted sabe cómo es esta vaina. Nomás correrse el rumor de que estábamos por allá acampados y solitos se ocupaban de entretenernos la panza. Y algo más si se ofrece, nunca faltaba una chinita querendona. Un uniforme es siempre un uniforme, qué carajo. El cabra nos dijo un día que podíamos ponerlas a trabajar para nosotros a las chinas. Siempre claro que vaya la parte que corresponde para el tigre, se entiende. Al principio recelaban. Pero al ver que la pasaban bien y les daba para cambiar seguido de polleras y tener cremas y perfumes y toda esa vaina le agarraron el gustito. Los muchachos armaron una linda ranchada con varios cuartos muy bien puestitos, no vaya a creer. Al sur nomás del campamento, para el lado del arroyo. Todo discreto como dijo el cabra, se sabe. Nos turnamos para atender la administración, porque el tigre quiere las cuentas claras. Pe-

ro el que queda de guardia la pasa bien porque siempre hay alguna chinita desocupada y al fin de cuentas saben que dependen de nosotros.

Y en la otra punta del campamento pusimos el hotel. El cabra vino un día muy serio y dijo que hacía falta montar un buen hotel para atender como diosito manda a algunos amigos del tigre. Nada del otro mundo, no vaya a pensar. Cavamos como hasta tres metros un buen pozo de cuatro por seis y levantamos unas paredes de lujo. Unos buenos puntales y encima plantamos una losa de cemento y arriba de todo unos palmos de tierra. Le apuesto que puede estar pisando ahicito y ni se entera lo que tiene debajo de las patas. Nada de finuras, se sabe. Unas cuantas argollas de acero empotradas a la pared y una mesa bien cojuda en el medio.

Mucho más no necesitan los huéspedes. Se van a arreglar con lo que les podamos ofrecer, dijo el cabra cagándose de risa el día que estuvo todo listo. No vaya a creer que eso es todo, qué vaina. Arriba tenemos una oficinita muy paqueta y un calabozo con un par de catres y un servicio y una mesita de luz y todo. Para que ningún bocón ande por ahí diciendo que los presos no tienen sus derechos, eso sí que no. Igual no pasa nada porque traemos a los que hay que traer. Y salen los que dice el cabra. O sea los que el tigre quiere que salgan. Entre ellos se las arreglan porque andan todo el día con los telefonitos encima. En la oficina tenemos un teléfono que nunca anda y un equipo de VHL. Una vez me pareció escucharlo al cabra hablando con un piloto desde un avión. Aunque puede haber sido idea mía nomás. El oficio lo fuimos aprendiendo sobre la marcha. Es una cosa que no se enseña en la escuela. Pero igual es todo bien profesional, no vaya a creer. Hacerlo y hacerlo bien, pero sin tomarlo como una diversión. Es un

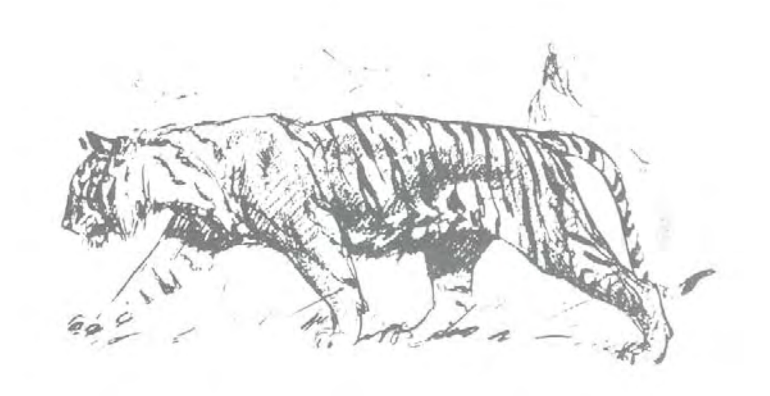
servicio que uno cumple como cumple lo suyo todo el que labura, qué carajo. A nadie le causa gracia ver sufrir a un cristiano, se lo aseguro. Uno tiene que que estar muy convencido de cómo viene la mano. Si no más vale borrarse de entrada. De vez en cuando cae un flojo que enseguida empieza a pedir por diosito y por la madre y antes de que uno los toque ya se cagaron encima. Pero en general son duros, no vaya a creer. Y hasta hay quien se anima a patotear de entrada, con la esperanza de que lo despachemos en un ataque de rabia. Pero eso es lo primero que nos explicó el cabra. Acá no se mueren cuando ellos quieren sino cuando lo decidimos nosotros, carajo. El que tiene que respirar respira. El que tiene que cantar, canta. Y el que tenga que ser boleta, es boleta. Cuando yo lo disponga ¿está claro? Igual de tarde en tarde alguno se nos va de las manos. De flojos nomás que son, no porque uno se vaya a pasar con la máquina o con las agujas. Las hembras son de más aguante, aunque le parezca mentira. Una vuelta llegó una preñada como de cinco meses. La agarraron los soldados tratando de escurrirse por los techos en un aguantadero donde no había quedado títere con cabeza. Porque esa vez habían salido con toda la rabia con cargas de dinamita. Con la precisa de que los de la casa eran los que le habían hecho volar el barco al jefe de la custodia del tigre. A la semana seguían saliendo a flote los pedazos. A los dos días de tener a la mujer, apareció un cabra mal encarado en ropa de fajina. Nos echó a los que estábamos abajo y a los de la oficina. Me dejan solo y no me jodan para nada. Tenemos mucho que conversar con esta dama. Casi me le cago de risa en la cara pero no me gustó nada un relumbre medio amarillo que le vi en los ojos. Alcé el mauser y el machete y me fui para el campamento. A la mañana siguiente se apareció de vuelta el mismo ca-

bra y encargó que la interrogáramos livianito día por medio. Y que le avisáramos en cuanto naciera la guagua. Se la pueden coger si quieren pero ojo con la panza. A esta yegua la necesito viva hasta la hora de parir.

Golpeada y todo como la había dejado, la hembra estaba buena de verdad. Y no se animaba a hacer mucha fuerza para sacarnos, por miedo a que se le muriera la criatura. Así que nos entretuvimos entre quemarla con cigarrillos, pasarle un cachito de máquina y darle a cada rato el gusto al cuerpo. De todos modos no le pudimos sacar palabra. Por ahí se le escapaba un quejido, eso sí. Pero apretaba los dientes y cerraba los ojos. O nos miraba con un odio que estoy seguro si nos agarra descuidados nos despacha. Al mes y pico le empezaron los dolores. Cuando vimos que la cosa iba en serio le avisamos al cabra. A la hora escasa se apareció con un chino de uniforme y un maletincito en la mano, al que le decían doctor. Nos echaron para la oficina y como a la hora salieron, el doctor con un envoltorio de tela en los brazos. Nos mandó "deshacernos del paquete" y desaparecieron en un yip. La mujer estaba en un baño de sangre. Y no toda a consecuencia de la parición. Mas vale pienso del aborto, porque estaba de menos de siete meses. Tenía marcas de patadas y culatazos por todos lados y un par de bayonetazos en el pecho. Casi daba lástima. Así que procedimos como nos había enseñado el cabra en esos casos. Meterla en una bolsa hasta que llegaran los muchachos del camión. Hasta que lleguen los de Manliba, se reía el güevón cuando nos daba las clases. Y dejar todo bien limpito allá abajo. No escatimen agua de jane y creolina.

Se ve que este cabra me tenía alguna estima o yo debo haber hecho méritos, quién sabe. Cada vez que caía por el campa-

mento me palmeaba la espalda y un día me salió con que tenía que estudiar un poco de procedimientos si quería hacer carrera. Nunca fui amigo de los libros, para qué nos vamos a engañar. Pero no tuve más remedio que agarrar unos apuntes que teníamos en la oficina. A los pocos meses me hizo poner un uniforme de servicio y me pasé casi un año recorriendo comisarías, tomando clases con los sumariantes. Aparecían de tarde en tarde un forense o algún fiscal. También supe tener enfrente una sotana. Cada uno me pasaba su partitura. Yo iba reteniendo lo que me daba la cabeza, que no es mucho, no vaya a creer. Pero se ve que me alcanzaba para manejarme, porque llegó un momento que me tocó ocuparme hasta de seis comisarías a la vez. Cuando usted llegó estaba terminando de identificar a estos dos masculinos que cayeron en un enfrentamiento. Entre nosotros, estaban finados cuando los trajeron. Pero yo no tengo más remedio que interrogarlos. Nadie quiere tener problemas con el juez. ▮



Barro

La piel de la tierra se estira en una costra reseca debajo de los árboles y contra el cordón de las veredas. Sagitario ha galopado durante dos días y tres noches abriendo camino a la cabra que sin apuro avanza con los cuernos bajos y una mirada torva. A la salida del pueblo ya no hay calle ni veredas y la greda endurecida se repliega bajo un colchón de polvo amarillento que a la menor brisa levanta vuelo para iniciar un planeo perezoso, cada corpúsculo buscando su anterior encaje. Igual que las avispas buscan la misma celda del mismo camuatí cuando regresan al filo de la tarde y las hormigas se instalan en los mismos huecos del mismo montículo, igual pero diferente a los cientos de hormigueros que acribillan el erial. La monotonía sería perfecta de no mediar algunos huesos asomando aquí y allá sin otros ornamentos ni una lápida que satisfaga la curiosidad del eventual viajero. Huesos que a la larga se harán harina desmenuzados por los calores y la seca. Valdrá llegado el caso el réquiem de las chicharras y el *requiescat* del grillo. Después solo silencio.

Si las orejas y los ojos no estuvieran embotados por la resolana y la ausencia de humedad, alguien podría haber advertido el trémolo atenuado que empieza a descolgarse del faldeo del cerro a la caída del último crepúsculo. Apenas un tembleque como el de los trenes a lo lejos cuando al pueblo llegaban una vez a la semana los comisionistas y el correo. Antes claro, cuando llegaban trenes. Después nada más camiones de ganado y ya los últimos años ni siquiera eso y el pueblo fue muriendo. Primero el molino, después los silos y al fin el cura y la estación de servicio.

Hasta el letrero a la entrada de la calle principal se llevó el viento una madrugada. El pueblo ya no tuvo nombre. El mismo viento que antes se llevara la ceniza de los últimos rastrojos. Se comprende que nadie perciba el bramido de los cerros. No más notable que la tos del guazuncho allá entre medio de la nada.

Pero antes se incendia el cardal y alguna chispa prende la charamusca achanchada encima del trébol y la desganada gramilla que alguna vez sirvieran de marco a las meriendas del domingo antes de la novena de santa Margarita. El trebolar se va muriendo a medida que se achica la copa de los sauces y se asfixia el follaje de los menguantes paraísos. Al final nada se interpone entre el solazo de capricornio y el páramo sancochado a la pobre sin una pizca de condimento ni un ápice de aliño. Solazo seco y a lo bruto pegando duro desde media mañana hasta casi el remate de una jornada repetida y repetida como se repiten las cuentas del rosario bajo la voz monótona de las madrinas rezadoras. Señora de las Tierras ora pronobis… Señora de las Pasturas ora pronobis… Señora de Nuestra Última Esperanza ora pronobis. Hace meses que se ha dejado de invocar a la Señora de la Lluvia y a la Virgen de las Aguas. Para qué. Solo reina en la quemazón el Señor de las Moscas. Por todas partes animales muertos charqueándose solitos sin salazón y sin siquiera despertar el interés de las aves predadoras, puesto que chimangos y caranchos han emigrado hacia el sur a la región de los bañados. Por eso no hay tampoco chillidos que anuncien el desplazamiento de la masa de barro que baja por el cauce seco de cada arroyo cerro abajo.

Imposible adivinar el origen del fantasmagórico aluvión, silencioso al comienzo. Pero a medida que avanza descendiendo devora cuando halla a su paso, troncos, piedras y animales a los

cuales la sed y el hambre han empujado faldeo arriba, acaso la esperanza inconsciente de hallar algún resto milagroso de vida. La masa oscura rueda sobre sí misma ondulando al mismo tiempo que aplasta y traga todo lo que encuentra. Ahora es imposible desoír el fragor de la avalancha. El meteoro ruge, aúlla, cruje, explota contra cada obstáculo que se le enfrenta y salta por encima devorándolo y aumentando su fuerza y su velocidad. El propio cerro tiembla hasta sus raíces que se hunden a cientos de pies monte abajo, mientras la cumbre se desbarranca sobre sí misma dando la sensación de que el cerro ha sido desgajado de sus cimientos y gira como un trompo a medida que progresa el descenso hacia el valle.

El poblado entero —sus restos— se ha reunido en la capilla ya sin cura, acompañando el rezo de las madrinas. Señora de las Tierras ora pronobis… Señora de las Pasturas ora pronobis… Señora de Nuestra Última Esperanza ora pronobis. Son las postreras voces que se escuchan en el pueblo fantasma cuando por el fondo de la calle principal se asoma la primera oleada del tsunami de barro. ▮



Soledades al sur[16]

Entreabre los ojos sabiendo que falta al menos una hora para amanecer pero convencido de que no puede darles esa ventaja, de que en esa huida tumultuosa —y seguramente inútil— cada instante cuenta para alejarse de unos hombres que también descansan un rato menos cada noche, atentos solo a una consigna fijada menos en sus consciencias nebulosas que en el filo prolijo de los facones y los sables. Ni el fugitivo sabe por qué ni sus perseguidores imaginan para qué, según es propio de las reglas de la tragedia el no atender a causalidades ni razones.

La calma del pajonal es pura apariencia, día y noche —invierno o verano— el casi millar de hectáreas de monte achaparrado y agreste palpita de susurros, silbidos, vuelos breves, corridas, saltos, aleteos, mordiscos, quejidos, suspiros y rugidos y una oscura trama de persecuciones y acechanzas se desarrolla a costa de hocicos, ojos y orejas en alerta permanente. Microclima o ecosistema, según quién lo defina, el pajonal es un universo cerrado en sí mismo con fuerte sentido de pertenencia, en el que no hay lugar para extraños ni visitantes. Ante la menor intromisión, se acallan repentinamente gritos y susurros, se interrumpen las querellas, se suspenden grescas y amoríos y todos los ojos son un solo enorme ojo, lo mismo que cada hocico y la muchedumbre de orejas, el organismo unumpluribus se repliega sobre sí mismo dispuesto a repeler la invasión. Después ha de verse quién se queda

---

[16] Integra el volumen *La cara del tigre*; Premio Municipal de Literatura "Luis José de Tejeda 2010" / © Editorial Municipal de Córdoba 2011, 316 pp. ISBN: 978-987-9129-50-0.

con los restos de la víctima, pero lo primero es la defensa del territorio común. El intruso será a su debido tiempo motivo de nuevas riñas y una renovada lucha por la supremacía y la sobrevida. Unos huesos quedarán blanqueando sobre el colchón de hojas y cortezas y acabarán absorbidos por la raíz de talas y algarrobos y chupados por los rizomas del áloe y las matas de ágave, fluyendo finalmente por el tallo de las enredaderas y helechos trepadores, enroscados al tronco de los palos borrachos y al fuste de las palmas. *Et in unum pluribus*.

Entre los profundos repliegues del pasado quedan enredados los ojos del muerto, abiertos hacia la eternidad con ese asombro con que los niños encaran sus primeros descubrimientos, que son los que han de marcar muchos capítulos posteriores en sus vidas. La primera parición —por lo general una yegua o una ternera primeriza— algún arco iris de excepcional intensidad o la lisura de un pecho de mujer. La memoria del matador no es ampulosa, nada más el olor acre del coraje trivial, el rostro demudado del moreno y los fulgores de la ira dibujando fintas y arabescos en procura de materiales consistentes, al cabo un grito y el silencio. Limpiar el facón en la ropa del finado, semblantear con fiereza el corro de fantasmas y retroceder hasta el palenque para retomar el cabestro y galopar hacia el olvido. Como si una muerte más o menos fuera a quitarle el sueño a quien ha hecho profesión de cabalgar con la huesuda a cuestas, buscando en el entrevero y la riña un final que se le viene escapando como si él fuera un infeliz para quien no hay un rinconcito de reposo en el cielo ni en el infierno.

Lo que viene después es igual a lo de antes, despenar algún indio porfiado, torear a la partida dejando cada vez una maldición más y un gendarme menos, cuatrerearle un potro a los mili-

cos nada más por el placer de joderles la vida, sabiendo que un pavote va a pagar el descuido con una buena estaqueada y la bronca de un comandante que hace rato se la tiene jurada. Esas cosas que uno puede saborear al recordarlas, de cara al cielo entre trago y trago de ginebra o de caña brava.

Nada soy puesto que nada es quien no tiene nada y yo llevo a cuestas apenas estas pilchas rejuntadas porque el comandante nos tiene pendientes siempre de las remesas del gobierno y uno ya sabe cómo es esa historia qué carajo. Como todas las historias que lee como puede una y otra vez en los ratos de descanso apenas para tener en cuenta que uno no es un bruto como el resto de los milicos y algo recuerda todavía del álgebra y las cuartillas del cura Almancio. Sobre todo una que nunca pude terminarla y hablaba de un cristiano que había nacido en un pueblo cuyo nombre no quería recordar aunque en el caletre hayan anclado a su manera el sabor de aquellas refriegas con pastores y el colorido de sus borracheras y sus sueños. Sabía jugarse por la justicia y por los desvalidos el hombre sin importarle que lo llamaran loco y casi lo comprendo según más de una madrugada entre trago y trago de aguardiente para acallar la vaciedad de las tripas he sabido preguntarme si uno no es a su modo un loco lindo dejándose arrear como un borrego detrás de una bandera que parece no acordarse nunca de uno. Si hasta risa me da cuando al comandante se le calienta el pico y empieza con los discursos de la libertad y el heroísmo para empujarnos una y otra vez a reclutar gauchos desgraciados y perseguir desertores por faltar a juramentos que nunca pronunciaron. Nunca se sabe hasta dónde podrá llegar el alarido de la indiada o la corajeada contra el hambre pero al fin de cuentas tampoco sabrá lo que significa la palabra hermano si no ha sa-

bido juntar su sangre con otra sangre condenada al pelotón o a la caricia de la refalosa sin preguntar y sin dar razones solo porque la injusticia y el sufrimiento del pobre gaucho no tienen más color que el trapo descolorido que alguien le dijo un día que era su bandera y que la bandera era lo mismo que la madre. Uno ya ni recuerda qué cosa fueron un rancho y la familia porque hasta esos recuerdos quedaron enganchados en los portones de un fortín el día que lo reclutaron sin preguntarle qué quería y sin darle un respiro como para talonear al pingo y salir a galope con cualquier rumbo en procura de una vida sin tranqueras ni contratas.

Pero al momento de rastrillar monte en procura del gaucho fugitivo deudor de varias muertes y pedido por un juez de paz y un par de comisarios, el sargento Tadeo Isidoro Cruz presiente que un destino más alto y acaso bastante más enredado que el que le atribuyen los galones que porta sobre sus harapos le depara de repente la oportunidad de redimirse jugado por el hombre que ya tienen acorralado. Esa oscura madrugada, libres y presos a su vez del demiurgo que los sueña, sin más testigos que la soledad y alguna estrella, los dos hombres empezarán a andar juntos una huella de coraje violento hermanados sin remisión en el pacto sucinto de los hacedores de historias y los hijos de la desgracia. ▮

Debilidad de Margot por los rufianes[17]

¿Quién la cuida como el cafishio?
¿Quién la cuida cuando está enferma, cuando cae presa?

Roberto Arlt; *Los siete locos*

Me llamo Haffner. En ese tiempo era joven, tenía veintitrés años y una cátedra de matemática. Porque soy profesor de matemática. Y aunque a la mayoría de ustedes les parezca mentira, me jubilé como docente y de eso vivo. Más alguna extra que me arriman unos pocos alumnos particulares. Gracias a Dios. Digo que gracias a Dios que ahora la matemática no se enseña con el rigor de entonces. Los encandilan a los chicos con paralelas que se juntan y teoría de conjuntos, pero la verdad es que frente a una ecuación de segundo grado se quedan mudos. Y el trinomio cuadrado perfecto bien gracias. Pero mejor no me lleven el apunte porque son chocheras. Me divierto chocheando, pero tengan en cuenta que nací con el siglo. Diez años justitos antes del centenario. Jaaajaaaaa…

A veces pienso que soy una especie de paradoja. Porque mi vida hubiera sido lo más llano y aburrido que pueda ser la vida de un docente en este país. Donde por suerte uno puede morirse de hambre si no consigue un trabajo decente. Aunque también se puede morir de inanición con un trabajo docente. Me salvó del aburrimiento —del anonimato— un loco simpático que me presentaron unos amigos en una confitería que no sé si aún existe. En

[17] Integra el volumen *La cara del tigre*; Premio Municipal de Literatura “Luis José de Tejeda 2010” / © Editorial Municipal de Córdoba 2011, 316 pp. ISBN: 978-987-9129-50-0.

la misma esquina de Boedo y San Ignacio. En aquellos tiempos, los magros pesos me alcanzaban a pesar de todo para el cafecito de los miércoles a la noche y un vermouth con ingredientes los sábados cerca del mediodía. Fue justo la noche de un miércoles de otoño cuando apareció este personaje —un verdadero bohemio— por la confitería en cuestión. Y mis amigos, luego de cuchichear unas palabras entre ellos, lo invitaron con un café, no sin antes presentarme como "un conocido y peligroso rufián del bajo Flores, un hombre de avería". Circunstancia a partir de la cual me enteré de que trabajaba de noche —hacía tiempo— en la redacción de un periódico. Encendida la mecha, mis amigos fueron subiendo la apuesta, mientras el individuo me observaba desconfiado pero con interés. Sin dejar de radiografiar con disimulo a una rubia de boina azul bastante llamativa que bebía sin apuro su martini dry sentada a una mesa del reservado para familias, que daba a la vuelta de la ochava.

Cuando lo vi acercarse a la mesa de aquellos infelices, fingiendo ignorarme, pensé que me moría. No me sabe mal el hecho de haber inspirado alguna de sus historias. En realidad tuve en todo momento la precaución de no creerle, pues mi vida es una reiteración de estudiantes famélicos y escritores del montón. Pero él sabe que me debe mucho más que la vida y la mezquina gloria de la cual se siente rodeado. De hecho su gloria es una ficción inventada por sus propios personajes, víctimas todos ellos —me incluyo— de los devaneos de su mente sin control. Ya no sos mi Margarita, me soltó un día con una risotada obscena. Parodiando un tango seguramente cocinado entre curda y curda por alguno de sus amigotes de la noche. Ahora te llaman Margot. Cuántas veces le aguanté que me llamara Hipólita. Que pasando sus dedos ham-

brientos por mi piel me atribuyera episodios repugnantes con monstruos que solo podían habitar en su cabeza calenturienta de genio fracasado. Matame Elsa, me pedía de repente.

Margot es la mejor pupila de Haffner, apuntó uno de los bromistas al seguir la dirección de sus miradas. Claro que también es la más cara. El reportero —título que le atribuyo a partir de lo del periódico— me miró con estudiada frialdad, declarando en voz bastante alta que no se imaginaba que en una sociedad civilizada tuviera cabida un proxeneta. En realidad dijo cafishio o marlu, ya no recuerdo. A partir de lo cual se dedicó a mirar abiertamente a la rubia, perdido todo disimulo. Sus expresiones, propias como cualquiera puede darse cuenta de individuos habituados a los bajos ambientes, me hicieron sospechar que debajo de su máscara de periodista noctámbulo se escondía una personalidad tenebrosa, si no lindante con la locura, al menos con un histrionismo que no lo ha de haber llevado por buen camino.

No existís, Margot, se ensañaba una y otra vez en atormentar y confundir mis sentimientos. Llegó a humillarme al punto de exigir que me acostara con sus más cavernarios personajes. Y luego babeando sobre mi desnudez me leía páginas y páginas que caían sobre mi alma como una lluvia corrosiva. Crearte y destruirte es mi placer y mi venganza, llegó a gritarme un amanecer que no se atrevía a nacer porque el horror de sus retorcidos esperpentos no alcanzara a ver la luz. Pasé como medusa por la cama del farmacéutico y el astrólogo. Un armenio de opereta y un enano libidinoso dejaron en mi cuerpo sin sustancia la huella asquerosa de sus excentricidades. Que ni siquiera les pertenecían pues jamás permitió que el más insignificante de sus polifemos se desatara de las cadenas de su insana fantasía.

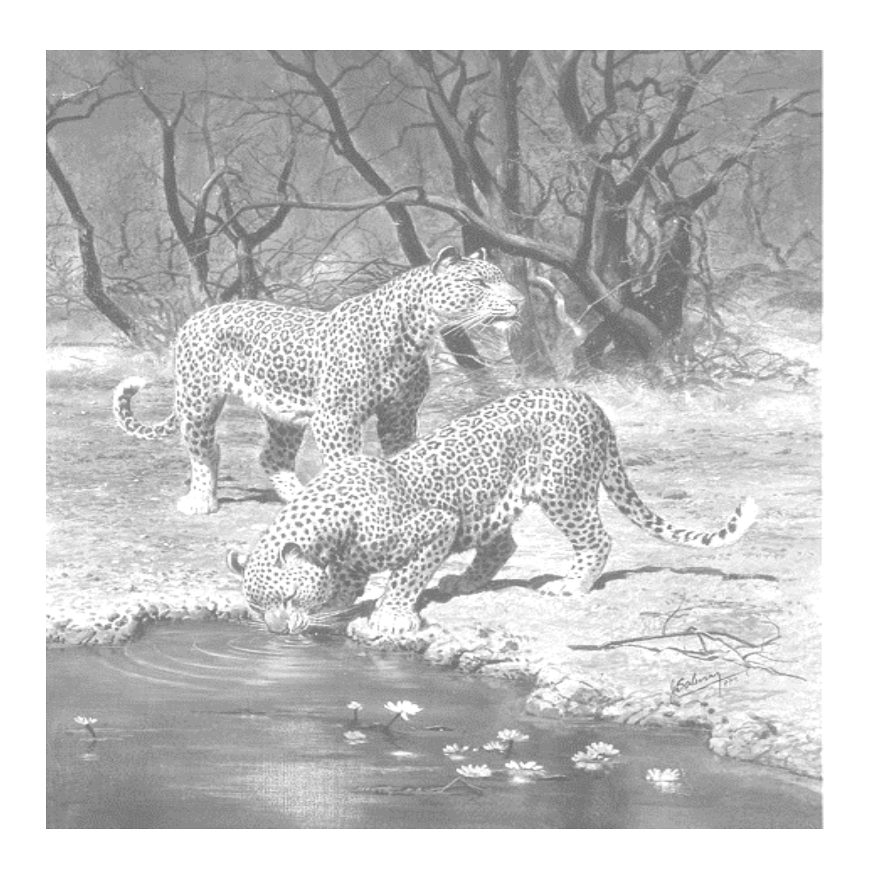
El prendedor que le brilla justo debajo del cuello de encaje fue el primer regalo de Haffner, el día que la enganchó. El primero y el último regalo que le hizo jamás. Yo confieso que entre lo intempestivo de la broma y la irritación que me producía la agresividad del sujeto, opté por seguirles la corriente. Componiendo un personaje que me pareció adecuado para el momento, les di una pequeña conferencia acerca de las bondades del proxenetismo y el papel que un buen rufián tenía en la vida de tantas mujeres expuestas a los caprichos de clientes maniáticos, a los aprietes de la policía y aun a las apuradas violentas de parte de cabareteras y trotacalles de la competencia. Embalado ante las miradas de estupor de mis amigos —quienes me desconocían esa vena teatral— y los gestos de rechazo de quien se había convertido en un instante en inconsulta víctima de la broma, subí poco a poco los decibeles y los gestos, mientras improvisaba una encendida exégesis del importante papel que macrós, cafishios, marlus y demás yerbas ocupaban dentro del orden social. No menos dije —creo recordar— que un médico, un panadero o un empresario. O un empleado de banco.

Lo terrible es que llegué a amarlo. No solo me hizo creer que como un demiurgo me había forjado de las tinieblas del subconsciente sino que me proveyó de una historia y de sentimientos y recuerdos. Ya no sos mi Margarita, aullaba en noches insoportables de alcohol y otros estimulantes aún peores. Hasta que yo lo decida serás Margot y si se me ocurre dejaré que seas Margot hasta el día que yo me muera, para que sigas siendo lo que yo quiera para toda la eternidad. Y tenelo por seguro que haré que te sepulten a mi lado como los viejos faraones. O que te deshojes pétalo por pétalo cada minuto de cada día de cada año de la eternidad

que acarreo como una condena. Mía o de Erdosain. O del Rufián Melancólico. Y haré que mis libros lleguen al cine y al teatro y las plateas se vengan abajo de odio y frustración al conocerte.

Mis amigos y cómplices circunstanciales de la farsa contenían con impensada desfachatez la risa y yo no necesitaba contener nada, puesto que me sentía en mi flamante papel de Ermete Zaccone como el calamar en su tinta. Fui en ese momento un enardecido macró parisino de ribetes apologéticos, haciendo equilibrio sobre una pérfida cornisa que amagaba desbarrancarme en cualquier momento hacia el torpe ridículo —en público— pero tomándome de los faldones en el instante crucial. La rubia, por su parte, debía adivinar por la mímica la índole de la cuestión, pues estaba pendiente sin atender a las convenciones sociales, de cuanto sucedía en nuestra mesa.

Las adorables putas son la sal de la vida y los rufianes de clase somos uno de los pilares más respetables de nuestra sociedad, terminé con un gesto grandielocuente de afirmación y despedida. Tan imbuido de la sutil perversidad de mi rol estaba que no advertí los movimientos del entorno. Margot se había levantado de su asiento y se movía en derechura a nosotros. Encaró al periodista y sin decir palabra le cruzó la cara con sus elegantes mitones de cabritilla color marfil. Luego se me arrimó y estampándome un sonoro beso murmuró derramando su azúcar en mi oído: “*encore avec mon cul je peu soutenir un homme, mon chèri*”. ▮



Arminda la pomelera[18]

Me arrincono contra la pared esquivando el miserable círculo de luz del único farol de la cuadra casi resbalando sobre el ladrillo áspero y observo el panorama y digo pucha qué paisaje enterito la luna sobradora los canes y este farol que se mueve si me muevo y es como si adivinara que lo que quiero es borrarme y el empedrado desparejo de tanto perder la cinchada con los carretones y las chatas. Cosa de mandinga cómo el tirifilo nomás cruzar la puerta se me vino al humo y me arrimó el bufoso la morocha se viene conmigo dijo y la viola estaba muda mientras el fuelle meta variaciones hasta que el viejo se avivó que igual estaban en orsai y con toda parsimonia bajó el timbo del banquito y envolvió el instrumento en su paño bordado buscando un camino que pasara lejos del tirifilo. La platea y la ronda de parejas muzzarella porque todo Monserrat y hasta los compadritos de los corrales saben que los taitas murieron cuando se inventó el bufoso y este tirifilo traía una mirada de loco calentito y lo primero fue amartillar la matraca cosa que nadie fuera a equivocarse de que venía con buenas intenciones es cosa de ver cómo cada cual iba reculando sin sacarle la mirada de encima y cada vez la pista parecía más grandota o es que yo me veía más chiquito. Me pareció que la Arminda amagaba explicarme algo pero el tirifilo la tenía agarrada de un brazo y de un tirón la sacó del medio mientras me miraba

[18] Integra el volumen *La cara del tigre*; Premio Municipal de Literatura "Luis José de Tejeda 2010" / © Editorial Municipal de Córdoba 2011, 316 pp. ISBN: 978-987-9129-50-0.

justito entre los ojos eligiendo dónde meter el primer plomo porque el primero es el que vale igual que el fiyingo porque uno no mete un planazo o un puntazo sin ton ni son como los gringos sino estudia bien al otro lo semblantea para descubrir la primera gota de sudor o ese temblor que casi no se nota si uno no es del oficio. Cualquiera sabe que una sola gota que a uno lo delate y uno es hombre muerto a menos que el otro sea un paquete aunque hasta los gringos van aprendiendo para salir de perdedores y no es el primero que se queda mirando al cielo con una de esas dagas calabresas enterrada hasta el cabo en la busarda y cualquiera se da cuenta que estuvo un buen rato boqueando antes de entregar el alma porque la herida va sangrando sin apuro mientras al tipo se le escapa el aliento sin remedio y es que si le llegás a sacar el fierro se te queda ahí nomás. Pero igual el tirifilo se fue en el amague por ahí pensó que yo no valía la pena o le pareció mejor jugarla de agrandado con la moza vaya a saber estos tilingos no se sabe para dónde van a agarrar y menos con uno de esos chiches en la mano pero bueno la cuestión es que el hombre echó una mirada alrededor como esperando los aplausos y debe ser que ahí pensó que no todo estaba en su lugar porque trastabilló no crea que le miento trastabilló como si alguien le hubiera puesto una mano pesada en el pecho. La Arminda nomás lo miraba sin pestañear y yo que la miraba a la Arminda sin sacarle el ojo de encima al tirifilo porque parecía que el coso se derrumbaba pero uno nunca está seguro yo he sabido ver más de un negro de estos besando el suelo después de un áperca y levantarse como si nada y ensartar a un compadre en el bajo vientre abriéndolo para arriba como un carpincho que es el estilo de los gringos que antes de llegar a la lona ya largaste la última boqueada. Los ojos de la Arminda eran dos

brasas y con la mirada lo tenía ensartado al tirifilo y parecía que lo iba dejando caer sin apuro y el tipo la miraba a la mulata con los faroles bien abiertos pero para mí que no la veía porque tenía una cara que parecía cera y si de veras veía algo era seguro algo que estaba mucho más atrás de la Arminda y hasta en un momento creí ver que se le erizaba la piojera como a un negro motoso. Y ahí caí en la cuenta que todos veían lo mismo que estaba viendo un servidor y estaba cada cual clavado en su lugar y se respiraba un aire helado y no volaba una mosca minga de ranas o de grillos y ahí adentro ni un suspiro aunque más de una de las mujeres estaba con el soponcio agarrada a su hombre que no vaya a creer que los varones del lugar las tenían todas consigo porque nadie puede jurar que ha visto ya todo lo que haya para ver en este mundo. Más de uno se habrá recordado de esos dichos que van pasando de boca en boca sin que nadie sepa quién largó la bola porque esas cosas el que las piensa nunca lo dice pero estaba la historia aquella del bufón del gobernador que fusilaron cerquita de este patio en la otra centuria y mucho antes una familia amasijada por los ingleses aquí mismo cuando los vecinos andaban alborotados y no pararon hasta correrlos con palos y guadañas y grasa hirviendo. Estaban además todos los que se llevó la fiebre amarilla que acá las carretas no daban abasto para la Chacarita de los Colegiales muchas bolas se corren y vaya a saber dónde terminan las verdades y dónde empiezan el macaneo y la ignorancia pero que en esta ciudad hubo muchas muertes enredadas nadie lo discute porque quien no fue testigo lo habrá leído en Crítica y en el Mundo o alguna vez podrá enterarse en algún escrito de don Roberto Arlt o el viejo Macedonio o el propio don Borges digo. Vaya a saber a quién estaba mirando en ese momento el tirifilo seguro

ninguno de los que acabo de nombrar porque no me parecía leído el hombre aunque uno nunca sabe con estos cajetillas que hasta la parlan en francés pero ahí me di cuenta que la cosa era conmigo y era mi cara como si se hubiera acordado de golpe de un viejo conocido o vaya a saber compadre de qué clase de negocios y le juro que hasta ese momento ni se me hubiera ocurrido no es que el miedo me hubiera aflojado la memoria no vaya a creer. La cara de la Arminda me salió al cruce de un repente con un batir de parches la memoria de otra noche en un tugurio sobre esta misma calle y ella dándole lustre a un pomelo grandote sin sacarme la vista de encima dijo unas oraciones acercándomelo a la cara diciendo como si me mordiera si ya estás listo quedate quieto y vas a saber quién sos pucha como si la estuviera oyendo y ahí nomás el pomelo era un sol delante de mi cara un sol grandote que me hacía sudar la gota gorda. Ahí adentro de ese sol estaba yo sudando la gota gorda yo vestido como un tilingo de pelo engominado con un bufoso en la mano un ojo negro fiero que me miraba con una fea mueca de amenaza y yo mirando fijo y no podía desviar la mirada pero le juro que me costaba reconocerme así tan requintado tan cajetilla el hombre y tan seguro de su matraca buscando nada más dónde meter el primer plomo. Le pegué un sopapo que el tirifilo ni sabía de dónde le caía y cuando me miró le vi la sonrisita sobradora y la sonrisa de la Arminda y la del cajetilla se me juntaron en una sola risa que vino a reventarme justo entre los ojos y ya no pude seguirlo vigilando al tirifilo que se venía en banda y yo tratando de tapar este buraco que da para meter ahí el pomelo que lustraba la mulata pero ya no me dan las tabas y me arrincono contra la pared esquivando el miserable círculo de luz del único farol de la cuadra casi resbalando sobre el ladrillo áspero. ▮

Melenas

… cuchillo y bandoneón / con la crencha cortada a la garçon. Caracanfunfa se hizo al mar con tu bandera, y en un pernó mezcló a París con Puente Alsina. Andsouon.

El tipo estaba sacado. Ido de la azotea, por la azufaifa tal vez. Esas cosas vio. Era de guerra la paica. Y no solo en la cama, no vaya a creer. Quiero decir también en la catrera, eso dije. Usté me mira y piensa y no lo dice porque no le da el cuero. O a mí me parece nomás. Pero se le nota en la cara. Debe ser malo para el naipe. Y está jodido el hombre que se las da de macho o de canchero y en cuanto macanea se le llena la jeta de colorete. Un hombre nunca se pone colorado vea. Menos un político claro. El tipo de marras estaba en el horno. A la primera de cambio se le subían los arreboles y calcule. La fulana lo vichaba de rabanito y ahí nomás le sacudía el primer áperca.

Rajá de acá maricón. Sin ring y sin árbitro ni gritos en la platea. Ni falta que le hacía a la mina. Sin esparrin que le pasara le esponja y le tirara la toalla. Sabían ser encuentros largos. Diez o doce vueltas lo menos. Porque le gustaba matarlo de a poco, como esos folletines que siguen y siguen y la fulana no termina de entregar la argolla y el chabón no acaba de espichar aunque ya no sepa ni dónde pone los ganchos.

Pero nunca a morir, eso sí que no. La paica no iba a matar a la gallinita. Después de este ¿dónde iba a encontrar otro pipiolo tan mansito? Lo surtía y lo largaba. Y esperaba, con las gambas bien abiertas, afirmada. No, no hablaba de la catrera diga. Estábamos en el rinsay. Le daba y reculaba y esperaba.

En cuanto el tirifilo juntaba aire y levantaba la sabiola, dele que va. Derecha zurda y derecha. A la busarda, en medio de la jeta y un suin en el chipá. Rugía la popular y se encrespaban las melenas.

Digo nomás porque la vivían sin público. Los vecinos balconeaban y escuchaban pero verlos eso sí que no. Si quieren circo vayan al Sarrasani, manga de cornudos. La fiesta era para ella sola.

Y yo ¿qué quiere que le diga? Si me pregunta las razones o me quiere pedir detalles no sé qué contestarle. No hubo un comienzo. Siempre fueron así las cosas. De cualquier manera y en cualquier lugar. Sin protectores y sin reglas. Y sin premeditación le juro. Ni siquiera era la primera vez que me gritaba conchita. ▮

Al correr de la plata y la ginebra[19]

Pero el rol de periferia de la región
continuó signando la organización
del espacio en este territorio.

María de Estrada: *Tierra sin hombres…*

Los porteños se creen dueños de las costumbres orilleras, pero la verdad es que para el pobrerío cualquier charco de agua se convierte en una frontera, como la chapa barrera para la langosta saltona. La tapera del Teófilo Bermúdez se alza —enclenque— a unos 15 kilómetros al oeste de Golondrina, en dirección a la laguna El Tobiano. Ahí un hilito de agua apunta hacia el sur para llenar la laguna La Loca, cerquita de Colmena. Y otro hilito más hacia el sur hasta dar en la laguna del Toro. Y de ahí hasta la del Tigre y la del Palmar. Total que en cuantito empiezan a subir las aguas desde el lado de Tostado y de más al norte, los arroyitos y las lagunas se hacen un solo bañado por donde nada más se puede andar en canoa. Para escaparse digo, porque el caballo no se le anima a la correntada.

El padre del Teófilo se aquerenció por la zona cuando el azúcar y el quebracho le daban de comer a muchos miles de familias. Aunque lo de comer sea apenas una manera de decir, dado lo pícaros que fueron siempre los gringos para tenerlos agarrados a los peones y a los hacheros. Pero mal que mal se iba tirando. Parecía que la madera de los montes no se iba a acabar nunca. Y se

[19] Integra el volumen *La cara del tigre*; Premio Municipal de Literatura "Luis José de Tejeda 2010" / © Editorial Municipal de Córdoba 2011, 316 pp. ISBN: 978-987-9129-50-0.

vinieron otros gringos a plantar caña y esto era un lujo hasta cuando los porteños se quejaban de la crisis. Cuando terminó la guerra, el Teo apenas gateaba. Y se fue criando como pudo, ya alejado de las hachas cuando los gringos habían arrasado el monte. Y la zafra venía cada año más difícil, porque los tucumanos amañaban el negocio con los políticos y los doctores de Buenos Aires y los ingenios empezaron a cerrarse. El Arno. El Germania. Tacuarendí. Las Toscas. Dicen que los tucumanos los compraban por chauchas y se llevaban la maquinaria.

Se empieza a vivir como se puede y de lo que se puede. El hombre se hace bicho herbívoro, mal que le pese. Cuando el agua se retira quedan las osamentas blanqueando al sol entre las costras de barro. El bicherío emigra en busca de aguadas dulces, y frutos… hummm… los estancos y las pulperías están más secos que lengua de loro. Ni para una changa, ni hablar. El naipe y la taba suelen dar un respiro, pero suerte, lo que se dice suerte, ya no queda santo al que rezarle un padrenuestro. Los huesos del viejo reposan en el camposanto de Las Toscas. Que como quien no quiere la cosa, unas veinticinco leguas y sin flete no es viaje de encarar por antojo. Una mañana se aparece la Delfina por la puerta del rancho y él le ofrece un amargo. Ninguno de los dos hace preguntas. Para qué. Metido en el barrizal y entre los cueros, el hombre añora un perfume de mujer. Y la mujer siente necesidad del abrazo fuerte del hombre. Las cosas son así de sencillas para el pobre.

Teófilo se prende de los arreos de hacienda al llegar la primavera y a la entrada del otoño. A veces una rutina de invernada. Otras algún contrabando con destino a Corrientes o al Paraguay. La ausencia suele durar semanas y el hombre regresa siem-

pre con alguna tela o una pilcha que la mujer sabe agradecer contenta. Durante sus ausencias, la Delfina se hace una escapada hasta Golondrina los fines de semana. Y se vuelve también con unos pesos y algún paquete de tabaco para el hombre. A veces hasta un porroncito de ginebra. Y un atadito de chalas anisadas para ella. Al atardecer se sienta a la puerta del rancho, enciende un cigarro y se queda mirando el horizonte, esperando ver aparecer la silueta familiar de su hombre. Cuando la Delfina se viene del pueblo con el bataraz en brazos, Teo le echa un vistazo de conocedor. Pico duro y filoso y patas fuertes con buenos espolones. Y un cuello musculoso, pura fibra rápida para esquivar y precisa para matar.

— Podíamos empezar a criar, suspira la mujer.
— Este no es bicho para cría, es animal de pelea.

El hombre comienza el entrenamiento sin apuro, un par de horas cada mañana y un par de horas por la tarde. Primero le enseña a esquivar y después a atropellar. Incluso con los ojos vendados. Él lo rejonea con una varilla de ibirapitá afilada en la punta. El bataraz picotea con ojo certero. Al final también con la venda oscura envolviéndole la cara. Alguna vez el picotazo llega al brazo del hombre. Fiero el bataraz. Pura fibra sin un ápice de grasa. Por ahí puede venir la suerte, quién le dice, compadre.

Para la Pascua el gallo está para probarlo. El domingo de ramos la Delfina se pone un vestidito bien decente —regalo de uno de los viajes del hombre— y rumbea para la iglesia en el pueblo. El Teófilo continúa mateando, sin apuro. Las lenguas mentan un gallo negro del criadero de un gringo de Intiyaco, al que nadie se le atreve. Es cosa de aparecer el gringo con su gallo y se aca-

ban las apuestas. Hay que rumbear lejos, donde nadie lo conozca y el desempeño del bataraz —si se da la bolada— se mantenga tapado, aunque uno nunca sabe, qué carajo.

Ni que fuera de Dios, cerquita del mediodía se arrima de pasada un paisano de Olmos, con una tropilla de pelo. Una docena de tordillos para la hacienda de un turco de Los Amores, que pelecha lindo con la caballada y las cuadreras. Entre amargo y amargo, el Teo se anota como acompañante y sin más vueltas montan cada cual su parejero, el bataraz bien acomodado en su jaulita de totora. Calculan hacer noche por Cañada Ombú y de ahí una jornada más para llegar a lo del turco.

A la semana justita el hombre desensilla a la puerta de su tapera. La mujer lo ha visto llegar y ya humea en sus manos el primer amargo. El hombre vuelve con una sonrisa ancha en la cara y unos cuantos patacones en el cinto. Ahora sabe que puede confiar en el coraje del bataraz. Se deja hacer unos mimos, mientras su cabeza va armando la jugada para lo de Intiyaco. Hay que dar tiempo al tiempo, dejar que los rumores corran. El chisme siempre llega. Adonde debe y adonde no debe. El gallito tiene que reponerse de la pelea y del viaje. Volver despacito al entrenamiento, ahora más en serio. La mujer algo entiende de la cosa y se ocupa de agregar a la ración del baratàz algún resto charqueado de torcaza de monte con afrecho de cebada y sangre seca. En cinco o seis semanas la musculatura del bataraz agarra una consistencia correosa y livianita, apropiada para aguantar una milonga brava. Hay animales que saben alargar la ronda para cansarlo al rival. Y arriba de la arena, bicho que afloja es bicho muerto.

Intiyaco es un pueblo casi fantasma, que vive de recuerdos. De La Forestal no quedan más que monte bajo, bañado y ci-

catrices. Unas manzanas desvaídas bostezando su hastío y algunas chacras que apenas dan para el puchero, temerosas de la creciente cada año más frecuente y remolona. La escasa vida social se desarrolla en un par de boliches, de los cuales el más próspero es el del turco Malamud, donde el paisanaje entretiene el ocio entre la mesa de truco, la cancha de taba y el reñidero. Para las fiestas patrias alguna cuadrera, se sabe que nunca falta en los alrededores un paisanito que sueña con los hipódromos porteños. La primavera pinta chata, apenas matizada por rumores de algún ingenio que pareciera querer resucitar y el chisme menudo de un peón gorreado o los apetitos políticos de los que calculan que la sociedad de fomento puede ser el paso hacia una intendencia.

Ese último domingo de setiembre, a la hora de la siesta, los parroquianos se despabilan en cuanto aparece el gringo Montessino con su gallo negro paradito sobre el protector de cuero que le cubre el antebrazo izquierdo, como un halcón de presa. El gringo le tapa la cabeza al bicho con una capucha de tela basta, como a un campeón de cetrería. Se arrima despacio al mostrador, echando una mirada sobradora a su alrededor.

— Si nadie tiene un bocado mejor para mi gallo, servime una ginebra sin cuello. Voy doscientos a cien al compadrito que se le anime.

Ya todos conocen el libreto sobrador del gringo, después de ocho peleas ganadas por muerte por el gallo negro. Nadie olvida la saña del animal, que después de voltear al adversario se le sabe parar encima para terminarlo a picotazos, hasta no dejar más que el revoltijo de plumas y los cuajarones de sangre desparrama-

dos en la arena. Nadie acusa recibo de la fanfarronada. Pero todas las cabezas giran de una hacia la puerta del boliche al escuchar la voz potente y pausada del Teófilo.

— Voy y pongo doscientos más encima.

El hombre, parado en el umbral con su bataraz en la palma, saborea la sorpresa. Su gallo también lleva una capucha, pero el hombre percibe de inmediato el temblequeo nervioso del animal al adivinar la cercanía del otro. Montessino se relame y redobla su apuesta con un alarido ronco.

— Doscientos contra cincuenta por mi negro, a ver quién se anima a llevarse tanta platita fácil.

Ahora sí la codicia sacude la modorra de los parroquianos. Todos saben que es de veras plata dulce y empiezan a pelar sus cintos para cubrir las apuestas. Con los vasos en la mano y sus pesos en la otra, van saliendo hacia la parte trasera del boliche, donde está la cancha de taba y las galleras. El gringo fanfarronea con su vozarrón ronco y la peonada se babea imaginándolo al Teo con las manos y los bolsillos vacíos de regreso al rancho.

El puestero hace de árbitro, controlando que las púas de acero sean igualitas de largas y afiladas. Con tanta plata en danza, las peleas siempre son a morir. A la orden del juez, los hombres descubren la cabeza a sus animales y los sueltan en el piso. De movida los bichos se semblantean y empiezan a caminar en redondo, casi sobre el borde del picadero. Detrás de las tablas que delimitan el circo, la caras ávidas hacen silencio para no quebrar

el ritual. Ambos gallos dan una vuelta completa hasta quedar nuevamente delante de sus dueños. Todos los rostros traspiran sin un murmullo. El gallo negro alza de repente la cabeza y abriendo las alas lanza un canto feroz de amenaza y de victoria anticipada. El tenedor de las apuestas continúa recibiendo y contando. La falta de respuesta del bataraz anima a los timoratos. Por fin el gallo negro araña la arena con las patas y se lanza sobre al bataraz con las alas abiertas; púas y pico prestos a matar. Las miradas golosas van del matador a las manos del tenedor de sus patacones. Una docena de brazos se levanta mostrando los últimos billetes, convencidos de que el bataraz ya no existe. Muchos ni llegan a seguir con la vista la esquivada veloz y la curva fulminante del pico degollando casi de un tajo al otro, que se queda un instante como suspendido en el aire, en mitad del ataque. Mientras empieza a caer despacio, las púas del bataraz lo rajan desde la pechuga hasta las ingles. La arena es un revoltijo de sangre roja y plumas negras.

Teófilo Bermúdez hace a un lado a los moscardones que siempre revolotean alrededor de los animales muertos y los ganadores vivos, sin sacarle el ojo de encima a un par de apostadores remisos en poner la biyuya como Dios manda. Se despide de los concurrentes con un gesto bien medido y sale reculando, no vaya a ser que algún abombado, de los que nunca faltan cuando corren la plata y la ginebra, se quiera llevar un bataraz ajeno y alguna cuchillada de refilón. ▮



Mala estrella[20]

Al abrir los ojos en medio de un basural desconocido, entre gritos de gente corriendo aterrorizada, sirenas de patrulleros, disparos de armas de grueso calibre y ayes de moribundos, el sargento Mardonio Leiva, suboficial del Batallón Penitenciario de Rosario, adscripto al servicio de fronteras en el Regimiento 11 de caballería de línea, vislumbra que el destino se la ha jugado chueca. Acaso ese despliegue de uniformes para él desconocidos, sumado al estruendo de munición proveniente de bocas más iracundas que las pistolas y carabinas que está habituado a empuñar, le hacen sospechar a Leiva que inútilmente le viene escurriendo el bulto a su mala estrella; de última a los piojosos jergones y al rancho salteado y desabrido de Fuerte Puan y aún antes, cuando la mala leche de un alcalde departamental había mudado su vida de pacífico gaucho, en los alrededores de San Nicolás, por la no deseada de guardacárcel en los suburbios de villa del Rosario.

La vida del gendarme no es apropiada para un hombre de campo, trabajador manso y padre de cinco criaturas, con una compañera callada y seguidora, como era su caso. No había lujos, por cierto, en esa rutina rural entretejida de apartar hacienda, sobar cueros, carnear algún novillo, apuntalar una cumbrera jorobada, pialar un potrillo redomón y aguardar la noche al calor del fogón, con la mirada perdida en remotas estampas de la infancia. Pero se

[20] Primer Premio V Certamen Internacional de Cuento “Dr. Néstor Hugo Brizuela” 2005 / APEA Asociación de Poetas y Escritores de Aimogasta, provincia de La Rioja, Argentina.

iba tirando. La Leonor era del pago. Él se había arrimado con una tropa de bayos proveniente de Tostado y destinada a un establecimiento cerca de Fortín Luján. San Nicolás le había ofrecido unos mates que sabían a gloria y unos ojos oscuros y profundos que prometían callados una ternura sin impaciencias, y se afincó nomás. Al tiempo les nació la primera hija, que llevaba el nombre de su mujer. Después, el Casimiro y el Segundo y la Teresita y el Gervasio. Ya el desgraciado Mardonio ni se acuerda cómo empezó todo el padecimiento. Doce o trece años alcanzaron a vivir en paz, salvo uno que otro inconveniente de pestes, escasez de plata o tormenta medio fuera de lo común. El Gervasio apenas gateaba cuando el juez Améndola empezó a mirar con ganas a la Leonorcita, que recién andaba queriendo hacerse mujer. De las miradas pasó a los dichos y a solicitarle a Leiva que la dejara estar en su casa como criada. Como él y su mujer sabían por dónde venía la mano, mezquinaron el arreglo. Y así se había ganado el primer enemigo. El otro (y esto no lo tuvo nunca tan claro como lo anterior) fue el comisario Laudana, que le tenía puesto el ojo a su mujer desde hacía tiempo. El asunto es que entre el comisario y el juez lo engancharon a Romiliano Patrón, quien había llegado a alcalde departamental precisamente gracias a los oficios de estos compadres, según en su momento se habían preocupado para que el alazán de Pedro Nájera —que era candidato más firme que Romiliano— pegara una espantada que tiró al jinete de muy mala manera contra unos horcones, dejándolo tullido. De esta tenebrosa sociedad había surgido la idea de castigar a Leiva, so pretexto de una presunta (o verídica, vaya a saber) negativa a asistir a reuniones políticas "de interés comunal" convocadas por el alcalde. Verdad o mentira, de un día para otro Mardonio Leiva va a parar

al calabozo y a la semana siguiente un pelotón de guardia-cárceles se lo lleva para el Rosario, procesado y encabestrado, a prestar servicio como castigo, servicio que —finalmente— terminará en Puan, adonde parte de la guarnición habrá de ir prontamente a parar como refuerzo de los Regimientos 1º y 11 de caballería de línea. Fuerte Puan es su último episodio y también su postrera mortificación. Como si fuera ayer recuerda, encarajinado por esa picazón que los episodios agrestes vierten en la sangre, la arenga jactanciosa del comandante del fuerte, al recibir el contingente de "voluntarios". ¡Soldados, no tenemos carne para racionar, no tenemos galleta, sal, ni víveres de entretenimiento; pero sí tenemos el enemigo al frente. La nación nos ha confiado estas armas: debemos hacer ver que somos dignos de llevarlas con honor y que sabemos combatir y triunfar en cualquier circunstancia!

¡Mierda de honor! En Puan están acantonados como guarnición permanente el 8 de infantería y los dos regimientos de caballería. La ropa y los medios disponibles no cubren las necesidades de la tercera parte de la tropa. El resto viste según sus posibilidades o ingenio lo permiten, unos usando la manta como chiripá, la mayoría sin chaquetilla, otros calzan botas viejas y torcidas, o alpargatas, o envuelven los pies con pedazos de cuero de carnero o simplemente andan descalzos. Plata y provisiones llegan, con suerte, dos veces al año. Y esto cuando las partidas que viajan con la paga y el abasto no son asaltadas y desvalijadas por indiadas del Azul o de las salinas. Lo único más o menos abundante es la carne, ya sea de ganado cimarrón o de establecimientos cercanos que se carnea como "contribución" o —en épocas de escasez— producto de cacería de zorros, liebres y nutrias, ayudados por una perrada hambrienta pero militarmente adiestrada. La miseria no

tiene parangón. El café es lujo, la yerba mate poco más que un recuerdo y el azúcar un desvarío que de solo nombrarlo da vergüenza. Lo mismo sucede con el tabaco, el aguardiente y la galleta. En fin, poniéndole el amén a las lindas palabritas del comandante, ¡viva la Patria, carajo!

Mardonio Leiva, estrujadas las tripas por un hambre visceral, dolida el alma de añorar a su Leonor y a sus hijos, escocido el lomo a fuerza de lonjazos y estaqueadas, a pesar de todo presiente que su infortunio, lejos de haber llegado a una culminación, le tiene reservados aún capítulos atroces. Así como hay seres humanos a quienes la noche acunándolos protege, sirviéndoles el sueño de cobija bondadosa bajo la cual disimular si no olvidar la penuria diurna, otros hay en cambio que, al cabo de mañanas y crepúsculos serenos, tropiezan en su sueño con fantasmas y delirios capaces de pervertir las horas del reposo en truculenta secuencia de pesadillas. Pues bien, el infeliz sargento comparte lo peor de ambas categorías. Sus días, comenzados al nacimiento de la más temprana claridad, involucran una pormenorizada contabilidad de trajines, ejercicios, marchas, excavaciones, ayunos, contramarchas, reprimendas, exacciones, peroratas, insultos, retenes, humillaciones y rencillas, comunes a la amarga fraternidad de parias que por razones siempre diversas y casi siempre ajenas a sus legítimas voluntades, integran esa escuálida Legión Extranjera austral que malamente sobrevive a lo largo de la línea de fronteras del territorio nacional, con una indiada rencorosa al frente y una oficialidad prepotente y canalla a sus espaldas, sin recursos, sin incentivos y sin esperanzas, como no sea la de una muerte rápida y sin complicaciones.

Pero sus noches no son más apacibles. Al mes escaso de arribar a Puan, basta con que se eche sobre el escueto jergón y cierre los ojos en procura de unas horas de descanso, para que horribles ensoñaciones se abatan sobre él sin darle respiro. Las situaciones varían noche a noche, pero el tema es constante y persecutorio. Jueces que lo acusan de crímenes inimaginables. Comisarios que cachondamente lo interrogan bajo luces intensas, insultos y amenazas. Y comandantes que escudriñando su cuerpo desnudo con navajas, arpones, astillas de hueso, cadenas y bayonetas, lentamente lo destrozan cortando, hincando, golpeando, quemando, atenazando, desangrando. A veces sucede en silencio. Juegan las caras, las manos, las botas, los instrumentos de tortura, en medio de un revuelo augural de togas, uniformes y alguna sotana. Otras, en cambio, todo es ruido, gritos, aullidos, truenos, explosiones, cánticos ululantes, sirenas, estallidos y risotadas. Incluso olores que hacen más dramáticas aún las escenas, mezclados en una promiscuidad premonitoria sudores, excrementos, sangre, orines y cuerpos pudriéndose a la intemperie. También la escenografía varía, evidenciando la prolija elaboración de siniestros decoradores y coreógrafos, aunados en la preocupación de arruinarle cada minuto de sueño. Son ámbitos siempre oscuros, siempre amenazadores claustros propicios para las maniobras de brujas, vestiglos, vampiros, dragones, diablos y lechuzones que los habitan. Excepto en algunas ocasiones —contadas— en que se ve a sí mismo a campo abierto, maniatado y amordazado, arrojado y a medias enterrado en un basural humeante que se pierde en leguas a su alrededor.

Tan reales y crueles son esas ensoñaciones, que para Mardonio Leiva los toques de tropa y de generala con que los vigías

anuncian ataque de indios, son recibidos como una bendición. Por otra parte, la mayoría de estas alarmas no pasan del revoltijo de corridas y preparativos, porque los indios no se acercan por el fuerte, a menos que lo crucen de camino en alguna de sus periódicas rastrilladas. De todos modos es una forma de matizar el aburrimiento acumulado en semanas de encierro, sin mujeres y sin más entretenimiento que los naipes, la taba y algún desamparado porrón de ginebra o aguardiente. Salvo que la indiada avistada sea numéricamente muy importante, al cabo de las escaramuzas el comandante ordena una salida para cazar algunos rezagados, tarea a la que se entregan con verdadero entusiasmo en partidas de hasta seis milicos y aprovechando la ocasión para galopar un par de horas, hasta casi perder de vista al mangrullo del fortín. Precisamente, durante una de esas batidas detrás de unas decenas de lanzas de Cipriano Catriel, en compañía de José Herrera y Eusebio Cortez, igual que él reclutados por la fuerza para el servicio de fronteras, es que esbozan la idea de escapar del fuerte. La situación del desertor es azarosa, puesto que según la ojeriza que cada comandante le tenga a los fugitivos, puede hacerlos perseguir y aún incluirlos en partes que eventualmente llegan hasta el ministerio de guerra, determinando que se generalice un pedido de captura cursado a todas las guarniciones del territorio.

A una legua larga de distancia del fortín, fatigados por el galope y sin indios a la vista, los tres hermanos de desgracia se apean de los caballos y se sientan a la sombra de un montecito de algarrobos. Leiva tiene un puñado de tabaco y Cortez expone como orgulloso trofeo medio frasco de aguardiente. La siesta de principios de otoño, blandamente acunada por el pío-pío de la perdiz y el reclamo del chingolo, y la inmensidad tranquila, sua-

vemente ondulada de la pampa, inducen sin duda proyectos de libertad. Seguramente, lo que desde adentro se presume peligroso e inaccesible, debe parecerle a los desgraciados tentador y probable, al cobijo de la serena grandeza de llanuras que desconocen el alambrado y cielos que incitan al vuelo del cuerpo y del espíritu. Hombres parcos en gestos y palabras, sellan rápidamente el acuerdo con un trago y un apretado abrazo que lo resume todo. A partir de esa tarde, la próxima salida será, con ayuda del altísimo, hacia la libertad (o hacia la muerte, pero esta no es para ellos sino una diferente faceta de la liberación que añoran).

Por fin, aquella mañana de fines de mayo, Leiva cree percibir —por primera vez en mucho tiempo— como un guiño favorable del destino, bajo forma de una silueta ranquel altivamente plantada con su potro pampa en lo alto de una lomada, a cosa de un cuarto de legua al sur del fuerte. El centinela, apenas descubierto el vigía y sabiendo que los ranqueles nunca se largan solos cerca de un fortín, da la alarma. En diez minutos, cuatrocientos hombres están montados y el resto ubicado en sus puestos de combate, todos decididos a entrar en calor en un buen entrevero. Pero la cosa no pasa a mayores porque la indiada, unas trescientas lanzas bien montadas aunque sabiendo que no les alcanza para guapear, se limita a acercarse casi a tiro de cañón a la empalizada. Desplegados en una línea frontal, prorrumpen en alaridos amenazadores enarbolando lanzas para —finalmente—volver grupas alejándose a todo galope hacia el suroeste. A una orden del comandante, la tropa montada franquea la empalizada, destacando varias partidas de baqueanos para evitar una probable emboscada. A medida que se alejan del fortín se van subdividiendo los grupos, según es costumbre. Leiva, Herrera y Cortez galopan algo más de

una legua hacia el sur y luego van corrigiendo el rumbo, con intención de remontarse hacia San Nicolás. La desesperación de Leiva por encontrar a su familia puede más que la prudencia y eso mismo los pierde. El comandante, conocedor de las debilidades del hombre, despacha una partida a cortarles el camino, con caballos para recambio y una buena pareja de baqueanos. El 2 de junio de 1876 los tres soldados, muertos de hambre y de cansancio, vuelven a entrar, desarmados y engrillados, en el patio de Fuerte Puan. Para sorpresa de la guarnición, el comandante ordena la instrucción sumaria a un consejo de guerra presidido por el teniente Krantzenstein, el que constituido en término de veinticuatro horas, impone seis años de recargo a Herrera y a Cortez, disponiendo el fusilamiento de Leiva, sentencia a cumplirse en el patio de armas, en la madrugada del 6 de junio.

Durante la noche anterior a su ejecución, Mardonio Leiva reflexiona amargamente acerca de su mala estrella. Cabalmente se han cumplido sus presagios, puesto que sus tribulaciones no han concluido con su reclusión en el Batallón Penitenciario ni con su destierro en la frontera. Leiva no es hombre de iglesia. No sabe rezar y con esfuerzo deletrea una mitad del Padrenuesto. Pero a lo largo de esa interminable noche de invierno implora, como no lo hiciera nunca, no morir miserablemente en ese maldito fortín perdido en la infinitud de las pampas.

Con la primera claridad del alba, tropas del 8 de infantería y del lº y 11 de caballería, forman en cuadro alrededor del patio de armas para presenciar la triste ceremonia. Muchos de ellos, acaso la mayoría, se identifican con ese camarada injusta y violentamente separado de su familia para vestir un uniforme por el que no siente cariño ni vocación. Cuatro soldados y un teniente lo

sacan de la celda, conduciéndolo en medio de la formación. Un ominoso silencio espesa el aire. Con un cabeceo, se niega a que le venden los ojos, mirando cómo cinco compañeros se adelantan apuntándole al pecho. La mañana se despereza despaciosa. Un sol mortecino alarga la sombra de la empalizada oriental, lanzándola como una refutación muda sobre el escenario del drama. Una bandada de bandurrias cruza el cielo en diagonal, marcando como la impronta de una estela funeraria. Más arriba, sin urgencia, revolotean los caranchos. El teniente, fija su mirada en el entrecejo del condenado, alza el sable empuñado en la diestra. El brazo no le tiembla, pero diminutas perlas de sudor, nada a tono con el fresco matinal, aparecen sobre su frente. En ese momento Leiva rememora sus oraciones de la noche y apretando las mandíbulas cierra los ojos y reitera el pedido, una vez más, con toda la fuerza de su corazón. No quiere morir en ese fuerte desgraciado.

Alguien debe escuchar su enfervorizado ruego. Porque en el instante en que el comandante con gesto breve da la orden y el teniente baja el sable, el sargento Mardonio Leiva, suboficial del Batallón Penitenciario de Rosario adscripto al servicio de fronteras en el Regimiento 11 de caballería de línea, se siente girar en el aire, muy lejos del comandante, de sus camaradas y del pelotón de fusilamiento. Presiente allá abajo y fugazmente, la frescura húmeda perfumada de totorales en la confluencia del Chasicó con el Pelicurá, y casi de inmediato, sin atreverse a mirar, el susurro árido de los flancos occidentales de las sierras de la Ventana.

Su cabeza late en una oscuridad tensa de imágenes. Giros vertiginosos. Recuerdos. Nombres. Un olor a panes calientes del rancho materno, sobre la cañada de la Cruz. Los ojos glaucos de su primer potrillo. La fragancia de albahaca y menta del cuerpo de

su mujer. La desolación de una tumba sin lápida y sin flores en la que reposa su padre, a media legua de la ensenada de Barragán. Poca cosa, casi nada. Destellos avaramente esparcidos en un tiempo que de repente se aprietan como nudo de lazo, tironeando y tironeando Dios sabe hacia dónde.

Cae sobre un terreno blando, amordazado y con las manos atadas a la espalda. Abre los ojos en medio del basural, hediondo y humeante, entre sombras que se arrastran, sirenas de patrulleros, estruendo de armas de munición pesada y quejidos de moribundos. Frente a él, a menos de quince pasos, un oficial al que llaman coronel Desiderio arenga a un grupo de civiles encapuchados y militares cuyos uniformes le son desconocidos. Más de cincuenta —ochenta acaso— todos pertrechados con pistolas en bandolera y carabinas de cañón corto y robusto. ¡Métanle bala sin asco a todos estos negros de mierda! José León Suárez va a pasar a la historia por este glorioso 6 de junio. Después de rematarlos, los desatan y les sacan las mordazas. ¡Viva la Patria, carajo! El sargento Mardonio Leiva no alcanza a comprender la significación de lo que está presenciando. Pero vivamente le agradece a Dios por haberlo salvado de morir en aquel miserable fuerte de frontera.

No menos de diez disparos de Itaca, desde muy corta distancia, le destrozan el pecho y la cabeza. ▮

El tigre tiene que morir[21]

Primero la seca y cualquier día de estos seguro se desbordan los ríos allá en la montaña o empieza la temporada de lluvias y en una semana ni una perdiz quedará a tiro por estos pagos de mierda. No crea Vuestra Merced que me esté temblando el pulso porque no soy hombre de hociquear a la primera de cambio, tenga la más completa confianza que está tratando con paisanos de a caballo y no con los cajetillas de Buenos Aires, que si ese fuera el caso bien y muy bien haría Vuestra Merced en mantener su desconfianza. El puerto solo da señales de vida como anticipo de nuevos males para estas pobres provincias y a no ser porque con los compadres de la quebrada solemos mantener despejadas las rutas para sacar cabezas en pie por el lado de Tarija y tampoco faltan manos dispuestas en los pagos cuyanos para arreglar los traslados de ganado grande siguiendo el claro ejemplo que hace unos cuantos años nos diera el señor Gral. D^{n} José de San Martín, mala se vería nuestra menguada economía, obligados a negociar con los buitres del puerto, que no se privan ellos por cierto y en desmedro de las vanas protestas de federación y soberanía de hacer sus negocios y cocinar sus chanchullos hoy con los portugueses y mañana con los ingleses y los franceses y si mal no viene con los propios agentes de Fernando, que bien ha de estar al tanto Vuestra Merced que no es tan de creer aquello de que muerto el perro se acaba la rabia, según echo de ver los oscuros intereses que aún se mueven por el lado de los borbones para instalar en es-

---

21 Primer Premio en Cuento “Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero” / Caseros (BA) 2008.

tas tierras alguna princesa desocupada o uno de sus príncipes acacarañados. De los afrancesados de la aduana ya sabe uno a qué atenerse, pues no basta con que alguna de estas melenas empolvadas haya hecho más o menos buen papel en estas tierras para olvidar que la revolución que tanto pregonan y con la cual se llenan la boca poco o nada de bueno ha dado para estos mundos, como no sea la angurria de armar ellos una gran república o reino floreciente según de dónde les soplen los vientos, aun a costa de mantener en sus colonias la arbitrariedad y el abigeo amén de la trata de esclavos que dicen haber extirpado en base nada más a palabras bonitas y acciones deleznables. Vuestra Merced me excusará de dar opinión acerca de los ingleses por entender este servidor que a estar de comentarios nada de despreciar que por estos pagos han corrido en más de una ocasión, no parece Vuestra Merced excesivamente disgustado con ellos y no le resultan del todo desafectos muchos de sus súbditos que asolaron las costas y puertos de medio mundo socorridos por las patentes y garantías de sus soberanos, quienes cambiarán de cabeza las coronas pero no dejan de resguardar los privilegios de su imperial león con melena y todo. Eche Vuestra Merced la culpa de estos dislates a la crasa ignorancia de este gaucho que no tiene otras luces que las de haber aprendido a sobrevivir en las más ingratas circunstancias maguer el hambre, las pestes y la codicia de los señores hacendados y los negociadores de la aduana que a fuerza de navegar en aguas de podredumbre han perdido no solo la vergüenza sino asimismo el olfato, de suerte que han terminado por acuñar el bonito aforismo de que la plata no tiene olor ni color. Pero sepa Vuestra Merced y no le quepa de ello la mínima duda que el gauchaje de tierra adentro habrá perdido hasta la costumbre de comer todos los días y re-

posar el cuerpo sobre una cama decente pero mantiene en alto estado de vigilancia sus orejas y narices para evitar que los señores de la ciudad les sigan metiendo gato por liebre como es su gusto y costumbre hacer y de lo cual incluso se jactan, porque para ellos no somos más que unos gauchos brutos y cualquier general de tintorería o cualquier maestrillo Siruela se atreven a preconizar cualquier exacción a nuestra costa según la nuestra es sangre de gauchos y nada más sirve para abonar la tierra en un pie de igualdad con la bosta de las caballerías.

Ha de perdonar Vuestra Merced esta efusión de mal humor pero habrá de hacerse cargo de que la magnitud de la empresa que se me encarece no tiene cabida sino en un espíritu aireado de bajas pasiones y debidamente enjuagado de inquinas y bajos sentimientos o cualquiera otra pasión que no sea la de servir al alto destino de unificar de una vez por todas unas provincias atormentadas por tanto descomedimiento y tanta mentira y tanto desacierto que no parece sino que el diablo en persona se regodeara en trabar y entorpecer cuanto intento se pretenda llevar a buen término pues no parece sino que hasta los árboles y las piedras tuvieran oídos para salir al encuentro de todo cuanto pudiera significar un avance en cuestiones de bienestar y aseguramiento de los bienes de la libertad para nuestros suelos.

Es completa y harto aleccionadora la relación que Vuestra Merced se digna remitir por mano de la mayor confianza acerca del peligro que tigres y animales de tal laya representan para todo futuro plan de unidad y de concordia, visto que el tigre es animal cebado a sangre y carne y está en su misma naturaleza el acometer y atropellar cuanto artificio o fábrica de humana inteligencia se interponga en su camino, pues no es el razonamiento ni la luz

del espíritu lo que lo mueve sino la directa satisfacción de su impulso selvático y bravío, de tal suerte que cualquier conducta en contrario de su parte no debiera verse como mejoría capaz de suscitar inmerecidas expectativas sino por el contrario como artimañas de fiera habituada a los gambitos y verónicas de esos seres desgraciados que marchan por la vida como si la vida misma anduviera a la caza de sus cabezas y no tuviera el mundo otra prioridad que su aniquilamiento y perdición.

Extirpar al tigre no debiera verse entonces a mi modesto modo de ver como mero capricho de gentes de ciudad temerosa de aparecidos y otra laya de historias con que los ciudadanos se regalan en noches de invierno alrededor de la lumbre, sino antes bien como una prolija y meditada decisión de abrir el camino a una etapa de legítima civilización en medio de estas breñas que harta dificultad acarrean a quien quiera correr la aventura de colonizarlas para hacer de ellas modelo y ejemplo de la humana industria, porque es impensable ya no la práctica sino la mera idea de un proyecto de país sujeto a los caprichos y veleidades de estas fieras que todo lo minimizan y atropellan so pretexto de imponer como ley lo que no es sino cabal expresión de sus caprichos y desaforadas pretensiones. Clara ha sido la muestra que dieron en su momento con el negocio de las minas que todo redundó en un resonante fiasco en desmedro de las legítimas aspiraciones y perjuicio para los intereses locales según terminamos perdiendo la última ceca en condiciones de acuñar moneda de alta ley y un banco de rescate de pastas pensado a la medida de nuestras necesidades y no al servicio de los especuladores del Dr. Lingotes y su camarilla capitalina.

Hemos de hacernos cargo de que lejos se está de haber derrotado de una vez para siempre a los señores de la banca, toda vez que desalentados del negociado de las minas se abocaron con máxima diligencia y falta de decoro a la contratación de un empréstito que mucho me equivoco o ha de acarrear a la nación tanta o más desgracia de la que podamos hasta el día de hoy poner a la cuenta de nuestros tironeos con los chapetones que nos pretenden heredar y perpetuar las cadenas del inicuo borbón y su recua de notarios, chambelanes, monseñores y contratadores.

No he de hacer hincapie en la cuestión de la nacionalidad de los banqueros que en mala hora lograron finiquitar este negocio con el falsario que se hizo a sí mismo presidente con suma de poderes, porque vuelvo a recordar que Vuestra Merced no los mira con malos ojos aunque sabrá V.M. perdonar mi impertinencia si me permito recordarle lo poco que hace que este siniestro personaje ha intentado desembarcar de nuevo en nuestras tierras y de no mediar un recurso honorablemente interpuesto por personas de buen pensar ahí lo tendríamos de vuelta al muy ladino avanzando su negra panza y sus menguados cánones morales en contra de nuestra ya demasiado maltrecha nacionalidad y no escapa a la fina percepción de Vuestra Merced que mis propios intentos de abordar el buque en que se encontraba preso en la rada misma de su antiguo centro de operaciones no llevaban por intención el rendirle pleitesía ni alguna clase de consideraciones desde ya indebidas sino el deseo incontenible de terminar sus trapisondas con un par de buenas puñaladas que no otro mérito es el que la posteridad ha de acreditarle cuando las aguas se aclaren y todo vuelva a sus necesarios niveles y realidades, lo de arriba puesto arriba y lo de abajo vuelto para siempre hacia abajo de donde nunca debió de ha-

berse movido. Permita pues Vuestra Merced que al margen de lo dicho insista vuestro humilde servidor en cursar precisas instrucciones al amigo Santos Pérez para que proceda según anteriores pliegos en el sentido de interceptar el paso de la diligencia que ha de bajar a mediados de la próxima semana de tierras de los señores de Ibarra con rumbo a la ciudad de Córdoba y sin mediar explicaciones y sin importarle ni hacerle mella la identidad de los viajeros proceda a la ejecución en el sitio de la persona que encabeza el grupo junto con toda su comitiva, escolta y postillones.

De cada cual se requiere en esta instancia su cuota de renuncia y no ha de ser un servidor el primero en defeccionar y hacerse a un lado a la hora de las nobles determinaciones y los personales sacrificios, todo ello para que finalmente logre Vuestra Merced hacerse de la suma del poder público con anuencia y consentimiento de la mayoría de nuestras gentes y el total de las provincias de esta pavorosa patria desunida. No guarde reserva Vuestra Merced ni le quepan dudas de que la muerte del tigre es a la par de necesaria para la definitiva pacificación de estas tierras atormentadas, obligada en sí misma como un ejemplo de imposible refutación de que a la hora de la verdad el futuro de las instituciones está y estará siempre muy por encima del presente efímero de los hombres. Suyo afectísimo y con el más profundo respeto Juan Facundo Quiroga, brigadier general. ▮

Bramido al filo de la noche[22]

" Allá por el Maldonado, que hoy corre escondido y ciego,
allá por el barrio gris, que cantó el pobre Carriego"

Borges; *Un cuchillo en el norte*

Muchos habrán de jurar que lo vieron al bicho. Alguno incluso se sentiría capaz de reconocer a la mujer de rostro desencajado. O acaso todo quede flotando en medio de estas aguas mitológicas, no menos turbias que el resto de nuestra historia patria. Nada estaba preparado, de eso sí estoy seguro. Ninguna premeditación. A lo sumo un designio ambiguo, sutil vaticinio de feria, de cotorrita de la suerte. El críptico augurio de alguna sibila cisplatina o de aquellas míticas pomeleras que aún andan arrastrando sus cadenas y sus exorcismos por entre los subsuelos de Montserrat. Andá a saber, pusiste los níqueles para que un nieto de Rinaldi le dé a la manivela. Y de pronto, en lugar de *El aeroplano*, te sale Lito Nebbia con un eructo electrónico. O una marchita militar (no la de Schubert).

Se dio así, porque sí. Como esas cuestiones que están en la cabeza de todo el mundo pero hace falta que alguien haga punta. Inconsciente colectivo que le dicen. Es que parecía estar ahí flotando (mirá qué justo se me tenía que ocurrir esto de flotar). En el aire, te quería explicar. Porque todo lo que llegó a Buenos Aires vino flotando o por el aire, sobre el agua o en el viento. Las proas que nos fundaron la patria, el Graaf Zeppelin, la Kontiky, el

[22] Título original: *Rescate*. Integra el volumen *La cara del tigre*; Premio Municipal de Literatura "Luis José de Tejeda 2010" / © Editorial Municipal de Córdoba 2011, 316 pp. ISBN: 978-987-9129-50-0.

Plus Ultra y el cometa Halley, sin contar aquel acorazado de bolsillo, la manga de langostas del cuarenta, las invasiones inglesas, la infanta Isabel y la primera nevada (esa que dio lugar a su vez a la primera venta improvisada de sorbetes, aquellos tazones de copos condimentados con canela y azúcar morena).

Si un observador contemplara en este momento desde una altura suficiente la parte de la ciudad comprendida entre Santa Fe, Federico Lacroze, Donato Álvarez y Canning, percibiría tal vez una especie de espiral nebulosa girando con extremada lentitud en el sentido horario. Algo como esos mapas de clima que suelen mostrar por la tele los del servicio meteorológico para ilustrar sus pronósticos. Una suerte de torbellino formado por miles de puntitos de color. Millones de puntitos, zumbando como una colmena cuando las abejas están inquietas. No hay convocatoria ni preparativos, pero algo está sucediendo. La gente empieza a juntarse temprano. Ante la mirada desconfiada de las patrullas policiales y las otras. Como aquel diecisiete de octubre ¿te acordás? A eso de las diez, en la pizzería Nápoles de Pacífico ya no cabe un alma. Un tipo flaquito paliducho pide un cortado. A su lado un pájaro de anteojos oscuros —posta de los servicios— se hace el dormido. En otra mesa un electricista de Segba mastica su fugazza sin apuro. Un mozo corre. Dos milicos de casco y metralleta pasan por la vereda, fichando hacia adentro con caras de perro. Alguien exige con prepotencia que lo atiendan. El cajero discute con otro mozo. Un Falcon verde pega la vuelta en la esquina patinando sobre dos ruedas. Un viejo levanta la vista del Clarín y putea. Sin previo tanteo, el cortado le confía a Segba “hoy hace cincuenta y dos años que murió Paquita”. Segba alza una ceja, muerde la fugazza y sin apuro —displicente— apunta “también podría hacer

cuarenta y siete años que lo encanaron al Maldonado”… Al fin de cuentas, esto siempre estuvo lleno de charcos y de milicos —comenta sin darle importancia, desde la mesa vecina, un viejo enredado en una partida de dominó— antes de que taparan el arroyo nadie cruzaba por acá de noche sin toparse con los rondines armados con aquellos sables machazos de caballería y las carabinas terciadas a la espalda. Buena ocasión para que su compañero de juego traiga a colación los ponchos oscuros de forro colorado de los gendarmes. Y sí, siempre ligamos el pedazo más podrido, metaforiza un fletero a su izquierda, entre sorbo y sorbo de café chirle medio frío. Dando pie a un apodíctico “siempre nos toca bailar con la más fea”, por parte de un productor de seguros que revisa su agenda del día, apoyado en un especial de queso y mortadela.

En otros boliches —más hacia Plaza Italia— también andan los mozos a las corridas. Ante la mirada vigilante de los cascos, los fusiles y las gorras. Mucho antes del mediodía todo es un entrevero de pepsicola con empanadas, tinto con hamburguesas y café con torta de ricota. Sobre la ochava noreste se perfila la silueta agorera de un camión hidrante. Apoltronada en una mesa junto a la vidriera, aprovechanto bien el solcito, una mujer corpulenta pontifica entre bocado y bocado, masticando con calma una empanada santiagueña de carne suave. La radio propala un comunicado del estado mayor conjunto. El resultado es algo confuso, porque de la mala calidad del relleno, la gorda salta a contar de la vez que el gallego Domínguez había contratado a Pacho en La Paloma, acá nomás sobre Santa Fe. En la calle frente a la vidriera seis o siete soldados con ropa de fajina rodean un 15 cargado de pasajeros. Había que verlo al pazzo —apologiza un parroquiano canoso de pañuelo blanco al cuello, sentado en la barra— con los

caminantes encima del taburete, el felpudito de terciopelo bordado sobre las rodillas para colocar el cusifay y las manos afirmadas a los botones de los bajos del fueye.

Los pasajeros del colectivo se van bajando sin chistar. Un hombre también mayor, con rastros de una hemiplejia insumisa, se levanta de otra mesa y alzando el bastón a manera de batuta, la interrumpe para acotar que a los parroquianos del gallego los habían corrido las ratas. Media docena de camperas verdipardas apuntan sus itacas a la gente que permanece parada contra el colectivo, con las manos en la nuca. Una nena de pocos años grita mamá donde están las palomas. Un teniente ladra órdenes. Despacio, inducidos por una tácita consigna, medio como empujados a su pesar, todos se van levantando de las mesas, rodeando a la matrona de la empanada. Los pasajeros vuelven a subir —temblando— al colectivo. El cajero salta el mostrador. En la calle quedan los uniformes y un muchachito de pelo largo, con una mochila escolar y cara de terror. Dos pibas de secundario en zapatillas y ropa de gimnasia se sientan en el piso, atentas a todo. Se murió hace casi cuarenta y tres años el pazzo —suena como un réquiem— se murió. La radio sigue con sus marchitas y los comunicados.

En el Torino de Canning y Córdoba está ocurriendo algo parecido. Se discute con parsimonia entre bocado y trago. Los civiles; los otros atentos en silencio. A medida que el salón se va llenando, se cruzan vasos de Gancia con anécdotas, y sandwiches de jamón y queso con nombres antológicos. El tránsito se mueve despacio a lo largo de las dos avenidas; ya hay una mano cortada. Igualito al Cristo de la Mano Rota —se anota un fan de Marechal— el de la iglesia de Gurruchaga. A media luz algún espectador de civil, de anteojos negros y motorola. Al mediodía se agarran

mano a mano un chapista de Malabia y El Salvador con un vendedor de Galecor. Una que otra sirena a toda velocidad. El pibe, pinta de cajetilla (pantalones oxford de buen precio y camisita bordada) porfía que en esta misma esquina estaba el Café de La Chancha. El motorola para la oreja, como si se tratara de una alusión personal. El chapista, canchero y halagado por el interés de la platea, lo deja venir al cajetilla. Los anteojos negros arrancan una charla con otro motorola. ¿Vos decís La Chancha, donde Pugliese empezó como pianista?… ¡No, pebete! esto en aquellos años era el ABC y acá tocó Paquita y también estuvo alguna vez el Nono, sí. Pero La Chancha, donde arrancó el Maestro, estaba unas cuadras más allá, en la esquina de Godoy Cruz. Un motorola habla y el otro escucha desde la oscuridad. El Nono tenía quince años entonces tenía; eso fue antes de empezar a tocar con la Paquita. Hasta la mugre de La Chancha parece revivir alrededor de los anteojos negros y el zumbido de los escucha de dos vías.

Por Triunvirato también es visible una movida extraña. Frente a los fantasmas del Mitre y el American se van reuniendo grupos de parroquianos, en las veredas primero y después en la calle, obligando a desviar el tránsito por Guevara y por Donato Álvarez. Aúllan las sirenas y entre los peatones que los ignoran circulan los anteojos oscuros de bigote y auricular. Despacio, sin propuesta previa pero al mismo tiempo como si todos supieran de qué se trata, van marchando hacia el centro. En cada bocacalle, los gendarmes campanean con desconfiada curiosidad. Al llegar a Jorge Newbery se encuentran con una asamblea improvisada entre los canteros del parque. Tres o cuatro patrulleros y un Falcon verde dan vueltas despacito alrededor de la zona arbolada. Otras caras, un aire diferente acaso, otros matices, pero todos andan en

la misma. Más de uno entre la multitud, pensando seguro que van para tres años que por esta misma zona las tropas de coordinación intentaron varias veces romper el cortejo fúnebre de Ortega Peña. Las motos de Villar subían por las escalinatas de Chacarita —rememora una de las floristas del cementerio. Justo cuando la cabeza de la columna de Triunvirato va cruzando Dorrego, en medio de la plaza alguien recuerda en voz alta, disimulando una lágrima, haberlo escuchado al Negro Cele en el Salón Peracca —casi llegando a Armenia, allá por el veinte— recitar los versos de *Por la pinta* que le habían publicado por cinco mangos en Última Hora y que después fueran cantados por el mismísimo Gardel bajo el título *Margot*. Todos escuchan en respetuoso silencio, con un nudo en la garganta.

En la esquina de Muñecas y Juan B. Justo, rodeado por una barra bien apretada de unas doscientas personas, un lustrabotas trepado al cajoncito canta con voz afinada y profunda *Montmartre, te jugás mano a mano / con el Villa Crespo / y aquel Maldonado abandonado,* entre aplausos y gritos de dale pibe y Riverito viejo. Y el lustra relata que su padre iba todos los domingos con unos cuantos pataduras de la Paternal a desafiar a los de Villa Mitre. Y ahora yo soy bicho colorado, mirá vos. Un helicóptero policial —o militar— sobrevuela la zona. Allá por debajo de la avenida, el agua atormentada del arroyo sigue corriendo hacia el río. Oscuro territorio de los zumbos de la marina. Negra caverna por donde fluyen recuerdos nauseabundos y aniversarios innombrables. Casi tres años de Silvio piensa uno de los oyentes, entusiasta de la memoria triste. Goteando minuto a minuto, referencias funerarias de íconos que navegan a la deriva, esquivando los enganches del fondo y los pilares de antiguos puentes sumergidos.

Siniestros abejorros zumban por los cables y entre las antenas, requiriendo instrucciones. Va para un año lo de Haroldo, repasa con angustia otro de los circunstantes. El agua subterránea es una queja dolorosa pugnando por brotar hacia la superficie. Lo mismo que nuestra Historia. Todavía no hizo un mes de Rodolfo, suspira una cara arrugada menos por el fresco de la jornada que por el escozor de la tragedia.

La nebulosa, densa de puntitos multicolores y recuerdos, sigue girando despacio como las agujas del reloj, mientras el agua del Maldonado, encajonada bajo setenta cuadras de asfalto, empieza a borbotear con un hervor de locro fermentado. Las burbujas del agua prisionera se presienten más espesas y abundantes en las inmediaciones de Warnes. A media tarde el tránsito ya no puede avanzar más por Juan B. Justo. La gente ocupa calle y veredas, unos sentados en el cordón, otros sobre cajones, bolsos y mil asientos improvisados. También se prestan para la ocasión tapiales y balcones. Bayonetas en ropa de fajina van y vienen con dientes suspicaces. Algún marchante pasa vendiendo café y jugos. Dos o tres negocios de discos, como de común acuerdo sacan baffles a la vereda, y por la tarde picada de nostalgia remolonean viejas grabaciones de Vicente Greco, Alfredo Gobi y Roberto Firpo. Una que otra sirena policial fracasa en el intento de acallar el quejido de los violines. La pecosita pelirroja de tricota multicolor recita —sentada sobre la baranda oeste del puente que cruza Córdoba— aquel poema que Baldomero le escribiera en el dieciseis al Maldonado. Un motorola anota apurado el nombre Baldomero para pedir antecedentes. La asamblea improvisada acompaña, afirma, late y espera nadie sabe qué. Pero es obvio que se respira un clima de acontecimiento. Las abejas están inquietas. Los animales

huelen de lejos el fuego y las tormentas. Nadie imagina qué va a ocurrir, pero todos sienten que está a punto de suceder algo grande. El odio chisporrotea en los trasmisores.

El primer empujón lo da un viejito medio jorobado, que no ha abierto la boca en todo el día. Se viene andando despacio por Muñecas, con una piqueta de demolición al hombro. Al llegar a la avenida cruza, se para en mitad de la calzada y apoyada la piqueta en el suelo, explica con orgullo a los que le han ido abriendo paso: de muchacho me venía a esta hora caminando por el adoquinado de Triunvirato hasta el empedrado de Canning, para ver pasar a la gente que salía de su conchabo; mi viejo era aparador en la fábrica de calzado y mis dos tíos laburaban en la curtiembre. Tira el saco de lanilla, alza la piqueta con rabia y la descarga contra el pavimento.

Como si fuera la consigna —el santo y seña— se acallan las discusiones, los poemas y los cantos. El silencio eriza las sospechas de los borceguíes. Roberto Arlt espía la escena desde vaya a saber qué recoveco. Una maestra —cuarentona decidida— se mete en una ferretería y regresa con picos y palas que reparte al azar. Desde centrales alejadas van y vienen por el éter los ladridos. Una cuadrilla municipal que estaba bacheando cerca de Warnes, empieza a darle a la bocacalle. Bigotes, rastreadores y bastones enmudecen. Un poco más allá varios muchachones ya están levantando pedazos de asfalto ayudados con barras de hierro, a medida que trabajan las piquetas. Otro helicóptero sobrevuela bajito, apuntando a desparramar a la multitud con el ventarrón de sus aspas. De algún pañol cercano llegan taladros neumáticos de los pesados. Las bayonetas solicitan instrucciones. Un camión suministra mazas y cortafierros. Dos cabezas rasuradas putean por

no contar con el apoyo necesario. Alaridos y aplausos con bombos saludan una excavadora y una topadora de Vialidad que desembocan por avenida San Martín a paso de desfile. Una tanqueta y una bazuka es todo lo que haría falta —subraya rasurado uno. Por todas partes golpes y chispas, hierro y cemento entreverados con tangos y milongas que muchos baffles difunden ahora a todo volumen. Rasurado dos manifiesta su decidida preferencia por los lanzallamas. La sombra de Arlt se aleja riendo bajito.

Anochece casi cuando en algunos lugares se llega a la bóveda del arroyo. Es el acorde de triunfo de las piquetas y las palas. Un allegro con tutti. Los agujeros del asfalto se transforman en pozos. Los pozos se agrandan a cráteres desafiantes, los prolijos armazones de hierro se desarman y miles de brazos suben y bajan sin cansancio, excavando, rompiendo, ensanchando. Es el turno de barretas y rastrillos. Insectos hambrientos picoteando el pavimento en miles de orificios irreprimibles. Una bronca voluntariosa y convergente muele, desarticula y tritura sin el menor asomo de miedo ni cansancio. Los más chicos acarreando baldes y las personas de más edad tirando los escombros hacia las veredas. Al rato la orgullosa avenida es una larga grieta irregular, de bordes desparejos, bajando hasta el canal que huye a pocos metros, aguas abajo.

La consigna que vuela de boca en boca es bajar a bautizarse en el arroyo resucitado. Como se pueda, con sogas, resbalando por largas tiras de caño de hierro y cada tanto alguna escalera de madera o de metal, apoyadas contra las columnas de cemento. Los primeros en tocarla, sumergen los brazos y con la cara vuelta hacia el cielo, muchos de rodillas, se persignan entre risas y lágrimas con el agua lustral del Maldonado.

En la sacramentada noche de abril flotan, arropados entre fueyes y nostalgia, poemas de Evaristo. Mientras se acallan las excavadoras y enmudecen los picos, de las entrañas del arroyo encadenado brota el rugido inconfundible y la figura —magnificada por la hora y las circunstancias — de un gigantesco puma bravo cuyos ojos destellan relámpagos de pavura fosforescente. Cuando el filoso bramido retrocede entre la maraña de escombros y acero retorcido, algunos juran haber visto cabalgar sobre la pelambre hirsuta, el perfil de una mujer semidesnuda con un bultito apretujado contra su pecho.

Multiplicada en mil ecos que galopan rebotando contra los restos de su prisión, retumba desde los barros fundacionales la carcajada tortuosa y vengativa de la Maldonado.

A mí se me hace cuento

Silencio hombres trabajando jaja apago la luz y me tapo hasta las orejas debería haberme tomado un alplax pero te levantás hecho un zombi a veces es bueno vale más no pensar y no sentir eso decía el viejo joaquín igual creo que se pegó un tiro si no lo tumbó la cirrosis mirá que el hígado se las aguanta claro hasta que no se las aguanta más las viejas dicen creer o reventar en qué querés que crea entonces si no creés en nada no te queda otra que reventar y jodete por falta de imaginación de voluntad de iniciativa de ganas tachar lo que no corresponda mierda el dedo no es lápiz ni marcador ni pincel en los baños del cole escribían los de quinto la caca no es pintura y el dedo no es pincel después cuando empezamos a meternos en los baños públicos aquello sí que era literatura qué hijos de puta pero mejor dejo de pensar y trato de dormir aunque borrás un lado del pizarrón y ya tenés la otra mitad escrita así en lo oscuro es como escribir en el pizarrón si hasta ves las ideas como si estuvieras escribiendo sobre una pared negra que parece la primavera de parís toda la ciudad enchastrada de grafiti prohibido prohibir o desabrochate el cerebro como te desabrochás la bragueta lástima que no pudieron bueh nosotros tampoco pudimos el hijo de puta hace cuatro años bailó con la renga y ahora con la más fea nos tocó a nosotros sur paredón y después el sur para mí que ya no existe y si existe se fue bien para tierra adentro ahora lo quiero ver a borges dónde va a encontrar un compadrito o el sabor de una percanta aunque este partido don borges lo campanea medio de rabanito para colmo desde tan lejos y con lo chicato que era pobre pero no se preocupe don que acá le

cuidamos el boliche entre la marina y la kodama y el rodri y la cristina[23] no se haga mala sangre vea no vale la pena nosotros y ni le chamuyo de los especialistas faaaa si serán leidos esos cosos dicen que descubrieron que a usted lo soñó alguien de estos mismos talleres para más datos si serán zonzos estos especialistas digo pero bueno picoteando por acá y por allá a la final me estoy quedando dormido vea quién le dice por ahí usted allá también se habrá dormido y capaz mientras hablo de usted usted sueña conmigo.

[23] Algunos miembros del Taller de l(a)raña, el taller literario que coordina Marina Raña en la Biblioteca Popular Ricardo Rojas, Tigre (BA).

Los mismos ojos

En la venganza el más débil es siempre el más feroz.

Honoré de Balzac

Fijate lo que tocás, negra tumbada, que donde ponés la mano hacés desastres. Son como pato criollo estas negras patasucias. Paso que dan te dejan la cagada. Andá a ver quién llama a la puerta, negra pachorra. Hace una hora que estás repasando el mismo vidrio. Ufa señora. Claro que esto me lo digo bajito entre mí nomás porque guay de la negra si se me escapa tras que la patrona tiene un oído de tísica. Que te pasaste la noche tosiendo, no vaya a ser que estés enferma del pecho y nos contagies. Lavate bien las manos antes de poner la mesa por las dudas. Tengo que pedirle al padre Prudencio que nos venga a bendecir de nuevo la casa, porque donde entran estos negros es como si entrara mandinga. Hai de ser nomás porque mama sabía contar que los abuelos fueron mandingas del congo, que vaya diosito a saber qué cosa sea ese congo de mentas. Nomás sé que la mama era santiagueña de Añatuya y se vino a Buenos Aires cuando Perón se los trajo a trabajar a las fábricas. Pero dónde se habrá metido esta negra hija de puta, una hora para ir hasta la esquina a traer los diarios. Lo de hija de puta capaz sea de endeveras, pos nunca pude sacarle una palabra a la mama. Toditas las veces que le preguntaba por mi tata me miraba con rabia y al rato me la encontraba por hai lloriqueando. Cuando lo echaron a Perón yo tenía nueve o diez años a la mama la despidieron por falta de trabajo y en unos meses le agarró un espasmo aquel invierno tan frío del 56 y a la final se murió en el

Posadas y hai nomás al salir del cementerio un vigilante me llevó a la comisaría por vagancia y fui a parar al juez de menores que dijo que lo mejor era buscarme una casa de familia. Y acá estoy desde entonces que debe hacer como más de dos años. El padre Prudencio me la recomendó porque estábamos sin servidumbre, bah nada más la planchadora que nunca quiso saber nada con la limpieza y la lavandera menos. Y Antonia siempre se aprovechó de que su madre había sido cocinera de la estancia y nadie la saca de sus cacerolas y sus ollas. Hogar lo que se dice un hogar me parece que no tuve de cuando se enfermó la mama que diosito me la tenga en la gloria. Por eso el altillo con el catrecito y mi sillita y el armario sin puerta que yo le hice una cortina con unas lona descolorida cuando la patrona hizo poner el toldo nuevo en la galería, me pareció siempre como un palacio. Y yo era esa cenicienta que contaba la mama y seguro un día iba a llegar el príncipe a buscarme. La verdá varias noches se me acercó mi príncipe a lo oscuro y me decía callate la boca si no querés que te ahorque pero a mí no me asustaba para nada y me gustaba acariciarle los rulos que una noche la luna entraba por la ventanita y eran rubios que no se si en vez de un príncipe no habrá sido un ángel. Pero todo pasó como un sueño y al mes andaba la patrona mirándome la cintura y un día ya no pudo más y me dijo que era una negra puta y que seguro aprovechaba cuando iba a hacer mandados para revolcarme con cualquier cabecita en cualquier covacha y que me agarrara mis petates y me mandara a mudar porque no quería tener un criadero de negros en su casa que el padre Prudencio la había vuelto a bendecir y no era cosa de andar baldeando todo con agua bendita para sacar la catinga de una negra puta y de su cría. Y se vino atrás mío hasta el altillo para ver que no me fuera a lle-

var nada más que mis ropitas y me volvió a gritar negra, negra puta de mierda, andá a tirar esa basura lejos de mi casa y entonces me dio rabia y le dije que no era ninguna basura y que diosito la iba a castigar porque mi guagua iba a tener los mismos ojos celestes de su hijo. Y ahí fue que me levantó la mano y me fui al suelo y ella me pateaba la panza y me caí por la escalera y ya no recuerdo nada. Nada más que este dolor en mi barriga y el líquido caliente que me chorrea por las piernas. ▮



Parador Las Delicias

El cinismo es una forma antipática de decir la verdad.

Lilian Hellman

A punto de cumplir noventa y nueve años, Petronila Salvatierra sostiene sin mayor esfuerzo su cetro de paradigma y árbitro del gataflorismo local, en el pueblo y colonia rural de San Obdulio, al centro-sudoeste de la provincia de Buenos Aires. Nieta en línea directa del coronel Robustiano Salvatierra y única hija mujer del comandante Prilidiano Salvatierra, le cabe —entre muchos otros honores— el de haber visto la luz el mismo día de la batalla de Curupaytí, que si no me traiciona la memoria fue por la primavera del 66. Que la impericia de don Bartolo costara una docena larga de miles de vidas a las tropas aliadas irritaba menos a Prilidiano que su desesperación de estar virtualmente preso de las órdenes del Ministro de la Guerra y efectivamente entrampado en su destino de comandante en un fuerte piojoso sobre la margen izquierda del Arroyo de las Flores, vigilando las tropelías de un par de capitanejos pampa que no sumaban entre ambos más de trescientas lanzas. Cuando estaba claro para él que un alto destino de gloria lo aguardaba frente a las impertinentes fortalezas paraguayas, para dar un escarmiento a la banda de guaraníes malentretenidos enrolados por López. Ni siquiera el nacimiento de su única hija mujer habría de consolarlo de su destierro, en primer lugar porque en aquellas soledades las indias reducidas a servidumbre y las mulatas cuarteleras parían hijos con la misma despreocupación con que parían las ovejas, las yeguas y las vacas. Y en segundo lugar porque la comadrona india que asistió al parto, al presen-

tarle a la niña debidamente bañada y compuesta, le hizo saber mirándolo de hito en hito que su nombre no pasaría a la Historia por improbables hazañas militares sino por ser el progenitor de esa criatura llorona de mirada imperiosa y cachetes amoratados.

En efecto, el orgullo de Petronila ya mayorcita y radicada en las inmediaciones de Carmen de Patagones —destino de escaso lustre que le valieran a Prilidiano sus abiertas críticas a la conducción de la guerra primero y a la estolidez de los políticos acerca de las necesidades terrenales de la milicada más tarde— no miraba hacia las virtudes poliorcéticas de su padre sino a los enredos amorosos de su abuelo Robustiano, quien habiendo sido engendrado en medio del alborozo del desembarco inglés en Ensenada y los festejos emergentes por parte de la sociedad porteña, había vestido siendo aún niño el uniforme del regimiento Patricios. Un modo de decir, puesto que los sucesivos Directorios se habían preocupado mucho más de cerrar tratos con comerciantes de esclavos y contrabandistas de cueros que de costear la impedimenta de las tropas criollas. De hecho, oficiales y soldados vestían chiripá, calzones rotosos y andaban en pata como el más carenciado de los hombres de campo o aún peor, porque ni flete propio contaban. En parte por evidentes cuestiones económicas y en parte porque los buenos fletes —y hasta los regularcitos— eran las primeras prendas en sucumbir en las mesas de juego y en las canchas de taba o los prostíbulos. Anche en algún reñidero de gallos. Pero su actitud voluntariosa y algún entrevero de poca monta con los pobladores del desierto le valieron al muchacho las jinetas de cabo y muy pronto las de sargento, por un acto de arrojo peleando contra los portugueses en Sarandí. Finalmente, su intervención en Navarro siguiendo instrucciones secretas de los conspiradores porte-

ños, le aportarron el grado de coronel y un matrimonio ventajoso con la hija de un hombre de campo de los alrededores de Monte. Circunstancia con la cual cerró una historia turbulenta de amores y amoríos, quedando por el camino la honra de algunos personajes de postín y varios hijos de discutible filiación.

Por encima de tanto bronce y semejante gloria, habría de imponerse de todos modos el carácter terminante de Petronila, quien supo colocar en todo momento cada cosa en su lugar, o sea arriba lo de arriba y abajo lo de abajo, en el más cabal sentido de la palabra, no sé si me hago entender como Dios manda. Pues el hecho es que puestos a hacer cuentas, la tacañería visceral de su abuela paterna y las sutilezas venéreas de su madre la llevarían por caminos más provechosos que el par de espadas enmohecidas y la media docena de medallas heredadas del ilustre panteón familiar. En realidad fue finalmente un diputado —quien había acabado como cliente vitalicio de su establecimiento a pocas leguas al sur de Arbolitos— el que logró para ella el merecido resarcimiento de una pensión como hija y nieta de dos héroes de la Nación.

Con diez años escasos, Petronila montaba en pelo cualquiera de los caballos del fortín y a los doce se entreveraba sin asco en partidas de pato que los soldados disputaban por la ginebra de la noche o la paga por llegar, si alguna vez llegaba. A los quince clavaba nueve tabas de cada diez y paraba en seco al primer zanguango que se le atreviera así sea con la mirada. De ademanes rudos y lengua rápida, no se arredraba ni ante los oficiales más curtidos. Su yegua Talita se medía en las cuadreras con quien quisiera alivianar su tirador de unos cuantos patacones y guay del rayero que se pasara de listo al dar sentencia, estando ella en juego. Al cumplir los dieciocho, entre cuadreras y taba amén de una que

otra partidita de monte, le habían devengado unos ahorros más que interesantes.

De la mesura de su caletre da muestras el tino con que supo amarrocar y acrecentar esos dineros, adquiriendo en sucesivas y ventajosas transacciones, una pulpería medio tapera, al tiempo las tierras vecinas a la pulpería, dos carretadas de adobe de Chacabuco, una respetable partida de tablas de viraró y el amoblamiento completo de un palacete de Buenos Aires, ganado a fuerza de pálpito y ligereza de dedos en una mesa de chaquete una madrugada inolvidable de bravuconadas y ginebra. A la semana llegaba al pago un arquitecto francés recomendado por un amigo influyente del gobierno y en poco más de un año la antigua pulpería estaba transformada en el establecimiento de juego y placer más suntuoso y floreciente de todo el centro de la provincia.

Fuerza es reconocer que no todo fueron rosas en lo que media entre la ambiciosa elucubración de este proyecto y su efectiva concreción. Empezando porque la inauguración venía siendo anunciada en el estaño de la vieja pulpería con bombos y platillos, para el día de la Inmaculada Concepción. La cofradía consuetudinaria no era de devociones ni milagros y en realidad no tenían aquellos animalitos de Dios la menor idea acerca de la divina pureza y demás implicancias de la cuestión. Que sí era en cambio materia de sesudos sermones de parte del padre Burgundio, párroco y sacristán *ad hoc* de la capilla de la Trinidad, levantada a mitad de camino entre Arbolitos y San Obdulio, en terreno donado por la viuda de Avelino Montoya al obispado de Olavarría, en cuya sede se dirimían los asuntos canónicos de todo el centro de la provincia. El cura tomaba como una cuestión personal no tanto el sacrilegio implícito en la fecha de *l'avant première* como la triste

realidad de sospechar que puestos a elegir, sus veleidosos feligreses caerían en la tentación de cabalgar esas leguas para ver con sus propios ojos y de ser posible palpar con sus manos las exquisiteces anunciadas. Que no eran de poca monta, porque amigos de confianza residentes en Buenos Aires tenían a Petronila al tanto de las novedades del puerto, al que arribaban asiduamente contingentes de damiselas europeas atraídas por las políticas de "poblamiento" del gobierno. Llegado el momento, la afluencia de parroquianos al flamante prostíbulo daría con creces la razón a Petronila y una incurable desazón al angustiado pastor de almas.

Pero lo que habría de inmortalizar a la postre al apellido Salvatierra, no serían la gloria del Coronel ni las hazañas del Comandante ni siquiera la legendaria personalidad de Petronila al frente del Paradiso, sino la postrera y más audaz de sus ideas empresarias. En los alrededores (hablemos de muchas pero muchas leguas a la redonda) el floreciente casino de Petronila tenía a mal traer a varios comerciantes gordos y alguno que otro juez, notario y hasta comisario que perdían el sueño por asociarse con ella o proponerle tal o cual negocio "de éxito garantizado". Llegaron algunos a la propuesta matrimonial, en el afán de cooperativizar la próspera bolsa de la respetada dama. Pero a todos dejó con un palmo de narices sin desairar a nadie, a tenor de un enorme letrero que apareció un lunes por la mañana en el frente de un potrero de seis hectáreas, muy bien situado a una media legua del Paradiso, sobre el camino a Olavarría. Próximamente aquí. Parador Las Delicias. Refrescos. Comida rápida. Parrilla. Exclusivo para damas y familias. Por ningún lado aparecía su nombre, pero a mediodía todo el pueblo no hablaba de otra cosa. Lloviendo por supuesto los más dispares vaticinios y dicterios. Desde cosa de locos, hasta he-

rejía, bruja, desopilante, extravagante y desvergonzada. O sea, todo el pueblo y localidades vecinas siguieron paso a paso las sucesivas etapas del más nuevo y revolucionario emprendimiento de Petronila. Un espacio para estacionamiento de carruajes al frente, entre medio de magnolias, azaleas y palmas tropicales. Columpios y un tobogán para los niños. Varios jaulones con guacamayos y faisanes. Y una enramada de muy buena sombra, con dos docenas de mesas para seis personas, con mantelitos de celaco celeste y blanco. Amén de un salón cubierto, con comodidad para varias familias en suficiente privacidad. Como diría en su momento un periódico del Azul, un ambiente elegante y cosmopolita de vaga reminscencia europea. Es decir, el súmum. *Non plus ultra*.

Las Delicias fue el remate de la carrera esplendorosa de Petronila. Los hombres casados del lugar y hasta de muchas leguas de distancia, dejaron al fin de lado el carácter clandestino de sus "escapadas" para convertirlas en un acontecimiento familiar. Llegaban al lugar con sus hermanas, esposas e hijos, los dejaban amablemente instalados y atendidos y se iban a dar "una vueltita para estirar las piernas". Las ominosas aventuras nocturnas pasaron a transformarse en una verdadera fiesta en familia, dejando atrás una historia de sordidez y escondimientos. El padre Burgundio pudo abandonar los avinagrados sermones admonitorios y hasta se atrevió a recomendar desde el púlpito la excelencia del hojaldre y las frutas confitadas en almíbar. Y la mayoría de las señoras pudo soslayar la penosa confidencia de que sus esposos "no pasaran la noche en casa". Un par de robustos sables de caballería algo oxidados constituye el escudo de armas del local. ▮

Esa última borrasca

Solo lo que se pierde es adquirido para siempre.

Henrik Ibsen

Mientras regurgitaba la última bocanada de sangre borrascosa, Fierro —lo que quedaba de él— habrá tenido acaso el privilegio de repasar sin apuro, con la misma calma con que le había entrado el puntazo del moreno, los titulares de su biografía oscura como esa sangre que le empapaba la barbilla, mezclada con el sudor del cuello y el hilo frío que le corría desde la frente. Quizás haya alcanzado a vislumbrar que Cruz y sus hijos y el moreno y él mismo eran escasos fantasmas en la mente de un escritor. Y este —a su vez— reflejo del reflejo de Otra mente que de puro hastío, el octavo día descubriera que tachar y corregir sus desordenados borradores era una vía casi satisfactoria para matar el tiempo y atenuar el aburrimiento.

Uno de los primeros hologramas literarios debe haber sido Adam, soñador a su vez de una serpiente y la manzana. O una manzana con alma de serpiente. Otro acaso Homero, vasto simulador de dioses, adulterios y batallas. La misma serpiente que travestida en hembra de varón induce a la primera desobediencia civil que registran las crónicas, reapareciendo una y otra vez en escenarios a veces épicos, a veces eróticos. Una visión posible es la serpiente Fafnir, custodia del tesoro del Nibelungo. Otra, no menos atendible (no más creíble) es un pantallazo cinematográfico mostrando a Olympia, mujer de Filipos II de Macedonia, corriendo y danzando desnuda por los bosques tracios, enredada en las-

civos juegos de amor con serpientes de piel sedosa y lengua complaciente.

Bizancio —luego Constantinopla— será testigo de las andanzas de una troupe de vírgenes destronadas y malditas, aferradas a una misma vez a los goces de la lubricidad y a los placeres del veneno. Muchas de ellas replicadas y perfeccionadas en maldades venéreas en el reino cristiano de Jerusalén, empezando por la primera mujer del segundo Lusignan y casi todas sus hijas y sobrinas en genealogía descendente. Bichoznas de alma y sangre de otras hetairas romanas —madre e hija— que hicieran cabalgar debajo de sus sábanas a media docena de papas, una docena de cardenales y todos los oficiales de la guardia de palacio. Teodora y Maroczia murieron ahítas de semen y hartas de firmar certificados de defunción en base a la cantarella, el beleño, el antimonio y la acqueta di Peruggia. Gorgonas y Medeas que renacerían de sus cenizas un milenio más tarde en la corte de Ferrara y en los escándalos florentinos, siempre a la sombra de las capas pluviales y los palios, tornando azaroso e indepurable el padrón vaticano. Y avalando el apotegma de que Dios escribe derecho con palotes torcidos. Y vaya cuánto.

Nada de esto es del conocimiento de Fierro ni falta que le hace mientras regurgita la última bocanada de sangre borrascosa. Ignorará asimismo su inexistencia atroz y su destino banal de marioneta, sobreviviente a su pesar —como Quixote— de sus personales titiriteros, quienes al momento del destierro final, no alcanzarán siquiera a distinguir cuánto tiene de sangre y cuánto de tinta esa última borrasca. ▮

El guiño[24]

Al adelantar el pie derecho volví a dudar. Entorné los ojos, jugándome a tropezar con el breve desnivel y hacer un papelón. Pero necesitaba ayuda. Tal vez más que ayuda, una ratificación, un guiño. No sé por qué (sí que lo sé, por supuesto) esto me pone en pantalla la cara del general. Y como un disparador, todo lo que vino atrás. Bien ordenadito pero todo enquilombado ¿entendés?

Para qué te pregunto. Esa manía de pedir permiso, de buscar confirmaciones que nadie te puede dar. Y si pueden es lo mismo. A nadie le interesa dártelas. Ni confirmaciones ni nada. Solamente dudas. ¿Quién fue mi padrino (o madrina) de confirmación? Primero tendría que ubicar la época. Antes de la colimba, eso seguro. Y en la primaria posiblemente no. Entre los doce y los dieciocho entonces. Un dato medio pobre, algo vago. Pensé vago y sentí la mirada del tipo. No quería abrir los ojos porque sabía que estaba ahí. Frente a mí con su mirada despectiva. Son ratas que quisieran meter la mano en el bolsillo y sacar un grande. Tirártelo con gesto de tomá pibe. Sienten que al llamarme pibe se ven menos arrugados. Pero el alma no te la podés planchar, hermano. Te relojean de arriba abajo y cierran los ojitos, haciéndose los giles. Somos muchos. Esa moneda que no querés soltar te quema en el bolsillo. Vos sabés por qué. Estos negros de mierda son capaces de cualquier cosa para dar lástima. Estás bastante cambia-

---

[24] Primer Premio IV Concurso Nacional de Cuento "Malvinas Argentinas" / Biblioteca Popular Héroes de Malvinas, Lobos (BA) 2006.

do, hijo de puta. Pero las canas y el portafolios y el citizen que se te escapa por la manga no dan para armar el personaje. Bajá la vista cuando te hablo, turrito. Sí la bajo. Sí qué tagarna. Sí, mi teniente primero. La bajo justito para darme cuenta que un reloj de ese precio encima de estas vendas roñosas, casi en el codo, sería una boludez. Así con los ojos cerrados lo veo clarito. Colores y ruido todo de golpe. El sistema de tracking automático está ajustando la imagen.

Esto no es joda, manga de maricones. Se pueden ir olvidando de mamita y de las milanesas con puré. Si no les cierra el menú del día van a tener que buscar algún gringo o copar una chacra. Ni que fuera brujo el desgraciado. No ese día ni esa noche. Pero el viernes o el sábado dimos con la casa y con la mujer. Es increíble lo rápido que se aprende cuando tu vida depende de las orejas y una bayoneta. Tendría unos cuarenta y tantos. Y hasta ahora nunca supe si la mirada era de miedo o de desprecio. Posiblemente las dos cosas. Después de una semana de fajina a media ración no te queda demasiada paciencia. Si hace falta les cortan las manos. Estas inglesas manejan armas y son de cuidado. Total igual les pueden abrir la bragueta con los dientes. Y se reía el hijo de puta. Pero cuidado con los testigos. Si se dejan madrugar ni cristo los salva del consejo de guerra.

En realidad ni confirmé ni me confirmaron nada. Pero pienso que fue Gastón, claro. Enchufarme dos o tres sacramentos era medio como echar hortal para espantar los grillos topo o liquidar hormigas. Que el mundo es redondo ya no lo dudo. Dimos la vuelta y ahora el topo sos vos, pelotudo. Convencido de que si le das a la palita y a las uñas y dejás la piel de las rodillas en esta tosca de mierda hasta podés seguir respirando. Sin averiguar qué

es lo que te tironea las tripas y los huevos. No, tenés razón, eso quedó colgado en la puerta del cuartel, hace tanto tanto tiempo. Nada de fasos, manga de boludos. Los ven a un kilómetro y son boleta. Duermen encima de los infrarrojos y los telémetros estos culos rotos.

Abro un cachito los ojos para ordenar la película. Cambiaste bastante pero esa mirada no me engaña, no la olvidaría aunque viva mil años. Te pasaste el portafolios a la zurda. Para desenfundar más cómodo, claro. Te diste vuelta después de ladrar bajito andá adelante que te cubro. Alcancé a mascullar que era más seguro el pozo, a pesar del barro y el olor a mierda y a fiambre congelado. Con el gruñido del seguro me convenciste. Tienen que avanzar hasta el punto de encuentro a las cero más ochenta y cinco. Hay un mortero atrás del montecito. Y un par de rastreadores por satélite entre esa posición y el Kent. Hay que volarlos para poder zafar. Y claro, teniente, pensaste que no valía la pena comentar lo de las minas. Al fin de cuentas yo tenía fama de discutidor al pedo y nos podíamos pasar la noche en ver si eran inglesas o nuestras. Mirá dónde ponés los pies, es lo único que dijiste. Tranquilo que te cubro.

Y ahí estaba la noche y el Kent adelante y treinta pasos atrás el turro con el fal apuntándome al centro del culo. Yo también abrazaba el mío. Aun sabiendo que si me llegaba a temblar el dedo me bajaban de una. Pero mirá lo que son las cosas, siempre pensando que el peligro estaba allá adelante. Tratando de adivinar la ubicación del mortero pero sin perder de vista los dos murciélagos. Decían que te marcan un atado de fasos desde cuatrocientos kilómetros de altura. Y el oficial de tiro, calentito y sin mojarse te apunta en una computadora de bolsillo y fuiste.

Sé que no pude pensar nada. Fue todo junto mi pie derecho y el relámpago, avanzando con bastante calma porque te lo habías guardado para vos. Y yo en medio de un calorcito que me subió de golpe por las piernas y el sol de repente cuando faltaban todavía casi tres horas para el amanecer.

Me estás marcando y te miro y no sabés. Es decir sabés pero no sabés si yo sé. Me vas a querer primerear con ese guiño de turro y el billete de dos pesos que apareció de repente en tu mano y el gesto amistoso de señalarme el asiento para discapacitados y ayudarme a parar las muletas contra la ventanilla. ▮

Lo anular[25]

Despierta al pie del aguaribay. Enroscada en una de las ramas bajas, la curiyú lo espía. Huele el green grass y se admira. Y admira el llaullau y la madreselva. Y ve su admiración reflejada en el espejo del arroyo. El tronco crece y echa nudos y ramas y su copa se agiganta y su corteza apenas puede con los veinte codos de su circunferencia. Las ramas altas se entretejen con las nubes en la casa del agua. La copa se expande hasta Eta Carinæ, obstruyendo la visión de Venus y Alfacrucis. Todo lo cual lo llena de estupor. La curiyú —entretanto— cuelga de las ramas inferiores peras Williams y manzanas Granny Smith y Double Red y lo espía con fingida apatía desde sus ojillos libidinosos y nictálopes. Él toma la más grande y roja y come de ella dejando que el jugo resbale barba abajo y pecho abajo, humedeciéndole el ombligo y el sexo. Riendo se zambulle en la frescura del arroyo, escandalizando la siesta de nutrias y castores. Corre por la arena, dejando que el sol le caliente la piel, al tiempo que juega a perseguir mariposas, retozando como un cachorro entre los conejos y las ardillas.

El ejercicio despierta poderosamente su hambre y torna al árbol que le regalara las peras y las manzanas. Pero lo halla cercado por una alambrada de púas y guardado por un soldado con casco y ametralladora y un cartel declara que cuanto se divisa en derredor es propiedad del ministerio de marina. Afectando indiferencia, se encoge de hombros y echa a andar. Pero él ha dormido

---

[25] Primer Premio I Certamen Literario “Esteban Echeverria” 1978 / Municipalidad de Esteban Echeverría (BA).

bajo ese árbol y comido de sus frutos. El árbol y sus frutos le pertenecen. Desea comer y trepar y refrescarse a su sombra. Y matar al guardia, tal vez sorprendiéndolo durante la noche.

Merodea hasta que comienzan a alargarse las sombras. Una mujer de talle cimbreante y larga cabellera renegrida le pide un cigarrillo. Fuman en silencio y con la primera estrella se abrazan sobre los edredones de trébol. Su nombre es Egeria y su misión alertar a los desprevenidos viandantes que se acercan a la ciudad. Se duermen con los ojos llenos de luna y románticas melodías tintineando en la memoria. *Green moon*. *Moonlight serenade. Luna lunera*… Durante el sueño, topadoras y excavadoras mueven, suben, bajan y nivelan incontables varas de terreno del otro lado del arroyo. Y construyen una fábrica de soda solvay. Regresa al árbol decidido a sorprender al soldado. Pero un foso alambrado rodea el recinto y adentro circulan guardias llenos de dientes y de perros. Oblicuos reflectores tartamudean veloces víboras de luz y negras ametralladoras anidadas entre las ramas miran a un mismo tiempo hacia todas partes. Retrocede siguiendo el borde de la carretera, con la esperanza de que algún automóvil lo acerque a la ciudad. Pero el bullicio de conejos triscando y retozando entre los arbustos le recuerda que lleva largas horas de ayuno. Se arroja sobre unas matas de curimamuel en procura de un enorme conejo blanco. A salvo más allá de los abrojos y las espinas, el conejo inquiere con rencor: “¿dónde está tu hermano?”. Cierto que sin fuego y sin una cazuela con algo de aceite poco rinde un conejo. Se quita de encima como mejor puede chuzas y espinas y escupiendo la zarza retoma el camino.

Siete días con sus noches lleva de viaje. Al amanecer del octavo, se encuentra frente a las murallas de la ciudad. Ante la

puerta del norte lo detiene un serafín con una espada llameante. Al no recibir una contraseña, el ángel cruza su espada delante de la puerta, sin pronunciar palabra. Frente a la puerta de levante, un mercader sentado sobre cojín de seda le demanda cincuenta estáteros de plata. A su afligida negativa, el custodio escamotea entre sus ropas las llaves del portal. La puerta del sur está guardada por un anciano eremita, con cuerpo de hombre y cabezota de león. "¿Cuál es el lugar del universo en que una ciudad es todas las ciudades y un hombre es todos los hombres?" le interroga con calma. Nada atina a responder, por lo que el ermitaño le señala en silencio la puerta del poniente.

Aquí, en ruidosa asamblea, acampan gitanos, prostitutas, ladrones, asesinos y abogados. Nomás verlo llegar agitan címbalos y salterios, vibran cornos y panderos, estallan las flautas y las cítaras. Una familia de volatineros se pasea a su alrededor, dos hijos sobre los hombros del padre, la madre a upa de los hijos y encima de ella un rapaz sosteniendo con sus brazos al más pequeño en vertical cabeza abajo. Un derviche —no hallando modo de expresar su contento— embadurna su cara y su cuerpo desnudo con boñiga de camello y orines de búfalo. Una flor azteca, víctima de la curiosidad, se desborda de su florero y rueda por tierra entre jipíos y aplausos. Falsos ciegos, ulcerosos de comedia, jibosos de utilería, rengos y mancos imitación —en fin— la completa comparsa de fascinerosos se abre a su paso y traspone la entrada, pisando sobre un pavimento de espejos negros y esqueletos de pescado. Lo alzan en andas y en jubilosa procesión de bonetes, charangas, cartabones aderezados con mugidos, cacareos, chiflidos y sonsonetes, lo conducen hacia una vasta plaza dominada por un obelisco de vértebras humanas. Al final de la larga avenida, los

torreones y barbacanas de un palacio de granito y obsidiana lo aguardan en silencio. En medio del peristilo, bajo columnas cuyos capiteles no se parecen sino a esos mismos proxenetas, saltibanquis y rocamboles que lo vitorean entre chuscadas y pedorreos, a la sombra de marquesinas, entoldados, balcones, letreros y pasacalles con los colores y heráldica de tabernas, reñideros y prostíbulos, dieciseis bonzos sostienen un palio púrpura sobre el trono de quijadas de cocodrilo y colmillos de yaguareté.

Un general forrado de whisky y charreteras se adelanta entre eructos y risotadas de borracho. Manteniendo a duras penas el equilibrio, le coloca al pecho una banda de seda con borlones de oro. Los asistentes saludan rodilla en tierra. Dos chambelanes lo alzan en vilo y lo encanijan en el trono. Ahora intentará dormir.

Despierta al pie del aguaribay. Enroscada en una de las ramas bajas, lo espía la curiyú. ▮

Xantipa[26]

Unde et apud veteres tale erat proverbium:
rex eris si recte facis; si autem non facis, non eris[27].

Fuero juzgo visigodo; Ley 7ª

Digo yo que es buena la lluvia después del trueno, así el agua ha de enjuagar los barros y otros sedimentos y todo funge como apurar un laxante al cabo de una comilona, siendo que con el agua se disipan y escurren otros humores menos propicios para la salud del cuerpo, evitando la acumulación de grasas y otros diversos tóxicos, por ejemplo en el hígado cuya esctructura a mitad de camino entre músculo y cartílago se aviene con dificultad a la acumulación de tales sustancias. Comentario que —palabra más o menos— le ha quedado grabado de ver la película. Que alguien ponía en boca de Sócrates acerca de Xantipa. Luego de aquella chuscada del baldazo de agua en los morros. Recuerdo que entretiene esta mañana de mayo su recorrido diario entre Plaza Italia y Catedral. Todos los asientos vienen ya ocupados desde Pacífico. Viaja de pie —como siempre— junto a la puerta delantera. Costado izquierdo del primer vagón.

Antes de llegar a Bulnes, ocupa ya el primer lugar a la derecha de la puerta. A su lado, frente a la unión de ambas hojas, una mujer menuda de tapado negro. Ella intenta tímidamente des-

---

[26] Primer Premio I Certamen Literario "Esteban Echeverria" 1978 / Municipalidad de Esteban Echeverría (BA). Título original: *Un día como tantos.*

[27] Eres rey si procedes rectamente; si así no lo hicieres, no eres rey.

alojarlo de su posición. Aún le da vueltas en la cabeza la película de anoche. Estos franceses son tan retorcidos. Época actual (como marcaban los subtítulos de las obras de teatro para aficionados). Pero en varias secuencias se hacía referencia a la esposa de Sócrates. Una mujer jodida. Poirot no hubiese dudado en vincularla con la cicuta. La observa de reojo. Representará unos sesenta años. Tal vez la ropa oscura engaña. El cabello entrecano peinado con prolijidad. Recogido sobre la nuca en un rodete pequeño. La mirada tranquila de unos ojos claros, en los que se insinúa una reprimida sonrisa. Se convence enseguida de que no es rival apetecible. Xantipa hubiera sido otro cantar. Una mujer capaz de empapar a su marido con una palangana. Y delante de amigos y discípulos. ¿Qué valor podría tener para ella la filosofía?

No en vano lleva dieciocho años realizando a diario este recorrido. El trayecto le pertenece a la Compañía. El Seguro cubre cualquier accidente *in itinere*. Pertenecer tiene sus ventajas. American Express. Sonríe. Y sí, de tanto en tanto un intruso se atreve a disputarle su lugar. Lugar que desde luego el tiempo le ha concedido como privilegio. Que no aceptaría siquiera discutir. Le es suficiente con pararse a su lado. Por la izquierda y apenas un paso atrás. Tomando de lleno y con firmeza la manija justo sobre la cabeza del oportunista. Ya sabe uno lo que puede esperarse de estos rastacueros. Advenedizos que sabe Dios si llegan siquiera hasta el final del recorrido. La última curva corresponde en la superficie al nacimiento (o a la terminación, sus innumerables reflexiones no han llegado a una definición), de Diagonal Norte. Al tomarla el tren a velocidad, el intruso es enviado por inercia contra la puerta. Milagros de la fuerza centrífuga. Newton se hubiera despabilado mucho antes. Si hubiera tenido el tino de viajar en subte, claro.

Un reflejo instintivo le hace apartarse hacia atrás con igual impulso. Y no hallando a mano un asidero o apoyo adecuado deberá pues desplazarse hasta el respaldo del primer asiento de la zona delantera del coche. Y él para entonces ya estará reubicado. Satisfecho de haber defendido su plaza con tal fervor y precisión. Los griegos desconocían estos problemas, claro. Pero no ignoraban sus derechos. Incluso las mujeres. Mujeres bellas de profundos ojos negros. No todas bellas, de seguro. Pero si se atrevían a disputar los roles habría que mantenerse en guardia. La película saltaba de un barrio de París a un suburbio en Atenas. Prostitutas al amparo de las sombras. Por momentos en la Acrópolis. Por momentos el Quai d'Orsay. Xantipa suena exótico. Hasta para una prostituta.

Desde hace dieciocho años, dos meses y siete días, es el primero en abandonar el metro a las 8:55. Vuelve a sonreír al recordar las escenas nocturnas. Deliciosos esos barrios bajos no tan alejados del centro de París. Ser siempre el primero. Hasta para bajar del tren. Para internarse en el corredor, al frente de la multitud. *Sempre avanti*. A sus espaldas la jauría rompiendo el paso y lanzada como una nube de mariposas nocturnas hacia la luz de la boca de los túneles. Dieciocho años de pisar diariamente las mismas baldosas. De lunes a viernes los mismos escalones. Esquivando la misma rejilla. Apoyando la mano sobre los mismos lugares de la misma baranda. *Sempre avanti*. Compadecer con las mismas reflexiones formales al mismo ciego. Repetir hasta los mínimos detalles una liturgia iniciada a las 6:45 por la campanilla del despertador. Antiguamente era necesario recorrer unos treinta pasos al aire libre. Antes de llegar frente a la pesada puerta de acero remachado. Hasta que un inspirado Director mandó construir la

manga. Pensando que era preferible evitar al personal cualquier contacto con el mundo exterior. El emético artificio recibe las filas de empleados provenientes del túnel. Inyectándolos como una enema dentro del edificio de la Compañía.

Repasa los avatares de su reciente victoria. Arrugado el entrecejo y con la mirada perdida en un punto lejano. El muro de cemento desfila veloz frente a los cristales de la puerta del vagón. Recuerda con inquietud el brillo reflejado en el fondo de los ojos —exteriormente calmos— de la mujer de tapado negro. Fanático, casi apocalíptico. Un brillo que no concuerda con la mirada de un vencido. Más bien como esa luminosidad en el semblante de los místicos. Brillo que se asemeja más al desafío del gladiador. Aguardando con paciencia y convicción el momento en que el adversario se clave por sí mismo la aguzada pica en el pecho. No un humillado reconocimiento de derrota, qué va. Lo acicatea una remota señal de alarma. Observa con disimulo a la vieja. Es inútil —piensa— estás soñando. Imposible que esa mirada cálida y suave pueda encubrir sentimientos vengativos. Xantipa hubiera sido una buena contrincante. Nada de timidez. Nada de bajar la mirada. Igual en los trenes nadie lleva ánforas. Ni palanganas.

Apenas abiertas las puertas, toma su lugar al frente del pelotón. *Sempre avanti.* Echando una mirada en torno para confirmar las intenciones de la mujer. Ha desaparecido entre la multitud. Incidentes que normalmente no le llamarían la atención. Un letrero de Albalux apagado, una escalera descompuesta. Un reloj que marca las 4:37. Todo lo sobresalta hasta la exasperación. Señalando a cada paso una diferencia entre este día y todos los anteriores. El ciego de la segunda galería le golpea un tobillo con el bastón. Reclamando el tributo con su alarido malévolo. ¡Ayuda-

al-pobre-ciego-por-el-amor-de-Dios! Lo esquiva con habilidad. El golpe del bastón se agrega a la serie de discontinuidades. La película de anoche jugaba con discontinuidades. Por eso saltaba de Atenas a París. Y de la filosofía a la prostitución. ¿Habría proxenetas en el Ágora? De seguro. Y lesbianas, por qué no. Travestidos. Y maricones ni qué hablar. Aunque no abundaban los diálogos. Nada más la música y los movimientos de cámara. Y un murmullo repetido entre secuencia y secuencia. *Nada es lo que parece*. No es supersticioso. Ama el orden, la puntualidad. Lo establecido… lo normal… lo rutinario. Como el salvaje polinesio. La ruptura de la rutina implica un apartarse del tiempo ordinario. Para ingresar en un gran tiempo sagrado en el cual todo es posible. De ahí lo temible, lo peligroso, lo… expectable. Precisamente (¡qué estúpido recordarlo justo hoy!) lo mismo que el día aquel. Cuando en uno de los cajones del escritorio del Encargado Principal —*Supervisor senior*— apareciera un libro inscripto en el Listado Prohibido. Céline o Nabokov tal vez. Con mayor probabilidad Gorky o Mao. Muchos detalles han sido olvidados. Ya ni podría asegurar qué relación hubo entre aquel incidente y su casi inmediata promoción a Encargado a Prueba. *Supervisor junior acting*. De hecho, de facto. Menos aún podría inferirse una relación causalentre el despido y la noticia del suicidio. Aparecida a los pocos días en una escueta nota policial. Incluso hurgando en la memoria, llegaría a rectificar el concepto suicidio. Seguramente accidente deliberado. Como había figurado el hecho en la mayoría de los periódicos.

Apura el paso para alcanzar la consola de ficheros y relojes. Un abejorro zumba dentro de su cabeza. Recuperando imágenes y recuerdos. Su natural optimismo se opaca al rememorar

ciertos detalles del velatorio. Optimismo modelado en prolongadas sesiones de terapia colectiva. (Se le antoja estar leyendo a un tiempo el memorandum de su promoción y las esquelas necrológicas).

Le cuesta recuperar el argumento de la película. Pantallazos de rostros y situaciones. Griegas y francesas juntas. A veces separadas. Enigmáticas todas, calladas. La mujer de Sócrates terrible. Como una imagen de la moira. Una sensación de situaciones repetidas. Una y otra vez. La mirada profunda de Xantipa. Profunda y vengativa. Ingresa al ascensor con el grupo cotidiano. Intercambiando sonrisas cotidianas, saludos cotidianos. Se ubica en el preciso lugar de costumbre. Arreglándose el nudo de la corbata frente al trozo de espejo que le queda visible. Entre el cuello del ascensorista y la espalda del Segundo Jefe de Teletipos. Un día normal. Llegar al piso (le corresponde salir tercero). Caminar treinta y siete pasos hacia la derecha. Entregar el abrigo en el guardarropa. Ocho pasos, atravesar la puerta de acceso al segundo pasillo. Setenta y dos pasos. Abrir la puerta de su oficina. (Privada desde su promoción a Encargado Principal. *Supervisor senior*). Y encontrarse de repente destrozada toda continuidad. Destruida la historicidad necesaria. Quebrantada toda seguridad. Abolida cualquier garantía.

Recostada en el sillón detrás de su escritorio, con la naturalidad de lo irrefutable, la mujer menuda del abrigo negro. Clavándole en el rostro sus ojos claros y bondadosos en los que se insinúa una reprimida sonrisa. ▮

Inefable Mœbius[28]

Otro día de puta madre apurado por el gerente de central que se quiere ganar galones a costa de la tropa y los cabrones que patean la puerta cuando el cajero automático les niega una extracción además un tira y dos operadores con parte de enfermos más la hinchapelotas de mi legítima llamándome por cualquier boludez al celular sabiendo que no debe hacerlo a menos que se le esté quemando el depto o mejor dicho ni así porque lo que tiene que hacer es llamar a los bomberos y al seguro. No me alcanza la mañana para digerir las disposiciones nuestras de cada día que inventan los inservibles del nación y el provincia ayudados por el infeliz de rentas que también se quiere ganar sus cocardas a nuestras expensas y hablando de expensas se me inflaman las venas al acordarme de la nota del presidente del consorcio recomendando aceptar la propuesta del administrador que pretende llevar a mil ochocientos las expensas de los departamentos que dan a la calle y a mil doscientos los contrafrentes. Tampoco puedo descuidar el frente interno con tres hijos de puta que se desviven por serrucharme el piso como si una gerencia de sucursal fuera una banca de senador nacional qué senador se matan entre ellos como si se tratara de la suprema corte. Me tengo que ocupar de mantenerlos equilibrados dando esperanzas a uno y a otro sin pisar el palito porque uno de los otros es una otra y la yegua sabe que además de todas las mañas de los guachos cuenta con su fama de buena cama

---

[28] Accésit Premio Internacional Julio Cortázar de Relato Breve 2009 / Universidad de La Laguna / Santa Cruz de Tenerife, España.

y no desperdicia ocasión de encerrarse conmigo cuando le toca acompañarme a controlar las cajas del subsuelo. Me salvan los ansiolíticos y algún antidepresivo livianito pero este laburo es insalubre y me enferma pensar que me paso ocho horas encerrado en esta jaula soportando todas las quejas y todas las presiones de todos lados como si fuera una marmicoc aparte del peligro de los boqueteros o peor aún los herederos de Butch Cassidy que les da lo mismo volar una caja que meterle un misil al Corolla con vos adentro y todo para bancar una fortuna por mes en cuotas y expensas y personal de servicio y la gente de seguridad y la guardería del corcho y un tiempo compartido que lo usan nada más mi mujer y los amigos de mi cuñado. Los cartoneros viven más felices esto lo estoy pensando desde hace rato tanto que algunas noches vengo soñando que soy un cartonero y son las noches que mejor duermo y me levanto fresco como una lechuguita. Anoche por ejemplo me acosté temprano y me dormí en la mitad de una de espionaje aprovechando que ella está en el country de unos amigos y fue fantástico porque ahí nomás estaba yo saliendo de una casilla maltrecha en medio de la villa 31 antes del amanecer porque eso sí uno se trae a casa diez o quince pesos todos los días pero tenés que romperte el culo empujando el carrito cuidando que no te afanen los colegas o la cana se te quede con la diaria cuando volvés para tu casa y las cosas son así acá nadie te da pescado y ni siquiera te enseñan a pescar lo que es yo no sabía más que llenar planillas y un poco la compu cuando vino la malaria y me rajaron del laburo porque todo se achicaba decí que ella se rebuscaba con sus clases pero al final se amontonaron las cuotas y el banco terminó quedándose con el departamento y nosotros en la calle y nadie se imagina lo que es quedarte sin un techo de la

noche a la mañana pero estás en la vía y se te acaban las reservas y vas viendo que lo único que aumenta son las colas de gente como vos que se quedó colgada y al centésimo intento entendiste que esto ya no es para vos porque el laburo de un tipo de cuarenta lo hace un chico de veinte y hasta en las agencias te empiezan a mirar con mala cara cuando te ven dos días seguidos más los chabones en la cola atrás tuyo que te hacen la sicológica que esto ya no es para vos para sacarte del medio por las dudas y qué querés alguien te empuja un cacho y te dice si tuvieras un carrito te animarías si no te puedo conseguir y después arreglamos y acá me ves cirujeando con las manos metidas en los tarros de basura y en el desparramo de las bolsas minga de guantes ni minga de condiciones de higiene que esos lujos ya no corren porque no hay alternativa o le das para adelante o espichás como un can o peor porque después que te comieron los piojos si crepás en la calle te despedazan en la morgue y tu jermu minga de pensión ni de seguro lo único seguro es agarrar al primero que le diga pobre mujer yo la voy a ayudar sáquese la ropa y sonría a ver si sirve aunque me parece que no sirve pero le tengo lástima y la quiero ayudar nada más porque tengo la desgracia de ser una persona de buen corazón señora y yo me pongo en su lugar pero sáquese la ropa y abra bien esa boca ya que hay muchas otras esperando. Y sí agarré viaje porque el quía puso el carro y se llevaba la mitad de la diaria no es para mí no vayas a creer es para los muchachos aunque nunca me dijo de dónde eran los muchachos creo que de acá mojan algunos concejales y la cana pero hay un cachito para el compañero secretario y claro entonces no llegaba ni con diez mangos al fin del día pero agarré a un pipiolo descuidado y le limpié el carrito. Ahora como cuentapropista la cosa cambia y te

ponés las pilas para subir primero en el tren cartonero y bajar antes que los otros y salir a inventar los mejores recorridos listo para fajar al que te joda porque un lugar en el mundo no te lo regala nadie no te vayas a creer y cada uno se defiende con las uñas que tiene y en una de esas armás una cooperativa y los otros terminan laburando para vos. Te juro que algunas noches no agarro el sueño pensando que uno es medio cretino y no escarmienta porque me parece que estas cosas ya me habían pasado alguna vez pero uno sueña tantas cosas que ni siquiera sabés lo que es verdad y dónde te estás haciendo la croqueta pero nada del otro mundo no vayas a creer casi siempre en cuanto empecé a roncar me veo en la oficina otra vez bien empilchado arrancando otro día de puta madre apurado por el gerente de central que se quiere ganar galones a costa de la tropa y los cabrones que patean la puerta cuando el cajero automático les niega una extracción además un tira y dos operadores con parte de enfermos más la hinchapelotas de mi legítima llamándome por cualquier boludez al celular y eso que sabe que no debe hacerlo a menos que se le esté quemando el depto o mejor dicho ni así porque lo que tiene que hacer es llamar a los bomberos y al seguro. ▮

El señor Branya

Cuando la hipocresía comienza a ser de muy mala calidad,
es hora de empezar a decir la verdad.

Bertold Brecht

Como todos los días desde hace veintitrés años, el señor Branya llegará al último piso a bordo de su ascensor exclusivo cuatro minutos antes de que el carrillón de San Ildefonso dé las siete campanadas. La puerta —discretamente blindada— da al office de acceso a la sala de reuniones, que se comunica con su despacho. Al terminar de dar la hora, el acorde final lo encontrará ya sentado tras la imponente *tavola* regencia de roble laqueado.

Cuando su jefe de prensa entre a ese mismo despacho siete minutos antes de las dieciocho, nada habrá cambiado en el lugar. Excepto lo inusual de hallarlo dormido en su sillón presidencial. Y una mancha en la moqueta alrededor de sus pies, algo más oscura que el carmín de pelo tupido.

Los forenses harán su trabajo con celeridad y eficiencia. Aparte del esperable celo profesional, tendrán sobre sus espaldas la presión del Fiscal de Estado, apretado a su vez por un par de senadores nacionales, apurados estos por un ministro de la Corte y el subsecretario del Secretario de Defensa. Más el abogado de la viuda, quien antes de movilizar a su modista, a sus peinadores, a su personal trainer y a su coach de meditación, se tomará cinco minutos para exigirle que además de verificar la actualización de

las pólizas de seguro y cambiar las claves de todas las cuentas bancarias, se ocupe de comunicarse con un par de cancillerías extranjeras y tener a mano poderes, los correspondientes pasaportes y las visas.

Mientras todo esto ocurra, veintisiete llamados privados se entrecruzarán con caras adustas, caras expectantes, caras sorprendidas y caras babeantes desde un locutor que todos identificarán pero en ningún momento habrá de darse a conocer y los popes de los principales multimedia del país y del exterior. Difícilmente podrá hablarse de conversaciones, dado que los veintisiete mensajes constarán de un texto corrido y un breve “sí señor” musitado en varios idiomas y diversos estados de ánimo.

Será difícil, a partir de la medianoche de ese mismo martes, recopilar en un orden razonable no ya la secuencia de los hechos, sino ni siquiera la hilación del discurso de los hechos. No por exceso de información, más bien en todo caso por todo lo contrario, circunstancia que como es de suponer habrá de disparar una retahíla de sospechas, insinuaciones, hipótesis, trascendidos, comentarios, teorías y denuncias que habrán dado cinco veces la vuelta al mundo antes del amanecer. No sin previo recorrer la telaraña de agencias de noticias, servicios de cable, carriers satelitales, redes sociales, centros de inteligencia estatales y paraestatales y las secretas cuevas de media docena de *brokers* que manejan y distribuyen en tiempo real el estado y la tendencia de las principales Bolsas de Valores del planeta.

A primera hora del miércoles, desafortunadas anormalidades suscitarán la atención del gran público, instalando una sensación de inquietud que cada cual vinculará al pasado histórico, según su profesión y vivencias personales. Lo inusualmente ex-

tenso de los informes del Servicio Meteorológico y la música instrumental propalada por varias broadcastings y casi todos los canales a la hora de sus noticieros matutinos, pondrán sobre el tapete circunstancias como la muerte de Gardel, el naufragio del Titanic, el secuestro del bebé Lindbergh, el asesinato de Gandhi, el incendio del Graf Zeppelin y hasta las muertes de Juan XXIII y Eva Perón. A falta de la paradigmática sirena de Crítica, se reeditarán las aglomeraciones frente a las pizarras de La Prensa, La Razón y demás periódicos y agencias informativas en el centro de la ciudad. La convulsión general se hará evidente incluso en la desaforada manifestación de conductores, transeúntes —colectiveros y policía incluidos— atentos a sus teléfonos celulares y microcomputadoras portátiles.

Pasarán varias horas de notorio contraste entre el silencio oficial y el inocultable nerviosismo de la gente, nerviosismo como es de prever colmado de trascendidos, supuestos, susurros y especulaciones. Casi entrada la noche, el país recibirá con un suspiro ahogado, con una suerte de desesperación no exenta de alivio, la confirmación de la inesperada y hondamente lamentada desaparición del señor Branya. ■



Y dos palabras retumbantes

Al querido Julio y su *Final del juego*,
que asimismo habrá de ser el mío.

Al pisar el espacio indefinido entre la vigilia y el sueño, se repiten una tras otra las escenas del rito. No las mismas ni siquiera idéntico el escenario. Más bien una misma historia narrándose a sí misma con diverso discurso, acaso renovadas la ambientación y las metáforas, si es que en este espacio caben tales recursos o existieran la dramatización y la retórica. Todo aleatorio en tal caso y como librado al peregrino azar, aunque al despertar se refuerza en su interioridad —psiquis, mente, consciencia o alma — la porfiada sensación del *dèja vu*. Con dificultades, dado que su inconsciente censura y deforma actores y circunstancias procurando aislar cada episodio de los anteriores y del resto de su memoria. Memoria que por cierto trabaja y se esfuerza por juntar y coordinar los retazos de información y las pinceladas sueltas, no solo cuando está despierto, sino en simultáneo con todo lo que acaece mientras llega el sueño. Tal vez lo más traumático sea la impotencia —y la percepción de esa impotencia— para abortar los episodios del ritual apenas se anuncian. En cuanto la barca se separa del costado del muelle un aroma de azahares se esparce sobre su almohada y unas papilas de celofán le recorren la médula. No ha llegado aún el sueño, pero ya no es dueño de sus músculos ni del movimiento, inerme como los galeotes que alguna vez poblaron la sentina sombría de la goleta. No se siente menos esclavo ni más libre que ellos, sustituidas las cadenas por un sopor que lo estupidiza al tiempo que lo sume en un estado extático, a la espera

de lo otro. Ni sabe ni adivina siquiera qué es lo otro. Pero lo otro es una certeza dulce y a la vez terrible, pues no puede gobernar duración ni intensidad y es como si el gozo quedara en suspenso y el dolor se perpetuara en un juego de infinitos espejos, solo que en lugar de imágenes visuales se reflejan y multiplican sensaciones que lo mecen sobre el oleaje de impresiones táctiles y olfativas y es una fiesta multicolor de sonidos y sabores que lo envuelven al llegar a la cresta de las olas y lo desmembran al caer en los valles de arena y de misterio. Un fondo de mar que no es tampoco el fondo del mar sino como el subsuelo de una caverna colmada de ecos y promesas. Nada estridente sino un murmullo que recorre sin urgencia las escalas del color y los diapasones del olfato, mientras su lengua lame una eclosión de vientres aquietados y pezones bravíos. Formas que la mirada no distingue pero que sus axones detectan con la pericia de los acólitos sumisos y los díscolos conversos. Formas no menos mentirosas que el holograma de una libélula o el escorzo de un elfo. Formas amonedadas con la sutil materia de los sueños.

La ausencia de tiempo —la imposibilidad de medirlo— lejos de aquietar su sobresalto lo exacerban. Aunque sobresalto no sea la voz adecuada, en tanto no da cuenta del cosquilleo que se descuelga desde la nuca y la ínfima vibración de su epidermis íntegra, repiqueteo donde la piel desnuda y un crepitar eléctrico donde el vello. Piernas, brazos, ingles, pecho. El pelo mismo —corto como lo lleva desde hace años— acompaña la exaltación de su envoltura, percutiendo además en lo profundo del cerebro en un ping-pong de estímulos que atraviesan de ida y de vuelta el cráneo con tanta suavidad que todo funge como un masaje afrodisíaco sutil y persistente. No hay pensamientos, al menos en el

sentido en que los admite la vigilia. De poder hacerlo, reflexionaría acerca de la cuestión como un hiato entre su yo racional y el yo sensible, no absoluto sino como que lo intelectivo se replegara en favor de lo sensitivo. Agregaría —de estar en condiciones para ello— que se produce un flujo continuado de placer desde su entorno hacia su interioridad, directo hacia cada una de sus neuronas estando suspendida *pro tempore* la cadena comunicacional interna. Una laxitud de sus axones de tal suerte que lo secuencial se convierte en instantáneo y el resultado no es sucesivo sino preñante. Sonreiría —de poder hacerlo— al advertir que tal situación lo pone en diversos aspectos en la condición de Gran Andrógino que en más de una ocasión se instala en el centro de sus elucubraciones conscientes y también de muchas pesadillas. Pero ella no está en él. Está a veces afuera a veces adentro, pero no es él. Ni su mitad ni su reflejo. Ni un porcentaje cítrico. No es él pero a la vez sí que lo es. Y cómo. El no ser de su ser. Eso es ella a su pesar y tal vez a pesar de ambos. Una nada sin forma y sin sustancia que en el umbral del sueño se yergue en su estatura colosal —paradigmática— de fata morgana resplandeciendo en el desierto de sus noches. O cuando quiera que se acueste e intente cerrar los ojos. Porque si abrirlos la desaparece ¿cómo vivir despierto? Peor aún ¿de qué modo y para qué vivir sin ella? *Despierte el alma dormida / avive el seso y despierte*…

La planta delicada de un pie descalzo se desliza por su espalda, acariciando y arañando sin filos y sin uñas, apenas un rasguido de piel sobre la piel ardida de sed y de tactos subrepticios sin forma y sin imagen. Un mero deslizar de tarsos flexionando y distendiendo todo un estro armonioso de abductores y tensores que resbalando vértebra por vértebra contabilizan con usura las

crestas y los valles. Mientras las manos acarician en circunferencias recurrentes mejillas y muslos, un hombro hambriento o la cintura que tirita. Un picor de pezones desde las nalgas hasta el cuello y la traza babeante de una lengua de fuego diseminando truenos y destellos que cabalgan al viento. El holograma que ya no es duende ni libélula sino una conjunción de labios y caderas ondulando promesas. Un enlace de piernas y de brazos intangibles y ojos intocables sin dimensiones ni frontera. Y el ahogo del sol en su garganta, un sol en erupción de pie sobre sus ingles en el gemido de la noche. La kundalini despereza sus anillos de plata a compás de una flauta que ulula entre los pliegues de la médula. Los cuerpos plegando y desplegando cada compás sin tiempo, cada color sin luces y sin ojos. Un compás entrelazado de dientes y gemidos, una furia de sombras en un laberinto de cumbres y hondonadas.

No todas las noches por supuesto. Por desgracia. Ah, no poder adivinar, esta discapacidad para anunciar o anticipar. No poseer siquiera ese control, la indefensión total y a pesar de tanta humillación, deseada y exquisita. Porque la necesita. Porque la ama y sabe que la ama e ignora si ella juega o rejonea de pura histeria. Sin conocer su identidad (que se te mueve la nariz)… Y cada vez los dados y cada vez una tarjeta. Adelanta doce lugares, si pasa por la salida cobra dos mil pesos. Recibe una herencia y paga la hipoteca al banco. Conserve el salvoconducto para salir de la comisaría. La vida solo es un juego… sombras de la China. También Joan Manuel está presente algunas noches. Algunas noches antes del sueño. Una noche no será, la esperará en vano. Una noche no llegarán ella ni el sueño. No perfume de azahares ni colores ni el roce de sus dedos. No redoble de axones ni truenos a tra-

vés de la médula. No carpos atrevidos ni saliva ferviente. No más pezones hipodérmicos ni convulsión de ombligos. No más hologramas ni libélula ni duende. No más lluvia de estrellas ni erupciones de adrenalina y semen. Ni una leyenda de buscando señal. Un gong en off y dos palabras retumbantes. *Game over*. ▪



Aguas abajo

¡Cómo te pareces al agua, alma del hombre!
¡Cómo te pareces al viento, destino del hombre!

Johann Wolfang von Goethe.

Abrir los ojos —intentar abrirlos— le clava astillas de fuego en la nuca. El sol de noviembre achicharra todo lo que asome el hocico afuera de la madriguera. Vizcacha, cuises o pichi. Igual cuando consiga entreabrir el único ojo sano, se dará cuenta de que ya está cayendo la tarde. El crepúsculo de sagitario es largo por estos pagos. ¿Estos pagos? Puta si ni idea tengo dónde estoy ni cómo carajo pude llegar hasta aquí. Aquí… aquí… ¿dónde? Un perfume de naranjales en flor lo seduce con escenas de infancia sobre la ribera del arroyo Las Conchas. De madrugadas recorriendo espineles en el Guazú o levantando un trasmallo en el Miní… o en el Durazno. El sabor de un pacú a la brasa ahí nomás al lado del agua. La nostalgia de unos besos furtivos entre los sauzales del Carapachay. Ahora se anima a levantar la cabeza para vichar el lugar. Apenas siente su cuerpo, lo único que lo envuelve y lo aprisiona es un dolor que recorre el pellejo desde los pies hasta la coronilla. Esa hinchazón a cosa de seis codos de la barba deben ser sus pies. Aunque no los sienta. En el lugar de sus pies hay una flojedad y un latigazo entre de dolor y rabia. Cierra el ojo haciendo fuerza para recordar pero la rabia no tiene memoria. No más memoria que una llamarada y quién sabe cuánto después la explosión y más tarde los golpes. Dos golpes y un grito. *Son of a bitch!* Dos culatazos secos en las piernas por debajo de las rodillas y to-

do junto su alarido y el crujido de los huesos. La memoria trae de vuelta en remolinos turbios el dolor y la bronca.

Aunque no lo sepa y acaso porque así lo dispone una providencia misericordiosa, aguas arriba la misma noche que lo cobija está cayendo sobre un escenario de quejidos y de espanto. Ni un fogón ni un rescoldo ni siquiera la brasa de un cigarro. Algún oficial arrastra como puede sus llagas recorriendo la posición, alentando con una palmada a los heridos y cerrando los ojos de los que ya no tienen nada para mirar. Ni siquiera taparlos para ponerlos a salvo de la perrada cimarrona, alguna rata y las aves carroñeras. La mayoría artilleros y servidores de los cañoncitos que mantuvieron todo el día a raya a los Peysar y a los Paixhans. Ese mismo o cualquier otro oficial de los escasos sobrevivientes escupirá en la oscuridad un acullico de tabaco. Alzar la voz supone de inmediato un disparo de los infantes que fija han desembarcado al terminar su tarea los acorazados a vapor. En medio de las sombras, otras sombras arrastran sus despojos y sus úlceras, ayudando a cambiar de emplazamiento las piezas volantes. Las cuatro baterías han sido demolidas por los obuses enemigos. La voz de mando, pasada de hueco en hueco, de piedra en piedra, es rearmarse a doscientas yardas del borde de la barranca, fuera del alcance de la artillería naval. Se dice que el general ha sido derribado por un casco de metralla. Se dice que ha muerto. Se dice que lo han visto recorriendo los puestos y alentando a los heridos. Se dice que durante la noche llegan en galera unos doctores desde Santos Lugares, con instrumental y medicinas.

La correntada va acarreando hacia el sur todo lo que encuentra a su paso. Restos humanos, armas, maderas y jirones de mantas o uniformes. Remos, mástiles y velas desgarradas. La os-

curidad no diferencia entre el agua medio barrosa y la sangre que van dejando atrás unas venas vacías y unos cuerpos que ya no la requieren. Despojos que han venido del polvo y al polvo van regresando tan a su pesar. El agua disuelve, diluye, limpia y corre. Y reanima o ahoga. Agua grande en busca de unas aguas aún más grandes. *Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar que es el morir…*

El mulato Doroteo presiente que la negrura de la noche se acollara a la negrura de su piel y se anima a sacar las piernas del mazacote de camalotal que aprisiona los restos de la canoa. La caricia tibia le lava el dolor y las heridas. Las del cuerpo, claro. Las otras, la prepotencia de las cañoneras, la tos incesante de los obuses, la algarabía y el *Merde alors!* de los artilleros franceses que para nada se distingue de los otros que celebran cada andanada con un *God save the King!* La rabia y la humillación son humillación y rabia en cualquier lengua. Vienen de pasear sus estopines y su soberbia cruel bajo otros cielos sobre otras aguas. Pero son los mismos cachorros de león con las mismas melenas y un mismo rugido y unas mismas mañas. Las escenas de la última jornada se mezclan en su piojera con los sacudones de la fiebre.

Con la primera luz habían recorrido toda la línea de lanchones y cadenas. De la media docena de bruloteros, cada cual sabía nada más dónde estaba colocada su carga de metralla y pólvora con brea. Cada uno repasaba las instrucciones del sargento. Esperar callados a la sombra de su casco, en sus chalanitas disfrazadas con junco y camalotes. Nada más cuidando la respiración y su yesquero. Cuando empezaran a moverse aguas arriba dejarlos venir. Aguantar los estampidos. Aguantar el empujón de las nubes incendiadas. Aguantar el picor de los gases en los ojos y el ardor

en la garganta. Y esperar. Aguantar y esperar hasta tenerlos bien encima.

Cuando termina de destrabar el enredo de tallos que lo retienen anclado, Doroteo se deja ir río abajo recostado en el plan quebrado que es todo lo que queda de su canoa. Su ignorancia le alcanza para comprender que arranca el tramo final de un viaje muy largo. Sin pies y ya casi sin sangre, no le dan las tabas más que para una oración y algún recuerdo. La oración la despacha para sus adentros, con el ojo cerrado. Alguien lo va a escuchar igual. Y lo último que se le cruza por la piojera antes de sumergirse en las aguas finales, es la visión de todos los hombres de su batería, entonando abrazados las estrofas de un cántico, alentados por la charanga que ha ordenado el señor General… *¡o-juréemos-con-glo-ria-moriiiiiiiiiir!…* ▮

Índice



Obra de Gregorio Echeverría editada por Auditgraf Ediciones.
Impreso en talleres de La Imprenta Ya
Av. Mitre 1761, Florida, Vicente López, prov. de Buenos Aires
Diciembre 2013